

The background of the entire image is a high-angle, nighttime view of a city skyline, likely New York City, with numerous skyscrapers. A light snow is falling over the city. The sky is a deep blue, filled with many out-of-focus, warm-toned bokeh lights that resemble distant stars or city lights. The title text is centered over the image.

HASTA *el último* COPO

LEXIE BRIGHTON

HASTA *el último* COPO

© Lexie Brighton, 2025

Primera edición: noviembre de 2025

Diseño de portada y servicios editoriales: Conjuring Letters

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reproducción electrónica y la distribución en redes sociales o plataformas digitales, sin el permiso expreso y por escrito de la autora.

¿Estás escribiendo tu propio libro y quieres publicarlo de forma profesional?

Conjuring Letters ofrece servicios editoriales, diseño y acompañamiento para autores autopublicados.

www.conjuringletters.com

«A veces parece que hay muchísimas cosas en el mundo que no podemos controlar: terremotos, inundaciones, reality shows... pero es importante que recordemos las cosas que sí controlamos, como el perdón, las segundas oportunidades, los nuevos comienzos...».

— Noche de fin de año

Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales, es pura coincidencia.

Las menciones a canciones, artistas, marcas o eventos reales se realizan únicamente con fines narrativos, sin ánimo de lucro ni intención de infringir derechos de autor o marca registrada. Todos los derechos pertenecen a sus respectivos titulares.

PLAYLIST

Entra en lexiebrighton.com para acceder a la playlist completa.

4 CARATS - KELLY CLARKSON

THE MAN - TAYLOR SWIFT

STARSTRUCK - CHRISTOPHER WILDE

CRUSH - DAVID ARCHULETA

COMING HOME THIS CHRISTMAS - JONAS BROTHERS

A NONSENSE CHRISTMAS - SABRINA CARPENTER

THIS CHRISTMAS - THE SUMMER SET

SEE THROUGH - THE BAND CAMINO

WHAT ARE WE - VIRGINIA TO VEGAS

SUPERSTAR - TAYLOR SWIFT

SPIRALING - THE MAINE

BACKWARDS - JONAS BROTHERS

MOVING ALONG - 5 SECONDS OF SUMMER

FOOL'S HOLIDAY - ALL TIME LOW

IS IT NEW YEARS YET? - SABRINA CARPENTER

OPALITE - TAYLOR SWIFT



CAPÍTULO 1

Cassie

Miro con temor las amenazantes tijeras que danzan por encima de mi cabeza.

—Cassie, si sigues dando golpecitos con el pie, lo voy a hacer mal.

Respiro hondo, descruzo las piernas y presto atención al villancico que suena como hilo musical por todo el centro comercial. Al ser tan rubia, nunca he necesitado decolorarme el pelo para teñirme de rosa pastel, y tras mis primeros veinte desastrosos cortes de flequillo, una va cogiendo sus trucos..., razón por la que no pisaba una peluquería desde hace más de diez años.

Hasta hoy. Hoy tengo un muy buen motivo: en apenas unos días me iré a las Montañas de Catskill a pasar la Navidad, donde Stephen me ha invitado a esquiar.

Lo cierto es que no he cogido un palo de esquí en mi vida (ni siquiera se dice palo, ¿verdad?), pero mi objetivo no es ese palo, sino el de Stephen. Vale, perdón por eso, pero es que llevamos más de cinco meses saliendo y creo que es el momento perfecto para hacer lo nuestro oficial. Lo conocí a través del perfil de Raya de una amiga, a mí jamás me dejarían entrar allí, así que fue ella la que tuvo que hacer de celestina. Raya es el Tinder de los famosos y gente con dinero al que solo puedes acceder si eres alguien. Ella es modelo de joyas, yo solo soy una coordinadora *junior* en una agencia de organización de eventos de *marketing* experiencial. Y él..., él es el abogado de Orange Spirit, la bebida espirituosa que mejor cotiza en bolsa desde finales de los sesenta, además del hijo del único socio fundador.

—¿Quieres que te lo seque con ondas?

Asiento y, ahora más relajada de no ver a mi prima con unas tijeras en la mano, me dejo hacer. Tras un intensivo tratamiento de

hidratación, Sophie se ha limitado a seguir mis indicaciones: cortar las puntas estrictamente necesarias. Amo tanto mi pelo largo que solo yo tengo la potestad oficial para tocármelo. Pero qué mejor excusa que esta para saltarme mis propias normas. Estoy tan emocionada y convencida de que dentro de unos días pasaré de ser Cassie Hart a Cassandra, futura esposa de Stephen Orangerly, que eso se merece una celebración.

Con el trabajo ya hecho, me fijo en el enorme espejo que me devuelve mi reflejo mejorado. Mi pelo está meticulosamente ondulado y ya no parece un alga nori deshidratada. Igual sí que tendría que venir más a visitar a mi prima.

Una vez fuera de la peluquería, le pongo un mensaje de texto rápido a Ivy, con la que he quedado en el centro comercial para comer algo antes de ir a la oficina, y entro a la tienda de Victoria's Secret en busca de la colección de Navidad.

Me encanta esta época del año, todo decorado con mis colores favoritos y lleno de espumillón por todas partes. Ojalá siempre fuese diciembre.

Esquivo con una sonrisa a los niños que se cuelan en mi camino y me escabullo donde sé que ellos no pueden entrar. Porque no pueden entrar a una tienda donde la mayoría de la publicidad y de los maniquís van en bolas, ¿verdad?

—Buenos días, ¿puedo ayudarla en algo? —Una dependienta monísima se abalanza sobre mí nada más poner un pie sobre la alfombra rosa y negra.

—Oh, hola. Estaba buscando la colección de Navidad...

La doble de Bella Hadid con quince centímetros menos de altura que la original mira a su alrededor con una clara sonrisa de asco. Ya sé que está toda la tienda empapelada con sujetadores rojos y blancos, pero ha sido ella la que me ha preguntado, no yo.

—¡Claro!, ¿alguna pieza en concreto? Mi favorito es el conjunto *I'm your present*. —La miro de arriba abajo. Puedo entender por qué es su favorito—. Aunque en tu caso, igual el camisón *Unwrap me* te quedaría mejor.

Intento no llevarme eso a lo personal y sonrío.

—Mejor voy a echar un vistazo, ¿de acuerdo?

—¡Claro! —repite con la misma energía monótona de antes—. Recuerda que hay un 3 x 2 en todos los tangas y bragas fuera de la colección...

Me doy la vuelta mientras ella sigue recitando sus ofertas, y esta vez ni me molesto en sonreír de nuevo antes de alejarme. Rebusco entre todas las perchas de la colección hasta que doy con lo que andaba buscando, *Dirty little secret*, un conjunto de dos piezas en un rojo terciopelo tan bonito como hortera. No soy de las que toman estas decisiones tan impulsivas, ni mucho menos atrevidas, pero estoy segura de que Stephen lo va a amar (y más cuando me lo quite). Además, tendré que regalarle algo después de que me dé el anillo.

Esa sensación me hace cogerlo e ir corriendo a la caja. Cuando termino de pagar, voy directa hasta la cafetería de siempre, donde Ivy ya me está esperando con el pedido hecho. Nada más entrar, la veo, está en nuestro sitio. Me hace un gesto rápido con la mano para que recoja la comida, que ya está esperando en el mostrador. Sé que es esa bandeja porque siempre pedimos lo mismo: dos *smoothies*, unas ensaladas César con el sándwich del día y cafés para llevar. Esta vez, junto a los cafés, descansan unos pequeños hombres de jengibre como cortesía de la casa. Agradezco el detalle, pero aborrezco el jengibre.

—¡Tu prima te ha dejado ideal! —Ivy abre los brazos exageradamente desde la distancia—. Pareces una auténtica Polly Pocket rosa.

—¿Quieres mi galleta? —Se la ofrezco a mi amiga en cuanto dejo la bandeja sobre la mesa que ha estado reservando todo este tiempo.

Ella arruga la nariz a modo de negativa y le da un trago a su *smoothie* verde. Por mucho que odie el jengibre, preferiría comerme la galleta antes que su pasto de vacas. El mío es de plátano y fresa.

—Menos mal que no te has cogido esta semana de vacaciones también. La oficina va a estar súper aburrida —comenta y rumia su batido al mismo tiempo—. Como ayer cenaste con tu familia, pensé que igual ya te quedabas en Connecticut para Navidad.

—Qué más quisiera. Solo estoy a una hora en coche de Greenwich. Además, no me quedan días libres. El veintidós me voy con Stephen

a...

—¡Es verdad! A una casita rural en las montañas a tener sexo desenfrenado.

—Ojalá, pero vamos con su familia.

—¿Y?

—Que no los conozco todavía.

—Oh. Vas a tener que comportarte entonces...

—Lo sé. Pero no me importa, es el momento perfecto para que me presente en sociedad como su novia oficial... y puede que algo más.

—Espero que me lo retransmitas todo mientras yo estoy aburrida en la ciudad. Le dije a mi hermana que viniera a hacerme compañía, pero está demasiado ocupada con los gemelos.

—¿Al final vas a pasar las navidades sola?

—No, me he unido a un grupo del gimnasio que van a ir a Times Square y después a una discoteca. No me caen demasiado bien, pero...

—Te niegas a no salir de fiesta —acabo la frase por ella.

—Exacto. —Ivy arrastra la última sílaba a la vez que coge impulso desde la silla para alcanzar el periódico gratuito que hay en la mesa de al lado.

Inconscientemente, picoteo la galleta de jengibre y me llevo un trozo a la boca.

—Mira —señala una de las páginas del periódico—, aquí lo deja claro:

«Querido Aries, este 24 de diciembre, los astros tienen un mensaje clarísimo para ti: inada de quedarse en casa! Marte, tu planeta regente, está en pleno modo fiesta, alineado con Júpiter, y eso significa que estás destinado a ser la estrella del *show*. Ya sea en una fiesta llena de famosos, en el bar de la esquina o tocando el ukelele en familia, la energía que desprenderás será magnética. Ponte ese *outfit* que te hace sentir única y sal a conquistar la noche».

Asiento a la vez que me llevo la otra manita del muñeco a la boca. «¿Por qué sigo comiendo esto si está horrible?». Me sacudo las manos de las migas restantes y le robo el periódico a mi amiga:

—Querida libra —leo mi horóscopo imitando la voz de la mujer que echa las cartas a las dos de la mañana en el Canal 4—, los astros están conspirando para regalarte unas navidades inolvidables. Con Venus, tu planeta regente, brillando en todo su esplendor, esta Navidad no es solo una noche mágica, sino que significará el cambio de un ciclo. Mantente alerta a las pequeñas señales que el Universo te envía: una mirada inesperada, un brindis, una conversación espontánea... Porque algo (o alguien) está destinado a cruzarse en tu camino. Puede que sea una nueva amistad, un amor inesperado o una experiencia que despierte en ti una ilusión que creías dormida. Déjate llevar, confía en tu instinto y, sobre todo, di que sí a todas las oportunidades que se crucen en tu camino por muy locas o totalmente arriesgadas que parezcan.

Nada más terminar de leerlo, un escalofrío me recorre el cuerpo.

—¿Di «sí» a todo? ¿Y si me pide matrimonio? —me emociono. Todos estos días solo era una ilusión poco probable, pero... ¿y si es cierto?

—Cassie, cariño... —Ivy apoya su mano sobre la mía. Intenta hacerme bajar al mundo real, pero yo ya estoy muy lejos de ahí. ¿Y si me convierto en Cassandra Orangerly?

—¡No tengo nada que ponerme!

—¿Para esquiar?

—No, para una pedida de mano —insisto.

—Cassie, te quiero y me emociona tu emoción, pero mi responsabilidad afectiva como amiga es decirte que lo más probable es que eso no ocurra... No todavía, quiero decir. ¿Desde cuándo os estáis viendo? ¿Desde finales de junio? Y ni siquiera te ha presentado a sus padres, ¿qué te hace pensar que te va a pedir matrimonio?

—Es verdad —me sereno—, tienes razón, no tiene sentido. Igual solo me va a pedir que sea su novia formal delante de toda su familia... —Empiezo a hojear rápido el periódico para disimular que estoy defraudada. Publicidad de joyas, descuentos en comida, un artículo sobre los sintecho de la ciudad a menos tres grados, otro sobre Jeremy Jensen... Me detengo al ver ese nombre.

—«¡Caos en Times Square! Jeremy Jensen planta cara a la Gran Noche de Nueva York a tan solo tres semanas del evento» —leo en voz alta con incredulidad.

—¿Jeremy Jensen? ¿El mismo que va a actuar en el escenario de CouldPlay? —pregunta Ivy.

Asiento, conteniendo una sonrisa. CouldPlay no es solo una plataforma de *streaming*; este año es nuestra estrella en la agencia. Cuando anunciaron que tendrían un escenario exclusivo en uno de los rascacielos más icónicos de Times Square para retransmitir la Nochevieja a nivel mundial, hubo una verdadera guerra en la oficina para liderar el proyecto. Para sorpresa de nadie, no fue para mí, sino para Rebecca Brown, la que estoy segura de que está liada con el señor Langford. De hecho, he escuchado rumores de pasillo que sugieren que el hijo que espera ni siquiera es de su marido.

—Que se fastidie. Me quitó el puesto. Que disfrute. —No he dicho a quién me refiero, pero no es necesario. Ivy lo sabe.

—Pero esto afectará directamente a CouldPlay y, de rebote, a nosotros...

—No te preocupes, seguro que sabrá resolverlo... ¿No tiene «diez años de experiencia más que yo»? —imito el tono condescendiente que Rebecca usó para desacreditarme en medio de una reunión con toda la directiva de Onyx Events.

Sé que la foto que robé de su Instagram y metí en mi congelador no ha tenido nada que ver con esto, aun así, me siento algo culpable. Quizá ya va siendo hora de sacarla.

Poco antes de las doce, la cafetería comienza a llenarse. En un arranque de buena fe, decidimos levantarnos para dejar algo de espacio libre. Aunque puede que también haya influido el hecho de que en diez minutos tengamos que estar en el despacho.

¡Ja! Ojalá pudiera llamar «despacho» a ese cubículo que tengo en la oficina.

Cojo mi café, me pongo el abrigo y mis nuevas orejeras con cuidado de no despeinarme, y salimos a la concurrida calle de Nueva York. Nuestra oficina está a solo tres calles del Madison Square Garden, lo que significa que siempre tenemos que esquivar turistas y a gente que, como nosotras, va de camino al trabajo. Pero ahora, en

plena temporada, cruzar la calle 35 sin ser aplastada por turistas y bolsas de regalos es prácticamente un milagro de Navidad.

Compartimos edificio con más de veinte empresas de todo tipo (bueno, de todo tipo siempre que puedan facturar más de nueve cifras al año), por lo que, si no quieres tardar más de cinco minutos en subir a tu planta, la clave está en entrar por la puerta trasera y usar otro ascensor. Normalmente, solo lo utilizan los repartidores, pero es perfecto para no tener que estar peleándose con señores que por el mero hecho de llevar corbata y haber vivido los 70 se creen con más derechos que tú. Además, así tenemos el espejo para nosotras solas. Ivy aprovecha el trayecto hasta la novena planta para retocarse el labial, que sigue igual de intacto que antes de comerse su ensalada, y yo, para cambiar mis botines de agua por unos zapatos de tacón estilo *kitten*. Meto las botas en una bolsa impermeable para que no se manchen el resto de trastos del bolso, y las meto a presión.

El ascensor se abre justo al lado de los baños, así que nos toca cruzar toda la oficina para llegar a nuestros cubículos. A modo de despedida, le guiño un ojo a Ivy antes de que nos separe el pasillo que divide nuestras mesas.

Dejo el bolso sobre mi escritorio y miro a mi alrededor. Como era de suponer, hoy ya no hay casi nadie en la oficina, por eso hemos entrado más tarde.

—Cassandra, no te he visto llegar —me saluda Victoria, la chica de recepción. Peligro. Solo me habla cuando quiere algo.

Sonrío y continúo a lo mío, dejando el abrigo en el perchero que tengo detrás.

—El señor Langford te ha llamado.

—¿El jefe?

Ante mi obviedad, no me responde. No sé quién me cae peor, si ella o Rebecca.

—¿Por teléfono? —insisto.

—No, está en su despacho. Esperándote.

—¿A mí? —Veo la desesperación en sus ojos, así que rectifico—: Quiero decir... ¿quiere que entre?

—Sí, Cassandra, el jefe quiere que entres a su despacho. Ya. —Con ese último comentario, Victoria gira sobre sus tacones de diez centímetros y vuelve a su sitio contoneando las caderas.

Miro hacia el otro lado del pasillo, con la esperanza de que Ivy haya oído algo de todo esto. Me estiro un poco, asomando la cabeza por encima de los paneles de madera blancos que separan las mesas, pero Ivy está demasiado ocupada charlando con Logan, uno de los abogados de la agencia. Estoy segura de que no tiene ninguna consulta legal.

Me resigno, me paso las manos por el pelo para acomodarlo un poco y me encamino hacia el despacho del señor Langford. En los escasos diez metros que me separan de su puerta, miles de opciones empiezan a cruzar por mi mente: despido, nuevo proyecto, despido, consulta absurda, despido... Despido.

Respiro tres veces como me ha enseñado el pódcast de Brianna Wiest y toco a la puerta con los nudillos.

—Adelante. —Oigo a través de la puerta. Aquí, las paredes son de pladur, nada de cristales ni espacios abiertos.

—Buenos días, señor Langford.

—¿Buenos días?, ¿buenos días? —brama, levantando las manos y con un cigarrillo electrónico en la boca que está a punto de caérsele—. ¿No has visto las noticias hoy?

El señor Langford lanza sobre su mesa de caoba una copia del mismo periódico en el que vi mi horóscopo hace apenas una hora.

—Oh. —Ya sé de qué va la reunión.

—Sí, «oh». —Me imita y se sienta en su sillón orejero de piel, junto a la ventana con vistas al resto de rascacielos de la ciudad—. ¿Sabes? Esta mañana estaba en Long Island —donde casualmente vive Rebecca—, y ese niño estúpido —señala al periódico que sigue tirado sobre la mesa— me ha obligado a volver a la ciudad porque ahora no le da la gana de actuar.

—Pero es que ese tío no es nuestro cliente, no es nuestro problema —me atrevo a intervenir.

—¿Que no es nuestro problema? CouldPlay es nuestro cliente y Jeremy Jensen tiene un contrato firmado con CouldPlay para

Nochevieja. Así que todo lo que les afecte a ellos, nos afecta a nosotros. ¿Queda claro?

Asiento lentamente.

—Así que, si no consigues que ese tío —enfatisa esa última palabra empleando el mismo tono que he usado yo antes— se suba al escenario, vamos a perder más de siete millones de dólares. Y tú serás la primera en irte a la calle.

—¿Yo?, ¿yo por qué? —elevo la voz con un tono mucho más agudo del que me hubiese gustado exteriorizar.

—Porque ahora estás al mando de esto.

—¿Qué? —Mi mente no termina de procesar la información.

—Sí, Rebecca está de baja. Ayer le dieron unas contracciones muy fuertes antes de tiempo, fue al ginecólogo y le pidió reposo durante los cuatro meses que le quedan de embarazo.

Me quedo callada, intentando asimilar todo lo que ha pasado en menos de cinco minutos, pero él cree que me he quedado en silencio por otro motivo: porque acaba de destapar lo que es algo sabido por todos en esta oficina.

—Le envió un mensaje a Victoria en cuanto salió del hospital y ella me envió un *mail* a mí. —Por algún motivo, siente la necesidad de justificarse.

En otro momento, esta información la hubiese almacenado a buen recaudo en cualquier rincón de mi mente y sería lo primero que soltaría en cuanto pusiera un pie fuera de aquí, pero ahora mismo no me puede importar menos con quién se acueste ninguno de los dos.

—¿Y por qué tengo que ser yo la que se encargue de esto ahora?

—¿No es usted la que lleva desde agosto criticando a Rebecca por haber conseguido este proyecto en lugar de usted? Pues ahora es suyo, señorita Hart.

—Con el debido respeto, señor Langford, yo no critiqué a Rebecca en ningún momento, de hecho, las palabras «niñata becaria» no salieron de mi boca, precisamente.

—No sabía que «becaria» fuese un insulto —la defiende.

—Ni yo que yo fuera una becaria. Llevo más de un año y medio con contrato fijo desde mis prácticas.

—En efecto, así es. Y si así quiere que siga siendo, le recomiendo que consiga que el señor Jensen se suba al escenario de CouldPlay. Me da igual cómo lo haga, como si tiene que secuestrar a las hijas del presidente de Estados Unidos.

—¿Y mis vacaciones? Me voy el viernes hasta Nochevieja.

—Te ibas el viernes —rectifica—. Ya no. A no ser que quieras que sean permanentes, claro... Mira, Cassandra, no quiero que me veas como el malo de todo esto. Nada me gustaría más que te fueras a esas estúpidas vacaciones tuyas, pero yo no tengo la culpa de que haya habido una crisis de tal magnitud en la empresa. Y creo recordar que tú querías ser socia *junior* el año que viene..., ¿verdad? Pues ya sabes lo que hay que hacer.

Asiento y empiezo a retroceder con la intención de irme de ahí lo más rápido posible. Estoy empezando a respirar demasiado rápido como para que sea normal. Necesito mi inhalador.

—Ah, por cierto —me detiene—, Rebecca, pese a estar de baja —esto lo dice como si hubiese hecho el mayor esfuerzo de su vida—, ha conseguido reunir a Jeremy Jensen en las oficinas. —Hace un parón y mira el reloj que está colgado en la pared—. De hecho, en menos de una hora estará aquí.

Me quedo mirando el reloj al igual que él. Apenas es la hora del almuerzo y el día no podría ir peor.



CAPÍTULO 2

Jeremy

Cada vez todo me importa menos, y eso no podría gustarme más. Hoy me he levantado a las seis de la mañana y, a pesar de que Central Park estaba cubierto de nieve, me he puesto unos pantalones cortos, una sudadera ancha, mi gorra, y me he preparado un café antes de ponerle la correa a Laila.

Odio el café quemado de las grandes cadenas capitalistas, solo tomo café de especialidad. Así que mientras reviso las miles de notificaciones que tengo en el móvil, cojo un vaso de cartón y vuelco el café caliente. Ayer lancé una bomba. Abrí mis redes sociales y compartí que me negaba a actuar en Times Square, a no ser que se revise mi contrato antes del día treinta y uno. También envié un *mail* cancelando seis de las veinte fechas que tengo programadas para el año que viene. Y no podría sentirme mejor. Anoche, a diferencia de los últimos meses en los que no lograba dormir más de tres horas seguidas, conseguí dormir del tirón. Lo más fácil sería decir que no sé cuándo ocurrió el detonante y que todo se debe al estrés obvio al que está sometido un artista, pero sería mentir. Y aunque me encanta hacerlo, no tendría ningún sentido engañarme a mí mismo. Fue el dieciséis de septiembre de hace un año. Teníamos una entrevista en el Show de Elsie para celebrar que acabábamos de terminar nuestra segunda gira mundial. Ese también fue el día que dejé de verlos como mis hermanos. Justo después de encontrarme a mi novia encima de Noa.

Desde que formamos la banda, hace ya once años, mis hermanos y yo nunca hemos sido los mejores amigos, pero siempre hemos respetado unos límites. Levantarnos a las novias no era algo que fuese en nuestra personalidad, excepto en la de Noa, al parecer. Ni

siquiera me importó por ella, ¿cómo se llamaba?, ¿Mandy?, sino por el hecho de que jodió toda la promoción del final de gira.

Noa siempre tiene que ser el protagonista, y eso fue lo mejor que se le ocurrió para conseguirlo. «Enhorabuena, tío».

Llevo un año actuando en solitario y nunca he sido más feliz. Ahora solo tengo que aguantar los delirios de Claire, mi grano en el culo que me ayuda a facturar. A ojos de la prensa, Related 4 se ha dado un descanso para mejorar su sonido, pero la verdad es un secreto a voces: no vamos a volver.

No me gusta coger el teléfono cuando estoy por la calle, y mucho menos cuando voy corriendo, pero sé que no va a parar hasta que se lo coja. Así que me detengo, llamo a Laila para que no se vaya más lejos, y me siento en un banco todavía helado.

—¿Qué has hecho? —Oigo su voz, claramente enfadada, cuando descuelgo.

Tan al grano como siempre.

—Pues verás... me he despertado antes de que sonase el despertador, me he dado una ducha rápida, desp...

—Jeremy, no estoy para tus estupideces.

Sonríó y le toco la cabeza a Laila. Tiene suerte de ser una mezcla de *husky*, porque, al contrario que yo, no se está empezando a congelar. Tengo que acabar con esta conversación cuanto antes.

—Qué bien, porque yo tampoco.

—¿Cómo se te ocurre hacer lo que has hecho sin consultarlo con nadie? —me reprende.

—Mi psicóloga me recomendó que echase de mi vida todo aquello que no quisiera, y eso estoy haciendo. Ten cuidado porque estás a un paso de estar en esa lista.

—Sí, y probablemente se refería a viejas costumbres, amistades, traumas... —enfatisa esa última palabra—, todo lo que te recordase a tu pasado, no a contratos de millones de dólares. Siempre estás haciendo tonterías y después tengo que ir yo a solucionarlas.

—No hay nada que arreglar, Claire. Relájate. ¿Sabes qué? Te doy vacaciones. —Me echo hacia atrás en el banco y paso una mano por el respaldo, aunque al segundo siguiente, cuando el hielo empieza a traspasar las capas de ropa, me reincorporo. Mala idea.

—Tú no me das vacaciones, Jeremy Jensen. De hecho, soy yo la que decide cuándo tú puedes tomarte vacaciones, y no es ahora. Así que ya me puedes explicar todas las gilipolleces que has hecho en las últimas veinticuatro horas. Y gracias a Dios que lo de la gira internacional no llegó a filtrarse y he conseguido detenerlo.

Me aburre demasiado esta conversación.

—Oye, Claire, Laila tiene hambre, voy a volver a casa para darle de comer, ¿te parece bien o también te tengo que pedir permiso?

—Te quiero en una hora en mi despacho.

—Yo también te quiero. Adiós, Claire.

Vuelvo al apartamento que alquilé hace menos de seis meses por recomendación de uno de mis agentes financieros cuando vio todo lo que llevaba desperdiciado en *suites* de hoteles. Cuando me separé de mis hermanos contraté a todo un equipo nuevo, excepto a Claire, a ella la conozco desde que cumplí la mayoría de edad, hace casi diez años ya. Se convirtió en nuestra *mánager* cuando entramos en Colt Records, la discográfica que nos fichó y en la que todavía sigo. Era la hija de uno de los peces gordos de allí, y cuando rompí lazos con mis hermanos ella se salió de la discográfica, pero se quedó conmigo.

Como bien me ha ordenado, tan solo veinte minutos después de la hora marcada, aparezco por la puerta de su despacho.

Está de espaldas a su mesa, por lo que ni me ha visto llegar todavía. Aprovecho para deleitarme con las vistas. Lleva un vestido marrón ajustado que le queda de locos. Nunca he tenido nada con ella, excepto el típico troteo de cuando estás empezando y te ponen una tía madura y *sexy* delante. Aunque si ella hubiese querido, nos hubiéramos acostado un par de veces... o incluso más. Negaré haber dicho esto delante de su marido o cualquiera de sus dos hijos pequeños.

Encima de la mesa hay más de ocho pódiums con diferentes números escritos en ellos.

—¿Qué significa todo esto? —pregunto para que se percate de mi presencia. Nunca nos saludamos.

—Las llamadas que llevo recibidas hasta ahora. Tres —señala el papel amarillo con el número escrito— de *Harper's Bazar*. A nadie le

importa este —coge otro pòsit, lo arruga y lo tira al suelo—. Siete de tu madre, que no entiendo por qué me llama a mí, pero vale —vuelve a hacer el mismo ritual, solo que este alcanza a meterlo en la papelería—, nueve de la BBC, diez de la empresa que se encarga de montar el evento de Nochevieja, veintidós de CouldPlay y treinta de Colts Records. ¿Sabes qué significa todo esto?

—Que ya se han enterado de mis cambios... —contesto, visiblemente orgulloso.

—Exacto.

—Genial entonces, menos trabajo para nosotros. ¿Te invito a comer? —Me doy la vuelta y señalo hacia la puerta.

—¡Joder, Jeremy! —Coge el resto de pòsits que no ha tirado y hace una bola gigante con ellos—. ¿Puedes actuar como un adulto funcional durante al menos unos minutos? No te pido más. No eres consciente del problema en el que nos has metido, ¿verdad? Entre las estimaciones de la gira, el patrocinio, las marcas y eventos que han cancelado tu imagen por tu niñería... acabas de perder más de diecisiete millones de dólares. Y esto solo va a ir en aumento como no hagas nada al respecto...

—Vaya, sí que es dinero... ¿Podrás llegar a final de mes? —ironizo.

Suelta una carcajada y meneas la cabeza.

—Veo que no eres nada consciente del privilegio que tienes. Sabes que tanto tú como yo seremos capaces de llegar a fin de mes, pero hay muchísima gente que no conocemos que depende de nuestro negocio. Esto es una cadena, y si tú dejas de trabajar, los de abajo del todo dejarán de cobrar y muchos de ellos sí verán afectada su economía.

—¿Y me tengo que encargar yo de los problemas de todo el mundo?

—Ni mucho menos, solo pretendo que seas profesional y cumplas con lo que te comprometes. —Claire apoya las manos sobre su escritorio y vuelca el torso hacia mí.

—Creo que no lo estás entendiendo. Soy yo el que ha conseguido dos nominaciones a los Grammy este año; soy yo el que ha colaborado en siete discos; soy yo el que ha estado más de tres meses seguidos en el puesto número uno de *Billboard* con un *single*

totalmente producido por mí... Así que discúlpame si considero que seis de las fechas de la gira deberían ser en arenas y no en locales donde las entradas ni siquiera llegan a cubrir gastos. Discúlpame por pensar que el *streaming* de CouldPlay va a llegar a más de dos millones de visualizaciones en menos de cinco minutos y yo apenas voy a cobrar un tercio de lo que eso va a impactar en su economía. Por no hablar del escenario...

—Jeremy, todo esto está aprobado desde hace un año, ¿quieres que te recuerde cómo estabas en ese momento? —Está jugando sucio, pero no voy a ceder—. Todo eso que dices lo has conseguido en los últimos ocho meses. Debes ser paciente y agradecido. Ya conseguiremos un mejor contrato para el año que viene.

—No. Las cosas no funcionan así, igual el año que viene nadie se acuerda de mí. —Estoy harto de ser paciente y agradecido. No le debo nada a nadie—. Lo que deberías haber hecho es jugar mejor nuestras cartas y añadir una cláusula que contemplase estos casos.

—No digas tonterías, nadie se arriesgaría a firmar algo así. Aun así, he conseguido contactar con ellos y están dispuestos a hablar. Tienes una reunión a las dos de la tarde en las oficinas de Onyx Events.

—¿Qué mierda es eso?

—Los que organizan el evento de Nochevieja.

—¿Y no me acompañas?

—No, Jeremy, no te acompaño. Tengo que arreglar el resto de tus meteduras de pata, así que a esta vas a ir tú solito. Y más te vale solucionarlo. Ah, y Jeremy —me detengo antes de cruzar el umbral—, ya hablaremos de lo de la gira. Pero quiero que sepas que ya he llamado para reanudarlo todo. Eso es todo de momento.

Salgo por la puerta sin despedirme de ella.

Entro en el minúsculo ascensor de su despacho y le escribo un mensaje rápido a Gregory para que venga a recogerme en la cafetería de la esquina. Me pongo el gorro, las gafas de sol y la capucha de la sudadera de Fendi. Ando por la calle con movimientos rápidos y la mirada fija en el suelo. No suelo tomar tantas precauciones, pero ahora mismo no me apetece que me reconozca nadie. Casi todo mi público son adolescentes hormonadas o mujeres

que quieren acercarse a mí por la fama o por pasar una buena noche. Solo les puedo ofrecer eso último. No pienso subir a ninguna niñata polioperada al carro. Estoy harto de que se intenten aprovechar de mi éxito.

—Café americano grande para llevar, gracias.

—¿Su nombre? —La barista coge uno de los vasos de cartón que tiene a su izquierda y se prepara para escribir en él.

Levanto una ceja y me bajo un poco las gafas de sol para que pueda verme bien. Estoy seguro de que sabe quién soy.

—Jeremy.

—¿Algo para comer, Jeremy? —pronuncia mi nombre con la misma entonación que he empleado yo. Está disimulando. Me conoce. Estoy seguro.

Niego levemente.

—Cuatro dólares entonces —apunta con una sonrisa.

Le doy un billete de cinco arrugado y me voy hasta el final de la barra.

Por inercia, vuelvo a desbloquear el teléfono móvil, me salto la notificación de mi chófer, que probablemente ya esté esperándome, y chequeo las alertas de búsqueda. Mi nombre ha aparecido en ciento trece webs desde ayer por la noche.

—¡Jeremy! —grita otro barista a la vez que lee el vaso—. ¡Americano grande!

—Shhh. —Miro a mi alrededor, alterado, por si alguien se ha percatado de que estoy aquí. Cojo mi café y salgo disparado.

Tenía dieciséis cuando empecé en esto de la fama. Una edad jodida. A medio camino entre no saber quién eres y creer que lo sabes todo. Para los mánagers, era la edad perfecta: impresionable, obediente, con el ego siempre hambriento de más. Me enganché rápido. No a las cámaras, ni a los focos. Me enganché a lo que provocaban. A cómo me miraban. A cómo hablaban de mí incluso cuando no hacía nada.

Pronto entendí que escándalo era sinónimo de presencia. Y la presencia, poder. Mi publicista empezó a inventarse romances, líos con actrices que apenas conocía, y yo los alimentaba como si fueran reales. Me dejaba ver en fiestas donde no quería estar y me metía

en peleas que no eran más solo para salir al día siguiente en todos los titulares. Me convertí en una versión distorsionada de mí mismo. Más ruidosa, más oscura, más rentable.

Jeremy Jensen era el *bad boy* de Related 4. Y esa idea me gustó tanto que día tras día hacía algo nuevo que me mantuviese en el podio; quería seguir siendo el titular favorito de todos los portales que se alimentaban del morbo, pero lo que la prensa no sabía es que solo había un villano en el grupo y, desde luego, ese no era yo.

Cuando me fui, nadie se molestó en ver más allá. A nadie le importó, porque esa opción no cabía en su discurso. Era más fácil seguir llamándome el problema, el rebelde, el que se cargó todo. Así que ahora me limito a cumplir sus estándares vacíos, ¿quieren que Jeremy Jensen sea el antagonista, el chico malo? Perfecto, me tragaré la verdad y empezaré a sacarle más rentabilidad a esto, y, de momento, lo único que tengo claro es que no pienso mover un dedo más hasta que me den lo que me merezco. Ese es el único discurso que me repito mientras veo cómo la pantalla del ascensor avanza del número seis al siete, ocho...



CAPÍTULO 3

Cassie

—Nueve. Tengo la reunión en exactamente nueve minutos y no me ha dado tiempo a prepararme nada. —Desde que he salido del despacho del señor Langford no he parado de hiperventilar y de dar vueltas por mi cubículo como si fuese un hámster hiperactivo—. Es imposible que esto salga bien. Lo ha hecho aposta para deshacerse de mí.

—Cálmate, Cassie. Te sabes el caso de memoria, estuviste preparándotelo antes de que se lo dieran a Rebecca —intenta calmarme Ivy, girando sobre mi silla para poder seguirme el ritmo mientras ando de arriba para abajo—. Conoces a la gente de CouldPlay y, aunque te cueste reconocerlo, sé que en tu habitación de Connecticut tenías un póster enorme de Related 4 detrás de la puerta.

Me hice fan de los hermanos Jensen tan pronto como descubrí internet; para mí, la mejor época de mi vida, para mi madre, la peor. Así que sí, Ivy tiene razón, ese póster sigue en mi habitación, pero al contrario de lo que se espera, yo era del *team* Kade, nunca fui una chica Jeremy. Siempre me pareció el más prepotente, chulo y narcisista de los tres. Le encantaba estar en medio, quitar micrófonos en medio de las entrevistas y robar minutos de cámara al resto de sus hermanos. Sí, un ser adorable del que no me extraña nada que su último movimiento haya sido cancelar su actuación de Nochevieja.

—Conozco el caso previo a la actuación, no los cientos de correos que ha habido desde principios de verano. ¡Mira, otro! —grito cuando noto vibrar mi reloj inteligente con otra notificación entrante—. ¡Ocho minutos y ciento setenta y dos mensajes!

—Vale, vamos a hacer una cosa. —Ivy se levanta de la silla y me empuja hacia el pasillo central—. Ve al baño, refréscate, después ve a la cocina a por algo de beber y yo, mientras tanto, preparo la sala de reuniones.

Me escabullo hacia el baño, tal y como me ha obligado mi amiga, y pongo todos mis esfuerzos por calmarme. Me apoyo sobre el mármol negro y respiro hondo. Saco el inhalador que me he guardado entre la falda y a la ropa interior, me lo llevo a la boca y lo pulso repetidas veces. Una, dos, tres. Así hasta que mi reloj vuelve a reflejar unas pulsaciones normales. Me mojo las manos para refrescarme la nuca y, sin pensarlo demasiado, las meto bajo el potente secador automático. Error. El aire sale disparado haciendo que cientos de gotas salgan despedidas de mis manos hacia mi blusa de seda, ahora prácticamente transparente.

«Menudo desastre».

Debería sorprenderme, lo sé, pero soy esa persona a la que le pasa este tipo de cosas todo el tiempo, así que lejos de alterarme más, activo el modo supervivencia y lo arreglo tan rápido como puedo en los dos minutos que me quedan. Me inclino y enfoco la blusa directamente contra el chorro del aire caliente. Poco a poco, la mancha comienza a disolverse, pero un cerco enmarca mi error.

Con solo treinta segundos de ventaja, salgo del baño con la vista todavía pegada sobre mi ropa. Camino con decisión, recolocándome el cárdigan y sacudiendo con disimulo la tela húmeda. Avanzo tan deprisa hacia la sala que apenas reparo en lo que tengo delante hasta que mi cuerpo choca de lleno contra lo que creo que es una columna. Una columna que, por cierto, nunca ha estado ahí. El impacto es seco y me hace retroceder un paso. Parpadeo, confundida, y al alzar la vista, la columna, que huele a colonia cara y ahora resulta que también respira, comienza a adquirir forma humana. La arquitectura imprevista se convierte en un pecho masculino, luego en una mandíbula afilada y, finalmente, en un par de ojos oscuros que parecen disfrutar demasiado de la situación.

—Ah, maldita columna —murmuro, porque mi cerebro aún no ha procesado que acabo de estamparme contra un ser humano—. Perdona. Quiero decir... hola, señor Jensen.

«¿Por qué estoy llamando señor a un tipo que tiene casi un año menos que yo?».

«Porque tu trabajo depende de ello», replica mi segunda voz interior.

—Un momento. —Jeremy separa el teléfono de su oreja antes de dirigirme la palabra—. ¿Podrías traerme un café? Americano.

—¿Cómo? —pregunto, confundida.

—Sí, sin leche. *Espresso* y agua caliente —dice Jeremy, adelantándose por el pasillo con el teléfono otra vez en la oreja y dejándome plantada con cara de palurda—. Perdona, Claire, las becarias aquí parece que no saben preparar un café. ¿Por quién me has dicho que tenía que preguntar?

Me asomo hacia la puerta que conecta directamente con la oficina, donde Victoria, atenta a todo lo que ha ocurrido, me hace un gesto para que le lleve ese maldito café al señor (y niño también) Jensen.

En la cocina me cruzo con los auténticos becarios. Lo que fui yo hace casi dos años, básicamente. Este espacio es territorio exclusivo de ellos; los directivos prefieren el restaurante de la décima planta, con manteles de tela y camareros que hacen todo el trabajo por ellos. El resto de los mortales —Ivy y yo incluidas— solemos apañarnos con cualquier cosa que encontramos en los cajones de nuestro escritorio.

En cuanto entro, todos se ponen nerviosos, como si yo tuviese la potestad de decirles que se pusieran a trabajar. Esquivo las mesas bajo la atenta mirada de todos y actúo rápido. Me sirvo una infusión, y el café de Jeremy lo mezclo con un ingrediente secreto. Me chupo el dedo con extra de saliva y remuevo el líquido negro con ello. Está extremadamente caliente, tanto que empiezo a sentir cómo el dedo cambia de color por momentos.

—Si vosotros no os chiváis, prometo no contar lo que estabais diciendo.

Me marco un triple, porque no tengo ni idea de lo que estaban hablando, aunque fijo que estaban criticando a alguien.

Antes de irme, meto mi dedo rojo bajo el grifo de agua fría y elimino todas las pruebas que me puedan inculpar.

El plan inicial es llevarse bien con Jeremy, sobre todo porque de él depende mi futuro. No lo he decidido yo, sino el señor Langford. Así que, con la mejor de mis sonrisas, me cuelo en la sala de reuniones, todavía vacía a excepción del que será mi nuevo amigo.

Al segundo de entrar, Ivy aparece con una bandeja llena de vasos reciclables y una enorme jarra de agua. Sí, ella es mucho más previsora que yo.

—Tú debes de ser Cassandra Hart. —Al oír esas palabras, me giro, pero no van dedicadas a mí, sino a mi amiga—. Mi agente me ha dicho que tú me ayudarías con... todo lo que necesitare. —No paso por alto cómo le hace un repaso rápido. Está deseando tener que negociar con ella y no conmigo—. Así que más te vale tratarme bien.

—Lo siento, colega. Ella es Cassandra Hart, la encargada de tu proyecto con CouldPlay. Y futura socia de la agencia, así que más te vale tratarla bien a ti. —Ivy enfatiza sus últimas palabras y me guiña un ojo antes de abandonar la sala.

—Su café —sonrío y le tiendo mi receta especial.

—¿Podemos empezar la reunión?

—Obviamente no. ¿Ves aquí al representante de CouldPlay? Pues eso.

Él está sentado en una de las sillas de espaldas a la ventana. Así que yo rodeo la larga mesa y me siento en uno de los laterales, justo en el centro. Presidiendo. Una pequeña victoria simbólica que solo yo voy a notar, pero que me sirve como escudo. Jeremy apoya una pierna sobre la rodilla contraria, y mientras gira lentamente empieza a tocar todos los bolígrafos que hay sobre la mesa. Uno por uno. Los empuja, los hace rodar, los golpea ligeramente contra la madera, los alinea y los desordena. Y yo... lo observo. No porque quiera, sino porque es imposible no hacerlo. Su chaqueta estridente, la mandíbula perfecta con la cantidad exacta de barba, y ese pelo que parece peinado por un estilista profesional incluso cuando da la impresión de haberse levantado hace menos de dos horas. Sí. Es guapo. Lo suficientemente guapo como para salir en un anuncio de colonia. O en mis sueños. Pero es tan insoportable...

Me revuelvo en la silla, fingiendo revisar unos papeles, y lanzo una mirada al reloj de la pared. La reunión debería haber empezado hace

un rato ya. Cojo el teléfono y le escribo un *mail* rápido a Mason, la tercera persona que debería estar aquí desde hace al menos cinco minutos.

Cuando levanto la vista del móvil, Jeremy me está mirando. Sonríe. Una sonrisa ladeada, con toda la arrogancia del universo concentrada en un solo gesto.

—¿Algún problema, becaria?

—Sí, y demasiado cerca de mí. —Finjo la mejor de mis sonrisas.

Debería morderme la lengua, pero como no lo hago, bebo de mi té caliente, a ver si al menos me la quemo y así cierro el pico. No puedo tratarlo mal, es el cliente de nuestro cliente.

Se encoge de hombros, gira la silla otra vez más y lanza uno de los bolígrafos al aire antes de atraparlo al vuelo.

—Disculpad el retraso.

Un hombre de mediana edad con un maletín mal cerrado y con todos los papeles desbordándose aparece por la puerta de cristal. Nunca había visto a Mason en persona, solo había escuchado su voz en alguna videollamada que había hecho Rebecca sin los auriculares puestos, y desde luego que no me lo imaginaba así. Creía que todos los que trabajaban en *marketing* y relaciones públicas parecían sacados de la generación Z con *looks* imposibles de descifrar, atrapados en su ropa demasiado moderna para poder catalogarse como moda o demasiado antigua para denominarse *vintage*. Sin término medio. En cambio, Mason ha roto todos mis estándares; es un señor de mediana edad, con los pocos pelos que le quedan repeinados hacia la derecha y un traje gris oscuro estilo enterrador.

—Tuve que aparcar a demasiadas manzanas de aquí —se justifica.

¿Nadie le ha dicho a este buen hombre que es imposible aparcar en el centro de la ciudad y menos en Navidad?

—No se preocupe, señor Gray, apenas acabamos de entrar en la sala —miento y me levanto para tenderle la mano. Dirijo mi mirada hacia Jeremy, por si acaso quiere aportar algo más, pero ni siquiera hace el ademán de mover su culo de la silla—. Tome asiento, por favor. —Espero a que lo haga antes de seguir hablando—. El objetivo de esta reunión es claro, intentar llegar a un acuerdo entre ambas partes. Nuestra posición es clara, queremos que esto salga adelante,

pero no está en nuestra mano, sino en la vuestra. —Señalo a ambos—. Como bien sabrá, señor Gray, ayer el señor Jensen hizo un comunicado donde se negaba a participar en el evento de Nochevieja.

—Estamos al tanto, pero al no ser una comunicación formal, mi empresa todavía no ha tomado medidas oficiales. Está en el contrato.

—¡Fantástico! —Casi lanzo los papeles al el aire—. Eso quiere decir que podemos seguir como antes.

—Ni hablar. —La voz rasgada de Jeremy hace acto de presencia por primera vez desde que empezó la reunión—. Yo no me retracto. O aumentan mi caché o no actúo.

Hojeo la agenda por los nervios, llego hasta el día de hoy y lo subrayo con el bolígrafo repetidas veces. Veinte de diciembre: el día oficial de mi despedido por culpa de un idiota.

La reunión termina tan de golpe que por un segundo creo que me he desconectado del mundo. Pero no, solo es Jeremy levantándose y comportándose como un maleducado. Otra vez. Le da un último trago al café antes de cruzar la sala y marcharse, dejando claro que el resto no somos más que parte del mobiliario.

Con la palabra aún en la boca, me levanto de un salto. La silla chirría y el enterrador me mira como un *shih-tzu* asustado, pero me da igual. Salgo disparada por el pasillo —o tan disparada como lo permiten estos malditos tacones— mientras intento que la coleta no se me deshaga y que el corazón no se me salga por la boca.

—Te propongo un trato —grito antes de que se cierre la puerta del ascensor y lo pierda de vista—. Actúa y yo te daré la diferencia. —Claro que me estoy marcando un farol, pero eso él no lo sabe.

—Monada —detiene las puertas de acero con el antebrazo y cruza el umbral del ascensor—, deberías saber que no lo hago por la pasta, me sobra el dinero. Solo quiero que reconozcan lo que me pertenece y, si me lo das tú, no servirá de nada. Además, no creo que tengas los más de dos millones de diferencia que hay con mi actual caché.

Resoplo ante la obviedad de sus palabras. Ahora mismo no tengo muchos ahorros, pero si en el futuro las cosas se ponen serias...,

igual podría pedirle algo prestado a Stephen.

—Acuéstate conmigo y actuaré.

—¿Cómo dices? —Lo ha dicho con tanta naturalidad que no estoy segura de haber escuchado bien.

—No sé por qué pones esa cara. Te estoy haciendo dos favores.

—Ni en mi tercera reencarnación me acostaría contigo. Además, estoy prometida —miento.

—No veo ningún anillo.

Instintivamente me llevo la mano al anular, desnudo.

—Lo están ajustando —vuelvo a mentir.

—Está bien, como quieras. —Gira los pies antes que el resto del cuerpo.

—¡Espera! —Veo cómo sonrío—. ¿Lo dices en serio?

¿Qué estoy haciendo?, ¿tan desesperada estoy? ¿Quiero tanto ser socia de este lugar?

Quiero que no me despidan.

—Nunca bromeo.

—Está bien, actúa y después... nos acostaremos. —Otro farol.

—No, monada. Yo me cobro los tratos antes. No me puedo fiar de tu palabra.

—Ni yo de la tuya.

—Está bien. Dejémoslo en una cita.

—¿Sin sexo? —Trago saliva. Mierda, no sé por qué he sonado tan decepcionada.

—Lo dejo a tu elección.

—Está bien. Tendremos una cita.

—Pero me tienes que ayudar con una cosa más —insiste.

—¿Con qué?

—Te lo digo en la cena.

Con eso último, Jeremy vuelve a apretar el botón. El ascensor, que seguía esperándolo, abre sus puertas. Seguro que tiene la misma suerte para todo en la vida. Ojalá yo la tuviese los días que llego tarde a la oficina.

Ya lo odio.



CAPÍTULO 4

Jeremy

Llevo dándole vueltas a la misma idea desde que vi entrar por la puerta de la sala de reuniones al señor Burns del *streaming*. Y aunque todavía es una idea de mierda, creo que he dado con la persona indicada que me va a ayudar a convertirla en una buena.

Cassandra Hart.

Es mona. Cara dulce y curvas estratégicas. No es excesivamente *sexy*, pero últimamente estoy cansado de eso. Me abruman las tías que me plantan las tetas en la cara nada más conocerlas. Nunca diré eso en voz alta, de hecho, hasta negaré haberlo pensado, pero es cierto. Ella, a diferencia de todas las mujeres con las que me he cruzado últimamente (exceptuando a Claire, claro), me dio la mano y me miró con desdén. Aunque teniendo en cuenta que la confundí con la becaria, puedo llegar a entenderlo.

En cuanto salí de la reunión, hablé con Claire. Me dijo que había estado investigando a la nueva encargada de mi actuación y que, al parecer, era un hacha en lo suyo. Palabras textuales. Lo dijo con ese tono que usa cuando quiere que me porte bien y sabe que no lo voy a hacer. Entró en Yale con una beca y, antes de graduarse, ya había liderado más de quince proyectos distintos. Consiguió prácticas directas nada más pisar la facultad y hoy en día es una de las más jóvenes de toda la empresa. Y aun con todo ese recorrido a sus espaldas, siguen tratándola como si fuese la becaria solo porque tiene ese aire de inocente y viste de colores pastel, a juego con su pelo. Justo como hice yo.

Un idiota de manual. Mi indiscutible seña de identidad.

Después de hablar sobre Cassandra y de un montón de cosas irrelevantes —como recordarme que ha reactivado todas las cancelaciones que hice en mi arrebató de ayer—, le he prometido a

Claire que me lo pensaría. Lo reconozco, lo de ayer fue un calentón, pero tengo mis motivos, así que no pienso cambiar de opinión.

No va a ser tan sencillo librarme de actuar sin enfrentarme a la cláusula de incumplimiento contractual, pero sigo empeñado en mi decisión. No es una rabieta absurda, es que estoy harto de ceder ante la gente. De servir de escaparate para una empresa que me exprime y me trata como si tuviera que dar las gracias por algo que yo he logrado. No me molesta que me utilicen, la verdad. En según qué contextos, incluso lo disfruto. Sobre todo si hay una cama de por medio y me dejan las muñecas marcadas por más de una semana. Pero esto no va de placer, va de pasta y orgullo. Y no pienso regalarle mi cara al minuto más caro de la televisión a cambio de migajas.

Entro rápido en casa y Laila, tumbada en su rincón favorito, ni se inmuta, como de costumbre. Paso por su lado y ni me molesto en llamarla. Ya sé que no va a venir corriendo a saludarme como haría un perro normal. Laila no es un perro normal. Es un *husky* con cero ganas de complacer a nadie. En eso se parece a mí.

Está conmigo desde hace medio año, cuando me mudé a este apartamento. Fue una decisión impulsiva. Un colega de los Nets se mudaba a Europa y no podía llevársela. La vi un fin de semana que organizó una barbacoa en su casa y caí rendido a sus pies. Tenía heterocromía y cara de no aguantar a nadie, y yo, por alguna razón, pensé que sería buena idea llevármela a casa. Pensé: «sí, venga, por qué no». La respuesta era sencilla: porque es un puto *husky*.

No me odia, pero tampoco le intereso demasiado. Mientras tenga comida, espacio y nadie la moleste, está bien. Me imaginaba otra cosa. Una perra que me esperara en la puerta, que se emocionara al oír las llaves. Algo. Pero no. Laila va a su bola. Me ignora y, aun así, la muy cabrona me cae bien y no paro de consentirla. Gracias a mí vive en un piso de lujo con calefacción por suelo radiante y tiene este casoplón para ella sola, así que no le queda más remedio que mover el rabo y fingir que me soporta. Con el golpeteo arrítmico de su cola, voy hasta la cocina, saco un zumo prensado hace menos de doce horas y me lo bebo con la vista fija en la gran cristalera desde la que se ve la parte este de Central Park. Al tirar el envase de

cristal, desvió la vista hasta el reloj de diseño. Tengo fisioterapia en cinco minutos. Por suerte, no tengo que ir muy lejos. Lo bueno de este ático es que tiene piscina, gimnasio y masajista tres plantas más abajo.

Me quito la camisa que me había puesto para la reunión y, antes de ponerme otra de deporte, contemplo mi reflejo desnudo en el espejo del pasillo. Estas luces son horribles, pero lo suficientemente buenas como para ver que estoy algo menos fuerte que hace un año. Sé que aún estoy bueno, pero echo de menos mi antiguo cuerpo. Desde que le metí aquel puñetazo mal dado a Noa y me jodí el hombro — una contusión del deltoides, con premio extra de tendinitis en el antebrazo—, dejé de darle tan duro a los pesos libres. Me vi obligado a bajar el ritmo, empezar con fisioterapia una vez por semana y cambiar mis antiguos entrenos por bandas elásticas y masajes drenantes. Lo peor fue el mes que pasé tocando la guitarra en *playback* porque ni siquiera podía cerrar bien la mano para coger la púa sin que me doliera el antebrazo. Lo mejor, en cambio, fue empezar a tirarme a mi fisioterapeuta en los baños de la sauna. Digamos que encontré otras formas de sudar. De ahí mi nueva definición muscular.

Cuando bajo al decimocuarto piso, Olga ya me está esperando con una toalla caliente y el uniforme desabrochado tres botones más abajo de lo estrictamente decoroso.

Resoplo nada más verla.

—Hola, Jeremy. ¿Un día largo? —Su marcado acento ruso hace que me cosquillee todo el cuerpo.

—No te haces una idea.

—Yo sé lo que necesitas para desestresarte.

La sigo por el pasillo, sin molestarme en disimular que solo me fijo en su diminuto uniforme. No sabría decir si lo ha comprado en un *sex shop* o si alguien, en su sano juicio, pensó que eso era ropa de trabajo. Medias apretadas y una diminuta bata blanca con una camisa lencera que apenas le cubre los pechos.

La sala de masajes está vacía, como siempre. Otra razón por la que prefiero reservar a esta hora. No soporto coincidir con otros tipos sudorosos aquí dentro. Hombres mayores, con barrigas rebosantes

de éxito y relojes que no se quitarían ni aunque les cortasen el brazo. Aunque el edificio es nuevo, huele a dinero rancio. Supongo que es lo que tiene vivir en Park Avenue.

Me relajo justo cuando noto las manos de Olga apoyadas sobre mi espalda. Empieza a recorrermela con la misma precisión milimétrica de siempre. De arriba abajo. Y vuelta a empezar. Justo en los puntos donde sabe que necesito más presión. No sé cómo lo hace, pero siempre termina encontrando mis puntos exactos de placer. Sus manos firmes presionan cada nudo con la fusión perfecta de fuerza y cadencia.

Cierro los ojos y me dejo arrastrar por el calor húmedo de sus palmas, por su respiración medida y ese leve roce de su pecho contra mi hombro cuando se inclina un poco más de la cuenta.

Y justo cuando empiezo a excitarme, cuando el calor sube despacio por mi espalda, mi mente se desvía. Por un segundo, los dedos largos y expertos de Olga se convierten en otros. En unos más torpes, más pequeños y sin ningún anillo de compromiso a la vista.

Sé identificar si una mujer está casada o prometida. Me he acostado con demasiadas de esas. Ninguna llevaba el anillo durante el acto, claro, pero todas dejan un pequeño rastro a la vista. Una marca pálida en el dedo apenas visible bajo ciertas luces. Una pequeña hendidura en la piel que no desaparece aunque lleves horas sin ponértelo. O ese gesto nervioso de tocarse el dedo como si el anillo siguiera ahí. La culpa tiene memoria muscular.

Pero ella... ella no tenía nada de eso.

Ni marcas. Ni gestos. Ni huellas en la piel.

Maldita niñata mentirosa.

Olga empieza como siempre. Me recorre la espalda, conociéndose bien el camino que quiere trazar: masajea con círculos lentos, se desliza por el brazo, despacio, y luego me empuja la pelvis para que me dé la vuelta. Tiene esa sonrisa medio inocente, medio traviesa, con la que sabe que puede conseguir cualquier cosa. Y normalmente, funciona. A estas alturas ya me cuesta pensar en otra cosa que no sea levantarla y llevarla hasta nuestro lugar. El baño de la sauna. Nadie lo usa y allí hacemos lo que nos da la gana. Es capaz de hacerme olvidar el dolor del brazo, la tensión, todo. Solo está

ella, besándome y untándome el pecho con los restos de aceite de sus manos.

Siempre hacemos lo mismo, todos los miércoles, y también algunos viernes, desde hace más de cinco meses.

Pero hoy no.

Antes de que me gire del todo, me siento en el borde de la camilla y me vuelvo a poner la camiseta, que le cuesta deslizarse por el exceso de aceite que hay en mi espalda.

—¿No te quedas?

No me apetece. Y no tiene nada que ver con ella.

—Tengo una reunión importante —miento. Normalmente, no suelo hacerlo; si no quiero algo, soy directo.

Ella no dice nada más. Yo tampoco. Supongo que nos conocemos lo suficiente como para entender que esto también forma parte del juego.

Ya de vuelta en casa, la idea que me ha golpeado antes vuelve a darme vueltas en la cabeza. Quería haberla desarrollado durante el masaje, pero Olga y sus manos expertas me han tenido demasiado entretenido como para pensar en algo que no fuera gemir por dentro.

Soy consciente de los obstáculos que tengo por delante, pero si el señor Burns es lo mejor que tiene CouldPlay como representante..., bueno, entonces no va a ser muy difícil tomarles el pelo. Y puede que mi nueva amiga me sirva para tenderles una trampa. Aunque para eso, primero tendría que ganarme su confianza. Lo cual, teniendo en cuenta cómo le he caído hoy, va a requerir algo más que una sonrisa y una excusa barata. Tocaré ganarme los puntos. Uno por uno.



CAPÍTULO 5

Cassie

Uno por uno. Bien plegados. Así he guardado los primeros conjuntos. Con el máximo cuidado, porque Stephen odia las arrugas. Mañana nos vamos a las montañas y ya he empezado a prepararlo todo. Prefiero hacerlo con calma para asegurarme de no dejarme nada.

Llevo despierta desde las cuatro de la mañana. Me desvelé y, como era de esperar, mi cerebro decidió activarse y darle vueltas a todo: el trabajo, mis no-vacaciones... Así que he aprovechado para completar la lista de cosas que tengo que llevar —una versión revisada por tercera vez, por si acaso— y ya he empezado a guardar algunas cosas en la maleta. Porque sé que mañana iré justa de tiempo y prefiero adelantar trabajo..., aunque probablemente acabe rehaciéndola entera antes de salir.

También me he preparado algo de comida para hoy (y cruzo los dedos para no olvidarla en la nevera otra vez) y he vuelto a revisar los *mails* de CouldPlay.

Ayer, cuando Jeremy desapareció de la reunión, me quedé hablando con Mason un buen rato. Lo invité a un café (sin saliva) y yo me tomé otra tila. No entiendo cómo podía estar tan tranquilo. Yo tenía las pulsaciones disparadas y un nudo en el estómago. Según él, el concierto se va a celebrar sí o sí. Ojalá yo tuviese esa misma fe ciega. Porque si Jeremy decide no subirse al escenario, la que se cae soy yo. Y con él, mi puesto y cualquier posibilidad de remontar después de esto.

—Buenos días —saludo a Victoria con mi habitual sonrisa de siempre. A cambio, no recibo nada por su parte.

No me sorprende que no me salude, nunca lo hace. Lo que sí me sorprende es, a los pocos minutos, encontrármela delante de mi

cubículo.

—¿Cuándo has entrado?

—¿Perdona?

—¿Cuándo has entrado? —me repite, como si se hubiese dado cuenta de que soy más tonta de lo que ella creía.

—Hace menos de dos minutos, y te he saludado. —No la soporto.

—Oh. Me habrás pillado hablando por teléfono. —O mirando al infinito—. Toma, es para ti. Ha venido un repartidor a las ocho de la mañana con esto a tu nombre.

—¿Qué es? —pregunto por inercia.

—¡Y yo qué sé! —se desespera—. Por cierto, dile a tus ligues que no soy tu secretaria.

Técnicamente sí lo es, pero me ahorro responder.

Solo cuando me aseguro de que ha desaparecido, me siento y observo la caja.

No me quiero emocionar demasiado, pero tiene forma de la típica caja que contendría un anillo dentro. Uno grande. De compromiso. ¿Y si es? ¿Y si Stephen ha decidido dar el gran paso justo ahora, tal y como me indicó el horóscopo? Tendría sentido. Querrá que lo lleve puesto antes de presentarme ante su familia mañana. Me muerdo el labio. A lo mejor debería abrirlo antes de seguir planeando el menú de la boda.

Cuando por fin me decido a abrir la caja, trato de no parecer demasiado ansiosa. Al fin y al cabo, podría no ser un anillo. Podría ser..., bueno, cualquier otra cosa. Unos pendientes y una gargantilla a juego...

Deslizo la parte de arriba con el corazón a mil, preparada para ver un diamante, o al menos algo brillante.

Y lo que me encuentro es... una tarjeta.

Una tarjeta de visita doble. Nada más. Es una cartulina negra mate, con los bordes dorados, elegante, probablemente más cara que todo mi bolso. Al principio pienso que es una broma, que el anillo estará debajo, o que es un mensaje especial de Stephen. Algo íntimo, romántico, pensado solo para mí.

En cambio, en el centro, en tipografía moderna, absurda y casi ilegible, pone:

«Jeremy Jensen. Cantante y ahora probablemente tu nueva persona favorita».

Debajo hay una lista con muchos números escritos a mano con tinta dorada:

1. Teléfono principal.
2. Teléfono secundario.
3. Teléfono para cuando los dos anteriores dejen de existir porque alguien los ha filtrado (otra vez).

4. Instagram privado.

5. Correo (pero nunca lo leo).

En el anverso de la tarjeta, descubro algo escrito con el mismo rotulador:

«Esta noche, 20:30. Il Padrino. Cena. Primera parte del trato».

Cojo la tarjeta con dos dedos, como si me estuviera infectando, y la dejo de nuevo en la caja.

—¿Qué es eso? —La pelirroja melena de mi amiga cae por encima del lateral de mi cubículo, llevándose por delante todos los pósits de la pared.

—¡Ivy! —me quejo en forma de saludo. Hago a un lado la caja y recojo todas las anotaciones antes de que caigan al suelo y sean pasto de la señora de la limpieza que siempre está al acecho para ordenarme mi espacio.

—¿Un regalo *sexy* de tu novio todavía más *sexy*?

Ivy solo ha visto a Stephen una vez en persona, pero le bastó para resaltar lo evidente.

—Qué más quisiera —gimoteo con los pósits aún entre las manos —. Es de Jeremy.

—Jeremy. ¿Jeremy Jensen? ¿El incluso todavía más *sexy* que tu novio?

—Sí a lo primero. No a lo último.

Sin esperar a que le dé permiso, coje la caja y rebusca entre el papel de seda negro.

—¿Todo eso para una tarjeta? ¿Este tío es imbécil?

—Sí a lo primero. Sí a lo último.

Ivy deja la tarjeta de lado y rebusca por la caja, deseosa de encontrar algo más.

—¿Y bien? ¿Vas a ir a cenar con él? —Pone la caja boca abajo, aferrándose a la esperanza de que, por algún milagro, no esté tan vacía como parece.

Ayer, en cuanto salí de la reunión, ella ya se había metido en otra, así que no pude verla ni un segundo. Por la noche la llamé y le conté todo con detalle, necesitaba desahogarme con alguien. Me hubiese gustado poder hacerlo con Stephen, pero últimamente está tan absorto en el trabajo que ni siquiera me atrevo a interrumpirlo. No quiero ser una carga ni parecer que lo agobio con mis tonterías.

—¿Acaso tengo otra opción? Tengo que hacer que el tonto ese se suba al escenario como sea. Y si tengo que hacer de niñera, cenar con él, sonreírle y reírle todas las gracias... pues eso haré. Me tragaré el orgullo y, con suerte, una buena copa de vino.

—Podrías decir que no.

—¿Y arriesgarme a que se largue y todo esto se venga abajo? —La miro con una sonrisa cansada—. No puedo. Mi trabajo depende de que ese idiota cante el día treinta y uno. Y, con suerte, no lo arruine todo antes.

—Míralo por el lado bueno —intenta animarme—, es Jeremy Jensen —señala, como si fuera obvio lo que quiere decir. Le hago un gesto para que continúe—. No es Richard DeJackson.

Richard DeJackson es una vieja gloria del *rock* londinense que se vino a vivir a Estados Unidos a finales de los noventa, cuando las autoridades de su país decidieron que ya había acumulado demasiados escándalos en suelo británico.

—Imagínate estar cenando con él y que, de pronto, empiecen a caerle pelos del bigotillo ese grasiento en el plato —digo, con una mueca de horror pintada en la cara.

—O peor —añade ella, sin inmutarse—, que te roce con el dedo ese que, según la leyenda urbana, le amputó a su exmujer y decidió implantárselo él como recuerdo.

Pego un grito que retumba por el pasillo, una mezcla entre asco y risa que no consigo contener. Justo en ese momento, Victoria pasa por delante de nosotras con un montón de fotocopias y su amable cara de asco. Se gira despacio para fulminarnos con la mirada. Al

instante, Ivy y yo nos quedamos calladas, como si fuésemos dos crías a las que les han reñido en clase.

Paso la mañana pegada al ordenador, intentando no ahogarme en una avalancha de correos con la palabra «URGENTE» gritando en mayúsculas desde el asunto. Entre eso y la lista infinita de cosas que tengo que dejar hechas antes de mañana, cada clic suena como una cuenta atrás hacia el colapso mental. Y aun así, aquí estoy, respondiendo correos con un amable «¡Claro, sin problema, yo lo hago!», cuando lo que de verdad quiero poner es: «No es mi trabajo, Katherine. Hazlo tú, que para eso te vas en dos horas a Maldivas».

Abro una de las libretas que tengo apiladas cerca del ratón y hago una lista. Desde pequeña, hago listas de todo. Y cuando digo «todo» quiero decir absolutamente todo. ¿Las más raras? Cuando en la universidad puntué los diferentes asientos de la clase de Historia de la Comunicación según cercanía al radiador, probabilidad de quedarse dormida sin que el profesor lo notara y ángulo óptimo para cotillear a Logan, el chico que leía a Jean Baudrillard en francés solo para ligar. El asiento 47 fue el ganador. En la parte derecha de la cuarta fila.

También hice una lista con los mejores sabores de helado para llorar después de una ruptura. Hoy por hoy, mi top tres sigue siendo: mascarpone con frambuesas y *crumble* de galleta, café con virutas de *brownie* y avellana con trozos de galleta Lotus.

Hoy, sin embargo, la lista es menos divertida:

1. Responder a Katherine, aunque no sé ni qué hace ella aquí.
2. Terminar la presentación que prometió Victor antes de fugarse a esquiar.
3. Buscar las claves de un informe que no era mío, pero ahora sí.
4. Decirle a Stephen que no me puedo quedar toda la semana en las Catskills como acordamos.

Al rato, mientras tacho el primero de la lista, me tomo un pequeño descanso para hacer una búsqueda rápida en internet del restaurante de esta noche y añado a toda prisa a la lista:

5. Buscar un vestido decente para la cena con Jeremy Jensen.



CAPÍTULO 6

Jeremy

Esta noche promete. Desde hace más de un mes tengo una invitación para la inauguración de un nuevo restaurante de moda. Y yo nunca me pierdo nada si hay comida de por medio. Lo más fácil hubiese sido haber tirado de agenda o incluso haber abierto los mensajes de Instagram y hacer una selección rápida al azar, pero esto me ha parecido mucho más divertido.

Esta mañana hice lo más cercano a un gesto romántico que he hecho en años: llamé a un repartidor y le encargué una entrega especial para las oficinas de Onyx Events. Si quiero que mi plan contra CouldPlay funcione, necesito que Cassandra Hart confíe en mí. Y, para eso, primero tengo que ganármela. Ella es la llave.

Ya en la puerta del restaurante, la prensa corre de un lado a otro, cazando a cualquiera con una cara medianamente conocida. Yo espero a mi cita un poco apartado, apoyado contra la pared, procurando no atraer *flashes*. Hoy no soy el plato principal. Han visto a Orlando Bloom llegar justo antes que yo, y, bueno, no soy tan famoso como para competir con Legolas.

Miro el Cartier, luego la calle, luego otra vez el reloj. No estoy nervioso, tiene que aparecer. ¿Quién le diría que no a Jeremy Jensen?

Quince minutos después, saco el móvil del bolsillo trasero sin saber muy bien para qué. Ni siquiera puedo enviarle un mensaje pasivo-agresivo, porque no tengo su número.

Y justo cuando estoy a punto de rendirme, la veo al fondo de la acera, doblando la esquina de Hudson Street.

—¡Perdón, perdón! —No la oigo, pero veo cómo gesticula con la boca y levanta el brazo de un lado a otro.

Ha dejado atrás sus gafas redondas de montura fina y, por primera vez, puedo ver bien sus ojos. Marrón chocolate con leche, grandes, cálidos, expresivos... jodidamente bonitos. Y no sé si es el contraste con su pelo rosa algodón de azúcar o qué, pero me cuesta no quedarme mirándola más de la cuenta. El pelo lo lleva recogido en un moño deshecho que le enmarca toda la cara. En otra persona parecería un descuido, pero en ella funciona a la perfección.

Lo más loco de todo es que no parece necesitar nada para llamar la atención, y aun así no puedo dejar de mirarla.

—Siento haber llegado tarde —se disculpa de nuevo cuando se planta frente a mí. Yo no soy demasiado alto, pero ella, incluso con tacones, me llega por debajo del mentón.

Me tiende la mano con ese gesto educado, casi profesional. Ayer no tenía las uñas pintadas de rojo con esos diminutos copos de nieve, y, al igual que entonces, su dedo anular sigue desnudo.

—No te preocupes, acabo de llegar —miento—. ¿Pasamos?

Apoyo mi mano en su cintura y con la otra señalo la entrada del restaurante. Ella mira la trayectoria de mi brazo, con una ceja medio alzada, pero no dice nada.

Avanzamos entre los *flashes*, ahora a medio gas porque la hora punta ha pasado. Por suerte, nos libramos de que nos enfoquen. Siempre hay alguien más famoso que yo. Y mejor así, porque mi acompañante, a diferencia del resto con las que suelo ir, no tiene pinta de querer salir en ninguna foto. La miro de reojo y noto cómo camina algo inquieta hacia la entrada.

—Tranquila, dentro no habrá *paparazzi* —le susurro al oído, lo bastante cerca como para captar su aroma: melocotón y azúcar moreno—. Hoy no soy tan interesante.

No responde, pero percibo que se relaja ligeramente mientras subimos las escaleras del local.

El *maître* me reconoce y, con un gesto rápido, nos hace pasar a una de las mesas del fondo. Hay una zona más visible para cócteles, llena de *influencers* que han venido a cubrir el evento para sus redes. En cambio, esta parte es un reservado más discreto, para gente como yo: famosos de verdad. Lo malo es que, desde aquí, los que están en las mesas altas de la zona de cócteles revoloteando de

un lado a otro pueden ver todos nuestros movimientos. Somos parte del espectáculo de la inauguración. Un zoo de famosos. Igual ahora nos tiran cacahuetes.

—Bonito sitio —dice ella, dejando el bolso en el respaldo de la silla—. ¿Siempre traes a tus conquistas a los restaurantes de moda?

—A mis conquistas las llevo a la cama.

—Entonces, ¿qué quieres de mí, Jeremy Jensen? —No me mira a los ojos. Sigue danzando la vista por todo el local: de la barra a la lámpara de araña y de ahí a la enorme pecera con el bogavante, que parece tan expectante como ella de saber mi respuesta.

—¿Celosa? Puedes ser una de ellas, si quieres.

—Te recuerdo que estoy prometida.

—Estás prometida —completo la frase al mismo tiempo que ella.

Le doy un par de segundos para que eche un vistazo a la carta antes de volver a hablar.

—¿Mientes mucho?

—¿Disculpa? —Levanta la vista de la carta y ahora sí consigo que me mire a los ojos. Son un poco más claros que los míos, pero los siento más intensos. De hecho, diría que se han oscurecido.

—Antes me has preguntado que qué quería de ti. Eso. —Sigue a la espera, sin entender nada—. Necesito que mientas por mí.

—¿Saben ya lo que van a tomar? —La voz del camarero nos pilla a los dos desprevenidos.

Yo alzo la mirada sin mover la cabeza, ella, mientras, alterna la vista entre la carta y el camarero.

—No voy a mentirte, amigo. Ni he abierto la carta. —Ahora sí redirijo todo mi cuerpo hacia él. Es un tipo joven que apostaría mi Aston Martin DB11 a que tiene varias copias de su *videobook* en el vestuario esperando a que alguien lo descubra—. ¿Qué nos recomiendas?

En cuanto se da cuenta de quién soy, la sonrisa se le ensancha y endereza la postura, como si estuviese posando para *GQ*.

—Para una noche especial como la inauguración... —carraspea— yo les sugeriría empezar con la burrata con pesto de pistacho y *prosciutto* crujiente. Después, nuestros *tagliolini* al tartufo nero son la especialidad del chef. Y, si quieren algo distinto, podrían probar los

ravioli de ricota y kale con mantequilla de salvia y ralladura de limón Meyer.

«¿Por qué le han puesto nombre al limón?».

—¿Qué dices, lo dejamos en sus manos o prefieres elegir? —Miro a mi acompañante.

Ella se muerde el labio, pensativa.

—Eso está bien —dice al final, encogiéndose de hombros antes de dejar caer la carta sobre la mesa.

—Genial. Todo lo que has dicho entonces. Y tráenos una botella de vino... el que me recomiendes. Confío en ti.

El chico casi se emociona.

Me dedica una última sonrisa antes de marcharse.

O intenta ligar conmigo o que lo enchufe. Lo siento, amigo, no tengo tantos contactos en Hollywood... y, aunque los tuviera, no reparto favores con tanta facilidad.

—¿Por dónde íbamos? —Recoloco mi cuerpo hacia mi acompañante.

—Me pareció que estabas intentando embaucarme para que mintiese en algo por ti.

—Embaucar es una palabra feísima. Tiene una connotación peyorativa que no va nada conmigo. Prefiero «convencer», «cautivar»... o incluso «seducir». —Cojo uno de los panecillos de *focaccia* que nos ha traído mi amigo el de Hollywood y se lo ofrezco a ella.

Lo mira dudosa, consciente de que al cogerlo está aceptando implícitamente cualquier cosa que le proponga.

—Es solo pan, Cass. No lleva una cláusula de permanencia ni es un contrato fraudulento, como el que probablemente me hizo firmar CouldPlay —le digo, inclinándome un poco hacia ella—. ¿Puedo llamarte Cass?

—Prefiero, Cassie, la verdad.

—Haré lo que pueda, entonces.

Finalmente lo acepta, pero no lo muerde. Lo deja en su plato, intacto.

—¿Qué es lo que quieres, Jeremy? —insiste, rompiendo al fin un trozo de *focaccia* y llevándoselo a la boca.

—Fácil —me reclino en la silla, cruzo un brazo sobre el respaldo tapizado de terciopelo rojo y bajo un poco la voz—. Necesito que confirmes, delante de ciertas personas, que yo voy a actuar en Nochevieja.

—Es que vas a actuar en Nochevieja.

—No lo voy a hacer, Cass... Cassie, disculpa. Y, si mientes en tu empresa, me das el tiempo perfecto para pensar cómo hacerlo.

—En ningún mundo haría eso —me sonrío. Creo que hasta se está divirtiendo.

—Perdonen que les interrumpa, aquí tienen la burrata, y en seguida les traigo la pasta. ¿La querrán al centro o...?

—Sí, tráigalo todo al centro. —Tomo la iniciativa antes de que Cass pueda decir nada. Mejor así. Le doy unos minutos para digerir la información.

A los pocos minutos, el camarero regresa con una bandeja. Deja en el centro de la mesa la burrata, brillante bajo un manto de aceite de pistacho. Después, con un gesto estudiado, coloca los dos platos de pasta humeante frente a nosotros. El aroma a trufa y mantequilla me envuelve, y sé que juega en mi contra, porque huele tan bien que va a ser imposible concentrarme en discutir con ella si tengo esto delante.

—¿Quieres alguno de los dos platos o compartimos? —Señalo la comida.

Cass abre la boca para contestar, pero es una voz distinta a la suya la que oigo.

—¿Eres Jeremy Jensen?

Me giro hacia la izquierda, hacia la barandilla negra que nos separa de la zona de cócteles, donde se aglutinan el resto de los invitados. Una chica rubia con las clavículas extremadamente marcadas nos observa como si acabara de ver un fantasma.

—¡Sí, eres Jeremy Jensen! —Salta y chilla al mismo tiempo—. Oh, no te acuerdas de mí, ¿verdad? Coincidimos en la inauguración de la discoteca Alpha, y en la heladería Sparks...

Sigo sonriendo, a la espera de que acabe de nombrar todos los locales a los que he ido en el último mes.

—Soy Megan —insiste—. En Sake & Sushi me preguntaste la hora y acabamos hablando de lo agotador que era ir a más de un evento en un mismo día. ¡Y ahora estamos aquí! Podría decirse que esto es el destino, ¿no te parece?

Teniendo en cuenta que es ella la que me persigue..., no, no me lo parece. Las identifico rápido: hablan como si hubiera un «nosotros», como si tuviésemos el mismo círculo social, fingen no impresionarles mi fama y solo quieren hacerse una foto conmigo para su sobrina pequeña que es «superfán». *Stalker* de manual.

—Lo cierto es que no soy mucho de creer en el destino, pero...

—Parece que hay que empezar a hacerlo, ¿no?

Me da escalofríos.

—Claro —continúo sonriendo. De reojo, miro a Cassandra, que se ha cansado de la actuación de Megan y se ha puesto a mirar su teléfono.

—¿Te importaría hacerme una foto con él? —Megan ha intentado formularlo como una pregunta, pero ha sonado a orden. Con un gesto rápido, le estampa el móvil con la aplicación de la cámara abierta a mi acompañante—. Ya sabes, a mi hermanita le encantas —me recuerda.

—Claro. —Cass suelta el suyo y nos enfoca.

Con un impulso, Megan se sube a la barandilla negra que nos separa e intenta taparla con mi servilleta de tela. Ciertamente, no debe de quedar nada bien que se vea que ella no está en la misma zona que yo. Pasa su brazo alrededor del mío y lo engancha como si fuésemos unas abuelas paseando por Miami Beach.

Cuando el *flash* sale disparado, relajo un poco la sonrisa y me deshago de su brazo con disimulo. Por un momento nos quedamos los tres parados, esperando: yo, que se vaya; Cass, con el brazo extendido para que Megan coja su teléfono; y Megan, a la espera de que ocurra un milagro y me declare ante ella.

—Bueno... —comenta mirando a su alrededor. Tengo miedo de que coja una silla y se siente a cenar con nosotros. Una cena ya fría, por cierto.

—Ya nos veremos —la animo a irse.

—Oh, ¡claro! Mis amigas deben de estar preguntándose dónde me he metido. —Coge el teléfono y revisa la foto antes de guardárselo —. ¡Hasta la próxima, Jeremy! —grita para que todo el mundo se percate de que estaba hablando conmigo.

—Vaya. Eso ha sido... intenso —se limita a decir Cass cuando el pelo rubio oxigenado ha desaparecido por completo de nuestro campo de visión.

Sonrío y le tiendo otro palito de pan. Ella lo coge y lo deja en su plato, junto al resto, formando un pequeño cementerio de *focaccias* a medio comer.

Continuamos la cena sin hablar demasiado de mi plan. Si pretendo que funcione, no puedo agobiarla. Así que nos comemos la pasta fría y hablamos de trivialidades. Me gusta que no me trate como la tal Megan a la que ni siquiera recuerdo por mucho que la pobre se empeñe en pensar lo contrario.

Cuando el camarero se acerca con la carta de postres, ella la hojea sin demasiado entusiasmo.

—¿No eres una chica de postres? —pregunto, inclinándome hacia adelante.

—Normalmente sí, pero ya estoy llena —responde, aunque no cierra la carta.

—¡Eso no es estar llena! Eso es rendirse antes de tiempo. Siempre hay hueco para el postre. —Le hago un gesto para que me pase la carta—. Vamos, seguro que hay algo que te guste.

—No, de verdad —insiste—. Es tarde y mañana tengo que madrugar. Es el último día antes del puente de Navidad y quiero llegar un poco antes para dejarlo todo cerrado. Además, a primera hora tengo una llamada con CouldPlay. Según ellos, todo sigue adelante... y yo voy a hacer que así sea.

—Me debes un postre, entonces —sonrío, dejando pasar lo de su reunión con CouldPlay.

Al salir del local, descendemos por los escalones que siguen iluminados con tiras de LED hasta detenernos en el mismo portal en el que nos hemos encontrado hace un par de horas.

—Puedo pedirte un taxi —le ofrezco al darme cuenta de que el frío de la noche ha enrojecido su nariz.

—No te preocupes, la parada del metro está a la vuelta de la esquina.

—Te acompaño hasta ahí entonces.

Caminamos en silencio. Pese a ser más de las doce de la noche, esta ciudad nunca duerme. Y ahora menos. La calle está salpicada por el reflejo de las luces navideñas en los charcos y cada escaparate que pasamos compite con el siguiente, con regalos aún más grandes y llamativos que los anteriores.

—Escúchame, Hart —rompo el silencio—. Sé que probablemente piensas que soy un niño con una rabieta estúpida por no querer subirme cinco minutos a un escenario. —Ella tuerce los labios, confirmando sin palabras que es justo lo que piensa—. Y puede que tengas razón. Pero esto va mucho más allá, te lo prometo. —Me meto las manos en los bolsillos de la chaqueta mientras seguimos andando. Si quiero que este plan funcione tengo que hacer que confíe en mí, y eso quiere decir que tiene que empatizar con mi historia. Parece una de esas—. Desde que me separé de mis hermanos, parece que todo lo que hago está mal. Ellos son los buenos, los mártires de la historia... y yo, el imbécil egocéntrico que los dejó de un día para otro. Y te aseguro que la gente no tiene ni idea de lo que hay detrás. Y me he cansado. Me he ganado cada jodido concierto que he hecho. Trabajo, me esfuerzo... y, aun así, parece que nadie lo ve. —La miro por si tiene algo que añadir, pero espera a que continúe. Igual la estoy ablandando—. Todos tenemos un límite y yo he explotado. He estado haciendo cálculos de mi caché y, según mis números uno de este año, ha subido un diecisiete por ciento. No pido más, pero sí lo que me corresponde. Y, como no me lo quieren dar, estoy dispuesto a darles la versión de chico malo que buscan de mí, pero para eso necesito tu ayuda.

Ella gira la cabeza para mirarme y se arropa un poco más con la bufanda que ha sacado del bolso.

—No puedo hacer eso, Jeremy. ¿De verdad crees que voy a arriesgar mi trabajo por un plan tuyo que ni siquiera tienes cerrado?

En ese último punto tiene razón.

—¿Te lo pensarás al menos? —pregunto, buscando sus ojos bajo la luz amarilla de una farola.

Se detiene justo en la entrada del metro. El ruido metálico de un tren resuena bajo nuestros pies.

—Buenas noches, Jeremy. Gracias por la cena.

Y baja las escaleras sin esperar respuesta, perdiéndose entre la gente. Mientras tanto, yo me quedo en la acera, con las manos todavía en los bolsillos, viendo cómo desaparece.

No importa.

La partida todavía no ha terminado.



CAPÍTULO 7

Cassie

La secadora aún no ha terminado. Me queda menos de una hora para salir de casa y, como supuse que iba a pasar, todavía tengo la maleta a medio hacer. Ayer, cuando iba en el metro de vuelta a casa, me acordé de que no había añadido a la lista lo más importante: la ropa térmica. Así que a la una de la madrugada me tocó subirme al altillo de mi habitación, tirar sobre la cama las bolsas envasadas al vacío y empezar a lavar camisetas y mallas. Stephen es muy quisquilloso con los olores, sobre todo cuando algo huele a cerrado, así que no podía simplemente meterlas tal cual.

Esta es la última tanda antes de cerrar la maleta y no puedo irme sin ella, porque en cuanto acabe de trabajar nos iremos directos a nuestras ansiadas vacaciones. Bueno, ahora solo es un fin de semana de tres días para mí. Llevo dos días sin hablar con Stephen más de cinco minutos, así que imagino que ha estado saliendo tarde de la oficina. Le va a sentar genial desconectar del trabajo por unos días.

Le rezo al dios del suavizante para que la secadora se apiade de mí y, en menos de lo que esperaba, consigo tachar todos los pendientes de mi lista. Ahora sí, es oficial: no volveré a casa hasta después de Navidad. El lunes por la noche.

Bajo las escaleras con la maleta dando trompicones contra todas las paredes. Seguro que acabo de despertar a medio vecindario. Y antes de salir a la calle, me abrocho bien el abrigo y busco la bufanda en el enorme bolso que arrastro todos los días a la oficina. Está enredada entre los auriculares, *tickets* de la cafetería y mil tonterías más que solo sirven para ensuciar y añadirle un peso innecesario a mi hombro.

Esta noche no ha nevado, pero el suelo sigue helado. Camino con cuidado hasta el metro, pisando firme para no acabar haciendo un espagat delante de un desconocido. El aire frío me corta las mejillas y me obliga a subirme la bufanda hasta los ojos. Si aquí hace frío, no me quiero imaginar en las montañas.

El viaje hasta la oficina pasa rápido, entre gente medio dormida que cabecea al ritmo del vagón, algún universitario trasnochado que todavía sigue con la corbata en la cabeza de la cena de anoche y villancicos que se cuelan a todo volumen desde los auriculares de algún optimista. Normalmente esa sería yo, pero Jeremy es el Grinch y me ha robado el espíritu navideño. Y las vacaciones. No nos olvidemos de las vacaciones.

Entro en la oficina con la sonrisa del último día antes de desaparecer y, para variar, Victoria ni me saluda.

—Cuéntamelo todo. —Ivy tampoco me ofrece un saludo formal, pero la tengo esperándome en mi silla.

—Buenos días a ti también.

—Está nublado y yo no me voy a las montañas a acostarme con mi novio todo el fin de semana, así que no, no son buenos días. Pero quizá, si me cuentas algo emocionante que pasase anoche..., puedes hacer que mi mañana mejore. Mi felicidad depende de ti, Cassandra Hart. No me falles.

—Siento ser una decepción, entonces.

—Nunca lo eres. Seguro que algo jugoso podré sacar de tu historia.

—Arrastra la silla de Drew, que ya está de vacaciones, y me hace un gesto para que me siente—. ¿Sigues pensando que es un capullo?

—No.

—¡Bien!

—Ahora solo pienso que es un idiota.

—¿Ser un capullo es peor que ser un idiota?

—¡Claro que sí! —También tengo una lista para eso—. Lo peor es ser un gilipollas, después estaría ser un capullo, después, un idiota, y, por último, un tonto. ¿Tiene sentido eso?

—Ninguno. Pero en tu línea. ¡Eh!, no aproveches para desviar el tema. Quiero saberlo todo. ¿Qué cenasteis?, ¿iba sexy? Tú seguro que sí, en la foto que me pasaste ibas genial.

—Te recuerdo que tengo novio.

—Y dos ojos para ver y una boquita para opinar —insiste—. ¿Iba *sexy*?

No quiero seguir hablando de esto y, aun así, contesto:

—Sí —me resigno e Ivy sonrío todavía más, a la espera del resto de la información—. Llevaba unos pantalones negros, un abrigo verde oliva y una camisa negra. Todo demasiado ajustado para mi gusto.

—Seguro que no para el mío. ¿Viste su actuación en *Good Morning New York*?

Me gustaría decir que no, pero lo cierto es que sí lo hice. Y varias veces.

Hace unos años (muchos, aunque no diré cuántos) fui fan de Related 4. No era una Megan, nunca sería una Megan, pero sí me gustaba su música; y ver que, probablemente, por culpa de Jeremy se separaron, me molestó bastante. Seguro que también pidió otro aumento.

—Algo. Haciendo *zapping*. —No sé por qué le miento a Ivy. No gano nada con ello. ¿Me estaré intentando autoconvencer de algo inconscientemente? Sacudo la cabeza antes de que mi amiga se percate de que me he quedado demasiado tiempo mirando a la nada.

—Te pasaré el enlace. Salía guapísimo. —Ivy gira sobre mi silla y busca lo que intuyo es la actuación en su teléfono—. ¡Ah! ¿Qué te dijo Stephen?

—¿Sobre qué?

—¿En serio, Cassie? ¡Sobre tu cena! ¡Debió de flipar! No todos los días tu chica cena con una superestrella.

—Ya, eso... —trago saliva—. No se lo dije. —Dicho así, en voz alta, parece que he mentido a mi pareja—. ¿Por qué pones esa cara?

—¿No le dijiste a Stephen que ayer cenaste a solas con Jeremy Jensen? —lo grita tan alto que le tiro uno de los bolígrafos que hay en mi mesa para que baje el volumen.

—No es que no quisiera —miento de nuevo—. Es que ha estado liado estos días y apenas hablamos.

—Cassie. —Ivy me mira horrorizada, como si acabara de decir que la Tierra es plana—. Saliste a cenar con un tío que tiene su cara

impresa en todos los autobuses de la ciudad y sale en las pantallas de Times Square cada cinco minutos, y no se lo contaste a tu novio. ¿Te parece lo normal? ¿No ves nada... ligeramente sospechoso ahí?

—¡No fue ninguna cita! —susurro con urgencia, intentando justificarme—. Solo era una cena de trabajo que, por cierto, no sirvió para nada.

—¿Y aun así te pusiste el labial que compramos en las rebajas de Sephora?

Me trago la respuesta. Porque sí, lo hice. Me puse el tono Meticulous de Mac que prometí conservar con mi vida. También me puse máscara de pestañas y me probé tres camisetas distintas antes de salir.

Abro la boca para protestar, pero no me sale nada. Porque maldita sea, ¿por qué me arreglé más de la cuenta si era «solo una cena de trabajo»? ¿Por qué no se lo dije a Stephen? ¿Por qué me comporto como una idiota culpable cuando técnicamente no he hecho nada malo?

¿O sí?

—Levántate de mi sitio —digo de pronto, agarrando su brazo y tirando con torpeza—. Tengo reunión con CouldPlay en menos de diez minutos.

—No hemos terminado de hablar, solo para que lo sepas. Esto va a seguir en la comida. Y en los cafés. Y probablemente hasta en mi funeral.

—Ivy...

—Ivy, no. Sabes que, como siempre, tengo razón. Y cuando Stephen se entere por otro lado, no quiero estar en el mismo edificio que tú. Porque ningún tío lo suficientemente enamorado de su novia estaría tranquilo sabiendo que su chica ha salido a cenar, ¡y en secreto, encima!, con un tío que ha sido nombrado tres veces el cantante más *sexy* del año.

Recupero mi asiento e ignoro las miradas que me lanza Ivy desde el borde de la mesa de Drew, donde sigue encaramada como una cabra montesa.

Mientras espero a que la gente de CouldPlay se conecte a la videollamada, me aliso el pelo con las manos y estiro el cuello de la

camisa.

—Tienes una miga de *croissant* en la ceja —me indica, señalando con la barbilla.

—¡Mierda! —Me froto la cara mientras ella se parte de risa—. ¡Eres insoportable!

Le lanzo la tapa del boli y ella la coge al aire al mismo tiempo que se levanta para volver a su sitio.

—Hala, suerte con los de CouldPlay. No digas muchas tonterías.

—Gracias. Haré lo que pueda.

Y mientras se aleja, tarareando lo que sospecho es una canción de Related 4 solo para fastidiarme, me coloco bien los auriculares, enderezo la espalda y saludo a los integrantes de la reunión con la mejor sonrisa que puedo improvisar.

—Gracias por la bienvenida. —Mason me presenta ante el resto de sus compañeros como la que va a hacer que la noche del treinta y uno sea inolvidable. Así, sin presiones.

La reunión es incluso más inútil que la cena de anoche. Los primeros diez minutos se van en lo que solo puedo describir como una misa solemne en honor a Santa Rebecca del PowerPoint, que era lo único que sabía hacer. Todos los presentes, uno por uno, se turnan para ensalzar su memoria como si hubiese muerto en acto de servicio en vez de cogerse una baja voluntaria.

—Rebecca tenía un don para conectar a los artistas.

—Hablaban el mismo idioma.

—Era pura eficiencia emocional.

—Ella habría sabido qué hacer en esa situación.

No es que me lo esté tomando a lo personal, pero si vuelven a pronunciar su nombre, voy a fingir que se me ha caído el wifi y me voy a escapar a por un café. O puede que saque la petaca que sé que Drew esconde en su segundo cajón.

Y con todo esto, yo me pregunto: ¿seguro que Rebecca se fue cuando su hijo amenazó con salir antes de tiempo? ¿O simplemente fue la primera en ver la bomba venir y decidió saltar del barco antes de que explotara?

Intento intervenir, porque quizá es buen momento para recordarles que tenemos un *headliner* que no quiere actuar, pero justo cuando

abro la boca, alguien me corta con la historia de cómo el año pasado Rebecca logró convencer a una banda de *rock* noruega para actuar en bañador en pleno diciembre.

Me parece alucinante que estén tan tranquilos. ¿En serio soy yo la única preocupada en esta reunión? Porque, no nos engañemos, hoy por hoy, Jeremy Jensen no piensa subir a cantar. Y lo que para él es simplemente una palabra monosílaba para nuestras empresas significa miles y miles de dólares. Es un evento programado, vendido, promocionado y con *sponsors* que no querrán verse metidos en un escándalo de esta magnitud porque acabará repercutiendo en sus ventas.

Aunque según CouldPlay, estamos de suerte, y cuando digo «suerte» me refiero a «trampa legal», porque hay un contrato firmado que dice que, si Jensen decide saltarse la actuación, tendrá que pagar una indemnización que dobla su caché además de un porcentaje de la recaudación estimada del evento.

Pero, aun así, no me fío. Ni de Jeremy ni de la tranquilidad que flota en el aire.

La reunión termina justo cuando una de las asistentes me reenvía por tercera vez toda la documentación que ella tenía con Rebecca. Como si no me la hubiese estudiado ya de arriba abajo el mismo día que me soltaron el marrón. Pongo mi mejor sonrisa falsa, doy las gracias y cierro la videollamada.

Acabo la mañana poniéndome en contacto con los distintos proveedores para calmar las aguas, porque desde que ayer se filtró la noticia a la prensa, el *mail* de Rebecca, que ahora se redirige directamente al mío, ha estado echando humo. «Ha sido un *clickbait*, ya sabes cómo es la prensa», «se ha sacado de contexto», «sí, seguid con lo planeado hasta ahora porque la actuación sigue en pie». Menos mal que CouldPlay ha prometido encargarse de contactar con sus *sponsors* secundarios y con toda la gente implicada que no afecta directamente a Onyx Events.

Con el ordenador ya apagado y el bolso listo para salir pitando en exactamente tres minutos, me dedico a recoger la mesa, dejando los pósits a salvo y las chokolatinas fuera del alcance de Jessica.

He quedado con Stephen a un par de manzanas de su oficina porque no le gusta que sus compañeros nos vean juntos. No es por mí, sino por profesionalidad. Le gusta dar ejemplo. Ser un referente.

Ya tengo la bufanda puesta y el bolso en el hombro cuando oigo una voz familiar al fondo del pasillo. Apenas queda gente en la oficina, así que las opciones son limitadas.

Levanto la cabeza muy, muy despacio, rezando por estar imaginándolo. Pero no.

—Hola, Jeremy. —Escucho a Victoria saludar con un tono tan pegajoso que puedo sentir cómo babea desde aquí.

No puede ser verdad.

«¿Me ha parecido oír mi nombre?».

Con disimulo, retrocedo unos pasos, tanteando a ciegas la esquina de mi escritorio, y sin pensarlo dos veces, me tiro al suelo y me meto debajo de la mesa. Me encojo todo lo que puedo, tratando de ocupar el menor espacio posible. Apoyo los pies en el suelo y junto las rodillas al pecho, tanto que casi rozan la punta de mi nariz. El bolso se engancha con una rueda de la silla. Tiro del asa con cuidado, pero la silla empieza a tambalearse. Si estiro un poco más, seguro que la derribaré y adiós a mi tapadera. Así que dejo mi bolso donde está e intento respirar despacio, aunque siento cómo el pulso se me acelera y cada latido hace retumbar el escritorio. Me quedo quieta, conteniendo la respiración.

Perfecto. Cero en dignidad, pero diez en estrategia de evasión.

Victoria sigue hablando a lo lejos de un modo tan dulce que roza la hiperglucemia. Si hay suerte, pensará que ya me he ido y lo mandará derecho a casa.

Cierro los ojos con fuerza, creyéndome que, si yo no los veo, ellos tampoco me verán.

—¿Cassandra?

Voz masculina. Grave. Demasiado cerca.

Eso ha venido del otro lado del escritorio.

«Ay. Mierda».

Contengo la respiración.

—¿Cassandra? —repite Jeremy.

Con cuidado, abro un ojo.

Su cara me sonríe desde debajo del ala de la tabla de madera.

—¿Qué haces ahí? —pregunta, agachándose un poco más hasta quedar a la misma altura.

—Estoy... buscando un pendiente —improviso, con voz aguda, casi ofendida.

—Creía que estarías buscando tu anillo de prometida.

Nos quedamos mirándonos un segundo. Él aún sonríe. Yo aún quiero desaparecer.

—Cuando lo encuentres —dice, incorporándose con esa calma de quien no sabe que está a segundos de provocarme una úlcera—, pásate por la sala de reuniones. Me gustaría hablar contigo un momento.

—Pero es que yo ya he acabado mi jornada... y estoy de vacaciones —afirmo mirando mi reloj de muñeca.

—Está bien —se encoje de hombros—, se lo comentaré a tu jefe antes de irme.

—¡No! —Alzo el cuerpo con tanta fuerza que me golpeo la cabeza contra la mesa—. Au.

Miro la tabla, convencida de que ella tiene la culpa de que Jeremy sea un capullo.

Porque sí, vuelve a ser un capullo.



CAPÍTULO 8

Jeremy

Ser un capullo siempre se me ha dado bien. No es algo de lo que esté orgulloso, pero tampoco me quita el sueño. Es, simplemente, uno de esos talentos naturales que uno arrastra desde la adolescencia, como tener buena puntería jugando a los dardos o tocar la guitarra sin mirar.

Durante años ha sido mi única carta de presentación cuando las cosas se ponían chungas. Si la situación se complicaba, ahí estaba yo: arrogante, borde, con una respuesta fuera de tono lista para usar como arma.

Funciona. O al menos, funcionaba.

En cambio, ahora estoy intentando cambiar. Me he dado cuenta de que, si quiero conseguir ciertas cosas, tengo que aparcarme al capullo en la puerta y entrar siendo alguien más... civilizado. Casi amable.

Hoy lo estaba consiguiendo. Me he despertado, me he preparado un café, he hecho unos ejercicios que me mandó mi psicóloga y estaba totalmente mentalizado para comportarme. Y entonces, he abierto Instagram. Me he metido a revisar algunos mensajes privados y por casualidad he visto el nombre de Megan entre los miles y miles de mensajes directos. Lo he abierto por inercia y me he encontrado a mí, con la ropa de ayer, sonriendo a la cámara, o puede que a Cassandra. Debajo de la foto había un mensaje:

«Si para la próxima no encuentras una cita a tiempo, puedes dejar a la chica de la limpieza con la que ibas hoy e invitarme a mí. Mi número de teléfono es...».

Antes de terminar de leerlo, he eliminado el mensaje y he salido de la aplicación.

Mi yo de hace unos meses le habría seguido el juego. Tal vez incluso la hubiese invitado a venir. Un polvo rápido y a su casa. Pero

mi nuevo yo está deseando mandarla a la mierda. Puede ser que me cueste un titular en TMZ, pero qué es uno más.

Después de eso, me he vestido, he cogido las llaves del coche y, pasando de avisar a Gregory, he conducido hasta la oficina de Cassandra.

Cuando llego a su oficina y la encuentro interpretando una versión milenial de Gollum buscando «su pendiente», me doy cuenta de que lo de ser amable se me va a hacer un poco de bola.

—Creía que estarías buscando tu anillo de prometida —suelto.

No sé por qué lo he dicho. Me ha salido solo. Como muchas de las cosas que digo cuando ella está cerca. Un reflejo estúpido lleno de sarcasmo y defensa. Pero no lo retiro.

Nos quedamos en silencio. Ella parpadea. Yo mantengo la sonrisa.

—Cuando lo encuentres —añado, levantándome con calma—, pásate por la sala de reuniones. Me gustaría hablar contigo un momento.

—Pero es que yo ya he acabado mi jornada... y estoy de vacaciones —responde mirando su reloj, en un gesto que intenta darle la razón.

—Está bien —me encojo de hombros, fingiendo indiferencia—, se lo comentaré a tu jefe antes de irme.

Y entonces salta.

—¡No!

Se incorpora con tanta fuerza que se golpea la cabeza contra la mesa. Me cuesta no reírme cuando oigo el golpe seco.

—¿Qué quieres de mí? —susurra a mis espaldas antes de entrar en la misma sala de reuniones del otro día.

—No es nada de ti exactamente —señalo su persona de arriba abajo—, no te creas tan importante.

«Un momento, ¿yo no iba a dejar de ser un capullo?».

Prometo que estoy intentando comportarme, pero es que me lo está poniendo muy difícil.

Entro en la sala de reuniones y dejo que la puerta se cierre. Ella se queda de pie, cruzada de brazos.

—Ayer me quedé a medias —empiezo, metiendo las manos en los bolsillos de mis vaqueros—. Y eso no me suele pasar a menudo. En ningún ámbito. Así que quería sacar algo en claro de todo esto.

Me paseo de un lado a otro frente al ventanal. La tarde ya ha caído sobre Nueva York, y el cielo ha dejado atrás los tonos cálidos del atardecer para teñirse de un azul profundo.

—No tienes que sacar nada en claro de todo esto. De hecho, yo lo veo bien claro, hicimos un trato: yo cenaba contigo y tú te subías a ese escenario.

—Te dije que sí a la cena, pero también que me tenías que ayudar con una cosa más.

—Perfecto, te ayudo con lo que sea, siempre y cuando eso signifique que tú te subas al escenario el día treinta y uno. Al escenario de CouldPlay —especifica. Sonríe porque es lista. Pero yo más.

—Mira, es sencillo. —Rodeo la mesa y planto las palmas sobre el cristal. Desde esta posición dejo al descubierto todos mis tatuajes de los antebrazos. Sé que los va a mirar. Todas lo hacen—. He intentado que mi mánager cancelase el evento y no ha sido así. Así que tengo que ingeniármelas yo solo. Y, por mi parte, sería absurdo pensar que alguien de CouldPlay me va a ayudar con esto. Necesito a alguien lo suficientemente involucrado, pero a la vez no. ¿Me sigues?

—El que no me sigues eres tú, Jeremy. No te voy a ayudar. —Las últimas cinco palabras las dice más lentas de lo normal. Me fijo en su labial de hoy. Es del color del salmón. Algo más oscuro y brillante.

—No tendrías que hacer nada, simplemente seguir el juego y darme algo de información confidencial. Nadie sabrá que has sido tú.

—Yo lo sabré.

—Mira, seré directo contigo. Mi idea es joderles el *streaming* haciendo mi propio concierto, justo enfrente de su escenario. Quiero ver las caras de gilipollas que se les quedan. Lo haré yo solo, ganaré el doble por mis propios medios y ellos perderán todo lo que no me han querido pagar. He estado pensándolo y no quiero joder a los fans, sino a ellos. No voy a cancelar, sino reubicar.

—Reubícate tú y date cuenta de que eso es imposible, Jeremy. Además, me empieza a molestar que pongas en duda mi profesionalidad, la verdad. Si tú no la tienes, es problema tuyo, pero no pongas en duda la mía. Y ahora, si no tienes más tonterías que

decir... —extiende el brazo y lo dirige hacia la puerta—, rogaría que salga de mi despacho, señor Jensen. —Ha pasado a hablarme de usted. Está molesta. Mierda. Este no era el plan para hoy.

Vuelvo a rodear la mesa para deshacer mis pasos y, al apoyar la mano sobre el tirador de la puerta, me percató de que nos hemos quedado solos en la oficina.

—¿Qué hora es? —pregunto al aire.

—Tarde. He quedado con mi novio hace —mira el teléfono móvil— diez minutos y ya llego tarde.

También me percató de que le ha llamado «novio». Nada de «prometido».

—Cassandra, piénsalo, por favor. —Últimamente estoy cansado de tanto suplicar—. Si me das más de cinco minutos de tu tiempo, verás que no es tan descabellado lo que te pido.

—Mis diminutas vacaciones empezaron justo en el momento en el que entraste por esa puerta. —Tira de la maleta que tenía escondida debajo de su escritorio y se encamina hacia la salida—. Y te aseguro que en lo último en lo que voy a pensar es en ti. —Se gira para mirarme antes de meterse en el ascensor. Con un movimiento rápido, la sigo y entro con ella—. Lo he dejado todo cerrado con los proveedores y a la vuelta de Navidad empezarán con el montaje. Así que el único que debería pensar cómo se va a subir a ese escenario eres tú.

—¿A dónde te vas de vacaciones?

—No te interesa —responde sin levantar la vista de su teléfono móvil.

Mec.

Respuesta incorrecta.

Claro que me interesa.

—¿Vas con tu prometido —pronuncio esa palabra con retintín—, amigas, familia...? —sigo intentándolo.

Nada. Ni una mueca. Solo el sonido de sus uñas tecleando en la pantalla táctil. Hasta que suena el envío de un mensaje y, entonces sí, levanta la cabeza.

—Con Stephen y su familia.

Ah. Stephen. Intuyo que ese es el que le dio el supuesto anillo sin tener ni puta idea de su talla. Con ese nombre, me lo imagino ahora mismo haciendo las maletas con polos color pastel y mocasines sin calcetines, mientras su madre empaqueta algo de queso *brie* para la merienda.

El trayecto hasta la planta cero se me hace corto, creo que, a ella, eterno. Qué curiosa la perspectiva del tiempo.

La campanita del ascensor suena, las puertas se abren y ella aprovecha para salir disparada de ahí sin siquiera rozarme. Cruza el *hall* como una flecha, directa a la puerta principal. Yo camino un par de pasos por detrás, sin prisa. Veo cómo aprieta el móvil entre los dedos con tanta fuerza que parece a punto de estallar. Creo que me odia.

—¡Mierda! —exclama.

Yo levanto una ceja.

—¿Todo bien?

—¡No! Hoy es día veintidós. Hoy el edificio cerraba a las cinco. ¡Y son y veinte! ¡No puede ser verdad!

Me acerco a su lado y pruebo yo mismo lo que ya ha hecho ella. Tiro de la puerta. Nada. Cerrada.

—Genial —murmura, dando un par de pasos hacia atrás y pasándose una mano por el pelo, desesperada—. Empiezo fatal las vacaciones. Odia que llegue tarde. Lo odia.

—¿Stephen? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

Asiente, con los labios apretados.

—Habíamos quedado a las seis. Y ya le había enviado un mensaje diciendo que salía para allí —traga saliva antes de continuar—. Odia que llegue tarde.

—¡Hey! —la corto, colocándome justo delante de ella—. Tranquila. No pasa nada, ¿vale? Llamamos a seguridad, nos abren y ya está. No es el fin del mundo.

Saca el móvil de nuevo y empieza a marcar.

Me quedo observándola. El modo en que se muerde el labio. La forma en que su respiración se acelera. La tensión en sus hombros. Todo grita que no es la primera vez que se prepara para justificarlo todo.

Y Stephen... De repente tengo muchísimas ganas de conocerlo. Para romperle la nariz y sus estúpidos mocasines de colores. Menudo gilipollas debe de ser.

—¿Y si no contesta nadie? —pregunta con voz baja, mientras espera a que el servicio de seguridad del edificio conteste al teléfono.

—Montamos un campamento. Podemos ir a Ornate Opals. —Señalo el directorio que indica todas las empresas que hay en el edificio—. Seguro que tienen un *catering* de muerte.

—¿Hola? —me hace un gesto para que me calle—. Sí, mire, trabajo en el edificio Bloomworth y me he quedado encerra... ¿Mi número de registro? Sí, claro, deme un momento. —Apoya el bolso sobre su muslo y empieza a rebuscar dentro con ambas manos, mientras sostiene el móvil entre el hombro y la cabeza—. 5540-Y. Cassandra Hart. —Espera paciente—. ¿Una hora? ¡No tengo una hora! —Vuelve a esperar a que la persona que está al otro lado del teléfono acabe de hablar—. Está bien, lo comprendo. Gracias por su atención.

—¿Vienen a rescatarnos? —pregunto con fingida esperanza.

—En una hora. El guarda de seguridad más cercano ya está en Nueva Jersey.

Suelto un silbido mientras empiezo a dar vueltas por el *hall*. Podría sentarme en uno de los cuatro sofás que rodean el ventanal principal, pero en vez de eso me tiro al suelo, apoyándome contra la columna que da a los ascensores, y saco mi pelota antiestrés que siempre llevo encima. No es la típica blandita que sirve para liberar tensión, que puedes apretar en lugar de aplastar la cabeza a alguien; la mía, por alguna razón, provoca más ansiedad colectiva que calma interior. Es una de esas pequeñas que rebotan por todas partes sin control.

La golpeo contra el suelo de mármol y ella rebota contra otra de las columnas antes de volver a mí.

Cassandra, por su parte, lanza el bolso al sofá más cercano y empieza a revolver dentro. Saca dos tipos diferentes de libretas, un puñado de papeles arrugados, lo que parecen ser *tickets* de algún comercio y un termo rosa a juego con su pelo. Después, aparece un

neceser, saca un inhalador azul de él y, sin decir palabra, se lo lleva a la boca y presiona.

—¿Eres asmática?

—Solo cuando me estreso —responde entre dos exhalaciones rápidas.

—No sé si eso cuenta como un diagnóstico médico válido. —Ella me mira por encima de sus gafas, sujetando el inhalador a medio guardar, pero no añade nada más. Me ignora—. ¿Qué es lo que te estresa tanto? —sigo intentándolo—. No es una buena forma de empezar las vacaciones.

Lanzo la pelota contra la pared que da a las escaleras.

—Uno: llegar tarde. Dos: molestar a Stephen, aunque no sea culpa mía. Tres: haberme quedado encerrada aquí. Cuatro: que un señor tenga que cruzar media ciudad desde Nueva Jersey en plena hora punta para abrirnos. Cinco: tú. ¿Te sirve?

—Seis: ser una controladora compulsiva.

Su cabeza gira hacia mí tan rápido que me sorprende que no se le haya descoyuntado el cuello.

—¿Perdona?

—Ya me has oído. —Me encojo de hombros con toda la calma del mundo—. Estás estresándote por cosas que no puedes controlar. No depende de ti que la puerta esté cerrada, ni que el tipo de seguridad venga tarde, ni que tu novio —sigo pronunciado esta palabra con todo el sarcasmo que puedo— se ponga un poco más dramático de la cuenta si llegas media hora más tarde.

Se queda callada. Pero no porque esté de acuerdo. Creo que está eligiendo cuidadosamente si mandarme a la mierda o no.

—Mira —añado, esta vez sin burla, un poco más serio—. Si el bueno de Stephen se cabrea por esto, ya tiene dos problemas: uno, enfadarse. Y dos, aguantarse.

—Eres un capullo.

—Pero uno bastante razonable. —Lanzo un guiño y la pelota al mismo tiempo.

El silencio se alarga entre nosotros, interrumpido solo por el bote de mi pelota y los vídeos de gatitos que salen de su teléfono. Creo

que han pasado ya unos veinte minutos cuando me salta otra alerta en el móvil.

—¿Qué haces? —pregunta, recelosa, al ver que me alejo sin decir nada.

—Recoger la cena —contesto ante su obviedad, y me dirijo hacia la puerta de emergencia. Pulso el botón, empujo con fuerza y la hoja cede con un chirrido metálico.

—¿Qué...? ¿iQué haces!? —Ahora se pone en pie de golpe—. ¡Esa puerta estaba abierta!

—Sí, claro —respondo sin girarme, ya del otro lado—. ¿Por dónde creías que iba a entrar el repartidor?

Entro con una caja de *pizza* tamaño familiar entre las manos, silbando como si nada. Me cruzo con su mirada furibunda y me siento a su lado en el sofá.

Me la estoy jugando demasiado.

—¿Sabías todo el rato que esa puerta estaba abierta y no dijiste nada? —chilla.

—Pensé que te vendría bien relajarte un rato. Respirar, ya sabes...

—Eres un imbécil. Y un egoísta. Y un... y un... —Me empieza a empujar, pegar y tirarme *tickets* arrugados a la cara.

—Y tengo *pizza* —la interrumpo, arrancando una porción y levantándola a modo de escudo—. Come algo, mujer. Dile al plasta de tu novio que venga a recogerte aquí. Quiero conocerle. Ver si es tan perfecto como dices o si simplemente... existe.

—Por supuesto que existe.

—Uy, qué respuesta tan convincente. Ahora sí que me lo creo entonces.

Realmente me da absolutamente igual si tiene novio o no, pero es divertidísimo verla así.

Se le ha encendido la cara de rabia.

—No pienso quedarme aquí contigo ni un segundo más.

—Vale. —Me meto la porción en la boca y mastico con calma, sin apartar los ojos de ella—. Pero te vas sin *pizza*. Es de *bacon* y extra de queso.

Me lanza una mirada asesina, gira sobre los talones y empieza a caminar hacia la puerta de emergencias.

—¡Eh! —grito con la boca llena—. ¿Y si Stephen no aparece? ¿Te vas a quedar sin cena y sin novio?

Ella desaparece tras la puerta con un portazo. Yo me dejo caer de nuevo contra la columna, estiro las piernas y miro la caja de *pizza*.



CAPÍTULO 9

Cassie

—¡*Pizza!* Pretendía que me quedase con él a comer *pizza* —grito enfadada mientras corro por la avenida como si no hubiese un mañana.

Stephen no me ha contestado todavía a los mensajes y no sé si eso es bueno o malo.

Me meto en el metro a codazos, arrastrando la maleta entre empujones y prisas. Las gafas se me empañan con el cambio brusco de temperatura, y durante unos segundos no veo nada. Ni siquiera estoy segura de haber subido al vagón correcto.

Cuando por fin consigo enfocar, repaso las pantallas con ansiedad. Suspiro aliviada: voy en la dirección correcta.

Es imposible encontrar un asiento libre, así que me acoplo entre unos barrotes de seguridad. Paso el brazo por el hierro y abrazo el bolso a la vez que sujeto la maleta para que no me la roben. Aunque no esté en una zona peligrosa de Nueva York, nunca hay que fiarse de la gente. Y menos de la gente que va en metro (eso lo aprendí de Stephen). Con la mano libre, saco el teléfono del bolsillo del abrigo y repaso los mensajes que le he enviado:

16:57: ¡¡¡Ya salgo!!! Solo tres minutos.

17:18: Perdón, perdón, perdón, me han entretenido en una reunión de última hora, pero ¡ya salgo!

17:26: ¡No te lo vas a creer! Me han cerrado la puerta del edificio. Como mucho en una hora estoy ahí.

17:38: ¿Tú has acabado ya? ¿Me esperas?

18:07: ¡Ya salgo! Voy corriendo hacia allí.

18:15: ¿Stephen?

El último ha sido de antes de subirme al metro.

¿Debería escribirle uno más? No quiero que sienta que soy una pesada. Igual podría estar en una reunión importante. Aunque suele acabar a las cinco y media y por eso habíamos quedado a las seis a dos calles de su oficina.

Miro el panel de paradas y vuelvo a mirar el móvil por enésima vez.

El tren entra en la estación y siento cómo el estómago se me retuerce. No sé si es por los nervios o porque no he comido nada desde el almuerzo. Debería haber cogido el dichoso trozo de *pizza*.

Cuando salgo a la calle, el aire helado me golpea en la cara devolviéndome a la realidad. Son casi las siete. Y sigo sin saber dónde está. ¿Adónde se supone que debo ir ahora?

Aprieto el abrigo contra el pecho y marco su número.

—¿Sí? —contesta por fin, como si no pasara nada.

—¿Dónde estás?

—En la oficina. Me lié con unos informes y no miré el móvil.

—¿Pero... no habíamos quedado?

—Sí, bueno. Pensé que como no llegabas...

—Te he mandado varios mensajes.

—Ya, pero estaba ocupado, Cassandra.

Silencio. No añade nada más, ni me pregunta dónde estoy.

Me muerdo la lengua, porque probablemente esté siendo demasiado dramática.

—¿Quieres que vaya para allá? —pregunto.

—¡No! Nos vemos en la calle que habíamos dicho. Ya salgo.

Y cuelga. Así, sin más.

Me quedo mirando la pantalla un segundo. Intento convencerme de que su tono no era cortante. Solo estaba... cansado. Estresado. Como todo el mundo en estas fechas, ¿no?

Al menos ha dicho que ya viene.

Ya, con más calma, camino hacia la esquina acordada. Me apoyo en una farola y me abrazo el cuerpo para entrar en calor. Cuando por fin lo veo aparecer con su coche, veinte minutos después, me enderezo de golpe y le sonrío. En el fondo me moría de ganas de verlo.

Stephen baja la ventanilla con una mano en el volante y una sonrisa rápida, casi automática.

—Sube, que nos pilla el tráfico —saluda.

Dejo la maleta en el maletero, me acomodo en el asiento del copiloto y me pongo el cinturón. Tras un pico rápido, Stephen sube la radio y empieza a hablar de todo lo que ha dejado pendiente en la oficina, de lo cara que se ha puesto la gasolina por culpa de las fiestas y de lo mucho que eso le beneficia a sus inversiones en petróleo.

Yo le doy la razón en todo e incluso sonrío en algunos momentos.

Miro por la ventanilla.

La ciudad se aleja poco a poco mientras Stephen sigue hablando. Yo le escucho a medias porque sigo dándole vueltas a lo que me ha dicho Ivy en la oficina. Y tiene razón, debería contarle lo de la cena con Jeremy. Ocultar algo así es una tontería y solo puede traerme problemas si se entera.

—Ayer cené con Jeremy Jensen —suelto de golpe cuando su conversación sobre sus nuevas inversiones se viene abajo.

Me mira. Seguro que no sabe quién es.

—El cantante de Related 4. Los que se separaron el año pasado —añado más información.

—Ah.

—Fui a cenar con él por un marrón que me ha caído en el trabajo y tengo que solucionarlo como sea si no me quiero quedar sin trabajo. Te prometo que fue el único motivo —me atropello con las palabras para soltarlo cuanto antes.

—Muy bien —responde sin apartar la vista de la carretera.

Suele contestar con pocas palabras cuando está molesto.

—¿Estás... —mido las palabras antes de soltarlas— enfadado?

—¿Eh? —parece perplejo—. No, Cassie, ¿por qué iba a estarlo?

—¿No estás celoso por que haya cenado con Jeremy Jensen?

—¡Cassandra! ¿Cómo iba a estarlo, cariño?

Suspiro.

Confía tanto en mí... Y yo molesta porque se le haya pasado avisarme de que salía un poco tarde del trabajo. No me lo merezco.

—¿Tú has visto con las tías que sale ese tipo? —Au. Eso acaba de doler—. Mi favorita es la que fue portada de *Maxim*. —Lo miro, sin saber muy bien qué decir—. ¡Eh! No me mires así —aparta la mano

del volante y la apoya sobre mi muslo—, que tú estás genial, nena. Si no, no estaría contigo..., pero no puedes competir contra una chica *Maxim*. Tampoco es tu rollo. Me entiendes, ¿no?

—Claro, claro.

Stephen cambia de tema con facilidad. Vuelve a hablar del sitio donde vamos a pasar las vacaciones. Del hotel. Y yo finjo que tampoco pasa nada. Porque quiero que esto funcione. Porque quizás soy yo la culpable.

—¡Ah! ¿No has ido nunca a este hotel? —sigo su nuevo tema de conversación—. Estaba convencida de que me habías dicho que todas las navidades ibais ahí a esquiar.

—Normalmente nos quedamos en el Four Seasons, pero esta vez vamos al Mohonk Mountain House. Mi hermana cambió de planes en el último momento. Menos mal que tenemos buenos contactos y no nos costó reservar habitaciones para todos.

Que nombre a su hermana me pone nerviosa, aunque intento que no se me note. Todavía no conozco a nadie de su familia. Nunca me ha presentado a ninguno ni he visto fotos más allá de alguna suelta de su madre en el teléfono, que no he querido mirar demasiado por no parecer entrometida. Es muy reservado con ese tema.

Lo poco que sé es que con su hermana tiene una relación muy cercana. Apenas se llevan un año y, por lo que me ha contado, de pequeños todo el mundo creía que eran mellizos: mismos ojos, misma sonrisa, misma nariz... Pero cuando ella cumplió los dieciocho empezó con los retoques estéticos (nariz, pómulos...) y poco a poco se fueron desdibujando esas similitudes.

—¿Viene el novio de tu hermana?

—Qué va. Cortó con él hace unas semanas —responde Stephen, sin despegar la vista de la carretera—. Le dije que esperase a después de navidades porque ya teníamos todo pagado para él, pero no ha querido. No ha parado de repetir que igual se echa un novio allí estos días. —Hace una pausa y cambia de carril con un gesto casi impaciente—. Estoy algo preocupado por ella, tiene unos pájaros en la cabeza últimamente...

Intento encontrar las palabras perfectas porque sé lo importante que es su hermana para él. Debo darle la razón, pero sin hacer que

ella quede mal.

—Bueno... supongo que todos necesitamos hacer cosas un poco impulsivas de vez en cuando. Sobre todo, después de una ruptura —sonríó, intentando sonar empática y ligera al mismo tiempo.

Stephen ya no contesta, solo asiente muy levemente.

Me giro hacia la ventanilla y apoyo la cabeza. El cristal está helado, pero los asientos calefactables hacen que se sienta hasta agradable. Fuera, el paisaje ha cambiado del todo. Ya no hay rascacielos ni taxis ni gente corriendo con bolsas navideñas. Ahora solo hay árboles altos, desnudos y llenos de nieve. Todo está blanco y tranquilo, casi demasiado perfecto.

El calor suave del asiento, el zumbido constante del motor y el vaivén del coche me envuelven como una manta. Cierro los ojos, solo un segundo... y me rindo al cansancio sin protestar.

Cuando abro los ojos de nuevo, es porque noto que el coche empieza a frenar.

Parpadeo, todavía medio dormida, y lo primero que veo es una verja de hierro forjado abriéndose lentamente. Más allá, una carretera que se curva entre más nieve, más bosque, y al fondo... algo que parece sacado de un cuento de hadas.

Mohonk Mountain House.

Es enorme. Es un castillo antiguo, pero con algunos toques modernos, torres de piedra, tejados empinados cubiertos de nieve y ventanas altas con luces doradas que brillan contra el cielo oscuro. El edificio se alza al borde de un lago helado, rodeado de montañas y silencio. Todo parece demasiado bonito para ser real.

—¿Te has dormido? —pregunta Stephen, sin mirarme, con un tono que suena entre divertido y condescendiente.

—Un poco —murmuro, estirándome discretamente. Me recoloco el pelo y miro por la ventanilla con los ojos bien abiertos.

Esto es increíble.

He visto este sitio en Instagram millones de veces, en *reels* de parejas perfectas donde él se declara junto al lago, con música suave de fondo y todo bañado en una perfecta luz dorada. Y ahora... ahora estoy yo aquí. Le he prometido a Ivy no hacerme ilusiones, pero este lugar me lo está poniendo muy complicado.

Stephen gira el coche hacia la entrada principal, donde un botones uniformado nos espera con un carrito dorado y sonrisa de resort de cinco estrellas. Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que soy la única con una maleta sin el logo de la marca estampado por todas partes y que apenas rueda bien.

Tras dejarle las llaves al aparcacoches, el botones nos acompaña hasta la entrada con nuestras maletas dentro del carrito. Yo solo llevo una, Stephen lleva dos de Christian Dior. Las puertas de madera se abren solas y nos recibe una ráfaga de calor, olor a sándalo y pino recién cortado. En el *hall* hay una chimenea encendida, techos altos con vigas de madera, lámparas de araña y una mesa enorme con chocolate caliente y minimalvaviscos. Podría ser siempre Navidad.

—¿Vamos ahora a cenar con tus padres? —pregunto, en voz baja al percatarme de que aquí todo el mundo habla en susurros.

Stephen niega con la cabeza mientras le da una cuantiosa propina al botones.

—No, ya han cenado. Como hemos llegado tarde, nos vemos mañana. No te preocupes.

—Ah... vale. —Intento que no se me note el bajón, pero lo cierto es que llevaba todo el día mentalizándome para el gran encuentro. Incluso me había repasado el labial antes de salir del coche. Pero mejor, así puedo descansar y mañana dar la mejor versión de mí.

—Tienes hambre, ¿no?

Asiento con una pequeña sonrisa.

—Podemos pedir algo en la habitación —propone.

Asiento de nuevo, rápido, para que no se note demasiado la nueva punzada de decepción. Lo cierto es que me habría encantado cenar juntos en cualquiera de los restaurantes del resort. Aunque una cena en la habitación también puede ser romántica, ¿no? Además, él ha conducido toda la tarde, seguro que está agotado.

Me obligo a ver el lado bueno mientras me quito el abrigo y acepto el vasito de chocolate caliente que me ofrece la recepcionista como bienvenida. Es nuestra primera noche aquí y no quiero que nada me la arruine.

CAPÍTULO 10



Jeremy

Estas son las segundas navidades que voy a estar solo y todavía no me he acostumbrado. Siempre las he pasado con mis hermanos y, por muy molesto que esté, pasarlas sin ellos se hace raro. Pensé en unirme a mis padres, pero lo descarté en cuanto me dijeron que se iban a un crucero nudista a Cancún. Vale, lo de nudista me lo he inventado, pero no habría desentonado con la imagen de mi padre en chancas y gorro navideño cantando villancicos con dos margaritas en la mano. No, gracias. Prefiero quedarme aquí, donde, como mínimo, la gente va vestida.

Al final, me he quedado con el premio de consolación: unas vacaciones que nos regaló una marca cuando todavía éramos Related 4. Mientras Oakley siga colaborando con este lugar, tenemos invitación asegurada. El año pasado preferí no venir, por si acaso, pero este me lo he ganado. Hace una semana mandé un correo para que me apuntasen. Obviamente, no he hablado con mis hermanos, así que no tengo ni idea de si se presentarán aquí. Por suerte, esto es grande: hay espacio para todos. Solo sé que prefiero no cruzármelos. Si las marcas saben que estamos aquí, es probable que haya algo de prensa preparada para llenar sus tabloides con titulares sensacionalistas. Y nada puede ser más jugoso que «Jeremy Jensen se enfrenta a sus hermanos», «Jeremy lanza un chocolate caliente al pequeño de los Jensen».

Hoy, contra todo pronóstico, he madrugado y me he despertado con la calefacción a tope y la bandeja de la segunda cena de ayer vacía, tal y como lo dejé ayer antes de quedarme dormido sobre la cama *king size*. Antes de que sean las nueve ya estoy listo para la charla de Davin Flynn, leyenda del *snowboard*, ocho veces campeón del mundo y ahora motivador oficial de señores blancos y muy ricos

del país. Tras su caída en Suiza, se dedica a dar charlas e instruir. Puede volver a montarse en una tabla, pero ya no a nivel profesional.

Bajo las escaleras con las gafas de sol puestas. No porque tema que alguien me reconozca, sino porque a estas horas siempre me molesta la luz. Aquí no tengo miedo de que sepan quién soy. En un lugar como este, podría decirse que solo soy uno más del montón. Dudo mucho que a alguien le importe un exintegrante de una *boyband* de *pop-rock* comercial que se vendió para adolescentes. Aquí el tipo de celebridad que llama la atención es otro: inversores de los Hamptons, CEO prematuros de *startups* que venden cosas que nadie necesita, algún escritor escandinavo... Y, por una vez, me viene bien pasar desapercibido. Estas vacaciones quiero desconectar.

Deambulo por la sala, esquivo los grupos de gente que se agolpan para estar más cerca de Davin y me voy hasta el final, donde han puesto una mesa con agua y café de filtro. Me sirvo una taza y pillo una de las pastas de jengibre que han dejado en una bandejita con forma de trineo. No soy muy de dulce, pero me flipan las galletas de Navidad.

La mojo en el café y me la meto en la boca justo cuando Davin entra. Lleva unas gafas de sol y una chaqueta roja para la nieve de Oakley, la misma marca que nos invitó a venir aquí.

—Buenos días a todos.

Los grupitos aplauden. Algunos demasiado fuerte. Una chica a mi izquierda se retoca el maquillaje. Me termino el café de un trago.

—Soy Davin Flynn, por si hay algún despistado —dice, quitándose las gafas con dramatismo. La señora de la primera fila suspira—. Algunos me conocéis por mis ocho campeonatos del mundo en *snowboard*... otros quizá por mi caída viral en Suiza, sí, esa. —Hace una mueca divertida, como si no le doliera recordar que se partió tres costillas y el ego en el proceso—. Y desde entonces me dedico a entrenar, enseñar y..., bueno, disfrutar.

Risas. Incluida la mía, lo admito.

—Quería daros unos consejos rápidos para los que vais a subir a las pistas estos días. ¿Cuántos habéis hecho *snow* antes?

Levanto la mano junto a unas cinco personas más.

—Perfecto, mayoría de novatos. Me encantan los retos —dice, guiñando un ojo.

—Primero: no tengáis miedo a caer. Os vais a caer. Es parte del juego. No sois malos, simplemente... no sois yo.

El cabrón sonríe y, en vez de parecer arrogante, vuelve a causar efecto en las primeras filas.

—Segundo: rodillas flexibles. Es lo que os va a salvar el culo. Literalmente.

—Y tercero..., si queréis clases personalizadas, ya sabéis. —Se señala a sí mismo con ambas manos—. Estaré por las pistas estos días. Podéis reservar plaza en la recepción o acercaros a hablar conmigo cuando me veáis. No muerdo. Solo si me lo piden... ¡Nos vemos ahí fuera!

El grupo estalla en aplausos, y Davin se baja del pequeño escenario listo para saludar a la gente, sonreír y dejarse mirar.

Genial, me he despertado solo para que un tío me venda sus servicios y ligue delante de mis narices, me siento sucio.

Me apoyo en la pared, aún con el vaso de cartón medio vacío en la mano, mientras la gente se disuelve en grupitos.

Hago *snow* desde los catorce. No soy un pro, pero me defiendo bastante bien. De hecho, había bajado con la idea de preguntarle si merece la pena cambiarme ya la tabla híbrida para *freestyle* o si debería seguir con la *all-mountain* hasta que me salga bien el maldito *cab 180* que siempre se me atraganta. Pero está rodeado de *groupies* sesentonas poliooperadas con gorros de pelo, así que... ya lo pillaré en las pistas. Además, con el brazo así, poco puedo hacer.

Camino directo hacia el desayuno, necesito algo más de grasa en mi cuerpo para combatir el frío. Algo de *bacon*, huevos fritos, tostadas embadurnadas en mantequilla suiza...

El *buffet* está en uno de los dos restaurantes del hotel a los que tenemos acceso todos los huéspedes normales. El otro restaurante, el del ala este, lo probé anoche en mi primera cena y también está bien, pero demasiado moderno para mi gusto, tanto que me quedé con hambre. Sin duda, el mejor de todos es el que está arriba de las pistas de esquí, el dirigido por Leandro Alzetta, estrella Michelin, portada de revistas gastronómicas y jurado en un *reality* de Netflix.

Por desgracia, ahí no puedo acceder a no ser que hubiese reservado con ocho meses de antelación. Quizá, si me hago amigo de Davin..., no sé, le limpio las gafas de sol o le hago un poco la pelota, consigo que me invite. Joder, haría lo que fuera por probar el chuletón Alzetta a las tres salsas.

Con la imagen de ese plato todavía en mente, entro en el restaurante y, justo antes de abrir la boca para que el camarero me indique si puedo sentarme donde quiera, una voz que me resulta peligrosamente familiar me corta en seco.

Me giro con disimulo.

Mierda. Si su voz ya me ha sonado familiar, esas facciones hacen que se me corte el apetito.

Yo solo quería *bacon*, huevos fritos y algo de paz...

—¡Jereeemyy! —grita con un tono chirriante.

Misma voz de dibujo animado que la otra noche, misma melena planchada hasta la extenuación y un abrigo de pelo sintético rosa que deslumbra tanto que agradezco llevar todavía las gafas de sol puestas.

Megan.

La veo levantar la mano y venir hacia mí agitando los dedos.

—¡Qué fuerte encontrarte aquí! —dice mientras se acerca dando saltitos, como si esto fuera otra vez cosa del destino y no el resultado de su plan estratégico digno del FBI.

Maldita chalada.

Lo peor es que no debería sorprenderme. Mi estancia la ha patrocinado una marca, así que no hay nada secreto en un viaje promocionado.

—Qué casualidad, ¿eh? —dice, sonriendo con todos los dientes.

—Qué... coincidencia. —Se me ocurren otras palabras más acertadas, pero me las trago.

Megan me abraza sin preguntar y yo me dejo hacer con los brazos caídos, mirando al camarero del *buffet* que sigue esperando. «Ayúdame, amigo. Llámame por megafonía. Tírame una bandeja a la cabeza. Lo que sea».

—Voy a empezar a pensar que me estás siguiendo, ¿eh? —bromea, dándome un codazo en las costillas con una complicidad que no

existe.

—Ajá —murmuro, dedicándole una mueca que intento disfrazar de sonrisa.

—Ay, tenemos que cenar juntos. Sí o sí. No acepto un no por respuesta. —Me lanza una mirada intensa.

Niego levemente.

—¡Venga ya! ¿No me has oído? No acepto un no por respuesta.

—Muchas gracias, Megan, pero mejor en otra ocasión —me trago esas palabras nada más decirlas, porque estoy seguro de que se las va a tatuar.

—¡No me dejes sola! —gimotea—. Tengo reserva en el restaurante de las pistas... ¿Sabes cuál es?

Silencio.

Mi sistema nervioso se reinicia.

—¿Perdona? —pregunto, fingiendo que no sé muy bien de qué habla.

—El de Leandro Alzetta. Lo has tenido que ver por Instagram seguro. El jurado del *reality* de Netflix... —insiste—. ¿Sabes lo difícil que es conseguir mesa ahí? Bueno, para mí no tanto. Solo tuve que dar mi apellido, ya sabes...

Pese al trauma emocional que estoy a punto de experimentar, me dejo llevar.

—Bueno... ahora que lo dices —digo, arrastrando las palabras—, podría mover unas cosas. Reorganizar. Lo típico.

Soy débil. Ya he dicho que haría lo que fuera por probar ese chuletón. Hasta compartirlo con Megan.

—¡Estupendo!, ¡claro que sí! —Megan salta y chilla—. Nos vemos a las siete en el *hall* del hotel, entonces. ¡Le vas a encantar a mi familia!

—¿A tu qué?

Lo grito tan fuerte como puedo, pero Megan ya ha desaparecido por el pasillo envuelta en una nube rosa.



CAPÍTULO 11

Cassie

Llevo rato con los ojos abiertos, mirando el techo color crema de esta habitación tan perfecta. Anoche, después de cenar, caímos rendidos. Estábamos agotados. Pero a mitad de la noche me entró calor, como siempre que me estreso, y ya no pude volver a dormirme.

Llevo un par de noches que no descanso bien. Odio irme de vacaciones con asuntos sin cerrar, pero organizar eventos es lo que tiene, siempre hay algo pendiente, algo que revisar, corregir, renegociar... o alguien al que gritar porque no sabe la diferencia entre una tarima de nogal y una de teca. A simple vista parecen iguales, claro, pero si el cliente dice que quiere nogal, más te vale darle nogal.

Las vacaciones anteriores me pillaron justo en pleno lanzamiento del nuevo sistema operativo de Apple, y fue un infierno. Revisaba correos desde casa de mis padres, mientras mi madre me quitaba el móvil de las manos para que hiciera caso a los hijos de mi prima. Alguna vez me escondí detrás del portátil para escaquearme de jugar con ellos, lo reconozco. Pero no era lo normal.

Miro hacia el otro lado de la cama, donde Stephen sigue dormido completamente ajeno a mis crisis mentales. Me muevo con sigilo e intento no hacer ruido cuando cojo el móvil del cargador y me dirijo al baño.

07:49: Ahora es un capullo.

El mensaje de vuelta llega antes de que me dé tiempo a terminar de lavarme los dientes.

07:51: ¿Qué ha hecho Jeremy ahora?

No me ha hecho falta decirle a quién me refería.

Aprovecho que Stephen sigue dormido para salir a la terraza de la habitación. Fuera, me pongo la capucha de la sudadera, me arropo con la manta que hay sobre la tumbona y, desde la misma aplicación de mensajes, toco el icono del teléfono para llamar a Ivy.

—Igual puedes darle la vuelta a la tortilla. Hazle creer que le vas a ayudar, pero manipúlalo para que acabe cediendo —me propone, una vez está al día de todo.

—No creo que pueda hacer eso —confieso, mirando al lago Mohonk.

—Claro que puedes. ¿Quiere información del *show* porque CouldPlay todavía no le ha dicho en cuál de las azoteas de Times Square actuará? Genial, dale la información falsa para que acabe haciendo lo que tú quieras.

—No sé, Ivy, yo no hago esas cosas. —Mientras hablo, mis dedos recorren el logo del hotel bordado en la manta—. Sí, ya sé que si quiero ser socia tendré que hacer cosas peores, pero no va con mi forma de ser... No soy una mentirosa.

—¡Que no es mentir! —chilla tanto que tengo que separarme el teléfono de la oreja—. Es hacer tu trabajo. No le debes nada a ese niño, de hecho, ni te cae bien, ¿no?

—¡Claro que no! —titubeo antes de reafirmarme—. Ya te he dicho que es un capullo integral.

—Pues entonces, sigue el plan y el año que viene estarás donde siempre has soñado. Socia *junior* —me recuerda.

Después de darle la razón infinitas veces, cuelgo, no sin antes prometerle que la mantendré al tanto de todo. Tan solo me da tiempo a exhalar un suspiro, cuando una voz suena por detrás:

—¿Quién es un capullo?

Stephen.

Hace un amago de abrazarme por detrás. Alzo la cabeza y le doy un beso de buenos días.

—Jeremy Jensen —respondo, apoyando de nuevo la cabeza en el respaldo de la tumbona. El sol todavía no calienta del todo, pero el reflejo del lago es tan brillante que me obliga a entrecerrar los ojos—. Tiene que actuar en Nochevieja y se niega a hacerlo por un tema con la marca que lo ha contratado.

Stephen rodea la terraza con calma y se deja caer en la hamaca de al lado.

—¿Y eso a ti en qué te afecta? Es problema de ellos —afirma con su típica seguridad.

—No. Es mío —respondo, sin apartar la vista del lago—. El evento lo organizamos nosotros.

—A ver —dice, sentándose un poco más recto—. Si el tío ese no se sube al escenario, vosotros tendríais que cobrar igual. Es decir, habéis hecho vuestro trabajo, ¿no? Producción, logística... Lo otro no es problema vuestro —repite.

Me muerdo la lengua un segundo. A veces me resulta agotador tener que explicarle otra vez cómo funciona mi trabajo. Sé que su trabajo es mucho más importante que el mío, pero esto mismo ha pasado más de una vez en la oficina y ya sabe cuál es el resultado.

—No es tan simple. La política de la empresa no funciona así. Nuestro contrato está dividido en dos bloques: uno cubre la organización del evento y otro contempla un bonus si todo se mantiene tal y como se ha firmado. Si él se cae del cartel, perdemos esa segunda parte. Y ya cerramos presupuestos de este año contando con ese ingreso total, así que sí, sí nos afecta directamente.

Stephen hace un ruido de asentimiento, pero no está convencido. Siempre hay un «pero» en su forma de asentar.

—Vaya cagada de previsión —dice, y le lanzo una mirada fulminante—. ¿Qué? —Alza las manos al mismo tiempo que se levanta de la hamaca—. No va en contra de ti, cielo, ya sé que tú no llevas contabilidad... los números nunca han sido lo tuyo. Pero parece que tampoco son de quienquiera que los lleve.

Tiene razón, no deberíamos habérmolo jugado a una sola carta, y encima una carta que sale a la luz el último día del año y que tiene tan poca maniobra de rescate.

—Solo digo que deberíais tener cláusulas más flexibles —insiste.

—Lo hacemos así porque el cliente percibe el servicio como más económico al principio, y nosotros aumentamos el volumen de trabajo anual gracias a ese modelo. Y el porcentaje de fallos suele ser inferior al 0,5 %. Además —me sincero, bajando un poco la voz

—, mi jefe me prometió hacerme socia si sacaba este proyecto adelante.

Al oír esas palabras, Stephen se detiene en el marco de la puerta.

—¿Tienes eso por escrito?

—No, Stephen, no tengo eso por escrito.

—¡Muy mal! —exclama alzando una mano y reprendiéndome como en una de sus reuniones—. Te lo digo siempre. Las promesas no valen nada si no están firmadas. Así no tienes nada. ¿Y si luego te dice que no lo dijo así? ¿Que lo entendiste mal?

Sé que tiene razón, pero no me gusta que lo diga como si yo fuera una cría que se ha dejado engañar.

—No todo en el mundo funciona como en tu empresa —murmuro, pero sin mucha fuerza. No quiero discutir.

—Cassandra, no es cuestión de empresas, es cuestión de sentido común. Pretendes matarte por ese evento a cambio de qué... ¿una promesa al aire?

—Confío en él. —Tan pronto como suelto esas palabras me doy cuenta de lo absurdas que suenan.

Stephen resopla y se pasa una mano por el pelo, frustrado.

—Pues yo no. Y tú tampoco deberías. Tú siempre vas de buena fe y deberías saber que el mundo no funciona así. —Me encojo un poco sobre mí misma—. Pero si es así —añade, ya más calmado—, no hay más que hablar. Haz lo que tengas que hacer para darle en los morros a ese idiota de Jeremy. Me encantaría conocerlo, de hecho. Decirle un par de cosas. Ese en mi empresa ya estaría arruinado. Además, está bien que pelees por ser socia. No querrás estar siempre en ese mismo puesto, ¿no?

Trago saliva.

—Tienes razón —admito, mientras me levanto y me acerco a él. Le paso los brazos por el cuello y le doy un beso en la mejilla, suave—. Intentaré que me lo dé por escrito la semana que viene.

—Eso espero —dice, besándome en la frente como si acabara de ganar una batalla que ni yo sabía que estaba librando.

Y mientras me encierro en el baño y abro el grifo de la ducha, Jeremy vuelve a ocupar mi cabeza. No está presente, pero de algún modo siempre acaba en el centro de todo. Ni siquiera está aquí y ya

ha conseguido colarse en mi casa, en mi mañana y en mi relación con Stephen sin mover ni un solo dedo. Lo odio. Él es el único culpable. No Stephen. Él solo intenta protegerme. El problema es Jeremy. Y necesito quitármelo de encima antes de que termine de poner mi vida patas arriba.



Después de la ducha, el resto de la mañana ha pasado como en una especie de limbo. Su familia se fue de excursión temprano, pero Stephen y yo nos quedamos en el hotel. Él tenía una reunión por Zoom con no sé qué cliente de California, y yo aproveché para pasear sola por la orilla del lago y pasar una hora en el *spa*. Nada del otro mundo, solo quería algo de espacio y calma antes de enfrentarme a su familia.

No sé si lo he conseguido, pero voy a dar lo mejor de mí misma.

Ahora estoy en el ascensor, apretando el inhalador azul para darme un último disparo de confianza mientras repaso mi reflejo en el espejo. No estoy nerviosa, qué va, solo me he cambiado de ropa cuatro veces, rehecho el *eyeliner* otras tantas y buscado en Google «temas neutrales para conocer a la familia rica de tu novio sin quedar como una auténtica pardilla» por si me falla la improvisación: clima, viajes, y lo mucho que me gusta este hotel.

«Clima, viajes, y lo mucho que me gusta este hotel».

«Clima, viajes, y lo mucho que me gusta este hotel».

Para intentar calmarme, me lo repito en bucle mientras el ascensor desciende hasta la planta baja. Cuando las puertas se abren, inspiro profundamente una vez más y cojo la mano de Stephen.

He escuchado tantas historias sobre su madre que hasta me tiemblan un poco las rodillas. Según él, es exigente y tiene un ojo clínico para los detalles. Tal vez podamos llevarnos bien. De hecho, me imagino que, si ambas hacemos un esfuerzo, podría ser mi aliada. La típica suegra sofisticada que al principio intimida pero que luego se convierte en mi cómplice.

El vestíbulo del hotel está iluminado con un brillo cálido, dorado, y de fondo suena un villancico suave al piano. Con esta situación, nada podría salir mal. Miro hacia el pasillo y la veo enseguida. No

puede ser otra: postura erguida, traje blanco entallado y esa seguridad de quien jamás ha tenido que preguntarse si pertenece a un lugar. Su melena rubio platino ni se inmuta cuando se gira para mirarnos. Me esfuerzo por sonreír, aunque noto cómo el corazón me golpea las costillas con fuerza.

—Mamá, te presento a Cassandra Hart.

Me lanza una mirada de arriba abajo, rápida pero afilada, como un escáner de rayos X.

—Oh. Qué pelo tan... disruptivo.

Esas son sus primeras palabras hacia mí.

Han dicho demasiadas cosas sobre mi pelo, pero ese adjetivo es la primera vez. ¿Se supone que es un alago o un insulto?

—¿Lo llevas siempre así o solo en Navidad? —insiste, arqueando una ceja.

Sigo sonriendo porque no quiero parecer idiota, aunque lo único que pienso es que esto no puede ir a peor. ¿Me está vacilando o habla en serio? No lo sé, pero agradezco que Stephen intervenga antes de que yo abra la boca y meta la pata.

—Mama, ya te dije que Cassandra llevaba el pelo rosa. Es parte de su... personalidad.

—No digas bobadas, tener el pelo de un color no dice nada sobre tu personalidad. —La señora Orangerly se ríe tan alto de lo que ha dicho su hijo que miro a nuestro alrededor. Pese a mi color de pelo, odio llamar la atención—. ¿Qué dice mi perfecto rubio platino de mí?

Sigo sonriendo igual que antes. Sí, definitivamente va a pensar que soy idiota.

—Tu color es estupendo —suelto por fin.

—Claro que sí, querida. Mi peluquero se toma muy en serio eso de encontrar el mejor tono según tus facciones. Hace estudio de colorimetría y visagismo capilar personalizado. Deberías probarlo.

Lo dice con una sonrisa en la cara, pero estoy segura de que por dentro está pensando que le horroriza mi pelo. ¿Debería volver a mi color natural antes de convertirme en la señora Orangerly? Ella ni siquiera llevaría las puntas del pelo rosa. Como mucho, se atrevería con unas finas mechas *balayage* que le ayuden a contornear sus facciones y le aporten más luz al rostro. Algo aburrido a lo que quizá

me tenga que acostumbrar y a lo que, sin duda alguna, estoy dispuesta por él.

Miro a Stephen y sonrío.

Hoy va tan guapo con su jersey de *cashmere* vegano de ochos...

—¿Vamos? —Susan hace un gesto hacia la puerta, donde una limusina espera.

—¿Y mi hermana y papá?

—Tu padre ya está arriba, tomándose unas copas con unos amigos. Ya sabes... Y tu hermana viene tarde, como siempre. —Airea la mano para quitarle importancia—. Mejor vamos yendo y que después el chófer vuelva a bajar. ¿Os parece? —Ahora me mira a mí. Oh, vaya, qué bien, parece que acaba de acordarse de que también tiene que cenar conmigo.

En la limusina, me pongo al lado de Stephen. El techo brilla con diminutos cristales de Swarovski simulando un cielo artificial y los reposacabezas son naranjas, exactamente del mismo tono que el logo de su marca de refrescos. Seguro que eso último no es casualidad.

Susan está enfrente de los dos, ocupando ambos asientos de cuero. Ahora que está entretenida hablando con su hijo y ninguno de los dos me presta atención, me tomo la libertad de estudiarla con calma. Como ha dicho antes, su pelo platino es perfecto, aunque parece sacado de los años noventa, y lleva un traje sastre blanco inmaculado, tan estirado que parece que a él también le hayan inyectado bótox. Los pendientes de perla tamaño botón le cuelgan de los lóbulos y casi rozan sus hombros. Aparenta estar sentada con naturalidad, pero desde aquí noto cómo le tiembla la pierna izquierda. Está tensa y hace contrapeso para que nada se le salga del lugar. Yo, en cambio, miro hacia abajo y me doy cuenta de que estoy recostada de cualquier forma, hasta se me forman unos michelines entre el pantalón de pinzas gris y la blusa, que se me debió de mover al subir a la limusina. Madre mía, soy completamente su antítesis.

—Verdad que sí, ¿Cassie? —La voz de Stephen me obliga a dejar de mirarme.

Mierda, no estaba prestando atención a la conversación. Vuelvo a sonreír y, con cuidado, comienzo a subir y bajar la cabeza, asintiendo muy lentamente.

—Entonces, ¿qué opinas? —pregunta Susan. Su tono es suave, pero sé que me está analizando.

¿Va a volver a pensar que soy idiota? Probablemente.

Por suerte, el chófer nos interrumpe al informarnos de que ya hemos llegado.

Stephen se ríe por lo bajo y me aprieta la rodilla con la mano, un gesto tan discreto como para que su madre no lo note, pero lo suficiente como para que yo lo capte.

Cuando salgo de la limusina, el suelo cruje bajo mis tacones con un polvillo fino de nieve recién caída y, por un segundo, me olvido de Susan, de sus pendientes de perla y de mi blusa mal colocada. Solo pienso que, si tuviera que imaginar la cita navideña perfecta, sería exactamente así: un restaurante en mitad de la nada, con un cielo tan estrellado que parece salido de un cuento. Ojalá estuviésemos solo nosotros dos. Pero no, estoy con toda su familia y ahora, ya que no lo he conseguido con su madre, toca ganarme a los otros dos integrantes.

Mi objetivo principal es su hermana. Tengo que caerle bien como sea. Haré cualquier cosa. ¿Fingir que sé la diferencia entre un Birkin y un Hermès convencional? Puedo hacerlo. ¿Fingir que como langosta con caviar todos los días para almorzar? También puedo. ¿Llevar al límite la tarjeta de crédito? Obviamente eso no puedo, pero lo disimularé bien.

Siempre dicen que, si te haces amiga de su madre, tienes al chico ganado, pero creo que con Stephen va a ser distinto, tengo que ser la nueva mejor amiga de su hermana, así él verá que estamos destinados. Además, después del éxito con su madre, no me queda más remedio. Tengo que encontrar algo en común con su hermana.

Por el rabillo del ojo veo que Susan se adelanta y entra en el restaurante con paso firme. Yo, en cambio, camino despacito, intentando no resbalar y humillarme todavía más antes de sentarme a cenar.

El padre de Stephen resulta ser todo lo contrario a Susan. Apenas he cruzado un par de palabras con él y ya siento que podría contarle mi vida sin miedo a que me examine con lupa. No hay un resquicio de juicio en su mirada ni un gesto altivo. Al contrario que la bruja de su madre, él es un señor encantador. Lleva una cerveza en la mano y sonríe cada vez que habla.

Mientras Susan se pasea con su traje entallado, el señor Orangerly lleva una camisa al menos dos tallas más grande de lo que debería y la corona con pequeñas gotitas de cerveza que se han quedado atrapadas en su frondoso bigote. La imagen, lejos de ser descuidada, resulta entrañable.

—Cassandra, ¿quieres una? —me pregunta, levantando un poco su cerveza—. No te voy a juzgar si prefieres beber agua, pero tengo que advertirte que esta es de las mejores del país. Sería un sacrilegio no tomarse, como mínimo, dos.

—Llámame Cassie —le sonrío, sintiéndome de pronto mucho más cómoda con él que con Susan.

—¿Eso es un sí entonces? —El padre de Stephen suelta un hipo y por un instante me olvido de la tensión que todavía flota en el ambiente.

Me río, más por nervios que por otra cosa, y justo cuando voy a contestarle, algo me hace girar la cabeza hacia el pasillo que conecta con el vestíbulo.

No puedo creer lo que ven mis ojos. Parpadeo un par de veces para procesar la información más rápido. Ahí está, al final del pasillo, caminando tan tranquilo... Jeremy. Y no está solo. Al principio no distingo bien a la chica porque unos jarrones enormes me tapan la vista, pero me hierve la sangre igual. ¿Qué hace él aquí? ¿Y por qué me molesta más que venga acompañado que el hecho de que siga apareciéndose en mi vida como si su único círculo gravitacional girase en torno a mí? Cuando avanzan un poco más, consigo ver sus facciones: nariz respingona y labios desproporcionadamente perfectos. No hay duda: es Megan. La misma que supuestamente nos acosó la otra noche. ¡Ja! Maldito embustero. Seguro que todo fue un numerito. Ella no es ninguna acosadora, sino una pobre muchacha a la que tiene engatusada para montar el *show* cada vez

que sale a la calle. Le encanta que la gente se crea que es mucho más famoso de lo que en realidad es. Le encanta la atención. Le encanta que lo miren. Solo hay que ver cómo va vestido. Pantalón de pinza ancho a rayas negras y beis, camiseta blanca de tirantes y un jersey en tono coral por encima. El pelo lo lleva revuelto, sin peinar demasiado, pero perfectamente colocado. ¡Argh, es insufrible!

A medida que se acercan hacia aquí me percato de que me van a pillar observándoles. ¿Van a pensar que soy yo la acosadora? Con disimulo, me escondo detrás de la espalda de Stephen, agacho la cabeza y finjo consultar algo en el teléfono móvil. Solo tengo que esperar unas décimas de segundo hasta que pasen de largo.

—Cariño —mientras sigo inmersa revisando mis notificaciones inexistentes, Stephen se gira para llamar mi atención—, te presento a mi hermana: Megan.



CAPÍTULO 12

Jeremy

Me divierte la perfecta «O» que hace Cassandra con su boca al verme plantado enfrente de ella, pero me parece todavía más divertido tener delante al prometido fantasma.

«Vaya, parece que al final sí que existe».

El tipo me mira tratando de descifrar quién demonios soy y por qué su novia acaba de dejar de respirar. Cassandra parpadea dos veces, como si así pudiera borrar me del mapa, y luego me lanza una mirada cargada de dagas envenenadas. Si las miradas mataran, yo ya estaría enterrado bajo el árbol de Navidad gigante del vestíbulo.

—¡Megan!

Cassandra parece tan sorprendida como yo. Con ese gesto deduzco que ella tampoco sabía que mi acosadora es la hermana de su prometido.

Un momento... ¿no conocía a la hermana de su prometido?, ¿qué clase de relación es esta?

Madre mía, empieza fuerte la cena. Y me la quería perder.

Mi acompañante hace el papel de su vida y la abraza como si no la hubiese visto hace prácticamente dos noches atrás.

O igual estaba tan pendiente de mí que es cierto que no se acuerda...

En ese momento, el mensaje privado que me envió me golpea.

No, sí que se acuerda de ella, solo está fingiendo. Menuda víbora.

Cassandra la imita y la abraza, siguiéndole el rollo.

—Oh, familia, os presento a Jeremy Jensen. —Megan me empuja un poco hacia delante y me exhibe como si fuese su trofeo de *ballet* de quinto curso.

Por unos segundos, Cassandra se queda mirándome fijamente. ¿En serio vamos a hacer que no nos conocemos? ¿Qué gilipollez es esta?

—Jeremy. —En sus labios mi nombre suena como un insulto disfrazado de saludo. Me encanta—. Ya nos conocemos. —Hace una pausa, esperando a que Megan diga delante de su familia que nos vio cenar juntos la otra noche, pero no lo hace. Está claro que sabe que ella tiene más que perder—. Trabaja con uno de nuestros clientes y ahora mismo estamos en un proyecto juntos —explica.

—¡Nueva York es un pañuelo! —apunta con el bigote lleno de espuma de cerveza el que intuyo es el padre de Megan.

Después de las presentaciones pertinentes, el *maître* aparece para acompañarnos a la mesa, y noto que Cassandra no aparta la mirada de mí. Ni siquiera cuando Stephen le roza la espalda en un gesto sobreprotector. Tampoco cuando Megan empieza a parlotear con su madre sobre lo bonito que está decorado el restaurante.

—Ves, ¿cielo? Megan sí es el tipo de Jeremy. Rubia, con dinero, proyección en la ciudad... —Oigo que le susurra Stephen a Cassie cuando llegamos a nuestra mesa.



La cena está siendo surrealista. Y aunque me encanta cenar dos noches en la misma semana con Cass, me desconcierta ver lo distinta que está hoy. Puede que Stephen y su encantadora familia compren esa versión perfecta de Cassandra, pero yo sé lo que estoy viendo.

Está tensa, cohibida, intentando gustar. Sé lo que digo, así he estado yo durante muchísimos años; dando una imagen falsa de mí solo por encajar en unos moldes autoimpuestos. Reconozco esa actuación. Y eso es justo lo que está haciendo ella.

Lo curioso es que, mientras se esfuerza por impresionar a los Orangerly, cada vez que levanto la vista me encuentro con su mirada revoloteando alrededor de mí.

Megan no tarda en clavarme sus uñas afiladas en cuanto percibe que ya no es el centro de atención.

—Jeremy y yo también nos conocíamos de antes. De hace más de un año, de hecho —suelta con su tonito agudo, interrumpiendo la conversación familiar en busca de captar la atención que nadie le está dando. Es un *yorkshire* consentido.

—¿Cómo os conocisteis? —Susan se inclina hacia adelante, interesadísima.

—¡Oh! Es una historia divertidísima —me mira con complicidad—, coincidimos en un evento exclusivo de lencería femenina, ¿te acuerdas, Jeremy? —Ahora me mira a mí.

¿Está hablando en serio? Porque no, no puedo acordarme de algo que no ha ocurrido nunca.

Debería cerrarle la boca y decir que es una maldita embustera. En mi vida he estado en un desfile de lencería femenina (aunque no me importaría). Pero, si dijera que todo es mentira, lo más probable es que me echasen de aquí a patadas. No puedo quedarme sin probar las tres salsas del chef, no cuando estoy tan cerca de ellas. De hecho, ya puedo oler el chuletón.

Cuando vuelvo a abrir los ojos después de inspirar hondo, lo tengo delante: mi chuletón Alzetta a las tres salsas. No era una alucinación, lo estaba oliendo de verdad.

—Lo primero que me dijo nada más verme fue: «¿Qué haces aquí sentada, entre el público? Deberías estar subida en la pasarela» —emula con una voz seductora que para nada se parece a la mía cuando intento ligar.

Al oír eso, Cassie se gira hacia mí tan rápido que casi tira la copa. Intento mirarla a los ojos y transmitirle que todo lo que está soltando Megan por la boca es mentira. Pero ¿por qué estoy tan preocupado de lo que ella crea? Debería centrarme en mi carne perfectamente hecha al punto y dejar que todo el mundo piense lo que quiera de mí. Total, lleva siendo así toda mi vida. Pero, por algún motivo que aún no he descifrado, sí que me importa lo que Cassandra Hart piense de mí.

—Después, se sentó en la silla vacía que había a mi lado y se comportó como un caballero. Yo, como soy toda una señorita y tenía pareja, me hice la interesante y no le hice caso en todo el evento... y no volvimos a vernos. —Su madre suspira, totalmente metida en la historia—. Hasta que unos meses después volvimos a coincidir. Siempre he dicho que estamos conectados, ¿verdad?

Me coge la mano, y ahora sí que la miro preocupado, porque de verdad temo que tenga un problema mental. ¿Si no le sigo la

corriente cogerá el cuchillo de cortar la carne? Aprovecho que no está comiendo nada y, con disimulo, llevo su cuchillo hasta mi zona segura.

Asiento y me llevo el primer trozo de chuletón a la boca. Oh, dios... está perfecto. Megan puede seguir mintiendo todo lo que quiera mientras me sigan poniendo más comida delante. La carne se deshace al contacto con la lengua, jugosa y tierna, y cada bocado se complementa a la perfección con las tres salsas: una cremosa, otra más intensa y picante y una tercera dulce y ahumada que hace que todo encaje. El maldito Alzetta sabe lo que hace.

Entre bocado y bocado vuelvo a fijarme en Cassie, que en toda la cena no ha abierto la boca más que para comer. Parece que prefiere escuchar a Stephen hablar sobre cualquier gilipollez que no le interesa a nadie. La observo mientras enrolla los espaguetis, distraída, y justo cuando parece que lo tiene todo bajo control, uno se le escapa y la salsa de bogavante le salpica la blusa. Levanta la mirada rápido, asegurándose de que nadie lo ha visto... pero yo sí.

Por un instante nuestras miradas se cruzan. Le lanzo una sonrisa rápida y un leve gesto con la cabeza para que coja la servilleta antes de que alguien más se dé cuenta. Nuestro secreto. Ella me devuelve la sonrisa, abre la servilleta y limpia la mancha con cuidado.

Megan, ajena a todas las miradas que no van dirigidas a ella, continúa con su invención.

—Y aquí fue cuando volvimos a coincidir. —No tengo ni idea de qué se ha inventado ahora, porque ya hace rato que he desconectado—. Sin duda esto es algo... mágico. ¿Milagro navideño, tal vez? —Me mira esperanzada.

—Entonces, ¿estáis juntos o qué? Porque mi chica me ha dicho que eres un poco capullo... y no me gustaría que fueses igual de gilipollas con mi hermana.

—¡Stephen! —A la vez, Cassie y Megan le sueltan un manotazo.

—¿Qué? Es lo que estábamos pensando todos, ¿no? —Mira a sus padres en busca de apoyo, pero no lo consigue. A su madre ya la tengo en el bote y su padre está demasiado ocupado mojando el pan en la salsa del plato de su mujer como para prestarnos atención.

—¿De verdad? —No miro a Stephen, si no a Cassie—. ¿Eso le dijiste?, ¿que soy un capullo?

Cassie se pone roja y me fulmina con la mirada. Luego empuja la silla hacia atrás y se levanta sin decir una palabra. Solo coge la servilleta que tenía sobre los muslos, la deja sobre la mesa con un gesto seco y sale disparada hacia el pasillo.

—Se ha manchado con la salsa —alego—, voy a ver si necesita ayuda.

Me disculpo del resto de su familia y sigo a Cass hasta el servicio.

—Eh, Cass —la llamo antes de que se meta en el baño de mujeres—, lo que estás viendo ahí fuera... —empiezo, intentando arreglar algo.

—Lo que estoy viendo es que me estás arruinando la noche —me corta de golpe, sin darme margen ni para respirar—. Se supone que era una cena de bienvenida para mí. ¡Yo! —se señala—. La novia de Stephen, ¿sabes? Y de repente has aparecido tú y has acaparado toda la atención.

—¿Has dicho novia?, ¿no era tu prometido? —Cojo su brazo por la muñeca y lo alzo hasta que tengo sus dedos desnudos frente a mí. Algo en lo que obviamente ya me había fijado.

Si ya estaba roja por el enfado, ahora aumenta su intensidad.

—No tengo que darte explicaciones. —Intenta zafarse de mi agarre. Ya sabía que ese dedo llevaba demasiado tiempo desnudo para ser casualidad.

—No te las he pedido... —sonrío, victorioso.

—Me va a pedir que me case con él en este viaje, por eso necesito que todo salga a la perfección. Y tú —me señala con la mano libre— no entras dentro de esa perfección.

—Perdona por no estar dentro de tus planes. No te preocupes, el hotel es lo suficientemente grande para los dos. No volveremos a vernos hasta después de las vacaciones.



CAPÍTULO 13

Cassie

Llevo estudiando todos los escenarios posibles desde hace más de un mes. Antes de irme a dormir le daba rienda suelta a mi imaginación y mi mente ya sabía todo lo que podía ocurrir. Contaba con más de cien alternativas distintas. Sabía cómo actuar si tiraba una copa o manchaba la blusa de su madre, sabía qué decir si me preguntaban por política o algún tema comprometido. Había llevado la colección de libros de *Elige tu propia aventura* al siguiente nivel. Tanto que había diseñado diferentes salidas a todos los problemas en función de cómo estuviese yendo la cena. Pero en ninguno de mis cientos de problemas estaba él: Jeremy Jensen.

Cuando lo vi aparecer, pensé que era otra mala jugada del destino. Pero al recobrarme y encontrarlo sentado frente a mí, junto a la que se suponía que era solo una fan —y ahora, al parecer, su... ¿novia?—, supe que nada podía salir bien.

Por algún motivo, ver cómo Megan le recorría el brazo tatuado tampoco ayudó a calmar mis nervios. Años atrás, cuando estaba nerviosa, hablaba por los codos, pero eso no me dio más que problemas. Así que, teniendo en cuenta todos los que ya tenía sobre la mesa, decidí concentrarme en mi plato de pasta de más de ochenta dólares.

El plan funcionó a medias. Fingí interés en las conversaciones, forcé sonrisas donde tocaba y tragué con disimulo hasta cuando me atraganté con una cáscara del bogavante escondida en la salsa de mis espaguetis. Y justo cuando pensé que podría sobrevivir a la velada sin incidentes... yo me manché, Stephen abrió la boca de más y Jeremy respondió siendo un auténtico impertinente, como siempre.

A la vista está que no supe gestionar bien todo lo que estaba ocurriendo y terminé por explotar. Me levanté de la mesa con la poca dignidad que me quedaba y hui a encerrarme en el baño, intentando no pensar en la mirada de todos clavada en mi espalda.

Se supone que yo estaba preparada para esta cena..., pero ya sabemos que el mundo siempre guarda un final alternativo para el que no tenemos solución.

Así que cuando salí de allí, dispuesta a redirigir mi aventura hacia un mejor puerto, Jeremy ya no estaba en la mesa y todos me miraban como si yo fuese la culpable de ello.

—Has estado rarísima esta noche. ¿Y ese numerito con Jeremy? — No hemos hablado demasiado hasta ahora, que estamos de vuelta en la habitación. Stephen está colgando el jersey en una percha para que no se le arrugue mientras yo me preparo una infusión.

—¿Numerito? —repito sin alterarme, metiendo la bolsita en la taza blanca que descansa sobre el mueble bar—. Eres tú el que le ha llamado capullo delante de toda tu familia.

No levanto mucho la voz. Lo digo en tono calmado, porque lo que menos me apetece ahora mismo es discutir por Jeremy.

—Solo he repetido tus palabras. —Stephen se encoge de hombros, como si eso fuese una justificación suficiente, y se sienta en la cama para desatarse los cordones de los mocasines.

—Exacto. —Aprieto los labios y enciendo la tetera eléctrica. El vapor empieza a silbar, llenando el silencio incómodo que hay entre nosotros—. Y te recuerdo que de ese «capullo» de ahí depende mi trabajo, así que agradecería que no hubieses ido contándole a la cara lo que pienso de él.

Stephen chasquea la lengua antes de contraatacar.

—¡No! Si encima será mi culpa.

—¡Claro que es tu culpa, Stephen! —La paciencia se me escapa de golpe, al mismo tiempo que la tetera lanza su último silbido, a punto de desbordarse.

Dejo la cucharilla con más fuerza de la necesaria sobre la encimera y por fin lo miro a los ojos.

—De puta madre, Cassandra, lo estás volviendo a hacer.

—¿El qué estoy volviendo a hacer?

—Actuar como una histérica cuando nada de esto tiene tanta importancia. —Su tono es frío, calculado. Sabe cómo hacerme sentir pequeña.

—No la tendrá para ti —respondo, sintiendo cómo la rabia me enciende las mejillas— porque todo lo que está a tu alrededor siempre es mejor que yo. Pero, aunque yo no sea la heredera de una de las empresas más ricas del país, mi trabajo es importante para mí.

—¡Venga ya! No vayas ahora de víctima porque sabes que esto no va de trabajo. Te he visto toda la noche babeando por él. Se te retorció el estómago cada vez que...

Ya está. Es eso lo que ocurre. Tiene celos de él.

Me acerco, bajando el tono, intentando calmar las aguas antes de que la discusión se nos vaya de las manos.

—Cielo, no tienes que estar celoso de Jeremy... —Alargo la mano hacia su hombro, buscando un contacto que lo suavice, pero él me la aparta de un manotazo que me deja helada.

—¡Me da absolutamente igual Jeremy! ¿Es que no lo entiendes? De hecho, preferiría que fueses tú la que se está acostando con él y no mi hermana. Así sería más fácil dejarlo y no tendría que estar aguantando todo esto.

Me quedo inmóvil, sin aire.

—¿Esto? —Mi voz se rompe en un sollozo—. A esto se le llama tener una relación.

—No, desde luego que ya no. —Su respuesta es tan seca que me corta por dentro.

El suelo parece abrirse bajo mis pies.

—¿Qué... qué quieres decir? —tartamudeo, incapaz de asumir lo que estoy escuchando—, ¿estás cortando conmigo?

Stephen ladea la cabeza con una mueca de sarcasmo que me resulta desconocida y cruel.

—¿Quieres que llame a Jeremy para que te lo cante o qué? Sí, Cassie, no puedo seguir más con esto.

El aire en mis pulmones se convierte en piedra. Tanto que ni necesito mi inhalador, no queda nada que reactivar.

—Tenía que haber escuchado a mi madre cuando me dijo que solo eras una cazafortunas. —Se acerca un paso, noto su sombra proyectada en la pared, aplastándome—. Y mira que he intentado no creerlo, Cassie, pero incluso delante de mis narices lo has intentado con él.

Lo intento, pero no consigo articular palabra.

—Pues que sepas una cosa —continúa, cargando cada sílaba con veneno—: podrá tener más fama, pero no más dinero que yo. Si pensabas cambiar de premio, has elegido fatal.

—¿Eso es lo que piensas de mí? —balbuceo. La rabia me sube como un fuego que me quema desde dentro, pero estoy demasiado rota para encenderlo.

—Lo que pienso es que ya no pintas nada aquí. —Coge la chaqueta del respaldo de la silla, se la cuelga sin mirarme y abre la puerta con un tirón brusco—. En media hora tendrás un coche esperándote en la puerta del hotel. Hazme el favor de usarlo.

Y entonces, sin darme oportunidad de responder, me lanza una última mirada cargada de desprecio.

—No quiero verte aquí cuando vuelva, Cassandra. Se acabó.

El portazo resuena como un disparo en el pecho, dejándome sola, pegada a la encimera con las manos temblorosas y toda la infusión esparcida por la moqueta.



CAPÍTULO 14

Jeremy

Apoyo el vaso contra la barra y dejo que el hielo golpee el cristal. Creía que no era mucho de mentir, pero estos días me estoy sorprendiendo a mí mismo. Resulta que a veces las excusas baratas funcionan mejor que las verdades.

No me molesto en mirar el móvil ni en fingir que estoy esperando a alguien. La excusa de que me llama mi agente ya la solté durante la cena. Y funcionó. Nadie sospechó ni me detuvo cuando hui de la mesa Orangerly. Bueno, quizá Megan un poco sí, pero supongo que no quiso hacer demasiado el ridículo delante de su familia, porque se calló rápido. Y sinceramente, con Cassandra perdida en el baño y el chuletón convertido en un recuerdo, no tenía sentido seguir allí, tragándome conversaciones que no me interesaban lo más mínimo.

Así que aquí estoy. En el bar del casino.

No soy adicto al juego. De hecho, nunca he metido ni un solo dólar en una de esas máquinas, pero me fascina quedarme a mirar. No sé qué es peor, la verdad.

La gente deambula de un lado para otro, como zombis, con los ojos pegados a las pantallas y apretando botones esperando que aparezca el próximo limón luminoso. No saben ni a quién tienen al lado, y por eso este lugar es perfecto para desaparecer. Te vuelves invisible aunque estés a plena vista.

Me reclino un poco en el taburete, jugando con el vaso entre los dedos, cuando la puerta del bar se abre con un golpe seco.

Sorpresa.

Stephen.

«¿En serio no va a haber un sitio en este hotel donde no me lo encuentre?».

Tiene la mandíbula tensa y anda con decisión hacia la barra.

Genial, seguro que viene a partirme la cara por dejar a su hermanita sola en la mesa.

«Qué pereza».

Por suerte, aún no me ha visto.

O eso creo, porque en cuanto pide un trago, gira la cabeza y me localiza.

—Tú. —La palabra le sale como un escupitajo.

—Salud. —Levanto el vaso a modo de brindis, sin perder la sonrisa.

No se ríe. Claro que no.

—En cuanto te he descubierto, sabía que te ibas a largar a la mínima.

Vale, esto confirma mis sospechas. Megan. Está cabreado porque la he dejado tirada.

—Mira, tío, de verdad que no quiero problemas. Solo quiero beberme esto —vuelvo a levantar mi *ginger ale*— y volverme a la cama.

Stephen entorna los ojos.

—¿Con ella?

Yo suelto una carcajada incrédula.

—Este rollito sobreprotector que te traes con tu hermana empieza a darme un poco de repelús.

Ahogo una arcada fingida, convencido de que todavía hablamos de Megan.

—Lo que sí que me da asco es lo que quiera que hicieseis cuando la seguiste al baño como un perrito faldero y luego no tuviste la decencia de quedarte en la mesa ni de mirar a mi hermana a los ojos.

Abro la boca para replicar, pero me quedo en blanco. ¿De qué coño está hablando?

—Porque lo de ella solo es una tapadera, ¿no? —continúa—. Encima estás jugando con mi hermana. Te mereces que te parta la boca aquí mismo.

Vale, está perdiendo los papeles. Me froto la cara, cansado de tanta paranoia.

—Mira, no sé qué película te estás montando, pero creo que te estás confundiendo. Yo no quiero nada con tu hermana, si es eso lo

que tanto te preocupa. Puedes estar seguro de que no me vas a volver a ver en tu vida. De hecho, si te vas ya de aquí, puedo empezar a hacer tu sueño realidad.

—O puedes irte tú. Corre a su habitación, la 489. Te la he dejado preparada para ti.

Me quedo inmóvil, con el vaso en la mano a medio camino de mis labios.

—¿Qué mierda estás diciendo?

Stephen aprieta la mandíbula hasta que parece que se le van a romper los dientes.

—Estoy hablando de Cassandra, imbécil.

Me froto la sien, intentando procesar.

—¿Perdona? ¿Crees que entre Cassandra y yo hay algo?

«¿Le ha dicho ella algo de mí?».

—Como vueltas a hacerte el tonto, te llevas una hostia.

—Tío, no es por provocarte, pero te juro que no tengo ni puta idea de lo que estás diciendo.

—Tus miradas, tus gestos, el numerito de antes en la mesa. Todo encaja. —Su voz ahora es un susurro.

Suelto una carcajada incrédula y niego con la cabeza.

—Estás loco. Entre Cassandra y yo no hay absolutamente nada.

—Ah, ¿no? —Da un paso más cerca y el vapor de su respiración me molesta en la cara—. ¿Entonces qué? ¿Por qué coño no puedes apartarle los ojos de encima? ¿Y por qué ella tampoco puede apartártelos a ti?

—Porque es Cassandra —sonríe. Si va a partirme la cara, que lo haga ya, quiero irme a dormir—. ¿Has visto cómo es? Media sala se giraba a mirarla, no solo yo. Quizás eras tú el único que no lo hacía.

Stephen se ríe por primera vez.

—No me vengas con gilipolleces, sé con qué clase de chica salgo y no es de esas. Bueno, salía.

Hago un esfuerzo enorme por tragarme la bilis e ignorar su primer comentario, centrándome en el que de verdad me interesa.

—¿Tú y Cassandra...? —Suelto una carcajada nerviosa—. Espera, ¿estás diciendo que habéis roto?

—Otro que necesita que se lo canten... —murmura antes de volver a mirarme a la cara—. Toda tuya, amigo.

Apoya la mano derecha sobre mi hombro con más fuerza de la necesaria, intentando remarcar su triunfo. Giro la cabeza y detengo la mirada sobre ella. Y justo cuando voy a apartarla, abre la boca de nuevo:

—Aunque, si te soy sincero... —su voz gotea veneno—, ya te la vas a encontrar usada. Exprimí cada rincón de lo que tenía por ofrecer... y, créeme, no queda mucho más que explorar.

El vaso se me resbala entre los dedos y se estrella contra el suelo.

No lo pienso, no me contengo. Solo siento cómo me hierve la sangre, cómo se me nubla la vista. Y antes de darme cuenta, mi puño se estampa contra su cara con una fuerza que me hace crujir los nudillos antes de que pueda añadir otra palabra.

A tomar por culo la fisioterapia, me acabo de joder el brazo de nuevo.

Lo dejo noqueado en el suelo.

—Vuelve a hablar de ella así y te juro que no te levantas —escupo entre dientes, con la respiración entrecortada y el puño todavía levantado.

El murmullo del casino parece hacerse eco alrededor. Probablemente no me vuelvan a invitar a este hotel, pero a quién le importa, apenas puedo hacer *snow board* sin que me duela el brazo y ya he probado el chuletón a las tres salsas.

Con Stephen todavía en el suelo y los camareros asomados detrás de la barra, escucho con claridad que alguien grita que llamen a seguridad. La sangre me retumba en los oídos, pero no me quedo a disfrutar del espectáculo. Me escabullo entre la gente, con la adrenalina todavía chorreando por las venas, y en cuanto piso el pasillo corro hacia la salida de emergencia más cercana.

Subo las escaleras de dos en dos. Ni siquiera me planteo salir al *hall* y esperar al ascensor; la idea de estar encerrado en una caja de metal durante veinte segundos mientras Stephen tal vez se levante o seguridad me intercepte es insoportable.

Cuarta planta. Habitación 489.

Cuando llego, el corazón me golpea tan fuerte que siento que me va a reventar en el pecho. Mis nudillos arden todavía por el puñetazo, y aunque llego dispuesto a golpear la puerta con ellos, no hace falta. Con un pequeño empujón, la puerta se abre. Ya sé que nada bueno viene detrás de esto.

Entro con cuidado. Lo primero que me llama la atención es que, dentro del cajetín de las luces, sigue encajada una tarjeta del hotel. Eso explica por qué todo está encendido.

—¿Cass? —pregunto en un susurro, casi con miedo de que alguien me conteste.

Lo último que me falta es que Stephen me haya engañado con el número de habitación y ahora también me detengan por acoso.

A simple vista parece ocupada: ropa de hombre perfectamente doblada, una taza sucia abandonada sobre la mesa... pero no hay nadie dentro. Recorro la habitación en busca de alguna señal que me haga creer que todavía sigue aquí: su ropa, un neceser lleno de maquillaje en el baño..., nada.

Pese a que ya sé la respuesta, me obligo a seguir recorriendo la habitación hasta que me detengo enfrente de los enormes ventanales que dan al lago, donde las cortinas ondean levemente empujadas por la corriente que entra a través de las rendijas. Al bajar la vista me encuentro con una mesita de noche y estoy seguro de que es la de Stephen, porque ahí está su reloj de más de cuarenta mil dólares de Jaeger-LeCoultre del que no paraba de presumir durante la cena. Salgo a la terraza, que es el doble de grande que la mía. El aire helado me recuerda que me he dejado el abrigo en el casino. Me apoyo en la barandilla izquierda y estiro el cuello, tratando de alcanzar con la vista la entrada del hotel. Por un instante creo verla, pero no. Solo es un par de huéspedes que cruzan corriendo el porche principal cubriéndose la cabeza mientras buscan refugio. Levanto la vista hacia el horizonte, hacia las montañas de Catskill. El cielo está cargado de nubes oscuras, pesadas, y las primeras gotas golpean contra la barandilla con un tintineo irregular. El aire anuncia lo inevitable, se acerca una buena tormenta de nieve.

Antes de salir, hecho un último vistazo a la habitación. Y entonces cierro la puerta tras de mí, me meto la mano en el bolsillo del pantalón y noto el frío metálico del reloj de Stephen contra mi piel. Quizá yo también debería salir de aquí cuanto antes, y no solo porque la tormenta no me deje escapar.



CAPÍTULO 15

Cassie

La tormenta que tengo en la cabeza es el doble de intensa que la que está cayendo ahora mismo sobre Nueva York.

Sigo en un taxi, atrapada en Canal Street, y todavía empapada, porque el coche que me había preparado mi ahora exnovio nunca llegó a cruzar el túnel Holland. Cuando nos íbamos acercando a la ciudad, la radio empezó a hablar de un posible cierre por riesgo de inundación, y al final me dejó antes de llegar al río Hudson.

Así que, tirada en medio de Nueva Jersey, arrastré las maletas bajo la lluvia hasta que encontré a Ricardo, un taxista que me aseguró con toda la calma del mundo que me llevaría sana y salva a casa. Ahora conduzco con él rumbo a Manhattan, mientras me cuenta cómo su mujer cose nuevas fundas para los asientos cada vez que los Yankees pierden y algún fan borracho decide que el taxi es el culpable de que el *pitcher* no haya sabido lanzar una bola decente en todo el partido.

Me limito a darle la razón, porque no tengo ni idea de béisbol, pero mi mente está muy lejos allí. Solo puedo repasar la noche de hoy y preguntarme dónde he fallado. En qué momento debería haberme callado para evitar que todo saltara por los aires.

Mientras el limpiaparabrisas lucha contra la lluvia, me sorbo los mocos, busco el teléfono en mi bolso y abro la aplicación de mensajes:

00:13: Sé que no es el mejor momento, pero ¿puedes venir a casa?
No quiero estar sola al llegar.

Quince minutos más tarde, Ricardo cumple con su palabra y me deja sana y salva en el portal de mi edificio, tal y como me prometió al principio del viaje. Tras sacar mis pertenencias del maletero, me desea unas felices fiestas con una sonrisa tan cálida que casi me

hace llorar ahí mismo. Le doy las gracias con los ojos algo vidriosos, alzo la empuñadura de la maleta y huyo a toda prisa antes de que la emoción me juegue una mala pasada.

Como siempre que llevo algo de peso, subo la maleta dando golpetazos por las escaleras. Y a mitad de camino tengo que pararme para coger algo de aire y recomponerme. Al abrir la puerta de mi apartamento, el silencio me recibe como una bofetada.

Y entonces me rompo. Ahí mismo, en la entrada, con el abrigo todavía empapado y las luces de Navidad parpadeando en la ventana del vecino de enfrente. Me dejo caer contra la pared, con las manos temblando, y lloro hasta que no distingo si las lágrimas son mías o si todavía estoy goteando por la tormenta.



En algún momento, entre sollozo y sollozo, debí quedarme dormida, porque me despierta el zumbido del insistente telefonillo. Me incorporo de golpe, con la cara pegajosa y los ojos hinchados, y por un segundo no sé si sigue lloviendo o si es mi cabeza la que todavía retumba. Pero no, parece que la tormenta se ha calmado; ya no escucho las gotas repiquetear contra las ventanas.

La voz de Ivy a través del interfono me da aproximadamente un minuto para recomponerme antes de que llegue al apartamento. Tras dejar el abrigo en el perchero de pie que hay al lado, me vuelvo hacia el espejo del pasillo y me fuerzo por fingir una media sonrisa de bienvenida.

Nada más abrir la puerta de casa oigo cómo lo hace la del ascensor, seguido de la voz de mi amiga:

—¡Dime que me has hecho cruzar todo Manhattan lloviendo porque llevas un anillo enorme en tu mano izquierda!

Al verme plantada en la puerta, con la ropa todavía húmeda y el rostro lleno de restos de maquillaje, se abalanza sobre mí.

—¡Cassie! ¿Qué ha pasado?, ¿estás bien? —Ivy me palpa, en busca de alguna herida en mi cuerpo.

—Me ha dejado —alcanzo a decir antes de romper a llorar de nuevo.

Ella me rodea con los brazos, recoge la maleta que he dejado tirada en medio de la entrada y me guía hasta el sofá, como si yo fuera una niña pequeña a la que hubiera que proteger del mundo entero. Me coloca un cojín en la espalda, me tapa con la manta de lana que siempre está hecha un ovillo en la esquina y desaparece un segundo hacia la cocina. Regresa con un vaso de agua en la mano y me lo tiende con gesto firme.

—Vale, respira. Bebe. Y después cuéntamelo todo.

Obedezco. El agua está fría y me calma el incendio que arrastro en la garganta. Y entonces hablo. Le suelto un resumen atropellado de las últimas veinticuatro horas que he pasado fuera. Le cuento lo increíble que era el hotel, pero también la actitud insoportable de su madre y lo mucho que me desesperaba que Stephen no le parara los pies. Le relato cómo Jeremy apareció de repente en el restaurante y cómo la supuesta *groupie* resultó ser la mismísima hermana de Stephen. Sé que Ivy está haciendo un esfuerzo titánico por no interrumpirme. Sus cejas se arquean cada vez más y aprieta los labios, mordién dose la lengua.

Respiro hondo, sintiendo que me acerco al punto de no retorno.

—Y entonces... —mi voz se me quiebra—, volvimos a la habitación.

Ivy se endereza, pero sigue en silencio, dándome espacio.

—Empezó a decir tonterías —consigo decir—, ya no sé ni cómo fue. Está todo borroso. Pero al principio me echó en cara el numerito que había montado en la cena y acabó acusándome de estar pillada por Jeremy. —Al oír esas tres palabras, la expresión de mi amiga cambia—. Al final, me dejó, salió de la habitación y me quedé con la palabra en la boca y un coche esperándome. Parece que lo tenía todo planeado desde el principio.

Siento el nudo en la garganta cerrándose otra vez, y bajo la mirada hacia mis manos, que tiemblan con el vaso de agua vacío entre ellas.

—Cariño, no te va a gustar lo que te voy a decir, pero eres tonta.

La miro confundida.

—Sí, esperabas que te dijera que el tonto es él, pero creo que eso ya lo sabes. Eres tonta por llorar por un tío que claramente no te merece. Te ha hecho un favor dejándote. Si me das su número, yo

misma lo llamo para darle las gracias. —Intento reír, pero solo me sale una mueca forzada.

—Sí que soy tonta, sí... —Es lo único que me atrevo a decir.

Realmente le quiero... o le quería. Ya no lo sé.

—No —me corta de inmediato—. Te equivocaste en confiar en alguien que no supo estar a la altura, punto. Y ahora lo que vamos a hacer es comernos un helado tamaño familiar mientras vemos un episodio de *¿Es una tarta?*

Mientras Ivy rebusca en mi congelador, yo lo hago en mi bolso, en busca de mi inhalador. En lugar de eso, mis dedos tropiezan con el pequeño sobre rosa de Victoria's Secret. Era una sorpresa. Lo había escondido ahí porque sabía que Stephen se iba a poner a deshacer mi maleta nada más llegar y no quería que lo descubriera antes de tiempo.

—¡Y esta noche me iba a poner esto! —sollozo, sacando el sobre y lanzándolo por encima del respaldo del sofá. Aterrizo de lleno en el pasillo que conecta con la barra de la cocina, justo cuando Ivy aparece con el helado de galleta en una mano y dos cucharas soperas en la otra.

Sin perder el equilibrio, se agacha, recoge el sobre y regresa al sofá conmigo. Cuando lo abre, bastan dos segundos para que una oleada de recuerdos me inunde y comience a llorar de nuevo.

Había planificado tanto este fin de semana... quería que todo saliera tan perfecto.

—Iban a ser las navidades más especiales... —murmuro, mirando el conjunto con pena.

Ivy reacciona en seguida. Me da un toquecito con la cuchara en la pierna y me coloca la tarrina de helado en el regazo.

—No quiero helado —gimoteo, apartándola—. Lo compré con un miedo horrible a que no me quedara bien... y ahora ni siquiera voy a poder ponérmelo.

«¿Podré devolverlo?», me pregunto al ver todavía la etiqueta colgando del sujetador.

Ella me agarra las manos con fuerza, obligándome a mirarla a los ojos.

—Cariño, este conjunto no tiene fecha de caducidad. Ya veremos con quién, cómo y cuándo..., pero lo vas a estrenar. Y probablemente lo disfrute alguien que no se llame Stephen y que sepa lo afortunado que es.

Su seguridad me arranca una sonrisa temblorosa entre lágrimas.

Justo en ese instante, el timbre irrumpe en el salón. Nos quedamos heladas, sin atrevernos a mover un músculo.

No esperamos a nadie.

Nos miramos indecisas de si abrir la puerta o no.

Ivy lanza el conjunto sobre la mesa de centro y se levanta del sofá sin hacer ruido. Me hace un gesto para que guarde silencio y se acerca despacio a la mirilla.

Su resoplido, breve y tenso, me pone la piel de gallina. Gira el pestillo con decisión y abre de golpe.

—¿Qué haces tú aquí? —Oigo que dice en un tono firme, casi cortante. Pero desde esta posición en el sofá no alcanzo a ver quién hay detrás de la puerta.



CAPÍTULO 16

Jeremy

Plantarme en la puerta de Cass a las dos de la madrugada no ha sido mi idea más cuerda, pero tampoco la más absurda. Lo que sí que no me esperaba era encontrarme con la otra chica de su oficina. ¿Se habrá confundido la recepcionista de su empresa cuando le cambié esta información por dos pases VIP para mi concierto en el Madison Square Garden de mañana?

—Tú no eres Cassandra —me limito a decir.

—Vaya, ¿eres siempre igual de observador? —me suelta, arqueando una ceja.

Le contestaría cualquier impertinencia, pero no tengo ni las ganas ni la energía para eso ahora mismo.

—¿Quién es? —Oigo la voz amortiguada de Cass desde dentro.

Sonríó. La chica me fulmina con la mirada y, aun así, se aparta para dejarme pasar.

—Como la jodas, te mato —me susurra conduciéndome hasta el salón.

Me ahorro el comentario que me acaba de venir a la mente porque no tengo intención alguna de salir de aquí antes de comprobar con mis propios ojos cómo está Cass.

No me la esperaba saltando sobre el sofá al ritmo de Tina Turner, pero desde luego tampoco me la imaginaba así. Una incomodidad que no sabría definir me atraviesa el pecho.

—¿Qué haces tú aquí? —me dice, con las mismas palabras textuales que su amiga me ha lanzado hace dos minutos.

Buena pregunta.

«¿Qué hago yo aquí?, ¿qué pretendía conseguir conduciendo hasta aquí?».

Ni yo mismo tengo clara la respuesta.

—De todas las personas de Nueva York... ¿qué digo Nueva York?, ¡del mundo!, ¡la galaxia, me atrevería a decir...!, ¿sabes a cuál de todas me apetece ver menos? ¡Ding, ding, ding! —Me apunta con el dedo justo cuando golpea el tarro de helado con la cuchara a modo de campana—. ¡Exacto! ¡Tú! —Me lanza la cuchara y, aunque no ha tirado a dar, me mancha los pantalones de helado derretido.

—Vale, yo me voy —anuncia su amiga, cogiendo su abrigo del perchero.

—¿Qué? ¡No, Ivy! —Cass se endereza de golpe.

—Si la haces llorar otra vez, te arranco las cuerdas vocales y me hago un collar con ellas —advierte Ivy, mirándome como si ya estuviera decidiendo por dónde empezar a cortar.

—Tranquila, no pienso hacerla llorar. —Alzo las manos, en señal de paz.

Ivy resopla, nos escanea con la mirada, evaluando el riesgo de que todo acabe ardiendo, y luego cierra la puerta tras de sí.

Me quedo plantado en mitad de la alfombra, mirando a Cass, que se aferra a su manta y a su helado. Al final, me aclaro la garganta y señalo el sofá.

—Bueeeeno... —me guardo las manos en los bolsillos y me muevo en el sitio—, ¿me vas a dejar sentarme ahí sin atacarme de nuevo?

—¿Qué quieres, Jeremy? En serio. ¿Qué diantres quieres?

Intento no reírme porque haya usado la palabra «diantres».

Me encojo de hombros y bajo un poco la voz, acercándome con cuidado hasta el sofá.

—Solo quería asegurarme de que estabas bien. Y explicarte todo lo que ha pasado hoy...

—Me da absolutamente igual con quién te estés acostando, de verdad. Tengo cosas más importantes con las que lidiar ahora mismo.

—Sé que Stephen ha cortado contigo.

Ella se queda congelada. Vale, igual no debería haberlo soltado tan de golpe.

—¿Y vienes a asegurarte de que he caído lo bastante bajo como para que puedas hacer un chiste sobre ello?

—¿Por qué siempre tienes esa mala impresión de mí? —La miro, confundido, y me dejo caer en el sillón de enfrente—. ¿En qué momento de las apenas cien horas que nos conocemos te he hecho sentir inferior o ridícula? ¡Oh, no, perdona, de eso creo que se encargaba Stephen!

Noto cómo arde la furia en su mirada, pero en un suspiro se apaga y se deshace en lágrimas.

«Joder. Adiós a mis cuerdas vocales».

—Vale, vale, vale. —Me levanto del sillón y corro hasta el sofá, aun a riesgo de que me vuelva a dar con la cuchara—. Perdona, soy un bocazas. No quería decir eso.

Cass se tapa la cara con la manta porque no quiere que la vea así. Solo asoman un par de mechones húmedos y enredados. Sus hombros se mueven con cada sollozo y me da la sensación de que se va a romper en cualquier momento.

Me acerco todavía más, sin atreverme a tocarla.

—Eh... mira, si me odias, lo entiendo. Pero al menos deja que te traiga una servilleta. Te estás destiñendo la cara con el maquillaje y el tinte rosa y pareces un mapache emo.

Un bufido ahogado se escapa de debajo de la manta. No sé si es un intento de risa o un insulto, pero lo tomo como una pequeña victoria.

—De verdad, Cass —continúo al ver que no piensa hablar—, no he venido a regodearme. Me he cruzado con Stephen en el casino y, bueno..., he venido porque no podía sacarte de mi cabeza.

No es buen momento para contarle que lo he dejado en el suelo.

Ella baja la manta despacio, dejando ver sus ojos hinchados.

—No necesito tu compasión, Jeremy.

—Perfecto, porque no te estoy ofreciendo compasión. —Levanto las manos—. Lo que te ofrezco es compañía. Nada más. Bueno... eso y la promesa solemne de no volver a meter la pata en los próximos cinco minutos.

Cass arquea una ceja, dudando.

—Cinco minutos no es mucho.

—Para mí es un récord —sonríe, intentando arrancarle aunque sea una sonrisa.

El silencio vuelve a colarse entre nosotros, pero esta vez no resulta tan pesado. Mis ojos se pasean por el salón, buscando cualquier excusa para romperlo, y entonces me fijo en algo encima de la mesa de centro que parece estar pidiendo a gritos mi atención. Sin pensarlo demasiado, lo levanto.

Le doy un par de vueltas al trozo de terciopelo y, cuando por fin caigo en lo que es, casi me atraganto con mis propias palabras.

—Vaya, vaya... —De verdad que se me ha secado la garganta. No sé qué más decir.

Cass se pone roja de inmediato e intenta arrebatarme el conjunto, pero yo soy más rápido.

—Relájate, Cassandra. —Levanto las manos, divertido—. No tienes nada de lo que avergonzarte. Te diré más: nunca me ha gustado tanto el terciopelo como ahora mismo.

—Eres imbécil.

—Un imbécil con buen gusto. —Me recuesto en el sofá, desplegando el conjunto entre las manos y examinándolo con detenimiento, como haría ante una obra de arte—. La verdad, estoy impresionado.

Cass rueda los ojos, intentando recuperar el conjunto, pero acaba dejándose caer contra el respaldo con un bufido.

—Era para este fin de semana —admite, apenas en un murmullo.

—Ah, ¿sí? —Me inclino un poco hacia ella—. Podemos estrenarlo igual. Yo soy muy fan del terciopelo... Sé reconocer la calidad cuando la pruebo. Y créeme, lo voy a saber valorar mucho mejor que el capullo ese de... —me muerdo la lengua cuando noto cómo le cambia la expresión a una mucho más triste—. Vale, vale, nada de decir su nombre.

Ella me mira de reojo, calibrando si reírse, enfadarse o simplemente ignorarme. Al final, suspira y deja la manta a un lado.

—¿Sabes qué? Puede que tengas razón.

—¿Sobre qué?, ¿sobre probarlo? —Levanto el conjunto con una sonrisa torcida—. Estoy más que dispuesto.

—No, sobre que quizá él no lo hubiese sabido valorar.

—¡Exacto!

—Nunca lo ha hecho, de hecho. —Se queda mirando un punto fijo en el suelo, y esa confesión se queda flotando entre nosotros.

Al final, me ladeo hacia ella para poder hablarle cara a cara.

—¿Sabes qué creo que es lo que necesitas? —Me mira, expectante. Percibo algo de temor en su mirada—. Una cena.

—No lo creo. Nunca ha salido nada bueno de nuestras cenas.

—Pero de esta sí. —Le quito el bote de helado de entre las piernas con cuidado. El cartón está ya húmedo y pegajoso—. Te propongo un paseo y algo de comer. Tienes que despejarte, Cass. Esto de aquí —sacudo el bote a modo de prueba irrefutable— solo te dará un subidón de azúcar y no te dejará pensar con claridad.

Cassie me observa como si hubiera perdido la cabeza.

—Jeremy, son las dos de la mañana.

—Exacto. La hora perfecta para una hamburguesa grasienta y unas patatas fritas.

—A menos un grado bajo cero.

—Mejor. Así te despejas más rápido. —Me encojo de hombros—. Además, no pienso dejarte aquí con el helado este hasta que se te congelen las ideas y llames a Ste...

No llego a terminar su nombre porque me corta levantando un dedo, recordándome la regla número uno de la noche: prohibido mencionarlo.

La observo dudar, mordiéndose el labio. Sé que está peleando consigo misma. Parte de ella quiere quedarse hecha un ovillo bajo la manta hasta que amanezca, pero otra parte necesita que alguien la saque de ese agujero en el que se ha metido. Y ese quiero ser yo.

—Vamos, Cassandra. Solo un rato. Te prometo que en cuanto me digas que no te apetece más, te devolveré a casa.

—Vale. —Al final cede, casi como si la palabra le pesara en la lengua—. Me cambio y nos vamos.

—No, no te cambias porque probablemente me hagas el lío y termines metiéndote en tu habitación y escondiéndote debajo de las sábanas. Así estás guapa.

—¿En serio estoy guapa? —Lo dice tan sorprendida que parece que nadie se lo haya dicho en mucho tiempo.

La miro de arriba abajo y asiento sin el menor atisbo de duda. La verdad es que ahora mismo tiene unas pintas horribles, y, aun así, está preciosa.



CAPÍTULO 17

Cassie

Me duele la barriga de tanto reírme, o de haber mezclado espaguetis con bogavante, helado y perritos calientes en una misma noche.

Nueva York, en cambio, parece inmune a mis excesos. Está tan despierta que parece que son las seis de la tarde y no plena madrugada. Los puestos ambulantes aún brillan bajo el reflejo de la lluvia que empapó la ciudad apenas unas horas atrás, y el agua en el suelo empieza a helarse, formando pequeños espejos que reflejan el parpadeo de las luces navideñas.

La sensación es extraña. Mi novio —el hombre con el que creía que iba a compartir mi vida— acaba de dejarme; debería estar compadeciéndome, hundida en mi cama con pañuelos usados y viendo por décima vez *New Girl*. Y, en lugar de eso, estoy en mitad de la calle, comiéndome un perrito caliente empapado en ketchup y riéndome porque a Jeremy se le ha resbalado la salchicha y se ha manchado entero.

Me siento culpable por no estar en casa llorando, pero también liberada.

—Sabes que mañana te vas a arrepentir, ¿verdad? —me dice Jeremy, señalando mi vaso de chocolate caliente, todavía a medio terminar después de haber devorado el perrito.

—Mañana me arrepentiré de muchas cosas. —Le doy un sorbo y me encojo de hombros—. Pero esta no va a ser una de ellas.

Él me mira y yo aparto la vista hacia el escaparate de una juguetería que ha montado una cabalgata con osos de peluche. Se mueven en una especie de coreografía espeluznante. Son torpes, mecánicos, pero tienen algo hipnótico. Me quedo mirándolos más de la cuenta, hasta que la sonrisa se me borra poco a poco.

De golpe, me vienen a la cabeza las navidades perfectas. Y ya ni siquiera lloro por Stephen, sino porque estas fechas siempre han sido mías. Las espero todo el año, organizo mis vacaciones en torno a ellas... y él se ha tomado la libertad de arruinármelas. Dándose el absoluto privilegio de robarme algo tan importante para mí.

Antes de que pueda contenerlo, el nudo me sube a la garganta y las lágrimas se me escapan sin pedir permiso.

—Se supone que esta es la época más bonita del año y yo soy la persona más triste del planeta Tierra. —Hago un esfuerzo por que no me tiemble demasiado la voz.

—Déjame decirte que probablemente estés exagerando un poco. — Se acerca a mí, risueño. No se ha dado cuenta de que he empezado a llorar de nuevo.

—No. —Sacudo la cabeza y doy un trago largo a mi bebida caliente para ahogar los sollozos—. Mañana es veinticuatro... y voy a pasar sola la Navidad.

Me froto los ojos con la manga del abrigo, intentando recomponerme, cuando de pronto siento cómo Jeremy se inclina un poco hacia mí.

—Eh, eh... —Su voz es más suave de lo que esperaba—. No estás sola, ¿vale? Ahora mismo me tienes a mí. Estoy aquí contigo.

Sonríó entre sollozos, y por primera vez en toda la noche siento que puedo volver a respirar.

—Y, por si fuera poco, mañana —chasquea los dedos con dramatismo— hago una pedazo de fiesta en mi casa. Barra libre, música en directo, famosos paseándose por mi ático... Y estás oficialmente invitada.

—No hace falta que me hagas la pelota —respondo, bajando la mirada al vaso humeante entre mis manos.

Él se lleva la mano al pecho, dramáticamente sorprendido por lo que acaba de escuchar.

—¿La pelota? ¿A ti? —Alza las cejas, fingiendo indignación—. Mira, en serio, ¿en qué idioma tengo que decírtelo para que me creas? *No te estoy haciendo la pelooooooooota.*

Se separa un poco de mí y lo entona tan alto que tengo que correr hacia él para que se calle.

—¡Shhh! ¿Quieres que descubran quién eres?

Él sonríe, claramente divertido, y disminuye un poco el tono, aunque no la sonrisa.

—Solo digo que sería una pena que pasaras la Navidad echando un ovillo en pijama cuando podrías estar en mi salón. Sin el pijama —abro la boca para replicar y cuando ve mi expresión añade rápido—: pero vestida, claro. Vestida. —Hace un gesto exagerado con las manos, intentando borrar lo anterior, mientras yo niego con la cabeza, conteniendo una risa.

Dejamos atrás los osos poseídos y continuamos avanzando por la calle, donde el vapor que sale de las rejillas de ventilación del metro se mezcla con el aire helado y la humedad de la noche. Aprovecho que ya casi me he acabado el chocolate caliente para subirme la bufanda hasta la nariz, buscando atrapar un poco de calor, aunque el frío se cuela igual por las mangas del abrigo.

—Lo más seguro es que mañana me vaya a Greenwich, a casa de mis padres.

Me mira sorprendido.

—¿Greenwich? —silba bajito, exagerado, y me lanza una mirada burlona—. Vaya, vaya... así que tengo delante a una chica con cuenta numerada en Suiza.

—Por favor. No soy una de esas —resoplo. Greenwich tiene fama mundial por ser uno de los sitios más ricos de EE. UU., pero no toda es así—. Mi casa está más cerca de Byram, donde las únicas vistas que tienes son las vías del tren y el humo de la pizzería de la esquina.

—No sabía que existía ese Greenwich.

—Créeme, hay vida más allá de los millonarios. Mis padres son de lo más normal. Mi madre es profesora de instituto, da Literatura Americana y tiene un trauma con que nadie lea a Dickinson. Y mi padre..., bueno, él trabajaba como guardia de seguridad nocturno en un centro comercial. Nada de *glamour*, ni vacaciones en Aspen en Navidad. —Le lanzo una sonrisa ladeada—. Lo más lujoso que hemos hecho en vacaciones es ir a Cape Cod con el coche cargado hasta arriba y dormir en moteles de carretera.

Él se ríe, aunque noto que me observa con más atención que antes.

—No te pega lo de familia millonaria, la verdad. Eres demasiado... —me mira de arriba abajo, pensativo— auténtica.

Me río entre dientes.

—Traducción: demasiado desastre para ser de Belle Haven.

—No lo he dicho yo. —Levanta las manos en señal de rendición.

Mientras caminamos, me sorprendo hablando más de lo que debería.

—En mi casa, las navidades nunca fueron gran cosa, pero eso no las hacía menos especiales. —Suelto una risa breve—. Si vieras nuestro árbol... siempre parecía estar a punto de caerse porque lo cargábamos de adornos que no pegaban entre sí. Bolas que mi hermano y yo pintamos en preescolar, figuritas que mi madre compraba en liquidaciones, y un ángel en la punta que lleva torcido desde el 2003. —Me sorprendo sonriendo sola al recordarlo, como si verbalizarlo me permitiera sentir el calor de esa sala en medio del frío de Manhattan—. Supongo que por eso me importan tanto estas fechas —añado en voz baja—. Siempre fueron mi forma de recordar que, pasara lo que pasara el resto del año, había al menos una noche en la que todo se detenía y estábamos juntos. Mi padre muchas veces se perdía cenas, cumpleaños... esas cosas, pero la noche del veinticuatro era sagrada y llegaba cargado de regalos con cosas que habían salido defectuosas y que iban a devolver al almacén.

—Eso suena... —Jeremy se inclina un poco hacia mí— tan poco lujoso como increíble.

—Un año estuve obsesionada con una muñeca con un ojo torcido. Mi madre me suplicó que la tirase porque le ponía los pelos de punta... y yo me negaba. Un día cuando llegué del colegio, había desaparecido. Me dijo que la había roto nuestro perro, pero cuando fui a tirar la basura por la noche la encontré de una pieza en la bolsa. —Me río sola con el recuerdo—. Como venganza, la recogí y la dejé en su lado de la cama. Estuvo una semana sin hablarme.

Jeremy se ríe y sacude la cabeza.

—Eres bastante vengativa para una persona tan... pequeña—
apunta, divertido.

—¡Era mi muñeca! —me quejo, cruzándome de brazos.

—¿Qué pasó al final con ella?

—Que sigue tumbada en mi cama. O eso espero... —Lanzo una mirada amenazante—. Mañana te lo diré.

Poco después de las tres de la mañana, vuelvo a entrar en casa. Se ve tan distinta... Cuando he entrado, después de que el bueno de Ricardo me dejase aquí, era un espacio que me ahogaba, y ahora... en cierto modo, lo siento libre. Un espacio mío, donde puedo ser yo, sin ataduras ni pretensiones de ningún tipo.

De hecho, no echo de menos a Stephen. No tengo un vacío en el pecho por él, sino por lo que anhelaba. Quería la idea que él me transmitía, idealizaba una relación porque siempre es lo que he querido. Algo perfecto... estable, sano, como lo de mis padres. Y pensé que, en contraste con mi desastre, él podía darme justo lo que me faltaba. Siempre tan impecable, tan correcto... tan perfecto.

Pero ahora me doy cuenta de que quizá ahí estaba el problema. Tal vez la magia de una relación perfecta esté, precisamente, en que ninguno de los dos lo sea.

Quién sabe. Seguiré intentándolo. Stephen me habrá podido robar la Navidad, pero no creer en el amor.



CAPÍTULO 18

Jeremy

Que no me gusta la Navidad no es ningún secreto. Y no es que la odie, es que simplemente me da igual. Pero por ella estaba dispuesto a fingir... porque obviamente en mi casa no se iba a celebrar ninguna fiesta. ¡Venga ya! Si ni siquiera he puesto un triste árbol de Navidad. Lo más parecido que hay aquí a eso es una guitarra verde con purpurina colgada en la pared que conduce hacia las escaleras. Me la regaló Steven Tyler en una de sus fiestas. Ese viejo sí sabe montar un buen espectáculo. Si cierro los ojos, recuerdo con más cariño esa noche que todas mis navidades juntas.

Desde que me alcanza la memoria, mis diciembres han estado llenos de camerinos, ensayos y cenas rápidas en aeropuertos. Y quizá por eso me cuesta tanto comprender la obsesión que tiene Cass por la Navidad y la familia.

La última vez que vi a mis hermanos cara a cara fue el año pasado, en el bufete de abogados, firmando los papeles para disolver la banda. La sociedad no la cerramos porque por ahí siguen entrando los *royalties*, pero ya no tenemos ninguna voz como grupo. Básicamente dejamos de ser banda, pero seguimos siendo socios... aunque solo sea para repartir el dinero cuando toca.

—En menos de diez minutos llegamos, señor Jensen.

—Gracias. —Miro a través del retrovisor central.

Y la suerte de no verlos se termina hoy, porque me toca subirme al escenario de iHeartRadio para su dichoso festival de Navidad. Hace algunos años, nuestro grupo fue cabeza de cartel. Ahora mi nombre aparece al fondo, por debajo del de mis hermanos, que además ahora también se han cambiado el nombre del grupo a BJT. No sé si pretenden ser una banda de k-pop o qué, pero suena fatal.

Lo cierto es que, si no fuera porque la presentadora me cae tan bien, ni de coña me dejaba ver por aquí. Me lo han vendido como que abrir el festival es siempre lo mejor, como si fuera un paleta sin recorrido que no lleva más de diez años subido a los escenarios y no entiende lo que eso significa. Incluso el más tonto sabe que eso es una mentira como el Madison Square Garden. Apenas hay gente y los que están te miran con cara de asco porque nunca eres su favorito.

Así que cantaré y después me piraré a mi casa. Plan sencillo.

El chófer me deja en la parte trasera del estadio, donde las furgonetas de *catering* y los camiones de sonido se pelean por un hueco. Un pobre tipo con un chaleco reflectante dos tallas más grande intenta controlar el tráfico. Lo tiene complicado y, aun así, hoy preferiría ser él.

En cuanto bajo del coche, una chica con un iPad y un gorro rojo aparece de la nada.

—Jeremy Jensen —dice sin mirarme, marcando algo en la pantalla.

Me coloca una pulsera fluorescente en la muñeca y me cuelga la acreditación del cuello.

—Ya hemos hecho el *line check* de tu actuación, no hace falta que hagas la prueba de sonido, pero, si quieres hacer una rápida, tienes diez minutos. Si no, sigue las flechas rojas que te llevarán hasta los camerinos.

Le sonrío y sigo las flechas rojas por un pasillo interminable que huele a café requemado y a cables todavía más quemados.

Cuando abro la puerta del camerino conjunto, nadie me presta atención. El primero al que distingo es a Louis, supongo que lo he visto demasiado tiempo en televisión. Después a Savannah Morgan, la nueva artista por la que ha apostado mi discográfica. Todo mi presupuesto se lo ha llevado ella y, aun así, no me cae mal. De algún modo, me despierta un sentimiento de ternura, me recuerda a mí cuando empecé. Me creía todo lo que nos prometiese Colt Records.

—Tú debes de ser Jeremy. —Es raro presentarnos entre nosotros cuando es más que obvio que sabemos de sobra quiénes somos. Pero ninguno queremos pecar de narcisistas—. Soy Savannah,

encantada. —Le tiendo la mano con una sonrisa—. Vaya, parece mentira que estando en la misma discográfica esta sea la primera vez que nos vemos en persona.

—No suelo ir mucho por esa oficina...

—¡Oh!, claro, estarás muy ocupado...

—No, la verdad es que no —la interrumpo—, simplemente no me caen demasiado bien.

Al decir esas palabras noto cómo cambia su expresión a una mucho más cauta.

—No te preocupes. Todo personal. Son muy buenos profesionales —miento—. Si les haces caso en todo, tienes tu carrera asegurada. Depende de qué estés dispuesta a perder, claro.

Sé que ahora mismo tiene un millón de preguntas en la cabeza, así que intento escabullirme antes de que formule alguna, pero ella es más rápida y me persigue por toda la sala.

Amplio el campo de visión, en busca de alguien que se parezca a mí, solo que con el pelo rizado y mucho menos atractivo. Pero nada. Mis hermanos aún no han llegado.

A los pocos minutos de estar hablando con Savannah de una posible colaboración, oigo los acordes de *What a girl make me do*, la canción que compuse para nuestro tercer disco. Es gracioso escuchar el primer verso en boca de Noa, ya que él fue el que me hizo quitarla del *setlist* porque «no era lo suficientemente buena».

Niego con la cabeza y sonrío al mismo tiempo, porque es algo totalmente surrealista.

—Esos son tus hermanos, ¿no? —pregunta Savannah cuando la voz rasgada de Noa se cuela por todas partes—. ¿Sabes? Yo creo que hiciste bien yéndote.

Vaya, eso sí que no me lo esperaba.

—¿Qué? —pregunto por si lo he entendido mal—. No me fui como tal, solo...

Aunque quiero darle la razón, no puedo. Para beneficio de todos (supuestamente), acordamos no revelar nada del motivo real de la separación. De hecho, mediáticamente solo nos estamos dando un tiempo para probar sonidos nuevos. Cosa que no hay quien se crea

cuando Noa no para de robarme las canciones que yo compuse y que antes aborrecía.

—Ya, sí, eso de que os estáis dando un descanso como banda para crecer como artistas y luego volver con más bagaje y poder dar lo mejor de vosotros mismos... Yo también tengo un relaciones públicas que me hace los discursos.

—Supongo que no fue la excusa más innovadora. — La verdad es que Lauren no se lo curró demasiado. A quién quiero engañar.

—Los descansos dejaron de funcionar como excusa en 2015 con One Direction.

Sonrío, mordiéndome el labio, confundido. La estudio rápido, intentando decidir si me puedo fiar de ella o no. No es que tenga un radar demasiado bueno calando a la gente, y menos cuando llevan esos pantalones y me distraigo con facilidad, pero parece una buena chica.

—Supongo que sí, pero en nuestro caso...

—En vuestro caso, Noa se cargó la banda. —Abro mucho los ojos—. El último disco sonó completamente distinto, y yo soy de las que se paran a mirar quién compuso las canciones, y a diferencia de los otros discos, tu nombre casi no aparecía... y el de Noa estaba en las peores canciones.

—¿Sabes, Savannah? —La cojo del hombro y la arrastro hacia la zona de *catering* que vuelve a estar llena—. Tú y yo vamos a llevarnos muy bien.

—¡Lo digo de verdad! —Ella sonríe y se aparta el pelo que se le ha pegado al brillo de labios—. Y ya no es solo el cambio del sonido, sino que las letras se han vuelto vacías, como sin alma, ¿sabes? Si no hay una historia detrás de una canción, no merece la pena componerla.

Me sorprende que conserve ese pensamiento dentro de Colts Records, pero no añado nada más. Me limito a asentir y a comerme otra minihamburguesa de *wagyu* a las diez y media de la mañana.

Después de las hamburguesas, he deambulado por todo el estadio y he terminado subido a la azotea de uno de los edificios colindantes para hablar con Claire. No tenía nada importante que contarle, pero su trabajo como mánager es aguantarme.

Ahora me estoy colocando bien los *in-ear* antes de comenzar. Miro a la banda, que no es la mía. En las giras siempre llevo al mismo equipo —de hecho, no podría tocar con otros—, pero fuera de ellas, Claire se encarga de contratar a otros músicos. Les echo un vistazo y los saludo con un leve gesto de cabeza mientras me coloco la guitarra. No están mal, pero no es lo mismo.

Mientras el batería marca el compás con las baquetas, aprovecho para saludar al público.

—¿Preparados para unas navidades inolvidables?

Toco los primeros acordes de *Unforgettable nothing* y el público enloquece. Oigo los gritos de las primeras filas y cómo la gente prepara sus teléfonos móviles para dejar claro dónde han pasado la víspera de Navidad.

En el puente de la tercera canción, el bajo entra con fuerza y me dejo arrastrar. Me muevo de un lado a otro del escenario, esquivando los dos bastones de caramelo gigantes que han plantado en las esquinas y que parecen a punto de desplomarse sobre mí. Sacudo la cabeza en el momento en que sudor me empapa la frente. Cuando acaba *Wish or dessert* cojo una de las toallas que hay a los pies de la batería, me limpio rápido y la lanzo sin pensar a la primera fila. El chillido que provoca me arranca una sonrisa que no tenía previsto mostrar todavía.

Me inclino hacia el borde del escenario, dejo que la guitarra gruñe un poco más de la cuenta y sonrío contra el micro cuando una chica me lanza un sujetador rojo con espumillón blanco. Por un segundo se me va la letra de la cabeza y lo único que pienso es en lo mucho que se parece al conjunto que tenía ayer entre las manos. Pero retomo rápido y confío en que nadie se haya percatado de que estaba cantando con la imagen mental de Cass en ropa interior.

Subo el volumen de la guitarra y dejo que el *riff* retumbe en todo el estadio. Hace media hora pensaba que el público iba a pasar del último nombre del cartel, pero ahora creo que soy la jodida mejor actuación del festival.



—Nos alegramos mucho de verte tan bien.

El concierto ha sido una puta locura, pero ahora estoy de vuelta en el camerino, sentado en el sofá delante de Noa y Kade.

De puta madre.

—Deberías dejar de ser tan diplomático, se te da fatal.

Noa suelta una sonrisa ácida, pero no responde a mi comentario.

Parece que quiere empezar con buen pie. Sorprendente.

—Nos llamó mamá en cuanto vio los titulares del otro día.

—Está preocupada por ti, Jem. —Esa es la voz de Kade, es el único que me llama así.

—Vaya, me parece raro. No parecía muy preocupada a bordo del Dream Cruise rumbo a Cancún.

A la mierda. Adiós a empezar con buen pie.

—Ya sabes —se adelanta Noa—, tus escándalos es algo con lo que ha tenido que lidiar siempre. Al final no puede detener su vida por eso.

No quiero mirarle a los ojos porque igual me jodo el otro brazo.

—Hemos pensado que podrías volver al grupo. —Y esto también lo dice Kade; estoy seguro de que Noa ni se atreve a pronunciar esas palabras.

Paso la mirada de uno a otro. Repetidamente. Esperando que de un momento a otro estallen en carcajadas, pero no ocurre nada.

No pueden ir en serio.

—Me estáis vacilando, ¿verdad? ¿Estamos en un especial de Navidad de cámara oculta?

—Ya sabes que componemos mejor juntos.

—Nadie escribe las letras de las canciones como tú. —Me rio tan fuerte que hasta me hago daño en el pecho.

—Tíos, ¿os habéis metido algo?

—Joder, Jeremy, deja de hacer el capullo, te estamos hablando en serio. —Noa apoya la guitarra acústica con la que estaba ensayando sobre el sofá de al lado.

—Mirad, tíos, estoy muy zen y me lo estoy tomando a broma. Pero idos a tomar por culo, en serio. A ver si os entra en la cabeza —hablo a ambos, pero sobre todo va dirigido a Noa—: cuando me fui del grupo, no lo hice por lo que le dijimos a la prensa, no sé si de tanto repetir la mentira os la habéis terminado creyendo. Me fui

porque tú —esta vez sí le señalo directamente—, me fallaste como hermano.

La puerta del camerino se abre de golpe.

—BJT, ¡salís en menos de cinco minutos! —anuncia la chica del gorro de lana, con el iPad todavía en la mano.

Kade se limita a sonreírle, tan políticamente correcto como siempre.

—Está bien —concede Noa, levantándose despacio—. Dejamos la conversación aquí. Pero actúa el treinta y uno, por favor. Lo que estás haciendo no está bien.

—Oh, vaya. —Me echo hacia atrás, arqueando una ceja—. Que ahora resulta que tienes moralidad y ética. Eres jodidamente increíble, Noa.

—No es ni por moralidad ni ética, simplemente me preocupo por ti y tu carrera.

—¿Que ahora te preocupas por mí? ¿Has oído eso? —Giro la cabeza hacia Kade, que esquivo mi mirada—. Esto cada vez se pone mejor.

Noa da un paso hacia mí, serio, con la mandíbula tensa.

—¿Quieres la verdad? Llevo un año entero intentando enmendar un error que no cometí, y ya me he cansado. ¿No quieres creer mi versión? Adelante, continúa con tu actitud de mierda. Pero esto, de algún modo, también mancha nuestro apellido. Y no estoy dispuesto a que me arrastres contigo.

—BJT, ¡tres minutos! —La chica vuelve a aparecer, cada vez más nerviosa.

Mis hermanos se levantan casi al unísono. Kade me lanza una última mirada cargada de algo que no termino de descifrar, y Noa ni siquiera se molesta.

Me paso una mano por la cara, conteniendo la rabia. No me van a hacer sentir mal por sus errores, no estoy dispuesto a ello. Para distraerme, saco el teléfono móvil del bolsillo trasero. Tengo un mensaje nuevo:

16:43: ¿Qué pasa, que Capital FM sí te ha pagado lo suficiente? Ah, la muñeca sigue en su sitio, y a ella tampoco le caerías bien...



CAPÍTULO 19

Cassie

17:24: Si tengo que elegir que una de las dos aparezca en mitad de la noche en mi cama, elijo que seas tú.

Tan engreído como siempre.

Tiro el teléfono sobre el sofá y sigo viendo el festival de iHeartRadio en el directo de Youtube. Debería estar haciendo cosas más importantes, pero aquí estoy, comiéndome todas las regalices rojas de mi tienda favorita de Greenwich e hipnotizada por un escenario a millas de distancia.

La culpa es de Jeremy, como todo últimamente.

Su actuación ha sido increíble. Puede que no sea mi persona favorita, pero no esperaba menos de él. En cuanto ha pisado el escenario, lo ha hecho suyo. Esa seguridad, esa forma de mover la guitarra... incluso el gesto arrogante de lanzarle la toalla sudada a la primera fila le ha quedado *sexy* y despreocupado al mismo tiempo.

No soy fan de lanzar sujetadores al escenario, pero he entendido perfectamente por qué la chica lo ha hecho.

Mierda, me gustaría convencerme de que no me ha gustado tanto como lo ha hecho.

Incluso ha habido un momento en que me he sorprendido a mí misma inclinándome hacia la pantalla, sintiendo que estaba en primera fila. Mis dedos incluso se han enganchado al borde del cojín en el solo final de guitarra.

Ahora les toca el turno a sus hermanos, que además de cambiarse el nombre del grupo, se han cambiado el *look*. Imagino que ha sido una decisión estratégica impuesta por la discográfica para desligarse de su antigua etapa.

Noa tiene la mirada algo perdida, como si estuviera cantando en piloto automático. La voz le sigue saliendo perfecta, porque a nivel

técnico el chico es impecable, pero no transmite nada. No hay emoción en su mirada. Kade, a la guitarra, parece algo más metido en su papel, pero está claro que les falta algo.

En los viejos vídeos, cuando tocaban los tres juntos, esa conexión se notaba. Cada uno se encargaba de rellenar los huecos del otro. Ahora lo único que me viene a la cabeza es que falta alguien en ese escenario.

Y sé exactamente quién.

Sin Jeremy les falta magia.

Estoy tan concentrada en la pantalla que casi no oigo los pasos acercándose al salón. Mi madre aparece con una manta sobre los hombros y un tazón de té humeante entre las manos. Se deja caer a mi lado en el sofá sin pedir permiso, como siempre.

—¿Qué haces? —pregunta, acomodándose con un suspiro dramático.

—Nada, ver un concierto de Navidad. —Me encojo de hombros, restándole importancia, aunque llevo veinte minutos con los ojos pegados a la tele.

Ella entrecierra los ojos hacia la pantalla y ladea la cabeza.

—Uy, esos chicos me suenan...

—Son BJT —respondo rápido, sin apartar la vista del televisor.

—No me suena ese nombre... —Señala con la cuchara del té a la pantalla—. Pero ese de ahí... ¿no era uno de los que estaban en un grupo que te gustaba cuando eras pequeña?

Suelto una carcajada nerviosa.

—Sí, mamá. Related 4. Pero se han separado y ahora al hermano mediano me lo tengo que comer yo.

—¿Qué quieres decir con eso? —Mi madre abre mucho la mirada, curiosa. Sé lo que está pensando.

—¡Mamá! —Le lanzo un cojín con cuidado de no tirar el té—. Quiere decir que tengo que trabajar con él y es peor que un grano en el culo.

Le hago un resumen rápido de todo lo que ha pasado últimamente y mi madre me observa en silencio unos segundos, dándole un sorbo a su té y decidiendo qué tan dramática estoy siendo.

—Bueno, cariño, a veces los objetivos que parecen imposibles son justo los que nos ayudan a salir adelante.

—¿Eso es tu versión de «no te quejes y trabaja»?

—Exactamente. Mira, aunque no sea fácil, este trabajo puede mantenerte ocupada, despejada, entretenida... y evitar que sigas dándole vueltas a lo de Stephen.

Esta mañana me he plantado en casa de mis padres sin avisar. Si yo no conocía a la familia de Stephen, él mucho menos llegó a conocer a la mía, pero sí sabían de su existencia. De hecho, no paraba de repetirle que teníamos que hacerles una visita, pero, como siempre, él era el más ocupado de todo Nueva York, incluso para conducir apenas una hora.

Siempre he sido muy enamoradiza, pero muy cautelosa al mismo tiempo, así que hablar con mis padres sobre él ya daba a entender cuán importante era para mí.

—Supongo que, si logro que Jeremy Jensen cante en Nochevieja, puedo lograr cualquier cosa. —Intento sonar optimista, aunque me sale más como un gruñido resignado.

—Ahí está. —Me da una palmadita en la rodilla—. Y, quién sabe, a lo mejor acabáis siendo amigos.

—Mamá... —Ruedo los ojos en desacuerdo, aunque no puedo evitar sentir cómo algo se me revuelve por dentro.

Le doy un beso rápido en la mejilla antes de ponerme en pie.

—Voy a la cocina, a ver si papá no ha hecho explotar nada todavía. ¿Te vienes?

—Eh... —duda un par de segundos antes de contestar—, no. Ve yendo tú, en cuanto me acabe el té, estoy contigo.

Me estiro para recogerme el pelo en un moño improvisado mientras camino hacia la cocina. La casa huele a leña porque mi padre lleva todo el día empeñado en mantener la chimenea encendida. Cruzo el pasillo y lo encuentro justo ahí, en medio de la cocina, agachado con la linterna del móvil enfocando el horno.

—¿Papá?, ¿qué haces ahí metido?

—Intento que este trasto vuelva a calentar como Dios manda —responde, medio dentro del horno, explorando el interior como si

fuera una cueva—. ¿Sabías que tu madre lleva tres años diciéndome que lo cambiemos y yo sigo reparándolo?

—Papá, ¿sabes que eso deberías haberlo hecho mucho antes y no ahora cuando el salmón está ahí metido?

—Sí, lo sospechaba... pero, ¡oye!, funciona.

Papá se incorpora, con el pelo revuelto y la frente manchada de grasa quemada, y sonrío.

—¿Funciona o solo crees que funciona?

—Funciona lo suficiente para que no tengamos que cenar sándwiches.

Yo suspiro, saco la tabla de cortar y comienzo a trocear zanahorias. El agua empieza a hervir en la olla y, de fondo, sigue sonando la voz de Noa desde el televisor del salón.

Papá se deja caer en una de las sillas, cruzando los brazos sobre el respaldo.

—Entonces, ¿qué tal todo? —Sé que esa pregunta esconde un trasfondo, pero no se le da muy allá preguntar las cosas de frente. Quiere saber si de verdad estoy bien.

—Todo bien, papá —contesto demasiado rápido.

Él sonrío, y en mis gestos reconoce su propio truco para evitar conversaciones incómodas.

—¿Seguro o solo crees que bien? —pregunta, imitando mi pregunta de antes.

—Lo suficiente como para no venirme abajo. —Levanto la vista hacia él y dejo que el filo del cuchillo descansa un segundo sobre la tabla.

Papá se levanta despacio, se acerca y me da un beso en la frente, dejando un leve rastro de olor a aceite y a humo de chimenea.

—Tú puedes con eso y con mucho más, Cassie. Y aunque el motivo por el que estás aquí no sea el que nos gustaría... me alegra que pases estas navidades en casa. Se siente bien volver a estar los cuatro.

—¡Es verdad! ¿Cuándo llega Thomas?

Mi hermano está terminando el último año de universidad en Boston, y aunque apenas nos vemos, siempre que coincidimos es como si el tiempo no hubiera pasado. Nunca hemos sido de

escribirnos todos los días ni de contarnos nuestras vidas minuto a minuto, pero Thomas tiene ese don de hacerme sentir que seguimos en la misma sintonía aunque hayan pasado meses.

—Supuestamente, hoy —papá se saca un trapo del bolsillo del pantalón para acabar de limpiarse las manos de grasa—, pero no sé si llegará a tiempo. Había problemas en las líneas de tren por las nieves. Ya sabes cómo se pone la cosa en estas fechas...

—Siempre le pasa de todo. De verdad empiezo a pensar que es gafe.

—Teniendo en cuenta su historial, no lo descartes. —Papá suelta una pequeña risa y después mira por el ventanal de la cocina que da al jardín trasero—. Voy a cortar algo más de leña antes de que se haga de noche.

—¡Theodore! Te he dicho que no cortes más leña, ¿no has visto el humo que hay en la casa? —Mamá entra a la cocina con su taza de té.

No es por no echarle un cable a papá, pero mamá tiene razón, hace un calor espantoso y apesto a leña. Y antes de que él solito pueda defenderse, opta por escabullirse con sus botas llenas de tierra mojada hacia el jardín, dejándome a solas con ella.

«Cobarde».

Mamá apoya la taza en la encimera, observa lo que ya llevo cortado y, sin previo aviso, me arranca de las manos la cuchara de madera con la que estaba moviendo el agua de la olla.

—Déjame a mí. Tú sube a darte una ducha.

La miro como si acabara de proponerme salir a correr en medio de una tormenta de nieve.

—¿Una ducha? ¿Ahora?

—Sí, ahora. —Apoya su mano en la cadera, firme—. No pretenderás sentarte en mi mesa con esas pintas y oliendo a hoguera, ¿verdad?

Vale, en lo de la leña no le quito la razón, pero...

—¿Desde cuándo nos arreglamos para cenar la noche del veinticuatro? ¡Si todavía no es Navidad!

—Desde siempre. —Se pasa la mano por el pelo con naturalidad, dejando claro que la respuesta es obvia... y que yo debo estar

chalada.

Entorno los ojos, buscando qué esconde.

—Ajá. Claro.

—No seas tonta. —Me da un empujoncito suave hacia la puerta—. Venga, sube y ponte algo bonito. Yo me encargo de esto. Y en cuanto bajes, ponemos la mesa juntas.

La observo un segundo más, intentando descifrar qué bicho le ha picado, pero al final decido ignorarla. Resoplo, me limpio las manos en el delantal y salgo de la cocina para luego subir las escaleras de dos en dos. Total, si quiere tener la cocina bajo control, me está haciendo un favor.

En el baño, me doy una ducha rápida, dejando que el agua caliente arrastre el olor a leña de mis manos y mi pelo. Al salir, camino hacia mi habitación en busca de algo de ropa, pero un fuerte olor a quemado me hace detenerme.

—¡Mamá! —grito desde arriba—, ¿todo bien ahí abajo?

No obtengo respuesta, así que, con el pelo aún envuelto en la toalla y el albornoz algo aflojado, bajo las escaleras hacia el comedor. No parece que nada se esté quemando, pero sí me fijo en que mamá se ha adelantado y ha puesto la mesa sin mí. Hay cuatro cubiertos en lugar de tres.

¡Qué bien! Eso significa que Thomas va a llegar a tiempo.

De repente, oigo el timbre. Mi corazón da un vuelco.

Corro hacia la puerta y la abro con una sonrisa que se me congela de golpe al ver que no es mi hermano.

—¿Qué haces aquí?

—Tu madre me ha invitado.

—¿Que mi madre qué? Espera un segundo. —Levanto el dedo índice, me aprieto un poco más el albornoz al darme cuenta de cómo voy vestida y le cierro la puerta en las narices—. ¡Mamáaaa!



CAPÍTULO 20

Jeremy

—Cariño, no hace falta que grites, estoy justo aquí detrás. —Oigo que responde la madre de Cass.

—¿Qué hace aquí Jeremy?, ¿esto ha sido idea tuya?

No tengo ni idea de por qué me están reteniendo afuera. Su puerta es una anticuada mierda que me deja escuchar absolutamente todo, y encima hace un frío de pelotas. Me quedo tieso en el umbral, frotándome las manos en busca de algo de calor, mientras escucho cada palabra de la conversación.

—¿Cómo se te ha ocurrido invitar a Jeremy Jensen a casa? ¡Que es famoso!, tendrá un montón de cosas que hacer en Navidad.

—¿Y qué? ¡Es una persona normal! Nadie es más por ser famoso. Además, me ha dicho que iba a pasar las fiestas solo.

—¿Cómo que solo? Eso es mentira, a mí no me dijo eso. —Técnicamente le mentí a ella, no a su madre.

Me reclino un poco contra la puerta, intentando parecer relajado, aunque con los pies cada vez más congelados.

—Bueno... —digo finalmente, con voz casual, tratando de convencer a Cassandra de que todo esto es perfectamente normal—. Entonces... ¿puedo entrar o qué?

Silencio. Me imagino que está evaluando si soy apto para pasar otra noche con ella.

—¡Por eso querías que me vistiese! —De repente se vuelve a hacer más silencio. Odio no ver lo que está pasando ahí dentro—. ¡Eres una ladrona de móviles! Has aprovechado y lo has llamado mientras yo estaba en la cocina con papá.

Me pareció raro cuando, de vuelta a casa del festival, vi que me estaba llamando Cassandra, pero me pareció todavía más raro cuando descolgué y no fue ella la que respondió, sino su madre.

—Hola, Jeremy, soy Louise, la madre de Cassandra Hart —dijo en un tono cuidadoso—. Espero no molestarte.

—Eh... hola —balbuceé, sorprendido—. ¿Todo bien?, ¿está Cass bien?

—¡Oh, sí! Disculpa —respondió Louise, con un tono cuidadoso—. Solo te llamaba porque, bueno, Cassandra me ha hablado de ti. Me contó que vais a trabajar juntos en un proyecto y pensé que sería agradable que pudieras pasarte por casa algún día. Nos gustaría felicitarte las fiestas. ¿Tendrías disponibilidad?

—Pues... —me quedé un segundo en silencio, procesando la situación. Que la madre de Cassandra me invitara a su casa directamente, sin pasar por ella..., era totalmente surrealista, pero justo lo que necesitaba—. Lo cierto es que voy a pasar las fiestas solo.

—¿Cómo es eso? —preguntó alarmada—. ¡Ni hablar, nadie puede pasar las navidades solo! Aquí eres más que bienvenido. ¿Quieres venir a cenar esta noche?

—Bueno, no quiero ser ningún incordio en la cena...

—¡No digas tonterías! —dijo ella con firmeza—. Te esperamos a eso de las ocho, ¿te viene bien?

—Mmm, perfecto, sí. ¿Me pasa la dirección por mensaje?

—Qué más me gustaría, hijo, pero lo único que sé hacer con el teléfono es entrar a la agenda y pulsar el botón de llamada. Apunta.

Cuando colgué, con una sonrisa incrédula, llegué hasta casa y le dije al chófer que no se fuera muy lejos: teníamos otra parada. Al final iban a ser unas navidades divertidas.

Y de momento no podrían haber empezado mejor: Cassandra sigue regañando a su madre por haberme invitado sin su permiso.

Me asomo a través de la cristalera opaca que hay al lado de la puerta, aunque no se ve nada, y suelto:

—Vamos, Cass, no puede ser tan grave. ¿De verdad vas a dejarme aquí helándome?

Oigo un largo suspiro y a los pocos segundos, su cara, fresca y sin una pizca de maquillaje, me observa. Ya la conozco lo suficiente para saber que está pensando diferentes formas de matarme.

—Traigo vino, un *plum cake*... y algunas cosas más. —Levanto una cesta envuelta en papel celofán.

En lo que me pegaba una ducha y me ponía algo de ropa más informal, le dije a Lewis, uno de mis asistentes, que fuese a comprar un detalle para la cena. Apareció con una cesta de más de setecientos dólares.

—Pasa, querido. —La madre de Cassie abre los brazos, dándome la bienvenida a su casa, y le pega un pequeño empujón a su hija con la cadera—. Disculpa los modales de mi hija, la Navidad la pone algo... nerviosa.

Cassie está al borde de un ataque de asma, lo noto en su mirada.

Entro en la casa y el calor me golpea de inmediato, como si alguien hubiese encendido el horno a máxima potencia y se hubiese olvidado de apagarlo.

Me froto las manos, agradecido, y sonrío con toda la tranquilidad del mundo, aunque sé que Cassandra probablemente esté imaginando posibles opciones de clavarme un cuchillo de trinchar en el pecho.

La madre cierra la puerta detrás de mí y empieza a hablar, tratándome como a un viejo amigo.

—Espero que no te haya costado mucho llegar. ¿Has encontrado bien la dirección? Es una casa antigua, ya sabes, con estas calles todas iguales...

—Todo estupendo, señora Hart —respondo, dejando la cesta sobre la mesa del recibidor.

—¡Llámame Louis, chico! —Ella suelta una risa encantada, mientras Cass sube la mirada hacia el techo.

Y yo sonrío, porque pocas cosas me divierten tanto como verla así.

Aprovecho para echar un vistazo alrededor. Las paredes están cubiertas de fotografías familiares y el olor a leña lo impregna todo. Entre eso, el decorado recargado y las luces navideñas parpadeando en las ventanas, me empieza a doler la cabeza. Nada que ver con mi apartamento, todo cristal, líneas rectas y silencio. Aquí hay vida. Demasiada, quizá.

Cuando Louis desaparece en la cocina con la cesta de Navidad entre sus brazos, me vuelvo hacia su hija:

—¿Quieres que me quite la ropa? —Ella se gira de golpe, con las mejillas rojas (no sé si de vergüenza o de furia) y me fulmina con la mirada—. Lo digo por ir a juego con tu modelito navideño.

—Acababa de salir de la ducha —protesta—. ¿Se puede saber qué haces tú aquí?, ¿no celebrabas una megafiesta?

Me encojo de hombros. Si le digo que era mentira, se cerrará en banda el resto de la noche.

—Hay ratas en mi edificio y nos han desalojado. —Desde ahora, la mejor opción siempre es mentir.

—No te creo. —Me mira desafiante.

—Te lo prometo. Si quieres —la cojo del brazo y tiro de ella hacia la puerta—, volvemos y te las enseño.

—¡Qué asco! —Se deshace de mi agarre—. ¡Y qué vergüenza, Dios! —Se abraza más fuerte al albornoz—. ¿Cómo se te ocurre aceptar la invitación de mi madre?

—Yo nunca rechazo una invitación navideña... no como otras.

—Cassie, cielo —nos interrumpe su madre apoyada desde el marco de la cocina—, ¿no te ibas a cambiar de ropa? —Cass aprieta los labios y asiente con la cabeza—. Tú —ahora me señala a mí—, en lo que ella acaba, podrías echarme una mano con esto. Mi marido se ha ido a por leña y me ha dejado sola.

—Descuide señora Ha... Louise —rectifico—, yo le ayudo yo.

Paso por delante de Cass, que sigue petrificada en el mismo sitio, y le dedico mi mejor sonrisa.

Esta cena va a ser tan buena. Mucho mejor que un chuletón a las tres salsas.

Louise me guía hasta la cocina, donde la encimera está hecha un auténtico desastre. Como no cocino, no sé si es lo normal... así que mejor no opino.

—Sécame esta bandeja, anda. —Me pasa una bayeta.

Seco la bandeja en silencio. Voy a reconocer que esto empieza a ser algo raro.

—¿Has sido tú el culpable de que mi hija rompa con Stephen?

—¿Disculpe?

Mierda, esto es una emboscada para echarme la bronca. Quizá no ha sido tan buena idea venir. Miro hacia la puerta de la cocina,

rezando para que aparezca Cass y me libre.

—¡No pongas esa cara de susto, muchacho! —Se ríe y me da un golpecito con la cuchara de madera en el brazo—. Nunca llegué a conocerlo, pero lo que me contaba Cassandra de él, ya me ponía los pelos de punta. Así que, hayas hecho lo que hayas hecho, gracias.

—Yo no... —intento justificarme, porque que ellos rompiesen no fue en absoluto culpa mía. Ese tío es un narcisista de manual. Si no hubiesen roto ayer, habrían acabado rompiendo en cualquier otro momento. Con un tipo así, cualquier excusa habría servido.

Louise chasquea la lengua y deja la cuchara en la encimera.

—¿Sabes? Yo veía que esa relación no tenía futuro alguno, pero no quería ser yo quien se lo dijese... Cassie es una chica muy confiada y se dejó seducir por lo que le prometía un niñato de la ciudad con dinero. Y no quiero que le vuelva a pasar otra vez... Yo siempre le digo: «si un hombre no sabe cocinar una tortilla francesa pero te compra un bolso de mil dólares, sospecha».

Me muerdo el labio para no reírme.

—Un argumento contundente.

—¿Tú sabes hacer tortillas? —pregunta Louise, con los ojos brillantes. Estoy seguro de que de mi respuesta depende que cene aquí hoy.

Me río, intentando evadir la pregunta, pero ella me sigue observando con gesto inquisitivo, entrecerrando los ojos.

Justo cuando abro la boca, dispuesto a improvisar, suena el timbre. Louise levanta un dedo en el aire.

—Ay, igual es mi hijo. Me había dicho que no iba a llegar a tiempo, pero, quizá... —Deja la cuchara sobre la encimera y me señala—. No te muevas, ¿eh? Tenemos una conversación pendiente.

Me quedo plantado en mitad de la cocina, solo, con la bayeta húmeda en la mano. Y entonces, se abre la puerta trasera de la cocina. Entra un señor alto, con las botas llenas de nieve y barro y un gorro ridículo que parece salido de un mercadillo setentero. Se me queda mirando fijamente.

Yo levanto la mano en un saludo torpe.

—Eh... hola.

—¿Y tú quién demonios eres? —pregunta él, con cara de haber sorprendido a un ladrón robando sus galletas de Navidad—. Soy Jeremy —dudo un segundo, porque no sé si eso le dice algo—, Jeremy Jensen.

El tipo me sigue mirando, serio, y yo me preparo para el tercer grado o, mínimo, para que me eche de la casa a patadas. Pero, de repente, asiente con total tranquilidad.

—Ajá. ¿Quieres una cerveza?

Parpadeo, convencido de que he escuchado mal.

—¿Cómo?

—Cerveza. —Ya está sacando dos botellines de la nevera, silbando una melodía que no reconozco. Me pasa uno y añade—: Yo soy Theodore. Encantado.

Debe de ser el padre de Cass.

—Gracias...

Él choca el cuello de su botella contra la mía, satisfecho, y se deja caer en una de las sillas con un gesto cansado. Yo le doy un trago a la cerveza, intentando asimilar la situación mientras el gas me sube por la nariz.

En ese instante, Cass entra por la puerta y se me junta el gas con la respiración. Tiro la cerveza por la nariz y se me olvida cómo respirar correctamente. Toso con la intención de recomponerme rápidamente y no parecer un pringado.

Lleva un vestido que simula ser un jersey de navidad, o un jersey que simula ser un vestido, no estoy seguro. Pero lo que sí sé es que le queda jodidamente bien. Rojo, ajustado en las caderas, y lo bastante corto como para que a mi cerebro se le olvide cómo beber en todo lo que queda de noche. Las gafas no son las de siempre; estas tienen montura granate con pequeñas motitas de purpurina que atrapan la luz. En cualquier otra persona sonaría algo ridículo, pero en ella son increíbles. Le hace la mirada aún más especial. Está preciosa, hasta su sonrisa se ha suavizado. Ya no parece tan tensa como cuando me vio entrar.

—Vaya, parece que ya os habéis conocido. —Su voz me aterriza de golpe.

—¿Viene contigo? Creía que era un amigo de Thomas.

—No, papá, Thomas ni ha llegado todavía.

«¿Quién es Thomas?».

Cass me devuelve la mirada.

—¿Ya te ha puesto mi madre a secar la cubertería? —Señala la bayeta que sigo sosteniendo en una mano, mientras con la otra aún sujeto la cerveza.

—¿Dónde está tu madre, por cierto?

—Estaba en la puerta, hablando con la vecina que nos ha traído galletas de mantequilla.

—No, por favor. La señora Wilson lleva trayéndolas todo el mes y están durísimas. Las últimas acabaron en la basura. Las saqué justo antes de que viniese el camión para que no nos pillase. Voy a ir a decirle a tu madre que no las acepte.

Cass suspira.

—Papá, da igual, cógelas y ya está.

—¡No pienso hacerlo! —Theodore se levanta de golpe, dispuesto a plantarle cara—. Que se las coma ella si tanto le gustan. Debe saber que están quemadas. Vale que tenga noventa y tres años, pero todavía sabrá distinguir los colores, y si salen negras no es porque les haya echado chocolate. Seguro que lo hace aposta, le encantaría verme sin dientes.

Bebo cerveza para ahogar la carcajada mientras su padre sale directo hacia la puerta principal.

Cass y yo nos quedamos en silencio, escuchando los pasos alejarse por el pasillo. Yo me concentro en la etiqueta de la cerveza, intentando no mirar otra vez a Cass, aunque la noto de reojo apoyada en el marco de la puerta, observándome.

Segundos después, la voz de su padre resuena clara y entusiasta por toda la cocina:

—¡Oh, más galletas, señora Wilson, claro que sí! ¡Mis favoritas! Ya las echaba de menos. Justo ayer le estaba diciendo a mi mujer... lo que daría por una galleta de la señora Wilson, ¿a que sí, Louise?

Nos miramos. Ella aprieta los labios, yo hago lo mismo. Aguantamos unos segundos antes de estallar en carcajadas, casi al unísono.

—Te juro que mi familia no es siempre así. —Me mira con una mezcla de disculpa y diversión que, en lugar de tranquilizarme, solo me engancha más.

—Tu familia es igual de rarita que tú. Y eso me gusta.



CAPÍTULO 21

Cassie

Si tuviese que hacer una lista por las tres cosas por las que he vuelto a casa por Navidad serían las siguientes:

1. Stephen me ha dejado y no quería pasar las navidades sola.
2. Aquí hay calefacción gratis y comida caliente tres veces al día.
3. Creía que estaría alejada de Jeremy y de todo el drama.

Y si tuviese que hacer una lista de tres cosas por las que no ha sido una buena idea volver a casa, serían las siguientes:

1. Mi padre está haciendo un ridículo espantoso delante de Jeremy intentando imitar a un tiranosaurio mientras mi madre grita que la película es, obviamente, *Jurassic Park*.
2. A mi madre le gusta Jeremy Jensen.
3. Creo que a mí también.

La cena ha ido asquerosamente bien. Y empleo ese término porque esto me va a traer muchísimos quebraderos de cabeza. Jeremy se ha pasado todo el rato riéndose de los chistes sin gracia de mi padre, escuchando a mi madre con atención o simplemente girándose hacia mí para hacer un comentario rápido al oído que conseguía ponerme de los nervios. Y hasta ha tenido la poca decencia de elogiar el salmón seco de mi madre como si fuera alta cocina francesa. En defensa de mi madre diré que suele cocinar bien, pero al salmón todavía no le ha cogido el punto.

Pero lo peor de todo es que no parecía estar fingiendo.

Y ahora, después de la cena, hemos pasado a la segunda fase obligatoria de cualquier día de fiesta en casa de los Hart: los juegos de mesa. Ahí no hay escapatoria.

Siempre somos cuatro: mis padres, Thomas y yo. Pero mi hermano no ha conseguido llegar a tiempo. Se supone que venía desde Boston, y lo último que sabemos de él es que está «atascado en

algún sitio entre Boston y Connecticut» (palabras textuales del mensaje de voz que envió hace dos horas, grabado con un eco tan profundo que juraría que estaba en un túnel). Así que, básicamente, se ha quedado tirado en medio de la nada y Jeremy ha ocupado su lugar.

—¡Vuestro turno! —anuncia mi padre, con su sonrisa de suficiencia que se gasta cuando sabe que va ganando.

Jugar a mímica con mis padres cuando tu compañero de equipo es alguien con el que apenas tienes complicidad es como bailar un tango con dos pies izquierdos. Absurdo e irrisorio. Es ridículo competir contra ese nivel de conexión. Antes, papá solo ha levantado una ceja y mamá ya sabía que era *Lo que el viento se llevó*.

Y aunque ganar a una pareja con más de treinta años de experiencia compartida no es precisamente fácil, Jeremy se levanta y me hace un gesto de tenerlo todo controlado.

No me fío.

Se coloca en el centro del salón, respira hondo y empieza a moverse... como un pato con tortícolis.

—¿Un... pollo? —aventuro.

Él sacude la cabeza.

—¿Un cisne herido? ¿Una gallina que se ha electrocutado?

Papá se atraganta de la risa con su tercera cerveza y mamá aplaude, convencida de que Jeremy es el mejor actor del barrio.

Jeremy se agarra la cabeza con frustración y empieza a hacer círculos sobre sí mismo con los pies de puntillas.

—¡*Cisne negro*! —grito, de pronto iluminada.

Mamá se seca las lágrimas de risa con una servilleta.

—¡Sois patéticos!

—¡¡Mamá!! —Me giro hacia ella, ofendida, aunque lo único que consigo es que vuelva a reírse.

Jeremy se deja caer a mi lado, todavía recuperando el aliento.

—Nos están destrozando. Tienes que ver más películas.

—¿Que yo tengo que ver más películas? —Le lanzo una mirada incrédula—. ¡Aprende a hacer mímica! ¿Desde cuándo esto —imito su gesto de gallina vieja— es un cisne?

—Imita tú a un cisne, lista.

—Encantada. —Me pongo de pie, recogiendo los hombros hacia atrás con aire solemne.

Extiendo los brazos despacio, arqueo el cuello con una gracia exagerada y doy una vuelta sobre mí misma, imitando a una bailarina de *ballet*.

Papá levanta el pulgar con entusiasmo.

—¡Eso sí es un cisne!

—Tengo otras virtudes mejores que imitar cisnes. —Jeremy me mira, esperando que reaccione, pero no lo hago. Le molesta mucho más que lo ignore.

Río, negando con la cabeza, y me acomodo junto a él en el sofá mientras terminamos la última ronda. Como era de esperar, mis padres vuelven a ganar. Esta vez con *El curioso caso de Benjamin Button* y *El código Da Vinci*.

«¿Quién demonios puede adivinar esas películas?».

—Bueno... —dice Jeremy finalmente, estirándose en el sofá—, creo que podemos declarar nuestra derrota bastante honorable.

—No ha estado nada mal —ironizo—. Cinco a uno.

Sin pensarlo demasiado, apoyo la cabeza en su hombro.

En cuanto me doy cuenta de lo que acabo de hacer, me quedo petrificada. Mi corazón se acelera y siento que me quema la cara. Si me quito de golpe, va a notarlo demasiado... Así que, con un intento torpe de naturalidad, imito su estiramiento y vuelvo a mi posición original.

—Un placer haber compartido esta noche, familia, pero me temo que me voy a ir yendo a casa porque Laila se pone nerviosa si llego demasiado tarde —comenta Jeremy, levantándose del sofá.

—¿Quién es Laila? —Me giro hacia él demasiado rápido, y mi voz suena más aguda de lo que esperaba.

Antes de contestar, Jeremy se queda mirándome unos segundos y me dedica una sonrisa que me desarma por completo. Sabe exactamente lo que he hecho. Menuda metedura de pata.

—Mi perra, un *husky* precioso. Cuando quieras te la presento.

Me limito a sonreír de manera torpe, roja como un tomate a juego con mi jersey, y casi no puedo respirar. «¿No hace demasiado calor

aquí... o soy yo?»», pienso mientras intento mantener la compostura.

Ajena a toda esta situación, mi madre mira el reloj de encima de la chimenea, con apenas los rescoldos encendidos, y después mira a Jeremy, incrédula.

—¿Cómo vas a conducir a estas horas hasta Nueva York?

—Eh... bueno, no había pensado en eso... —responde él, rascándose la cabeza—. Iba a llamar a mi chófer para que viniera a recogerme.

Mi madre abre todavía más los ojos, escandalizada.

—¿Vas a hacer que venga desde Nueva York cuando el pobre hombre estará pasando la noche en familia? No tienes corazón, Jeremy. Nada de eso, tú te quedas a dormir. La habitación de Thomas está libre.

Jeremy se queda congelado unos segundos, intentando calcular la mejor manera de salir de esa situación sin quedar como un maleducado. Sus ojos van de mi madre a mí y de nuevo a mi madre, evaluando opciones.

Yo me encojo de hombros, intentando parecer indiferente, aunque mi corazón va a mil. No estoy segura de si quiero que duerma a tan solo una puerta de mí... pero tampoco quiero que se vaya. Lo dejo en sus manos.

Al final, suspira y asiente.

—Bueno... supongo que no es una mala idea —dice, con una sonrisa ligera, dejando entrever que le apetece quedarse aunque no lo confiese.

Mi madre, sorprendentemente más satisfecha que yo, le devuelve la sonrisa.

Y así, como si nada, se levanta rumbo al pasillo. Papá aprovecha para apagar las luces y murmura algo sobre que él también se va a la cama.

—Buenas noches.

Me sorprendo quedándome a solas con Jeremy en el salón, apenas iluminado por las lucecitas del árbol y el resplandor débil de las brasas. Es raro lo rápido que cambia el ambiente cuando mis padres desaparecen.

—Les has caído muy bien —digo en un susurro, casi sin pensar—. Gracias por venir esta noche.

Él gira la cabeza hacia mí, con su sonrisa burlona.

—No dijiste lo mismo cuando me viste en la puerta.

—Supongo que una chica puede cambiar de idea...

«¿Me estoy acercando yo o es él?».

Antes de que podamos hacer algo de lo que nos arrepintamos después, la voz de mamá retumba desde arriba.

—¡Cassie! ¿Me ayudas a bajar la manta de la habitación de tu hermano?

Abro la boca para contestar, pero Jeremy se adelanta con un gesto rápido.

—¡Ya voy yo, señora Hart! ¡Louis, discúlpame!

Y, sin darme tiempo a reaccionar, desaparece por el pasillo y sube las escaleras a toda prisa. Me quedo allí, en medio del salón en penumbra, con una sonrisa imposible de contener mientras lo sigo con la mirada.

Aprovecho que todos están ocupados para escabullirme al baño. Me lavo los dientes con calma, intentando que el sonido del cepillo eléctrico ahogue un poco el revoltijo de pensamientos que tengo en la cabeza. Después, me pongo mi pijama favorito que solo me pongo cuando estoy aquí y que ahora me queda un poco más apretado que la última vez que lo hice: un pantalón corto de cuadros rosa pastel y una camiseta de tirantes blanca donde aparecen tres Papá Noel haciendo un *striptease* y pone «There's some ho ho hos in this house». Es un juego de palabras ridículo. Me compré la camiseta a juego con mis amigas de la universidad unas navidades que nos fuimos a New Hampshire a hacer patinaje sobre hielo en el lago Winnepesaukee. Fue un viaje desastroso; el lago estaba completamente congelado, salvo por un maldito agujero que nadie vio hasta que Lila fue a parar allí y acabó sumergida en agua helada. Para rematar, Joanna se rompió un diente al caerse de bruces contra el hielo. Y, aun así, las cinco lo recordamos como una de las mejores navidades de nuestras vidas.

Tiro un poco del borde de la camiseta, leyendo otra vez el chiste malo del estampado. Tal vez debería mandarles un mensaje para

felicitarles las fiestas. O, mejor aún, mandarles una foto para que se rían de mí por seguir poniéndomela.

Me hago un *selfie* rápido en el espejo del baño y, todavía sonriendo, salgo hacia el pasillo.

Con otra camiseta doblada entre las manos, me planto delante de la puerta entornada de la habitación de Thomas y toco suavemente.

—¿Se puede?

—Pasa.

Empujo la puerta con cuidado y asomo la cabeza. Jeremy está sentado en la cama, con el móvil entre las manos. La habitación huele a leña y a colonia masculina.

—Te he traído una camiseta para que no tengas que dormir con eso. —Señalo su jersey con un gesto—. O, ya sabes, para que no te congeles si pensabas dormir sin... nada.

Jeremy levanta una ceja y coge la prenda, desplegándola en el aire. En cuanto ve la impresión, suelta una carcajada.

—¿En serio me acabas de dar una camiseta con la cara de mi hermano?

Sonríó, recordando el único concierto de Related 4 al que fui. Noviembre de hace seis años.

—Ya te dije que nunca me caíste bien. —Me encojo de hombros—. Pero supongo que una chica puede cambiar de idea...

Jeremy me sostiene la mirada.

—Buenas noches, Cassandra.

—Buenas noches, Jeremy.

El silencio se estira entre nosotros, cargado de algo que ninguno de los dos parece dispuesto a reconocer. Un crujido en el pasillo me hace dar un respingo y rompo el contacto, escabulléndome fuera antes de que note lo mucho que me tiemblan las rodillas.

Cierro la puerta tras de mí y me apoyo contra ella, con una sonrisa que no consigo borrar. Ha sido una gran cena. Y aunque he vuelto a perder contra mis padres, siento que he ganado algo mucho más peligroso con Jeremy: una complicidad que no estaba allí antes de empezar la noche.



CAPÍTULO 22

Jeremy

En cuanto me dejaron en la habitación, lo primero que hice fue sacar el móvil del bolsillo y llamar a Gregory.

—¿Te importaría quedarte esta noche en casa con Laila? —Lo formulé a modo de pregunta, pero era una orden.

Asintió sin más. Él no tiene familia, ya me encargué de revisar ese punto en cuanto lo contraté. Su única prioridad soy yo, y se lo dejó claro todos los meses en la nómina. Además, él siempre está encantado con pasar la noche en mi casa. Por mucho que le pague bien, nunca podría permitirse un apartamento como el mío.

En cuanto colgué, me quedé mirando el techo de la habitación, con la camiseta de la cara de Kade ya puesta. Thomas debía de tener unos doce años la última vez que durmió aquí, porque la cama es de esas de noventa centímetros que crujen con solo respirar.

«Soy gilipollas. Podría estar en mi piso de Manhattan, en mi colchón *king size*, con las sábanas de algodón egipcio y Laila roncando a mis pies», ese fue mi primer pensamiento al meterme dentro de una manta que olía a cerrado. Y, en cambio, estaba en un cuarto diminuto con pósteres de Scarlett Johansson medio despegados en la pared.

Y todo por ella.

Al principio solo quería ser su amigo porque me convenía... y ahora ni siquiera sé qué estoy haciendo.

Me giré, incómodo con ese pensamiento, y no sé en qué momento acabé quedándome dormido. Estuve un buen rato dando vueltas en la cama, peleándome con la almohada y con mis propias ideas, hasta que el sueño me venció por puro agotamiento.

Y entonces lo oigo.

Un ruido en el pasillo.

Todavía tumbado y tapado hasta arriba, aguzo el oído. Cada vez lo oigo más claro. Son pasos. Me tenso. ¿Será Cassandra? La idea me hace sonreír en la oscuridad. Quizá ella también estaba dando vueltas en su cama, incapaz de dormir. Igual ha decidido ir al baño.

O... hasta aquí. Hasta mi habitación.

Me giro un poco hacia la pared, disimulando estar profundamente dormido. Si entra, mejor que me encuentre así, no desesperado por encontrármela frente a la cama.

Me late el corazón tan fuerte que seguro que se oye desde fuera.

La puerta se abre despacio. El sonido del picaporte me recorre entero con una descarga eléctrica que me sacude por dentro. Escucho pasos suaves que se acercan. El suelo de madera cruje y cada crujido me eriza el vello.

Es ella.

La cama se hunde de pronto a mi lado.

Me giro de golpe y rodeo su cintura con los brazos.

Y entonces, un grito ahogado estalla en la oscuridad.

—¡¡AHHH!!

Yo también doy un salto, tanto que casi me subo a la horrible lámpara que cuelga del techo.

—¡Joder! —suelto en un susurro furioso, llevándome la mano al pecho.

Frente a mí, una silueta me observa con los ojos como platos.

—Pero ¿quién coño eres tú? —escupe el tío que está en mi habitación.

Tardo un segundo en ubicarlo. El pelo revuelto, la mochila tirada en el suelo... mierda. Thomas. El hermano de Cassandra.

—Shhh, baja el volumen, tío. Vas a despertar a tu familia. — Levanto las manos, intentando que deje de berrear a las tantas de la madrugada.

—Tienes tres segundos para explicarme qué haces aquí si no quieres que llame a la policía —dice en un tono mucho más calmado—. ¿Te parece mejor así?

—Tu madre me invitó —suelto, sin pensar demasiado. Vale, probablemente no era lo mejor que podía decir, pero ver su reacción ha merecido la pena—. Soy un amigo de tu hermana.

Thomas me lanza una mirada que podría empujarme por la ventana sin tocarme.

—¡De verdad! —Vuelvo a levantar los brazos en son de paz.

Él resopla, todavía incrédulo, de pie junto a la cama.

—Me da igual quién seas, tío, de verdad. Esta es mi habitación y esa es mi cama. Lárgate.

—Oye —me quejo—, que yo ya estaba aquí cuando has llegado. — Sé que me la estoy jugando.

—No te lo voy a repetir. He tenido un viaje muy largo. —Cruza los brazos y señala la puerta con la barbilla—. O te largas por tu propio pie o te saco yo.

—Joder, qué carácter... Se nota que sois familia.

—Última oportunidad.

Vale, este tío no bromea. Suspiro y me levanto despacio, cogiendo mis cosas sin hacer ruido.

—Está bien, está bien. No hace falta ponerse así. Ya verás mañana cuando se entere tu madre... Estás perdido, chaval.

—Que te pires. —Me da la espalda, ignorando mis últimas palabras—. Al sofá —añade, dejándose caer en la cama con un golpe seco que hace crujir el somier.

—Sí, claro, al sofá... —murmuro mientras cierro la puerta con cuidado.

Pero en cuanto estoy en el pasillo, una sonrisa se me escapa sola. Porque el sofá no está en mi plan. Ni de coña voy a pasarme toda la noche oliendo a leña chamuscada.

Me giro hacia la puerta de Cassandra, cerrada, y me quedo un momento en silencio estudiando mis opciones. El Universo acaba de regalarme una oportunidad que no pienso desperdiciar.

«Vamos, Jensen, no seas un cobarde. Eres un tío decidido, y uno de los más sexis de todo Estados Unidos, no te vengas abajo ahora».

Lo repito dos veces más, hasta que tengo el valor de girar el pomo de su puerta. La empujo muy despacito, para no hacer ruido.

La habitación está iluminada solo por un resplandor tenue. Cass está tumbada de lado sobre la cama, con una pierna doblada sobre la otra y los auriculares puestos, enganchados al iPad que todavía

parpadea en su regazo. No sé qué estará viendo, pero la luz proyecta sombras suaves sobre su rostro relajado. Su pelo se le escapa en mechones rebeldes que se enredan entre los brazos y los tirantes de la camiseta.

Me quedo quieto en el umbral, observándola. Parece tan tranquila, tan... delicada.

Avanzo despacio, midiendo cada paso para no despertarla. Aunque si no lo ha hecho ya con los berridos de su hermano, dudo que yo lo consiga.

Me agacho un poco, inclinándome lo justo para observar su cara más de cerca. Su pecho sube y baja, con la respiración tranquila, y cada vez que espira suelta un pequeño suspiro a través de los labios entreabiertos.

—Cass. —Le muevo el brazo muy lentamente.

Ella murmura algo ininteligible y se gira, arrastrando el iPad con ella. La pantalla cambia de ángulo y la luz me pega de golpe en la cara.

—Cass —repito, un poco más firme.

Esta vez se mueve, girando el tronco, aunque todavía me da la espalda.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —pregunta con voz pastosa, rascándose un ojo mientras mantiene el otro brazo enterrado bajo la almohada.

—Échate a un lado. Ha venido tu hermano de mala hostia desde Boston y me ha tirado de la cama.

—¿Mi hermano? —Se incorpora con los ojos todavía entornados.

—Sí, sí, pero ya lo saludas mañana. —Aprovecho la confusión para abrir un poco la manta y meter un pie dentro. El colchón se hunde bajo mi peso y sonrío para mis adentros cuando noto que he ganado terreno—. Son las cuatro de la mañana, no es hora de reuniones familiares.

—No puedes quedarte aquí. —Me empuja débilmente con el hombro.

—¿Cómo que no? Si ya estoy dentro. —Extiendo un brazo sobre la almohada.

—La cama es diminuta.

—Eso ya lo veo. —Ruedo un poco hacia dentro, rozándola sin querer—. Si no fuese porque sé que es imposible, diría que es más pequeña que la de Thomas.

—¡Y yo me muevo mucho! —exclama, ya más despierta. Se quita los cascos y deja el iPad sobre la balda de encima de nuestras cabezas. Ahora la habitación queda completamente a oscuras.

—Te puedo abrazar, si eso va a evitar que te muevas.

Ya no hay ninguna luz que me revele su rostro, pero sé a la perfección la cara que me está poniendo.

—Ni lo pienses—susurra, dándome otro empujón flojo.

—Tarde. Pero cuando te caigas de la cama no digas que no te avisé. —Me acomodo bocarriba, intentando no reírme.

Pasamos unos segundos en silencio, solo se oye su respiración, un poco más acelerada ahora. Después, muy despacio, noto cómo se da media vuelta y se acerca. No lo suficiente como para que la roce, pero sí lo bastante como para que no quede duda de que ha cedido.

Me giro hacia ella y, casi sin pensarlo, paso un brazo por encima de su cintura. Esta vez no protesta. Solo resopla, concediéndome un permiso a regañadientes.

—No te acostumbres —dice, bajito.

—Demasiado tarde de nuevo —sonríó contra su pelo, que me roza la barbilla.

—Buenas noches, Jeremy —susurra.

Tardo en responder, porque no quiero que nos durmamos todavía, pero no me queda más remedio que ceder a mí también:

—Buenas noches, Cass.



El primer rayo de luz se cuela por la ventana sin cortinas y me da de lleno en la cara. Parpadeo un par de veces, desorientado, hasta que recuerdo dónde estoy. En una cama diminuta con ella pegada a mí.

Intento mover el brazo derecho, pero lo tengo completamente dormido. Ni lo siento. Me incorporo apenas un poco para mirar por encima de su cuerpo. Ella sigue tumbada de lado, con el pelo hecho un desastre y mechones que le cubren media cara.

Muevo los dedos hasta recuperar algo de sensibilidad y me recoloco despacio, intentando no despertarla. Creía que no iba a pegar ojo en toda la noche y, sin embargo, hacía tiempo que no descansaba así. Supongo que el agotamiento ayudó, pero me niego a darle todo el crédito.

—¿Qué haces? —remolonea Cass con la voz ronca por culpa del sueño. No abre los ojos, solo se encoge un poco, como una gata.

—Feliz Navidad —susurro, inclinándome hacia su oído.

Eso consigue que abra un ojo, todavía a medias. Se gira despacio, ahora sí enfrentándose a mí, con la almohada marcada en la mejilla.

Estamos muy cerca, tanto que podría rozar su nariz con la mía.

—¿Ya es de día?

—Demasiado —respondo, aunque en realidad no estoy mirando la luz. Estoy mirando su boca.

Por un segundo, siento que el colchón diminuto se ha encogido todavía más. Y antes de que pueda pensarlo demasiado, me acerco.

—Esto... —balbucea, llevándose una mano al pelo—. No debería...

—Lo sé —respondo rápido, todavía cerca, con la voz más baja de lo que pretendía—. Pero haz que sea mi regalo de Navidad. Un beso rápido, fugaz...

Cass me mira, midiendo todas las consecuencias posibles en cuestión de segundos: los pros, los contras, en qué situación nos dejaría... Noto el peso de su duda en el aire, en el silencio, en la manera en la que se muerde el labio intentando convencerse de lo contrario.

Y entonces me percató. Hay un cambio en su mirada. De pronto parece que ha decidido dejar de pensar y simplemente dejarse llevar.

Se inclina y es ella quien me besa.

Es un movimiento torpe, inesperado, un choque de labios que me deja sin aire y que, sin embargo, no podría ser más perfecto. Le paso una mano por la espalda, despacio, recorriendo el borde de su camiseta, y siento cómo se me eriza la piel al contacto.

Ella se acomoda sobre mí de forma brusca, enredándose con el nórdico entre las piernas mientras yo apoyo la otra mano en su cintura, intentando darle equilibrio. La noto temblar levemente,

aunque no sé si es de nervios o porque fuera del nórdico la temperatura es muy distinta.

En un intento de cubrirnos con el nórdico, tiro de él hacia arriba para arroparnos a ambos, pero lo hago demasiado rápido. La tela se engancha en sus rodillas y, en lugar de darnos calor, lo que consigo es desequilibrarla. Cass suelta una pequeña exclamación ahogada y el colchón cruje antes de que los dos terminemos cayendo al suelo con un golpe sordo.

—¡Cassie! ¿Estás bien? ¡He oído un golpe!

Cass se queda congelada, con los ojos abiertos como platos y la respiración contenida. Me clava una mirada de pánico y susurra:

—Mi madre...

Antes de que yo pueda decir nada, responde a toda prisa:

—Eh... sí, mamá. Se me ha caído la *tablet* al suelo. No me acordaba de que me había dormido con ella —improvisa, con un tono tan convincente que hasta casi yo me lo creo.

Hay un silencio breve al otro lado y luego la voz de su madre, algo más calmada:

—Vale, cariño. No tardes en bajar, papá ha hecho el desayuno. ¡Y hay una sorpresa esperándote!

Cass espera a que se oigan los pasos alejarse antes de soltar un suspiro larguísimo. Yo, en cambio, no consigo dejar de reír en voz baja.



CAPÍTULO 23

Cassie

—Mamá, dime la verdad, ¿por qué está aquí Jeremy? —siseo en la cocina en lo que Jeremy sigue en el salón. Tengo el tiempo justo para poder interrogar a mi madre.

Ella saca un bol del armario y lo deja sobre la encimera con calma.

—Porque iba a pasar la Navidad solo, cariño. ¿Qué ha pasado con tu espíritu navideño?

—No, en serio. Te conté que nuestra relación era complicada no para que lo plantaras aquí.

—Pensé que igual, si os conocíais un poco más, sería mejor para ti, para tu trabajo. Nadie quiere hacer daño a sus amigos...

—Pero él no es mi amigo —me atraganto con esa última palabra y trago saliva, demasiado consciente del sabor que todavía me persigue en los labios—. Es alguien con quien estoy obligada a trabajar y al que no voy a volver a ver una vez acabe todo esto. Y estoy dispuesta a todo para que el señor Langford no me despida. —Me alzo sobre la encimera y cojo una taza para mi café—. Os quiero mucho a papá y a ti, pero no pienso volver a esta casa para quedarme. Nueva York es... es mi vida.

—O sea, ¿vas a seguir adelante con tu plan? —pregunta, haciendo referencia a lo que le conté ayer mientras veíamos el festival de iHeartRadio—. Parece un buen chico, ¿de verdad se merece esto?

Me giro instintivamente hacia el salón. Jeremy está sentado en el sofá, inclinado hacia delante, hablando con mi padre sobre... ¿motores? ¿economía? ¿política internacional? No lo sé, pero mi padre asiente, y por un momento parece haber encontrado a su nuevo mejor amigo.

—¿En serio, mamá? ¿Te ha lavado el cerebro en solo una noche? ¿De parte de quién estás?

—De la tuya, cariño. Siempre de la tuya. —Me sonrío, pero enseguida continúa con ese tonito venenoso—. Solo digo que igual...

—¡Por su culpa he roto con Stephen y puede que me despidan! —escupo las palabras con un nudo en el estómago—. Voy a terminar el año soltera y en el paro.

Mi madre ni se inmuta. Sirve el café, añade dos dedos de azúcar y remueve con calma, dándome la misma importancia que al parte meteorológico.

—Bueno, van a ser unas mentiras piadosas, ¿verdad?, no le harás daño...

Me quedo con la boca abierta. Parece mentira que mi madre esté de su lado.

«Ivy dice que no es mentir, sino hacer mi trabajo», replico en mi cabeza.

Trago saliva y asiento con una sonrisa solo para librarme de la conversación. Pero la realidad es que no estoy nada segura de la respuesta. Nada. Porque... ¿y si tiene razón? ¿Y si realmente no se merece que le engañe después de todo? Me agarro al borde de la encimera para no ponerme a caminar en círculos. ¿Qué demonios está pasando aquí? ¿Desde cuándo mi madre se ha pasado al bando de Jeremy? Y lo peor de todo: ¿desde cuándo yo estoy empezando a dudar? Sin darme cuenta, siento que me estoy deslizando peligrosamente hacia ese lado del tablero. Y, claro, no puedo evitar pensar que esto no es casualidad, todo encaja demasiado bien: primero se hace el simpático con mi familia y después se mete en mi cama... ¿Casualidad? Ni de broma. Todo parece orquestado para que yo acabe cayendo.

«¿Sería Jeremy capaz de hacer algo así?». La pregunta me golpea y se queda revoloteando en mi mente como una mosca molesta.

—Calla —susurra mi madre antes de que pueda soltar nada más. Me da un codazo en la cintura, sin borrar la sonrisa de los labios—. ¡Buenos días, Jeremy! —Sigo su mirada hacia el pasillo y veo que está a punto de entrar en la cocina—. No te he visto en toda la mañana, ya pensaba que te habías ido sin despedirte de nosotros. —Le dedica una sonrisa afable y radiante, fingiendo que la conversación anterior jamás ha existido.

—¿Cómo me voy a ir sin despedirme de ti, Louis? Estaba haciendo... unos recados.

—¿No lo has visto cuando te has despertado? —interviene Thomas desde la mesa, quitándose por fin los cascos y dejando la cuchara sobre el bol de cereales—. Durmió en el sofá.

—¡Thomas! ¿Le dejaste dormir allí? —Mi madre le lanza uno de los botes de plástico con especias que tiene sobre la encimera. Él lo atrapa al vuelo, está acostumbrado a que mamá nos lance cosas—. Lo siento, no me he fijado —se disculpa con Jeremy—, de hecho, diría que cuando he bajado estaba todo igual que ayer...

—¡Oh! Es que me he ido a dar una ducha —improvisa Jeremy, demasiado rápido para mi gusto. Nos van a pillar.

—¿A las seis de la mañana? —replica mi hermano. Como no se calle ya, lo ahogo en los cereales—. Oye, tío, un momento... tu eres Jeremy. Jeremy Jensen.

Ruedo los ojos.

—¿Estás ciego? ¿No lo viste anoche o qué?

—Perdona si no lo reconocí ayer en la oscuridad de mi habitación —contesta en un tono borde—. Lo último que se me ocurrió era pensar que Jeremy Jensen —enfatisa el apellido— me hubiese robado la cama.

Cojo la bolsa de los cereales, que sigue abierta encima de la encimera, y le lanzo uno.

Aquí no ha estado tan rápido con sus reflejos.

—¿Qué vais a hacer hoy? —pregunta mamá al aire, mientras saca del horno una bandeja—. Nosotros nos iremos ahora a casa de la señora Wilson. Nos ha invitado a un café y yo le he hecho un bizcocho de nueces y plátano para agradecerle las galletas de toda la semana.

—¿Se lo has quemado bien, cielo? —Papá entra en la cocina con la taza de café vacía.

—No, Theo, claro que no se lo he quemado.

—No sé, igual es que solo le gustan así... —responde él, encogiéndose de hombros.

—Oye, ¿podemos comer pronto? —interrumpo, y me llevo otro cereal a la boca—. Tengo el billete a Nueva York a las cinco.

—¡Cassandra! ¿Qué navidades son estas? Tu tía Petty no vendrá hasta pasada la tarde. —Mamá desmolda el bizcocho, mirándome horrorizada, como si yo fuera el Grinch.

—No me lo digas a mí, díselo a él —lo señalo con la barbilla, sin dignarme a mirarlo directamente—, que me dejó sin vacaciones, y mañana, por su culpa, tengo una reunión a primera hora.

Por un segundo, pienso que mi madre va a reprenderlo. Que va a salir en mi defensa, por fin. Pero entonces se gira hacia él con una sonrisa de lo más complaciente:

—¡Ay, Jeremy, discúlpame! No te he ofrecido nada todavía. ¿Quieres desayunar algo? —Antes de que a Jeremy le dé tiempo a contestar, mamá empieza a vaciar la despensa: cereales con miel, avena, fruta deshidratada, cereales con avellanas, cereales con chocolate... Definitivamente, la he perdido—. ¡Estas están buenísimas! —grita, agitando una bolsa en la mano.

¿En serio le acaba de ofrecer mis *muffins* con pepitas de chocolate de Trader Joe's de más de ocho dolares? Ahora ya sí que me voy de la cocina.

Dejo a Jeremy con mis madalenas entre las manos y me escabullo hacia el porche. Ni siquiera me he quitado el pijama, pero me da igual. Estiro la mano y agarro la sudadera de la universidad de mi hermano, que está tirada en el sillón de la entrada. Me la pongo de cualquier manera y salgo a la calle, abrazándome a mí misma.

Necesito hablar con alguien que no haya sido seducido por el encanto maligno de Jeremy Jensen. Así que saco el móvil y llamo a Ivy.

—Eres mi única esperanza —digo en cuanto descuelga—. Así que, por favor, dime que estás despierta —susurro, mientras camino por la acera cubierta de escarcha con las zapatillas de estar por casa.

—Como siempre, monada. Pero apenas son las nueve de la mañana. ¿Sabes qué día es hoy? Navidad. Las personas normales duermen.

—Las personas normales no tienen a Jeremy Jensen desayunándose sus *muffins* en su cocina.

—Vale, ya estoy despierta. —Sé que se ha enderezado de golpe porque puedo oír el ruido de las sábanas al otro lado—. Cuéntamelo

todo.

Suelto un bufido, me froto la cara y me dejo caer en el escalón del porche, con las rodillas recogidas bajo la sudadera XL.

—Ayer se presentó en casa porque a mi madre no se le ocurrió nada mejor que robarme el móvil e invitarlo a cenar. Y él, como es tonto, aceptó.

—¿Me estás diciendo que has invitado a Jeremy a pasar las navidades contigo y no a mí que te dije que iba a estar sola en casa?

—¿Tú me escuchas? Te he dicho que fue mi madre, pero, cállate, porque hay algo peor. —Me tapo los ojos con la mano. Creo que no me atrevo a decirlo todavía en voz alta.

—¿Qué puede ser peor que tu madre *fangirleando* por Jeremy?

—Que nos hemos besado hace apenas —miro mi reloj inteligente— dos horas.

Silencio. No obtengo nada, ni una palabra ni una respiración ahogada. Hasta que interminables segundos después, Ivy grita tan alto que tengo que apartar el teléfono de la oreja. Siempre me hace lo mismo.

—Shhh, que se van a enterar dentro —siseo, mirando hacia la cristalera de la ventana.

—¡Madre mía, madre mía! —Es un grito que fusiona risa, envidia y urgencia al mismo tiempo—. ¿Sabes cómo te envidio ahora mismo? Oficialmente dejas de ser mi amiga.

—¡Te estoy hablando en serio! ¿No crees que la he cagado?, ¿no puede ser esto un problema para el trabajo?

—Creo que no tienes muy clara la definición de problema. Dame un momento, te la busco en el diccionario.

—¡Deja de decir tonterías! —le ruego.

—Mira, deja de decírlas tú y escúchame bien. El único problema que tienes es si piensas en el señor Langford mientras estás besando a Jeremy Jensen.

Me tapo la boca, ahogando una arcada.

—Dios, Ivy, no bromees con eso.

—Te lo digo en serio: si vas a besar a Jeremy, bésalo de verdad. Si vas a comerte la cabeza con el trabajo, hazlo después.

Suspiro, sin saber si llamarla ha sido del todo una buena idea.

La voz de mi madre me arranca de golpe de la conversación. Echo un vistazo por encima del hombro y veo cómo ella y papá se están poniendo los abrigos en el recibidor.

—Te cuelgo, que vienen mis padres —murmuro a toda prisa—. ¡Te veo mañana! Y... feliz Navidad.

—Para ti seguro que sí —replica Ivy.

Cuelgo antes de que se le escape cualquier tontería más y la escuchan mis padres.

—¿Qué haces aquí fuera, con este frío? —me reprende mi madre nada más abrir la puerta, sorprendida de verme hecha un ovillo en el escalón del porche—. ¡Métete ahora mismo!

—Estaba felicitando a una compañera de trabajo —improviso, frotándome los brazos por encima de la sudadera de Thomas—. Dentro no tenía buena cobertura. ¿Ya os vais a casa de la señora Wilson?

Mamá, a modo de respuesta, levanta triunfal el bizcocho envuelto en papel de aluminio. Papá, en cambio, pone los ojos en blanco. Le apetece tan poco este plan que es hasta gracioso.

—A ver si se atraganta con las nueces...

—Theo —le regaña ella con un tono firme, aunque sin borrar la sonrisa—, que es Navidad.

Me muerdo el labio para no soltar una carcajada. No porque me haga gracia, sino porque es tan típico de ellos que casi resulta reconfortante. El plan navideño de mis padres: ella, feliz de socializar y repartir dulces por el vecindario; él, contando los minutos que tardará en volver a casa.

—Portaos bien —me dice mamá antes de darme un beso rápido en la mejilla—. Por cierto, he convencido a Jeremy para que se quede a comer también.

Desde la puerta observo cómo cruzan el jardín nevado hasta la casa de enfrente. La señora Wilson, envuelta en un batín color esmeralda, los recibe con una sonrisa. El gato se cuela entre las piernas de papá y él le da un pequeño puntapié para que se separe. En cuanto la puerta de la vecina se cierra tras ellos, aprovecho. Me froto las manos heladas contra los muslos y vuelvo a entrar en casa.

Dejarme llevar es la opción que mejor suena. No sé si es eso lo que Ivy me ha querido transmitir en la llamada, pero es lo que yo he captado. Y desde luego que no voy a volver a llamarla para que me lo confirme.

Lo más probable es que Jeremy haya montado todo este *show* del fin de semana solo porque quiere salirse con la suya en Nochevieja y cree que así lo va a conseguir. Porque, seamos realistas, es rarísimo que en todo este tiempo no haya vuelto a mencionar el dichoso concierto ni haya insistido con que le ayude. Y eso, sinceramente, me preocupa y me alegra a partes iguales.

Quizá se ha rendido. O quizá está probando otra estrategia, una mucho más peligrosa: ser encantador y meterme la lengua hasta la garganta. Y aunque lo más sensato sería mantener la mente fría, reconozco que es imposible no caer...

Siempre he sido de ilusionarme demasiado pronto. Soy de esas que en la primera cita ya tienen medio organizada la boda y varias listas empezadas: nombres de los hijos, de los perros y hasta de los lugares de vacaciones por Canadá. Y, viendo mi historial, quizá probar algo distinto —algo menos calculado y muchísimo menos yo— no sería tan terrible. Al fin y al cabo, la semana que viene Jeremy ni se acordará de mí y hay altas probabilidades de que yo acabe en el paro, así que... creo que me merezco un poco de diversión, ¿no?

En cuanto cierro la puerta tras de mí, me golpea una ola de calor. Miro hacia el salón. Cómo no; antes de irse, papá se ha dedicado a limpiar la chimenea y a dejarla otra vez en marcha. El contraste con el aire helado de la calle es tan brutal que las gafas se me empañan y en menos de un minuto siento que me estoy asando. Me arranco la sudadera de mi hermano y la tiro en el sofá del salón, justo encima del montón de mantas que mi madre ha dejado perfectamente dobladas.

La casa está demasiado tranquila. Me estiro un poco y decido ir a ver dónde se ha metido Jeremy, porque desde aquí no lo veo en la cocina. Entonces lo noto. Un zumbido bajo, insistente, que viene del montón de ropa tirada en el sofá. Mi móvil.

Ruedo los ojos. Seguro que es Ivy otra vez, incapaz de esperar ni cinco minutos para comprobar si ya me he vuelto a besar con él.

Alargo la mano y cojo el teléfono, todavía con la sonrisa en los labios... hasta que veo la pantalla iluminada.

Mi estómago se encoge en un nudo y me quedo helada, como si la temperatura de la casa hubiera bajado diez grados de golpe.

Mantengo la mirada fija en el nombre, convencida de que es un error, porque es imposible que Stephen me esté llamando.



CAPÍTULO 24

Jeremy

El resto del día transcurrió de forma extraña. Los padres de Cass estuvieron hiperactivos toda la mañana (seguro que era culpa del azúcar del bizcocho y las dichas galletas de la señora Wilson) y ella, en cambio, parecía ir a cámara lenta. No tan callada como para levantar sospechas en el señor y la señora Hart, pero sí lo suficiente como para levantar las mías.

La vi desenvolver su regalo con una sonrisa educada y vacía al mismo tiempo, y eso me desconcertó por completo. Las veces que la he oído hablar de Navidad, parecía que fuese lo más importante del año. Cuando lo hacía, se le iluminaba la cara de una forma que ni los focos de un escenario consiguen.

Y ahora... nada. Una sonrisa apagada, mecánica. Como si estuviese en otra parte. Algo por lo que me siento tremendamente culpable, porque sé que, en parte, es por mi culpa: le he jodido sus vacaciones, he cambiado sus planes colándome en su casa... y encima la he besado. ¿Qué esperaba?

La conozco lo suficiente para saber que algo no encaja como debería. Intenté provocarla un par de veces, soltar algún comentario que normalmente me habría costado una de sus miradas asesinas o alguna réplica mordaz. Pero nada.

Y mientras más intentaba hacerla reaccionar, más me daba cuenta de que algo no estaba bien.

Después de comer, Cassandra desapareció un rato en su habitación. Cuando bajó, ya llevaba la maleta hecha y un billete en la mano.

—Me voy ya a la estación de tren.

Ni de broma. Aproveché uno de sus descuidos para llamar a Gregory y pedirle que viniera a recogernos. Si yo volvía a Nueva

York, no iba a dejar que ella regresarse sola.

—Me da a mí que no, el chófer nos está esperando en la puerta.

Al despedirnos, la señora Hart me abrazó como a un hijo más.

—Tienes que volver pronto, Jeremy —me dijo con ese entusiasmo contagioso.

—Y prometo volver con vuestros regalos de Navidad —dije, agitando al aire los calcetines a rayas azules que le habían quitado a Thomas para regalármelos a mí y que decían: «Calcetines a rayas, problemas a millas».

—No digas bobadas, hijo. Tenemos vino y chocolate hasta el año que viene —rio la señora Hart.

—Esperaré a abrir contigo el Kendall-Jackson, muchacho —añadió el señor Hart, dándome una palmada en el hombro antes de estrecharme la mano.

Y así, con sus voces todavía resonando detrás de nosotros, bajamos por el camino cubierto de escarcha hasta el coche, que nos esperaba justo enfrente de la casa. Cass dejó que Gregory cogiese su maleta sin rechistar y lanzó un último beso al aire a sus padres y a su hermano antes de subirse al coche.

Cerré la puerta tras de mí y el coche arrancó, deslizándose despacio por la carretera helada. Durante los primeros minutos nadie dijo nada. Solo se oía el crujido de la grava, el motor suave y, de vez en cuando, el carraspeo discreto de Gregory en el asiento delantero.

Ahora, cada vez el silencio me pone más y más nervioso. Cass suele ser ingenua, un poco inmadura y exagerada hasta rozar lo dramático, pero nunca distante. Ella no es así; su personalidad es ruidosa, dulce, optimista y, a ratos, demasiado intensa para cualquiera. Lo que seguro no es propio de ella es permanecer con la boca cerrada más de diez minutos seguidos.

—¿Estás bien? —decido romper el hielo, porque esta situación me empieza a cansar y paso de tener que mantener una conversación con Gregory—. Has estado más callada de lo normal hoy.

Asiente y me dedica una sonrisa tan falsa que hasta me incomoda.

—Oye, si es por lo de esta mañana, no tienes de qué preocuparte —le digo, intentando sonar más tranquilo de lo que estoy—. Podemos hacer como si no hubiese ocurrido. No es lo que quiero,

pero entiendo que está siendo... raro de cojones. Antes pensaba que era porque estaba tu familia delante, pero...

—Hoy me ha llamado Stephen —me corta.

Miro por la ventana. No porque me interese lo que hay ahí fuera, sino porque no tengo claro qué contestar. Sé lo que quiero decir, pero no lo que debería. Al final, opto por mirarla de nuevo y dejar que sea ella quien continúe.

—Me llamó esta mañana —añade, bajando la voz.

—Y, ¿qué quería? —pregunto con cautela. Aunque sé lo que quería: pedirle perdón y decirle que es un gilipollas, cosa que, por cierto, ya sabemos todos. Pero es automático, beso a una chica y aparece otro tío para levantármela.

—Echarme en cara cosas absurdas. Algo sobre que le había robado un reloj... —Al decir esas palabras, se me corta la respiración, pero intento que no se me note carraspeando un poco. Ahora el gilipollas también soy yo. No se me ocurrió pensar que ella sería la principal sospechosa—. No sé, creo que había bebido —continúa, suspirando—. También me dijo que había hablado con su hermana y que ella le contó que nos vio cenando juntos. Tenía la voz tan cansada que juraría que no había dormido nada desde la noche anterior.

—Pero tú eso ya se lo habías dicho. Lo de nuestra cena, digo.

—Sí, solo que ella tiene otra versión. Según ella, no era una cena de trabajo y yo estaba babeando por ti.

—Hombre, yo creo que un poquito sí babeaste... —bromeo, y cuando ella me fulmina con la mirada sé que es demasiado pronto para bromear—. Vale, está bien, perdón.

—Fue raro —admite tras un silencio breve—. Stephen nunca ha sido de mostrar demasiado sus sentimientos ni de ser la persona más cariñosa del mundo, pero hoy estaba distinto. Lo noté con más fuerza que nunca... y lo que transmitía era rabia. Rabia y decepción.

—¿Puedo preguntarte algo sin que te ofendas? —Me giro hacia ella, porque necesito entenderlo—. ¿Por qué diablos salías con él? En serio, sois como la noche y el día.

Cass suelta una carcajada suave, y por primera vez en todo el trayecto suena sincera.

—¿Demasiado perfecto para mí?

—Ni de coña. A no ser que por perfecto quieras decir prepotente y narcisista, entonces sí, demasiado perfecto. —Sacudo la cabeza, recordando—. Solo lo vi un rato contigo, pero fue suficiente: te apagaba, Cass. Y no porque te hiciera sombra, ni porque fuese más que tú. Al contrario. Parecía que te encogías a su lado, como si él necesitara contenerte para no sentirse pequeño. Y tú... dejabas de brillar. ¿Sabes qué es lo primero en lo que me fijé cuando te vi?

—¿En qué?

Me mira con curiosidad.

—En que eres una persona demasiado creativa y apasionada. Lo vi en cuanto entraste en la sala de reuniones, con tu pelo rosa, tus gafas con montura en forma de gato y un cárdigan con cerezas diminutas tejidas... Todo gritaba que no ibas a ser una más.

Cass deja escapar una pequeña risa, casi nerviosa, y se coloca un mechón de pelo.

—¿Sabes? Había pensado en cambiarme el pelo, a Stephen no le gustaba demasiado que fuera... rosa. —Hace una pausa y añade, mirándose las uñas de la mano derecha—: También me dijo que me cambiase las uñas por una francesa o algo más *nude*.

Me fijo en ellas. Son idénticas a la primera noche que cenamos juntos: rojas, con diminutos copos de nieve dibujados.

—¿Qué? Mira, no conozco mucho a ese tipo, pero si lo primero que piensa al decir las palabras *nude* y francesa no es en porno, es que jugáis en la misma liga. No sé si me estás entendiendo...

—Sí, que eres un guarro.

—Y que él es gay.

—Jeremy, si explicas tus chistes, pierden la poca gracia que ya tenían...

—Míralo como quieras, nena, pero el movimiento está claro.

Cass frunce el ceño, pero no puede evitar una media sonrisa. Yo aprovecho para mover el pie, rozando ligeramente el suyo, solo para ver si reacciona. Nada. Pero casi puedo escuchar su respiración controlándose, como si estuviera a punto de estallar y no quisiera darme el gusto de mostrarlo.

El silencio vuelve a inundar el coche, y mientras ella clava la mirada en la ventana, observando cómo las luces de la ciudad se reflejan en

los cristales, me aclaro la garganta. Necesito soltarlo antes de que me arrepienta de guardármelo.

Si ella me ha contado sus mierdas, creo que merece que le cuente las mías.

—Yo hablé el otro día con mis hermanos —suelto de golpe, sin pensarlo demasiado.

—Lo imaginaba... Vi que coincidisteis en el festival.

—¡Ah! —Arqueo una ceja—. O sea, que me viste.

Cass se muerde el labio antes de contestar.

—No te emociones —responde rápido, aunque el rubor que le sube a las mejillas la delata—. No vi el festival por ti.

—No, claro que no —ironizo con un suspiro.

—Deja de ser un capullo —me pega un pequeño empujón en el brazo— y cuéntamelo, anda.

—Quieren que vuelva a la banda.

—¿Qué?

—O igual solo querían tocarme las pelotas para tenerme controlado y que deje de liarla. Todavía no lo tengo claro. —Hago una pausa y bufo—. Después de echarme en cara lo de Nochevieja... —la veo reprimir una sonrisa—, me soltaron que podríamos volver a tocar los tres.

—¿Y lo vas a hacer?

—No. Ni de coña. No los vi tan preocupados cuando nos separamos. Ahora que aprendan. —Niego con firmeza—. Solo me lo dicen porque saben que no componen tan bien como yo. Sin mí tendrán que tirar de las canciones mediocres de Noa o dejar que la discográfica les enchufe un compositor de plantilla. Y eso querrá decir que van a empezar a sonar como todas las bandas promedio.

—Sé que dijisteis que solo os estabais dando un tiempo para mejorar vuestro sonido y probar cosas por separado..., pero también sé cómo funciona esto.

—Pillé a Noa acostándose con mi novia —suelto de golpe. Paso de rodeos con ella—. Bueno... no era exactamente mi novia, novia, pero ya me entiendes.

—Madre... mía. ¿Y con ella has vuelto a hablar? —se interesa Cass, con genuina cautela.

—Con ella no. Me da absolutamente igual. —Hago un gesto con la mano, quitándole importancia—. El problema nunca fue ella. El problema fue Noa. Porque él lo sabía. Y a un hermano..., joder, a un hermano no se le hace eso.

Cass no dice nada. Solo me mira, pero no es pena lo que veo en su mirada, sino comprensión.

—¿En qué piensas? —pregunto, rascándome la nuca mientras intento leerle mejor su expresión.

—Lo distinta que es tu vida de la mía, supongo.

—Al fin y al cabo, no es tan distinta. —Me obligo a esbozar una sonrisa—. Míranos, somos dos pringados que no sabemos muy bien elegir a la gente con la que nos relacionamos. Yo a Noa no lo elegí desde el principio, claro está, pero sí elegí mantenerlo en mi vida mucho después de darme cuenta de cómo era. Porque eso solo fue la gota que colmó el vaso. La banda no estaba en su mejor momento desde hacía tiempo, y supongo que al final eso terminó afectándonos también como hermanos.

Cass se ríe, aunque sin alegría.

—Yo tampoco elegí alejarme de Stephen. Él lo eligió por mí.

—Pero hubieses llegado a la misma conclusión tarde o temprano. Eres una chica lista, Cassandra. —Giro la cabeza para mirarla de frente—. Prométeme una cosa, a partir de ahora elegiremos mejor a la gente que decidimos mantener en nuestra vida.



CAPÍTULO 25

Cassie

El coche se detiene frente a mi casa y, durante unos segundos, ninguno de los dos nos movemos. Afuera, la calle está casi desierta, aunque distingo siluetas moviéndose detrás de las cortinas iluminadas de los vecinos. Sus luces navideñas del balcón parpadean intermitentes, recordándome que, en teoría, hoy debería ser un día perfecto.

—Te acompaño.

—No es necesario —respondo, señalando la puerta, que está a apenas unos metros—. Está ahí mismo.

—Sí, lo es. Baja.

Suspiro, pero no insisto. Abro la puerta del coche y automáticamente me arropo algo más con la bufanda.

—Gracias por venir —suelto a la vez que nos detenemos frente al portal.

—Vaya. De todo lo que me podrías decir ahora mismo, esto estaba dentro de mis últimas opciones.

—Tengo que reconocer que ayer, en cuanto te vi plantado en mi puerta, colapsé un poco. Pero... me lo he pasado bien.

—Me alegra oír eso, porque esta mañana...

Me adelanto, antes de que pueda terminar.

—Ya te he dicho que ha sido por la estúpida llamada de Stephen, no ha tenido nada que ver contigo.

—No iba a decir eso —replica, con un destello especial en la mirada—. Iba a decir que esta mañana te besé porque lo sentía de verdad y... me encantaría volver a hacerlo.

Trago saliva, intentando aparentar que no me acaba de afectar en absoluto su revelación.

—¿Quieres subir un rato? —pregunto al final, con la voz más casual que logro reunir—. Todavía no es muy tarde.

—Me parece un plan genial —dice sin dudarlo, como si solo hubiera estado esperando a que yo pusiera en voz alta lo que ya pensaba—. Además, todavía tengo que darte tu regalo de Navidad.

Tardo un segundo en reaccionar.

—¿Me has comprado un regalo?, ¿cuándo?

—Realmente te lo ha conseguido Gregory, pero las directrices son mías... —Levanta una bolsa que no me había percatado que llevaba, hasta ahora—. Y no te pienso dar el *ticket* regalo.

Rodando los ojos, me apresuro a abrir la puerta del edificio y dejar que suba primero. Lo que, en retrospectiva, fue un error, porque ahora lo único que hago es observar su espalda ancha y la forma en que sube los escalones, con esa actitud de portada de revista que le sale sin proponérselo. Para distraerme de sus movimientos, me obligo a pensar en otra cosa: debería haber recogido mejor mi habitación o, al menos, haber escondido el pijama de renos que dejé tirado sobre la silla.

Respiro hondo. Es absurdo. Ya estuvo en mi casa hace apenas dos días y me vio con mis peores pintas, pero por alguna razón ahora siento que esta es la primera vez. Siento que su siguiente movimiento depende de que no haya una taza sucia en el fregadero.

Al entrar en casa, me apresuro a dejar las llaves en el cuenco de la entrada y a tirar mi abrigo sobre el perchero, rezando para que no vuelque de lo lleno que está.

—Pasa, ponte cómodo... Ya conoces la casa.

Él se quita la chaqueta y la cuelga con una tranquilidad insultante. Mientras, aprovecho para hacer un rápido escaneo del salón. El sofá parece en orden, la mesa de café no tiene migas ni marcas de helado derretido y las mantas siguen dobladas.

Bien.

Perfecto.

Respiro.

—¿Quieres beber algo? —pregunto con una voz demasiado aguda—. Tengo agua, limonada, zumo de uva, un vino blanco californiano que no sé cuánto tiempo lleva en la nevera...

—Suenan bien... —Me sonrío, ladeando la cabeza y cogiendo sitio en el sofá—. Pero mejor agua, no quiero arruinar la velada envenenándome.

Me apresuro hacia la cocina, intentando no tropezar con mis propios pies, y abro el frigorífico. Un vaso de agua. Fácil. No puedo estropearlo.

«Socorro. ¿Por qué estoy tan nerviosa?».

Se lo tiendo con una sonrisa forzada, y cuando nuestras manos se rozan, me doy cuenta de que el nudo en mi estómago lleva media hora instalado allí y no parece tener intención de irse.

Me siento en el otro extremo del sofá, demasiado consciente de cada centímetro que nos separa.

—Si te sientas ahí no voy a poder darte tu regalo. —Coge la bolsa que había dejado a los pies del sofá y me la tiende con una sonrisa peligrosa.

La cojo con cuidado. Es pequeña y no revela nada a simple vista, lo cual solo consigue que me ponga más nerviosa.

—¿Y si no me gusta? —le provoco, arqueando una ceja.

—Imposible. Ya sé que lo hace.

En cuanto la desenvuelvo, me echo a reír tan fuerte que tengo que taparme la boca con la manga para no soltar un gruñido ahogado.

—No... no puede ser. —Las lágrimas se me escapan de tanto reírme—. ¿Te has puesto celoso? Ya te dije que nunca fuiste mi favorito.

Es una camiseta de Related 4 de la misma gira a la que fui. Aunque, técnicamente, no es de la banda. Es de él. El Jeremy de unos años atrás ocupa toda la parte frontal de la tela con su pelo largo, planchado y fijado con más laca de la que debería ser legal, una chaqueta de cuero con demasiados brillos y unos pantalones pitillo negros que hoy en día se confundirían con mayas para hacer yoga.

—Digamos que es para equilibrar las cosas. —Me lanza una mirada significativa—. Si vas a dormir con algún Jensen prefiero que sea conmigo. Además, lo último que quiero es que mi otro hermano duerma con la chica que me gusta.

Mi corazón pega un salto tan fuerte que estoy casi convencida de que se ha oído desde la calle. Aparto la vista de inmediato y me

obligo a concentrarme en las luces del diminuto árbol de Navidad que tengo encima de la mesa de comedor, simulando que son lo más fascinante que he visto en mi vida.

Siento cómo se me calientan las mejillas y, de repente, la camiseta en mis manos pesa el triple.

«¿Eso ha sido una indirecta?, ¿desde cuándo no sabes captar indirectas, Cassandra?».

«¡Claro que ha sido una indirecta, estúpida!», oigo la voz de Ivy en mi cabeza.

Como no tengo claro cómo demonios debería reaccionar, lo único que se me ocurre es fingir que no he escuchado nada.

—¿Por qué viniste a casa de mis padres? —disparo de repente, demasiado alto y rápido por miedo a continuar con la conversación anterior.

Él suspira, dándose un poco por vencido.

—¿Qué respuesta quieres?, ¿la que me digo a mí mismo o la verdad? —contesta, apoyándose en el respaldo.

—Ambas —respondo, mientras recojo las piernas sobre el sofá.

Jeremy se pasa una mano por el pelo, despeinándose aún más. La luz cálida de la lámpara del salón lo ilumina desde un ángulo extraño y por un momento me parece alguien distinto, menos superestrella y más... humano.

—Al igual que tu colapsaste cuando me viste en tu casa, yo colapsé un par de horas atrás. Iba con la idea de que me iba a enfrentar a mis hermanos, y eso, aunque sí me hizo estar algo inquieto durante toda la mañana, no me preocupaba... —Hace un gesto con la mano, apartando algo invisible—. Pero que Noa se sentara enfrente de mí y tuviesen las narices de pedirme que volviera al grupo cuando ellos fueron los únicos culpables... —Niega con la cabeza—. Noa por traicionarme y Kade por callarse. Porque él estaba al tanto, pero prefirió mirar a otro lado para evadir el golpe. Y, mira, al final consiguió que todo explotase. —Tuerce el gesto a modo de sonrisa, pero puedo notar la rabia de la herida abierta—. Y esa es la versión que me digo a mí mismo, que la llamada de tu madre apareció en el momento adecuado y pensé que pasar un rato con gente normal, alejada de todo esto, me ayudaría a distraer la mente.

—¿Y la verdad? —susurro, casi sin aire.

Tengo miedo y ganas a partes iguales de escuchar la respuesta.

—Que no quería pasar la Navidad sin hacer esto...

No hace falta que explique a qué se refiere con «esto», porque lo sé incluso antes de que ocurra.

Jeremy gira la cabeza despacio, y cuando sus ojos se encuentran con los míos siento un cosquilleo en el estómago. Se inclina hacia mí, despacio, tanteando. La distancia entre nosotros se encoge tanto que puedo sentir su respiración, todavía algo helada, rozando mi piel.

Podría apartarme.

Debería apartarme.

Pero no lo hago.

El primer roce de sus labios es lento, suave, lejos de lo que fue el de esta mañana. De repente, su respiración ya no es fría; ahora me roza cálida y provocativa contra la piel. Al principio me quedo quieta, algo disociada, hasta que noto cómo su mano roza apenas mi rodilla y traza un camino hasta mi cintura. Después de eso, casi sin pensarlo, me sorprendo inclinándome yo también, devolviéndole el beso con un poco más de fuerza. Sus labios se abren despacio sobre los míos y entonces ya no hay espacio ni aire entre nosotros. Mis dedos, que hace un segundo estaban apretando nerviosos la tela de la camiseta que me regaló, se enredan por pura inercia en su cuello.

—¿Quieres ver mi cuarto? —Si no fuese porque se lo he dicho jadeando, parecería una niña de cinco años rogando que juegue con mis juguetes.

No contesta. En cambio, me levanta con un gesto torpe que hace que nos resbalemos sobre el sofá. Ahora él está sobre mí y yo solo puedo inhalar su perfume. Todavía percibo las notas de leña de casa de mis padres, pero la mezcla con su olor crea la combinación perfecta. Ahora mismo necesito que este aroma inunde mi apartamento por el resto de mi vida.

Nos volvemos a levantar y, ahora sí, conseguimos llegar hasta el pasillo entre besos inconexos y tropezones, sobre todo por mi parte, con nuestros propios pies.

—La habitación de la izquierda —le informo bajo un jadeo.

Jeremy me coge de la mano y me lleva directa hasta mi habitación. Estoy contando los segundos que quedan para que me tumbe sobre la cama y me haga completamente suya.

Uno, dos, tres...

Cuatro.

Solo ha necesitado cuatro segundos para tirarme contra el colchón y volverse a poner encima de mí. Sé que no es el momento más adecuado para pensar en esto, pero yo no dirijo mi mente, que, por un momento, recuerda a Stephen y a todas mis relaciones anteriores. Maldita sea. Nunca me había sentido así, y eso que todavía no ha empezado.

Agito la cabeza y me obligo a sacar esos pensamientos de mi cabeza.

—¿Estás bien? —me pregunta al ver mi mueca.

—Como nunca antes. —Y no es mentira.

Ahoga una sonrisa en mi cuello y me aparta el pelo antes de besarlo. No lo hace con delicadeza, sino que se deja llevar por su instinto y este no es nada cortés.

Arqueo la espalda y le doy la excusa perfecta para quitarme el jersey. Alzo los brazos para darle más espacio y trepo por la cama hasta acomodarme debajo de la almohada. Ahora yo estoy tumbada y él me observa desde arriba. Como siga más tiempo sin moverse voy a empezar a hiperventilar.

Desde su posición, me sonrío de un modo distinto a todas las anteriores veces que lo ha hecho antes. Y con un solo brazo se quita al camiseta.

Retiro lo dicho: voy a empezar a hiperventilar.

No pretendo engañar a nadie, ya había visto algunas fotos de él sin camiseta, pero ninguna le hace justicia a semejante perfección que se alza sobre mi cama. Me podría perder observando todos sus diminutos tatuajes, pero tengo cosas mejores que hacer, así que, en un arranque nada propio de mí, cojo la delantera y me reincorporo dejándonos cara a cara.

—Hola —me saluda, en cuanto nuestras narices se rozan.

—Hola —susurro contra su labio superior antes de fundirnos de nuevo.

Nos besamos sin dejar ni un solo espacio libre entre nuestros cuerpos. Mis manos recorren sus brazos, tensos y calientes, y acabo enredada en su cuello. Enrosco mis piernas alrededor de su cadera y él se tumba para dejarme a mí arriba. Una posición en la que no suelo estar nunca y que normalmente me deja sin saber cómo actuar, pero hoy es distinto. Le desabrocho el cinturón y él hace el resto del trabajo por mí. Impaciente, como siempre.

Ante la clara desventaja, niega con la cabeza y me obliga a bajar de la cama para quitarme los *leggings*.

—Mucho mejor —gruñe, saltando del colchón y llevándome hasta la pared.

Suelto un pequeño grito ahogado de lo fría que está y me acoplo más a su cuerpo en busca de calor. Nuestras caderas encajan tan bien que jadeo al notar que todavía está más duro que esta pared. Con el cuerpo aún arqueado, me tomo mi tiempo para recorrer el suyo con mis manos. Y él hace lo mismo, solo que se detiene en mi pecho, aprovechando el espacio que he creado, y me desabrocha el sujetador. Apoya sus antebrazos sobre mi clavícula y anda hacia atrás para volver a tumbarse sobre la colcha ya completamente arrugada. Allí se estira bocarriba en busca de algo en sus pantalones. No sé de qué me sorprende en cuanto lo veo sacar un condón de su cartera.

Vuelve a encontrar mi boca y acto seguido desliza sus manos por mis bragas. La yema de sus dedos es algo rasposa, imagino que es por culpa de la guitarra, pero la palma de la mano alrededor de mis muslos se siente completamente distinta.

Dejo de pensar y me dejo llevar, algo que no hacía desde hace tiempo. Jeremy empieza a marcar el ritmo con sus caderas todavía con los calzoncillos puestos. Mis manos, dejándose llevar, tiran de la goma hacia abajo, tan desesperadas como yo. Él lo toma como una invitación a actuar y en menos de un segundo su ropa interior está en la otra esquina de la habitación. Con su mano derecha me rodea la cintura para poderme colocar entre sus piernas.

Estoy más que preparada.

Jeremy se cuela dentro de mí con un único movimiento. Yo me muevo en círculos para darle el espacio necesario y cuando

conseguimos el ángulo perfecto, él aumenta el ritmo. Me pierdo entre sus jadeos y mis gemidos, tanto que consigue llevarme al clímax mucho más rápido de lo que he llegado jamás. Cuando él también lo alcanza, no mucho después que yo, se deja caer sobre mi pecho desnudo y tremendamente sudado, dándome solo un margen de unos minutos hasta que vuelve a estar listo para empezar de nuevo.



CAPÍTULO 26

Jeremy

Me despierto porque hay alguien chillando en mi habitación. Me froto los ojos y me desperezoz estirando los brazos hasta que me doy cuenta de que estos no chocan con mi cabecero de cuero negro.

Miro a mi alrededor.

«Oh, mierda, esta no es mi habitación».

Tardo unos segundo en ubicarme antes de sonreír. Cassandra está corriendo de una punta a otra de la habitación, recogiendo su ropa interior y lanzándome la mía. Cojo mis calzoncillos a tiempo y los aparto antes de que me golpeen en la cara. Creo que es la última cosa que quiero que me golpee recién despierto, y probablemente también en cualquier otro momento del día.

—¡Buenos días, eh! —la saludo con el objetivo de que deje de lanzar cosas al aire—. ¿Siempre te levantas así de energética? Si quieres, puedes venir aquí para invertir toda esa energía en algo mucho mejor.

—¡Nos hemos quedado dormidos! Son las ocho y veinte y tengo una reunión en menos de —mira su reloj inteligente con ojos de desquiciada y pelos aún peor— icuarenta minutos! No llego.

Abre el armario y empieza a tirar ropa encima de la cama, ignorando por completo que sigo aquí.

—No te preocupes, llamo a Gregory y viene a por ti ahora mismo.

—¡Jeremy! No puedo ir a la oficina en una limusina.

—Técnicamente no es una limusina. Solo es un Cadillac Escalade ESV.

—Que probablemente valga más que todo lo que hay en este apartamento.

Me tomo unos segundos para mirar a mi alrededor. Todavía sigo algo dormido.

—Si te descarto a ti, estoy seguro de que sí. —Me encojo de hombros—. Puedes ponerte estas dos cosas. —Alzo una falda y un top que están a mis pies.

Ella se gira hacia mí con cara de muy pocos amigos.

—Eso es un conjunto de pilates.

—Tengo que ir a verte a una de esas clases... —Cuando ella se mete en el baño, que está justo enfrente de la habitación, me vuelvo a tirar sobre la cama, contemplando el techo—. Oye, ¿quieres que te haga un café... o un té?

Murmura algo con lo que parece ser el cepillo de dientes en la boca, pero no la consigo entender bien. Salgo de la cama, no sin antes ponerme mis calzoncillos, y voy hasta ella, que también sigue en ropa interior.

—¿Me vas a dar ya los buenos días o qué? —La abrazo por detrás y miro su reflejo en el espejo, con la boca llena de pasta de dientes, un moño mal hecho y el flequillo rosa revuelto sin sentido alguno. Podría acostumbrarme a estas vistas.

Ella, con cuidado de no meterme el cepillo de dientes en un ojo, lo deja sobre el lavabo y se enjuaga la boca antes de girarse hacia mí.

—¿Has oído la parte de que llego tarde? —Me besa mientras lo dice.

—¿Y tú en la que te he ofrecido un café? —Con la boca, sigo el recorrido de su cuello hasta llegar al tirante de su sujetador.

Ella niega mi ofrecimiento y, con un último beso, se separa de mí. Vuelve dando saltitos hasta la habitación y yo me apoyo en el marco de la puerta mientras observo cómo se sube la falda de tubo por sus muslos. Este va a pasar a ser uno de mis nuevos entretenimientos favoritos.

—Gregory estará aquí en menos de diez minutos —le informo tras leer la respuesta al mensaje que le he enviado cuando seguía en la cama—. Y si no quieres que te vean con mi coche, te podemos dejar en la calle de detrás. Nadie se percatará de que te bajas del coche de Jeremy Jensen a las nueve de la mañana.

—Está bien —cede—, te lo agradezco.

Con una sonrisa, me pongo en movimiento y antes de que a ella le dé tiempo a acabar yo ya estoy listo. Mientras tanto, aprovecho para

revisar la agenda de hoy en el móvil. He terminado con la promoción de Navidad, así que no tengo ninguna entrevista hasta finales de semana que da comienzo la promoción de la gira del año que viene. Empiezo con dos pódcast, *Call Her Daddy* y otro que no recuerdo cómo se llama. También tengo una ronda de preguntas rápidas en las oficinas de *Vanity Fair* para su canal de Youtube. La idea es incluir en todas la promoción del evento de Times Square, algo que me hace bastante gracia porque, pese a la vorágine de cosas que han ocurrido estos días, no he cambiado de idea.

—¿Estás listo? —me sonrío, ya perfectamente peinada y con un conjunto demasiado recatado ahora que sé lo que hay debajo.

Cojo ambos abrigos y nos los ponemos mientras bajamos las escaleras para no perder tiempo. Gregory nos está esperando en el mismo lugar donde nos dejó ayer, también con la misma sonrisa, aunque se ha cambiado de camisa.

—Buenos días, Gregory —le saludo nada más salir por el portón del apartamento.

—Buenos días, señor. —Tiene una pose regia que no invita a la conversación.

—¡Hola, Gregory! —Cass le saluda con su típica sonrisa de chica buena, aunque no obtiene respuesta.

Gregory endurece el gesto, cierra nuestra puerta con firmeza y, sin perder tiempo, bordea el coche hasta su asiento de piloto.

—¿Por qué no me ha saludado? —me susurra con un tono de indignación y ternura que me hace querer reír en cuanto se acomoda dentro del coche, justo cuando la mampara de cristal que nos separa de Gregory se eleva y nos aísla por completo.

—Tiene prohibido hablar con los invitados —comento distraído—. ¡No me mires así! Esa regla no se la he dicho yo. Tiene que venir en el código deontológico de los chóferes o algo así.

Cass se desliza por su asiento y da unos golpecitos en la mampara.

—No le molestes, está conduciendo —le advierto.

—Son las nueve menos cuarto en Nueva York, estamos en un atasco —señala lo obvio.

Gregory tarda un par de segundos en bajar la mampara. Podría hacerlo yo desde mi asiento tan solo dándole a un botón, pero esto

es mucho más divertido.

La veo balancearse un poco, tratando de encontrar el ángulo perfecto para hablarle sin entorpecerle la visión de retrovisor central ni parecer demasiado entusiasta.

—Gregory, solo quiero que sepa que conmigo puede hablar. Le doy permiso —dice, inclinándose hacia el cristal.

—Que no es un perro —susurro, incapaz de contener la risa.

—No, digo... Lo que quiero decir es que me encantaría poder hablar con usted mientras conduce. Es decir, tampoco quiero que hable sin parar si no le apetece, pero... si en cualquier momento quiere comentar algo, es totalmente libre —añade, y por un segundo la veo un poco perdida, moviendo las manos y haciendo gestos que no acompañan nada su discurso.

—Siéntate, anda, creo que ya te ha entendido. —Tiro de su brazo en cuanto se pone en verde el semáforo.

Seguimos avanzando por la ciudad. Aunque ya haya pasado Navidad, las calles siguen abarrotadas de gente como días atrás. Esto sigue siendo Nueva York y nada gusta más que el consumismo, en el que claramente yo también me incluyo. Para colmo, hoy empiezan las rebajas, y el Macy's de la calle 34 tiene una cola tan larga que apenas nos deja avanzar.

—¡Gregory! Déjame aquí, si puedes —dice Cass, apoyándose un poco en la mampara que sigue bajada.

—¿Estás segura? —pregunto antes de que a Gregory le dé tiempo a asentir.

—Sí, no tiene pinta de que vayamos a avanzar demasiado y ya llego tardísimo. Además, llevo deportivas —levanta un pie y me enseña las zapatillas—, puedo correr. En el bolso llevo los tacones.

—Como una auténtica neoyorkina ya. —Solo ella podría ser igual de caótica que la ciudad—. ¿Cenamos esta noche? —le pregunto mientras Gregory frena suavemente en la acera.

—¿Sí? —responde con un tono demasiado ambiguo.

—¿Lo estás afirmando o me lo estás preguntando? —insisto, divertido.

—¡No! Digo, sí, sí... solo que no sabía que querías... —tropieza con sus propias palabras y se muerde el labio.

—Cass, deja de pensar. Cenamos esta noche. —Me acerco a sus labios para no darle tiempo a pensar o decir alguna tontería más.

—Está bien —acepta con una sonrisa que combina alivio y nerviosismo—. Gracias por traerme. Nos vemos esta noche.

—Luego te digo dónde. Ahora vete ya, que vas a llegar tarde. —Le hago un gesto con la mano, sin perder la sonrisa—. Ten un buen día... o al menos, sobrevive hasta la noche.

Ella ya ha bajado del coche y se apoya un momento en la puerta, ajustándose el bolso al hombro mientras me mira con esos ojos brillantes que siempre logran que me derrita un poco.

—Por cierto —dice, inclinándose ligeramente hacia mí antes de cerrar la puerta—, te voy a ayudar con tu plan de Nochevieja. Ahora somos... amigos, ¿no?

No quiero que sienta que me he acostado con ella solo para conseguir esto, pero ya es demasiado tarde, porque, antes de que pueda contestar, ya ha cerrado la puerta del coche, dejándome solo dentro.

Mientras el coche arranca de nuevo, la veo esquivar a un grupo de gente con bolsas de Nordstrom, ajustarse de nuevo el bolso al hombro y desaparecer entre la gente con pasitos cortos pero decididos.

—Vamos directamente a casa, Gregory, que seguro que Laila me echa de menos —me miento.



CAPÍTULO 27

Cassie

Cuando me uno a la reunión ya está todo el mundo conectado. Hasta el señor Langford está dentro. «Genial».

—Buenos días, perdón por el retraso. Estaba en otra reunión —miento y, de un empujón, aparto el bolso y el abrigo que aparecían en el ángulo derecho de la cámara.

El señor Langford hace una mueca que traduzco como un despidido.

—¡Oh! ¡Buenos días, Cassandra! —me saluda alguien del equipo de CouldPlay que no recuerdo cómo se llama—. No te preocupes, no habíamos empezado todavía. Lucy nos estaba contando que el aeropuerto de Los Ángeles cerró ayer por problemas con los tripulantes de tierra y solo podían aterrizar los aviones y tuvo que quedarse allí a dormir.

—¡Sí! Por suerte ya está reestablecido el servicio, pero están reubicándonos a todos y esto es una locura —interviene la que intuyo que es Lucy. Me fijo en su cámara y veo que, efectivamente, está en un aeropuerto.

Sé lo que está pensando ahora mismo el señor Langford: «mira, Lucy se conecta en medio de LAX a cuatro mil kilómetros de distancia y tú no eres capaz de hacer lo mismo desde el metro de Nueva York, llegas tarde y encima nos dejas en evidencia».

Hoy la reunión es con todo el equipo de CouldPlay. Solo me suenan algunas caras: la de la directora de *marketing*, el director creativo y, cómo no, la de Mason, que es especialista en *marketing* y *content strategy*. Además de ellos, también está el *venue manager* y algunos de nuestros subcontratados, como el encargado de representar a la empresa de sonido, iluminación, montaje y escenografía...

Cuando Lucy acaba de llamar la atención, la directora de *marketing*, que ha cogido la voz cantante, empieza con la reunión.

—Bien, antes de entrar en el desglose del cronograma, necesitamos confirmar lo más importante: ¿alguien sabe algo de Jeremy Jensen?

Su nombre rebota en mi cabeza. Me enderezo en la silla por puro reflejo, aunque, por suerte, nadie puede intuir qué significa realmente la tensión sobre mis hombros.

—Nuestro equipo legal desestimó los titulares de la prensa porque, como bien sabéis los aquí presentes, y también él, las redes sociales no son un medio oficial ni aceptado para las comunicaciones.... Y, por su parte, el equipo de prensa ha permanecido en silencio, así que todo sigue adelante.

Intento que no se me escape ninguna mueca delatadora. Pero yo sé cosas. Y no les van a gustar. Podría abrir la boca y decir que sé que sigue en sus trece y no piensa subirse al escenario de CouldPlay, pero me pedirían una justificación a eso y qué les voy a decir: «Oh, porque anoche estaba a horcajadas sobre él». No, no me parece una respuesta demasiado profesional.

Antes de que pueda abrir la boca y arruinar mi carrera, aparece un pequeño *pop-up* en la esquina de la pantalla. Un mensaje directo de mi jefe:

«En cuanto acabe la reunión, ven a mi despacho. Sin falta».

«Mierda», pienso. Un momento, ¿lo he dicho en voz alta sin darme cuenta?

Trago saliva y miro las caras de mis compañeros. No, tienen la misma cara de aburridos que hace unos segundos.

—El *venue manager* me ha pasado ya el primer borrador del plano del recinto —comenta mi jefe, como si hubiese hecho él ese trabajo y no fuese un *mail* reenviado por mi parte—. Necesitamos decidir si el escenario central se mantiene o si lo movemos al lateral derecho.

El encargado de montaje levanta la mano.

—Si lo dejamos en el centro, la estructura de luces tendría que duplicarse para cubrir todos los ángulos, lo que aumenta presupuesto y tiempo de montaje.

La de iluminación interviene enseguida:

—Y no solo eso, necesitaríamos mínimo un día más de instalación.

Vale, traducción: dinero y tiempo. Dos cosas que todo el mundo odia gastar.

—La opción lateral reduce costes —añade el de sonido—, pero perdemos impacto visual.

El director creativo de CouldPlay pone los ojos en blanco.

—Impacto visual es justo lo que nos vendieron en la primera reunión. ¿Ahora vamos a escatimar, Cassandra? Este no es el acuerdo al que llegamos con Rebecca.

—Lo sé —respondo, intentando sonar firme mientras juego con el bolígrafo en la mano—. Solo estamos valorando opciones. El escenario central sigue siendo la primera propuesta, y podemos ajustarnos a ese plan si el presupuesto lo permite.

El director creativo asiente, aunque no parece convencido. El de montaje resopla convencido de que acabamos de arruinarle el fin de semana y la de luces murmura algo que no logro entender. «Menuda pедorra».

El señor Langford, con su arrogancia indiscutible, toma la palabra:

—Lo que Cassandra quiere decir es que estamos trabajando para garantizar la experiencia que prometimos sin comprometer los tiempos de instalación, y sobre todo respetando el *rider* original que es lo que tiene que aprobar el equipo del artista.

«Un momento, ¿me acaba de echar un cable?». Que alguien me pellizque.

—Exacto —asiento rápido—. Lo esencial es mantener el concepto original, pero asegurándonos de que el montaje pueda completarse en el plazo acordado.

El de montaje aprovecha para meter baza:

—Si hablamos de escenario central, necesitamos mínimo tres días completos para la estructura, más el refuerzo de suelo.

Para corroborar lo que digo, comparto pantalla con el calendario de la azotea del edificio Westlight. No es la primera vez que se hace un evento allí —hay informes de otros conciertos y hasta un desfile de la Fashion Week—, pero la logística sigue siendo un rompecabezas.

—Hoy es veintiséis de diciembre. El concierto está programado para la noche del treinta y uno, lo que significa que tenemos cinco días. Si la carga y la instalación empiezan mañana a primera hora,

podríamos tener la estructura lista para el veintinueve. Eso nos deja el treinta y la mañana del treinta y uno para pruebas de sonido, iluminación y ajustes.

—Yo solo digo que, en la azotea, el acceso de carga es limitado —apunta el de montaje, con el ceño fruncido—. No puedes meter un tráiler y descargar, hay que subir por ascensores de servicio.

—Y con viento en esa altura, las torres de iluminación requieren refuerzo extra —añade la de iluminación, mirando sus notas—. Hablamos de estructuras más pesadas, que ralentizan el montaje.

«Dios, qué pesados. No es tan complicado. Ya se han hecho otros eventos allí». Tecleo y finjo tomar notas, pero en realidad solo estoy escribiendo eso en un documento en blanco para no gritárselo a la cara.

Luke, el director creativo de CouldPlay, carraspea antes de hablar:

—Miren, podemos debatir todo lo que quieran, pero Jeremy tiene que estar en el centro. Forma parte del concepto, del contrato, de la campaña. Un escenario lateral... simplemente es inaceptable.

Tiene razón. Respiro hondo y me adelanto antes de que alguien más empiece a soltar otra queja distinta.

—Entonces queda claro —interrumpo con una voz más firme de lo que pensaba—. Escenario central. Pero aviso desde ya: los tiempos de montaje son los que son. Si no se aprueban, nos sobra un día para encontrar a otro equipo de iluminación y montaje que sí sepa adaptarse.

Un silencio incómodo llena la videollamada. Veo cómo uno de los de sonido abre la boca para decir algo y después se lo piensa mejor.

«¿Habré sido demasiado brusca?».

—¡Genial, estamos todos alineados! —salta con una sonrisa Lucy, que resulta ser la asistente de la directora de *marketing*—. Cuando tengamos todo esto cerrado, es decir, el viernes veintinueve, tendremos una última reunión con el representante de Jeremy para autorizar el diseño final. Y también otra con el equipo de seguridad, cáterin, producción, *stage manager*...

Todos asienten, toman nota o hacen un último comentario rápido. Por fin, después de casi una hora de idas y venidas, parece que estamos todos de acuerdo.

—¡Perfecto! —añado, intentando sellar la paz—. Entonces arrancamos mañana a primera hora con la carga y el montaje. Viernes veintinueve, última revisión con Jeremy o sus representantes, y todo listo para el treinta y uno.

—Gracias a todos por participar —cierra el director creativo de CouldPlay, y poco a poco los rostros de los demás van desapareciendo de los recuadros de Zoom.

Siento un leve suspiro de alivio escaparse de mis labios cuando le doy al botón rojo. Pero me dura poco esa calma, porque me levanto directa hacia el despacho del señor Langford.

—¿Quería verme, señor Langford? —Toco a la puerta abierta, extraño en él, y espero en el marco.

—¿Podría decirme qué le he puesto en el mensaje, por favor?

No sé si me está vacilando o no, pero, aun así, lo hago. Se lo repito palabra a palabra.

—¿Y eso no contesta a su pregunta, señorita Hart?

Le sonrío incómoda y muevo los pies en el sitio, sin saber muy bien qué hacer todavía. Aún no me ha dado permiso para entrar.

—¡Venga, hombre, no te quedes ahí, pasa!

«¿Esa mueca ha sido una sonrisa?». Madre mía, estoy despedidísima.

—Siéntate ahí. —Señala la silla que está enfrente de la suya y en la que no deja sentarse a nadie a no ser que venga de fuera de la oficina y esté seguro de que le va a hacer la pelota.

Sí, mejor me siento, no vaya a ser que me desmaye cuando me diga que vaya recogiendo mis pósits y mi cactus en forma de corazón.

—Has llegado tarde hoy —recalca lo obvio.

—Alguien se ha tirado a las vías del metro y hemos estado un rato parados. —Lo mismo que voy a hacer yo dentro de unos meses cuando mire mi cuenta bancaria.

—Vaya, a ese parece que no se le ha dado muy bien la Navidad —se ríe de su propio chiste y yo hago lo mismo, no vaya a ser que me deje sin carta de recomendación—. ¿Qué tal ha ido la tuya?, ¿has descansado?

«¿Sin vacaciones? Muchísimo».

En lugar de escupir ese último pensamiento, me aliso la falda y sonrío.

—¡Me alegro! Porque como sabrás, tenemos mucho trabajo por delante. Ya no solo el evento de Nochevieja, que eso ya sé que saldrá sobre ruedas —¿acaba de decir sobre ruedas? Me gustaría vivir en su mismo universo paralelo, o al menos robarle lo que quiera que se haya echado en el café—, sino que he estado hablando con algunos contactos y el nombre de Onyx Events está sonando como uno de los posibles para dar apoyo a la organización de la Met Gala.

—¡Eso es genial!

—Veo que me sigues. El caso es que he pensado que, si cerramos este año según lo previsto y sale adelante lo de la Met Gala, te meteré en el equipo directivo del evento como *event PM*. ¿Qué te parece? ¡Ah! Y no solo eso, como te prometí, pondré tu nombre en la reunión de la junta directiva para ser socia *junior*.

Me quedo mirándolo, incapaz de asimilar nada.

—¿Entonces... no estoy despedida?

Él frunce el ceño, desconcertado.

—¿Despedida? ¿Por qué demonios ibas a estar despedida?

—Bueno... está usted sonriendo. Y feliz. Francamente, da miedo.

«¿Por qué acabo de decir esto en voz alta?».

El señor Langford suelta una carcajada tan fuerte que casi derrama el café sobre los papeles.

—Tienes un sentido del humor peculiar, Cassandra. No lo pierdas, puede que lo necesites. Teníamos un acuerdo, ¿no? Haz que ese chico se suba al escenario y no tendrás que preocuparte por nada.

—Claro que sí, señor Langford. Así es, Jeremy cantará el treinta y uno. No hay nada de lo que preocuparse.

Langford da un sorbo a su café, completamente relajado, mientras yo estoy a un paso de sufrir un microinfarto en su despacho.

—¡Eso quería oír! No nos podemos permitir ningún fallo. Anna Wintour nos espera. —Hace un gesto con la mano, despidiéndome—. Ahora vete, tienes trabajo que hacer.

De camino a mi escritorio, mi mirada se clava en el de Ivy. Sigue vacío. Ni rastro de que haya pisado la oficina esta mañana. Yo pensaba que solo llegaba tarde, pero ya es mediodía. Saco el móvil,

desbloqueo la pantalla y me encuentro con un mensaje de un número desconocido. Solo una hora y un enlace a lo que parece un restaurante. Debe de ser Jeremy que ya se ha cambiado de teléfono móvil, pero ahora no tengo tiempo para eso. Abro el chat con mi amiga y le mando un mensaje rápido. «¿Dónde diantres se ha metido?». Me dejo caer en mi silla, enciendo el ordenador y actualizo la bandeja de entrada. Las notificaciones de doce nuevos correos entrantes empiezan a colarse a través de los auriculares.

Genial.

Feliz vuelta a la rutina.



CAPÍTULO 28

Jeremy

No estaba nervioso por una cita desde que conseguí una con Ashley Collins en sexto grado. Era una animadora de décimo que solo salía con *quarterbacks* que me pasaban más de quince centímetros. Porque, a quién quiero engañar, la altura nunca ha sido uno de mis puntos fuertes.

Cuando me invitó a ir a su casa el viernes por la tarde me sudaban tanto las manos que creía que me iba a deshidratar. Toqué a la puerta de su casa, no sin antes robar unas flores del jardín de la vecina y secarme las manos por octava vez. Cuando abrió la puerta, las manos, que no las debí secar muy bien, me jugaron una mala pasada e hicieron que se me resbalasen las flores. Al intentar recogerlas al mismo tiempo, chocamos y terminamos dándonos un golpe en la cabeza. Pero eso no fue lo peor. Lo peor vino cuando apareció por detrás de mí, Evan, el *quarterback* del instituto, y me dejaron solo en aquella casa. Bueno, solo no, haciendo de niñera de su insoportable hermano de cuatro años que solo sabía correr de punta a punta del salón vestido de vaquero mientras disparaba con una pistola de balas de espuma.

Así que no me quedó más remedio que llamar a sus padres, que se habían ido al teatro, e informarles de que la buena de su hija había salido con una falda muy corta a pasear con Evan, un chico que no tenía muy buena reputación en el instituto.

Pero aquello no me va a volver a pasar, con los años he aprendido y ahora sé dónde me meto. O eso me gusta pensar. Ashley, Linda, Sophie, Mandy... ninguno de ellos eran nombres de fiar. En cambio, Cassandra...

Si tuviese amigos de verdad, los hubiese llamado para preguntarles por un buen plan para una cita porque a mí todo lo que se me

ocurre es demasiado extravagante: cena en Four Seasons, paseo en helicóptero para ver las luces de las casas de Dyker Heights... pero estoy seguro de que ella no quiere eso. Salía con el idiota de Stephen que, para mi gusto, lo único bueno que tenía era el dinero, pero ella no estaba con él por eso. Seguro que le veía muchas otras bondades invisibles para el resto de la población cuerda. O igual era su obra benéfica. Menos mal que ha dejado de ser altruista.

No debería estar así, porque, ¡venga ya!, hemos pasado casi todos los días juntos esta última semana y hasta nos hemos acostado (cosa que estoy deseando volver a hacer, por cierto). Debería estar calmado, pero no, vuelvo a tener doce años y las manos me sudan el doble. Solo que esta vez no pienso robar flores del vecino, ahora puedo comprar mis propias flores. Aunque esta vez no lo he hecho; no quiero que se asuste. Igual, si me planto en su portal con un ramo de flores, sube las escaleras corriendo y se encierra en su apartamento.

Me observo en el reflejo de la ventana tintada de mi coche justo antes de que Gregory se marche. Hoy me he vestido de negro, a ver si eso me ayuda a pasar desapercibido. No me suele importar que me reconozcan por la calle, pero hoy quiero que todo salga perfecto, y tener a fans haciéndome fotos no creo que sea la mejor opción para ello. Tampoco busco que esta noche sea demasiado romántica—ni va conmigo, ni es el momento todavía—, pero sí quiero que sea algo natural, que disfrutemos sin pretensiones. Estamos en un punto raro. Raro de cojones me atrevería a decir. Hace apenas una semana no nos aguantábamos, bueno, más bien ella no me aguantaba a mí, y ha pasado tanto en apenas... ¿ciento cincuenta horas? Ella ha cortado con su novio, yo me he colado en casa de sus padres, en la suya propia... y hasta en su cama. No sé en qué posición nos deja eso, pero estoy deseando averiguarlo.

Toco el timbre y espero paciente a que responda. Subo las escaleras de dos en dos y en menos de un minuto me planto en su puerta. Está ligeramente entornada, la empujo, pero ella no está en el salón.

—¿Jeremy? —Su voz me llega desde el baño, alegre y distraída.

¿Qué clase de persona deja abierta la puerta de su casa para que pueda entrar cualquier demente?

—No deberías tener la puerta así —la reprendo desde detrás, apoyándome en el marco y cruzándome de brazos.

Ella se sobresalta un poco al verme reflejado en el espejo, pero no deja de pasarse la máscara de pestañas.

—Así, ¿cómo?

—Abierta. —Alzo una ceja.

—¡No seas paranoico! Eso es porque tú eres famoso y vives en constante alerta. Tienes miedo de que se te cuele una fan loca a hacerte fotos sin camiseta y las venda a TMZ.

—Eso me ha sonado a celos —le digo, divertido—. Pero no, lo digo porque, a pesar de lo que piensas, soy una persona normal y escucho las noticias y los pódcast de *true crime*. —Me acerco un paso para observarla mejor.

Lleva un vestido rosa, un poco más apagado que el tono de su pelo, casi blanco. Es vaporoso y corto. El maquillaje todavía está a medio terminar, pero sus labios ya brillan demasiado. Tiene un pendiente plateado en una oreja, el otro todavía está sobre el lavabo.

—¿Y tú dónde vas tan arreglada? ¿Es una gala de premios o qué?

Ella me mira a través del espejo como si yo fuera idiota.

—¿Cómo que adónde voy? Miré el enlace del restaurante que me pasaste y parecía bastante elegante, ¿no? No tengo demasiada ropa así, así que espero que esto sirva.

—Ah, sobre eso... —me aclaro la garganta—. Cambio de planes. Quítate el vestido y ponte algo cómodo.

—¿Cómo? —parpadea, confundida.

—Así. —Alargo la mano y tiro suavemente de uno de los lazos que sostienen su vestido en el hombro. La tela cede y se desliza apenas un poco, revelando la línea suave de su clavícula y parte del escote.

—¡No! —gime, cubriéndose enseguida con la mano libre y girándose para fulminarme con la mirada—. «¿Cómo?» de «¿qué dices?», no de «¿cómo me quito el vestido?».

Me echo a reír, sin el más mínimo remordimiento.

—Oye, la culpa no es mía si das instrucciones ambiguas.

Ella rueda los ojos y deja el r  mel sobre el lavabo.

—  Qu   me pongo entonces? —insiste.

—Cualquier cosa que te tape más que eso. —Señalo el vestido—. Y que conste que no me quejo,   eh? Te queda increíble. Pero en cuanto pongas un pie fuera de casa, vas a morir congelada. Mejor unos vaqueros y un jersey.

Ella me lanza una mirada sospechosa, pero no dice nada. Al final resopla y desaparece rumbo a su cuarto.

Desde el salón, escucho el sonido inconfundible de cajones abriéndose y cerrándose, ropa cayendo sobre la cama y un par de exclamaciones frustradas. Me asomo disimuladamente por la puerta. Madre mía, esto está peor que esta mañana.

Al cabo de unos minutos, Cass reaparece con unos vaqueros ajustados y un jersey de cuadros rosas y verdes, el pelo recogido y los labios aún brillantes.

—Me encanta cuando me obedeces así —sonrío, triunfal.

—No te acostumbres.

Cuando pasa por mi lado, le planto el beso que me lleva debiendo desde que entró en esta casa.



Con cuidado de que no se vuelva a caer, suelto la mano de Cass.   C  mo me iba a imaginar que era tan torpe patinando sobre hielo?

En los últimos cinco minutos ha estado más tiempo en posición horizontal que en vertical.

Detrás de nosotros, un grupo de niños de siete años pasa a toda velocidad. Cass los sigue con los ojos abiertos de par en par.

—  Ves? Para patinar no vale con estar abrazada a la valla, la magia est   en ir hasta el centro de la pista.

—La magia est   en sobrevivir —murmura.

La agarro de la mano y tiro de ella hacia el centro de la pista, donde el árbol gigante de Rockefeller Center brilla sobre nosotros. Miles de bombillas blancas y doradas iluminan todo, reflejándose en el hielo a modo de estrellas de colores desperdigadas bajo nuestros pies.

—¿Querías matarme? —protesta, agarrándose de nuevo a mi brazo —. Porque si esa era tu idea, te advierto que sin mí, Onyx Events seguiría organizando el concierto. No soy una ficha de peso.

—Confía en mí —le digo, bajando la voz lo suficiente como para que solo me escuche ella.

Y, sorprendentemente, durante unos segundos, lo hace. Deja de tensar los hombros y me sigue el ritmo torpemente. Su coleta se balancea cada vez que intenta mantener el equilibrio, y parece que por fin empieza a disfrutarlo. Hasta que uno de sus patines se cruza con el otro y suelta uno de sus grititos. Casi se va de bruces contra el hielo, pero la sujeto a tiempo, rodeando su cintura con firmeza. De repente la tengo pegada contra mí, con los ojos muy abiertos y la risa temblándole en los labios.

Aprovecho para mirarla detenidamente. Sus mejillas están rojas por el frío... y por la frustración. El aliento le sale en pequeñas nubes blancas y sus labios brillan bajo las luces del árbol.

—Si ahora mismo te caes, me voy contigo —respondo sin pensarlo demasiado, todavía sujetándola contra mí.

—¿Con todos esos móviles delante? —susurra, echando un vistazo rápido alrededor—. Imagínate los titulares de mañana.

—Creo que tienen otra idea en mente: «Jeremy Jensen, ante el silencio después de sus últimas declaraciones, se deja ver en Rockefeller Center junto a su nueva novia: una preciosa y misteriosa chica con el pelo rosa».

—Sabes que ese titular es muy largo, ¿verdad? No iba a funcionar. Por cierto, tengo novedades con respecto a eso.

—Ya, yo también quería hablarte de ello.

Con cuidado, nos reincorporamos y la llevo de vuelta hasta su lugar seguro. Ella se vuelve a sujetar en la valla y camina poco a poco hacia delante. Seguimos patinando así, lejos de la muchedumbre y entre algunos padres que enseñan los pasos básicos a sus hijos.

—Llevo dándole vueltas a esto todo el día —me sincero—. No quiero que hagas nada que no quieras. Y siento que me has dicho que me ibas a ayudar solo por, bueno, ya sabes... lo que pasó anoche.

Ella me mira perpleja, pero no sé si es por lo que acabo de decir o porque no se atreve a pasar por al lado de una niña de unos seis años que ha monopolizado la valla. Yo, que voy por delante, le tiendo la mano para que me alcance.

—Te lo digo en serio —insisto, porque ella sigue callada, concentrada en no matarse mientras intenta imitar mis pasos sobre el hielo. Me inclino un poco hacia ella, patinando de lado para no perderla de vista—. Sé que estuve muy pesado con lo de la actuación, y tengo mis razones. —Ella alza la cara un segundo, lo justo para mirarme antes de volver a clavar los ojos en sus patines—. Y también sé que, al principio, lo único que quería de ti era que me ayudases a no subirme ahí de un modo que no me perjudicara. Ni a mí ni a mis fans. Pero ahora tampoco quiero perjudicarte a ti.

—¿Salimos de esta caja de hielo y hablamos?



CAPÍTULO 29

Cassie

Con las piernas todavía temblando, me dejo caer en uno de los bancos de madera que rodean la pista. Me agacho para desatarme los patines, pero estoy tan nerviosa que los cordones parecen haberse convertido en un nudo de pescador doble. Jeremy, a mi lado, se los quita en cuestión de segundos. Intento no mirarlo demasiado, pero es difícil. La luz del árbol enorme se refleja en su pelo y en su chaqueta oscura, y de cerca me resulta... incómodo. Tiene un perfil perfecto, casi cincelado: mandíbula marcada, pestañas ridículamente espesas y oscuras... Por suerte, el aire frío me pica en las mejillas y me obliga a moverme rápido, fingiendo que sigo peleándome con los cordones antes de que se dé cuenta de que lo estoy observando como una completa pardilla.

Cuando por fin nos ponemos los zapatos otra vez, salimos de la pista entre empujones, porque ahora está llena hasta los topes. La música navideña suena más fuerte que antes, los *flashes* de los móviles iluminan la entrada y, por un segundo, me da la sensación de que todo el mundo está mirando a Jeremy. Y probablemente sea cierto.

Él se recoloca la gorra y el abrigo de manera distraída. Yo, en cambio, solo pienso en encontrar una salida rápida antes de que alguien lo reconozca del todo y muramos sepultados entre cuchillas de patines sobre hielo.

Se da cuenta de mi agobio y me arrastra de la manga hacia una calle lateral, donde las luces son menos intensas y apenas hay gente. Jeremy me sonríe sin sospechar nada, ajeno a todo lo que estoy ensayando mentalmente. Y ahí está el problema: que con él no es tan fácil separar lo personal de lo profesional.

Supongo que de un modo u otro yo también llevaba todo el día dándole vueltas a lo mismo que él y ha llegado el momento. Esta tiene que ser mi mejor actuación. Porque, al igual que él no ha cambiado de idea, yo tampoco.

El corazón me late a toda velocidad. Nunca he sido buena mintiendo, se me da fatal inventar excusas hasta para no ir a pilates con Ivy los viernes por la tarde. Pero tengo que hacerlo. Es mi trabajo. Y aunque no es lo que más me apetece, mi trabajo va primero. Y más, probablemente, cuando él solo se esté divirtiendo conmigo.

—Hoy teníamos la última reunión antes de empezar el montaje —empiezo, aclarándome la garganta e intentando que mi voz suene plana y técnica—. Mientras ellos discutían detalles y más detalles que no llevan a nada, se me ocurrió una forma de sacarte de en medio sin levantar sospechas. He dicho que, por las condiciones atmosféricas previstas, tanto el montaje como la retransmisión en Westlight se verían comprometidos. —Respiro hondo e intento no pensar en lo raro que suena en mi cabeza—. Les convencí de trasladar provisionalmente el evento a la azotea Hudson Yards, que está relativamente cerca, y ofrece mejores condiciones técnicas para la emisión en caso de que se complique el viento.

Al terminar de hablar, lo repaso rápido en mi cabeza y me doy cuenta de lo inverosímil que es todo. Aunque lo que digo es totalmente factible, me parece raro que Jeremy no se haga preguntas: «¿acaso han advertido de rachas de viento para este fin de semana?», «¿a nadie le ha dado por comprobar su velocidad?». Pues está claro que en mi mentira no.

Cuando mientes, la clave está en meter alguna verdad de por medio. Así que eso es lo que hago:

—Los de montaje han empezado a poner muchísimas pegas, pero al final les he dicho que o se hacía así o buscábamos nuevo equipo. Además, no me parece una locura, el montaje no ha empezado todavía.

—No entiendo. —Claro que no. Seguro que me he liado mientras hablaba—. ¿Y qué ganamos con eso?

—Robarles el evento. —Vale, eso lo acabo de improvisar, pero creo que puede funcionar bien—. Mientras ellos organizan todo en Hudson Yards, podemos gestionar algo paralelo en la azotea de Westlight, como una producción alternativa. Si no apareces en Hudson Yards, en principio nos expondríamos a penalizaciones... salvo por la cláusula trece del contrato. —Busco la mirada de Jeremy. No me sigue en absoluto—. Esa cláusula permite que el artista se niegue a actuar si el *rider* oficial o las condiciones técnicas cambian respecto a lo firmado. Si ellos han aceptado el traslado y firmado el *rider* para Hudson Yards, jurídicamente podrías negarte sin tener que pagar la penalización.

Conforme voy exponiendo la última parte del plan, veo cómo le va cambiando el gesto.

—¿Estás segura de que eso puede funcionar? —pregunta, interesado.

—Sin ninguna duda. —Me muerdo el labio un segundo, pero lo suelto enseguida. Tiene que parecer que estoy segura de lo que digo—. Lo que no sospechan es que podemos montar algo en Westlight aprovechando los recursos que ya estaban contratados allí. En teoría, ellos creen que nos trasladaremos a Hudson Yards, así que nosotros podemos montar un *show* alternativo en Westlight y, cuando llegue el momento, aplicar la cláusula para no presentarnos en Hudson Yards. Pero no puedes avisar hasta que el evento haya empezado, si no podrían reubicarlo a tiempo. —Eso es lo que le digo, aunque la verdadera razón es que, si él se acoge a la cláusula antes de tiempo, mi mentira quedaría al descubierto—. En resumen, es un doble movimiento: les robamos el concierto y nos cubrimos legalmente.

Le brillan los ojos.

—¡Es perfecto, Cassandra! —exclama entre una risa nerviosa—. Dios, nunca se me habría ocurrido a mí un plan tan perfecto, y eso que me he leído de todas las formas posibles el maldito contrato. ¿Quieres convertirte en mi mánager? Estoy llamando ahora mismo a Claire para despedirla.

Mi sonrisa es automática, pero mis manos tiemblan un pelín cuando alzo los brazos.

—¡Deja de decir tonterías!! —Le arrebató el teléfono móvil de las manos.

—En serio, es un plan redondo. Pero... ¿no te perjudicará eso a ti? No quiero ocasionarte problemas, quiero que lo sepas —repite lo mismo que antes, cuando estábamos todavía dentro de la pista.

Este comentario debería ablandarme, pero levanto la coraza y me mantengo fuerte. No lo está haciendo en absoluto. No rotundo. Categórico, incluso.

Me va a matar cuando se entere de la verdad, pero como le dije a mi madre, la semana que viene él ni siquiera se acordará de mí. ¿Debería echar todo a perder por alguien o algo que ya sé que va a terminar?

No quiere perjudicarme. Y al igual que toda buena mentira, la ha endulzado con algo de verdad: solo se acercó a mí para conseguir que le ayudase.

—No te preocupes por mí, con un poco de suerte ya habrá vuelto Rebecca y le echarán la culpa de todo a ella. —Por múltiples razones, eso no hay quien se lo crea—. O ya se me ocurrirá algo para exculparme...

—¿Quién es Rebecca? —pregunta, confundido.

Genial, ya he conseguido cambiar de tema. Regla número dos de toda mentira.

—¡Ah, claro! —me hago la distraída, fingiendo que no lo he llevado yo hasta este punto de la conversación—, que tú no la conoces. Ella es la que llevaba la organización de tu concierto, pero está embarazada y tuvo que cogerse la baja.

—O sea... que, si no llega a ser por eso, tú y yo no nos hubiésemos conocido. —Asiento—. Pues brindemos por Rebecca entonces.

Alzo mi vaso imaginario y brindo por Rebecca y mi futuro ascenso. Jeremy me sigue el juego, chocando su vaso invisible contra el mío, y justo en ese momento se detiene frente a una cafetería minúscula, encajada entre dos edificios altos. Apenas hay cuatro mesas dentro, un par de velas encendidas y un cartel escrito a mano en la pizarra de la entrada: *Homemade Apple Cider*.

Jeremy alza una ceja y me señala el cartel con el dedo.

—Ahí está nuestro brindis.

Y antes de que pueda reaccionar, empuja la puerta de la cafetería y el sonido de una campanita nos da la bienvenida.



CAPÍTULO 30

Cassie

Ayer Ivy tuvo que salir de la oficina a ver a un cliente, pero hoy no se me escapa. Correteo a su puesto antes de que ella llegue, dejo los cafés y los bollitos que he comprado (aunque sé que eso segundo ni lo va a catar) y le preparo la misma emboscada que me montó la semana pasada. Solo que hoy yo sí que tengo ganas de hablar. Demasiadas, incluso. Tantas que hasta he estado a punto de ponerme a hacerlo con la señora que se estaba quedando dormida sobre mi hombro durante el trayecto en metro.

Me he levantado con energía, como una niña de cinco años que se ha zampado un bol entero de Lucky Charms para desayunar, porque por primera vez desde la semana pasada siento que todo vuelve a su cauce. No solo no me van a despedir, sino que encima me van a ascender y, probablemente, puede que esté teniendo el mejor sexo de mi vida. Al menos hasta la fecha.

Ruedo sobre la silla giratoria de Ivy y me dejo llevar con el *croissant* de pistacho en la mano. Le doy un mordisco generoso mientras pienso que el otro, el de frambuesa, me está llamando por mi nombre. Probablemente también vaya a caer.

Mientras limpio las migas y los *toppings* de pistacho que se han caído y ahora danzan por el escritorio de Ivy, oigo su voz. No diría que es estridente, pero desde luego hace que todo el mundo sepa que ha llegado. Barro las migas con la mano derecha, las atrapo con la izquierda y me las llevo a la boca en un movimiento rápido, justo antes de que aparezca.

—¿Qué haces? —Se quita las gafas de sol y me mira, risueña.

—Suelta el bolso, el abrigo y coge esto. —Le tiendo su café con la caja de bollos—. Vamos para la cocina, que todavía no ha venido Victoria.

No es que Victoria tenga autoridad real sobre nosotras, pero le encantaría entrar al despacho del señor Langford a contarle que, durante la primera media hora de la jornada, nos hemos perdido en la cocina. Y, sinceramente, no me apetece darle ese placer.

Para disimular más, podríamos ir a la sala de reuniones y fingir que estamos discutiendo el margen económico de la empresa mientras yo le cuento cómo es Jeremy Jensen en la cama... pero, claro, no sería muy profesional por mi parte.

—¿Me tengo que alegrar o me tengo que asustar?

No le digo nada hasta que no cruzamos el pasillo y llegamos hasta la cocina. Ahora es el momento perfecto para hablar aquí, porque los becarios, que son los que monopolizan este lugar, no llegan hasta las diez de la mañana.

—O has matado a alguien, o has... —entrecierra los ojos, intentando adivinar—. No. No puede ser.

Arrastro una silla y tomo asiento.

—No dramáticas —digo, pero mis mejillas arden y seguro que eso es respuesta suficiente.

—¡Lo sabía! —Golpea la mesa con la mano y casi derrama el café—. Os habéis acostado. ¡Claro! ¿Quién podría besar a Jeremy Jensen y quedarse solo ahí?

Me cubro la cara con las manos un segundo.

—¡Baja la voz! —le insto entre dientes, mirando hacia la puerta de la cocina.

—Necesito que lo cuentes todo desde el principio. Y con detalles gráficos —remarca la última parte con una sonrisa.

—Sabes que no es eso de lo que te quería hablar, ¿no?

—Ah, ¿no? —pregunta, exagerando la decepción mientras hunde una uña en el cartón del café.

—¡No! El señor Langford me ha prometido ser socia *junior* si Jeremy actúa y... iese va a ocurrir! —anuncio con una mezcla de nervios y orgullo.

—¿En serio? —Sus ojos se agrandan—. Cómo me alegro, Cassie. ¿Has convencido entonces a Jeremy?

—No exactamente. —Me muerdo el interior del labio, un poco insegura—. He seguido tu consejo y le he mentado. Lo he llevado a

mi terreno y... ¡ha colado! —Alzo la mano para chocar los cinco, pero ella ni se inmuta—. ¿Por qué no chocas? —le pregunto, confusa.

—Porque... ¿no te lo estás tirando al mismo tiempo? —replica, con las cejas enarcadas.

—Sí, ¿y? Fuiste tú la que me dijiste que lo hiciera. No entiendo por qué me miras así.

—Sí, porque se supone que no te gustaba y era un gilipollas o idiota o no sé qué escala absurda dijiste.

—Y no me gusta. —Las palabras se me atragantan y tartamudeo como una idiota—. Solo... no sé... está siendo divertido.

—Cariño. —Apoya la barbilla en la mano y me observa con una mezcla de ternura y escepticismo que me pone de los nervios—. Tú no eres de las que se acuestan con alguien «porque sí». Y mucho menos con alguien que acabas de conocer.

«¡Claro que puedo acostarme con alguien solo por su físico!».

Me quedo en silencio, mordisqueando el borde del *croissant*.

«Puedo, ¿verdad?».

—Pero eso da igual, él seguro que sí lo hace. Y no me voy a quedar sin ni mi ascenso por algo que no sé lo que significa. Es evidente que él solo se lo está pasando bien —repito para autoconvencerme.

—Vale, si quieres usar esa excusa... —responde, levantando las manos—. Pero mírame: ¿te compensa más un ascenso en este lugar que lo que podrías tener con él?

—¿Crees que la he cagado? —pregunto muy despacio, temerosa de conocer la respuesta.

—Escúchame bien —continúa Ivy, bajando un poco la voz—. Si de verdad te gusta, sí, la estás cagando mintiéndole. Y si no te gusta... ¿para qué te complicas?

Me quedo mirándola, con el estómago hecho un nudo, incapaz de rebatir. Jopé, con lo bien que había empezado la mañana...

—Vamos a poner las cartas sobre la mesa, porque te quiero —sigue hablando—, pero a veces creo que eres tonta, Cassie. —Me cruzo de brazos y me dejo resbalar en la silla hasta quedar medio encorvada. Ya no me apetece seguir hablando de esto—. ¿Tú crees que un tío como él, con todas las facilidades que tiene en la vida, si no le

interesases, se cuelga en tu casa en Navidad para pasarla con tu familia?, ¿de verdad crees eso?

Abro la boca, pero me quedo sin palabras. Su argumento me da de lleno.

—Pues igual... igual sí la he cagado —susurro, apenas audible—. Además —confieso—, ayer, antes de dejarme en casa, me invitó a su fiesta de cumpleaños. Es mañana.

—¿Y aún sigues pensando que solo eres diversión para él? —Arquea una ceja, sarcástica.

El silencio se cuelga entre nosotras, recordándome que tengo que tomar una decisión rápido, y poco a poco se desvanece entre los murmullos que llegan desde el pasillo. Los becarios entran en tropel, con sus tazas en la mano. Ivy me hace un gesto con la cabeza para que nos levantemos.

—Chist —me chista, inclinándose hacia mí antes de levantarse—. ¿Has pensado ya qué vas a regalarle?

—¿Regalarle? —repito como una idiota

—A Jeremy. Por su cumpleaños —musita su nombre bajito, para que nadie se entere—. Habías pensado regalarle algo, ¿no?

Sonríó y asiento, rezando para que no se me note en la cara que estoy mintiendo.

—Necesitas que te eche un cable, ¿verdad?

—Por favor —gimoteo.

Salimos de la cocina con las manos alrededor del café, como si fuese lo único que estábamos haciendo en la cocina. En el pasillo, Ivy me dedica una última mirada cómplice antes de girar hacia su mesa, y yo camino hasta la mía con una sensación totalmente distinta a la que tenía hace media hora.

Me tiro en la silla y hago un esfuerzo por abrir el correo, pero las palabras de Ivy se me repiten una y otra vez en mi cabeza, como una horrible alarma de incendios a las tres de la mañana imposible de ignorar.

«¿De verdad te crees que alguien como él pasaría todo esto contigo si no le interesaras?».

Igual solo he pensado en mí y me he sumergido en el trabajo por miedo a algo real. Estaba con Stephen porque era lo

estereotipadamente correcto y al dejarlo se me rompió todo lo que había planificado, pero no el corazón. Nunca me quedé sin aire ante la idea de verlo con otra. Nunca sentí que me temblaban las rodillas cuando me rozaba la mano. Nunca tuve miedo de hacerle daño porque, en el fondo, yo nunca estuve del todo ahí.

Con Jeremy es distinto. Con él no hay un plan. Solo este vértigo constante de si lo volveré a ver una vez acabe todo esto, pese a lo que me estoy intentando autoconvencer. Y si Ivy tiene razón y de verdad podría ser así..., la estoy fastidiando estrepitosamente. Porque no soy la única que puede salir herida de todo esto.

Suspirando, abro el portátil. Tengo que pensar cómo salir de esta. Si decirle la verdad. Si inventar algo más para salir airosa de esta sin hacerle daño... Lo único que sé es que, por primera vez en mucho tiempo, el ascenso no parece la única recompensa en juego.



CAPÍTULO 31

Cassie

Durante mi día de trabajo he estado pensando en muchas cosas y una de ellas ha sido el regalo perfecto para Jeremy. ¿Qué le regalas a un famoso que conoces desde hace una semana, que puede comprarse lo que quiera y con el que, además, te acuestas, quieres que pase a algo serio, pero también le estás mintiendo?

Espero que la respuesta a esa pregunta sea el secreto que guarda Victoria, porque vuelvo a estar en esta misma tienda, dispuesta a gastarme otros doscientos dólares.

—¡Nunca creí que te atreverías a esto! —me grita Ivy desde fuera del probador.

Nos hemos escapado un poco antes de la oficina para llegar antes al centro comercial, y aun así llevamos aquí más de dos horas. Tenía la idea clara desde el principio, pero conforme me he ido acercando a la tienda, las sombras y las dudas me han ido acechando más y más. Ahora mismo las tengo dentro del probador, pero estoy haciendo todo lo posible por ignorarlas. O al menos eso creo en cuanto veo mi reflejo en el espejo.

La semana pasada vine a Victoria's Secret a por un conjunto que aún no he estrenado. Era algo sencillo, dentro de mi zona de confort, pero bastó con que Jeremy lo viera para que le encantara. Había pensado en estrenarlo con él el día de su cumpleaños, pero no me parecía muy ético usar con él lo que en principio iba a ser una sorpresa para Stephen. Así que, como no sabía qué regalarle, he pensado que el regalo voy a ser yo con el conjunto *I'm your present*.

Pese a las miradas de la dependienta, me he arriesgado con algo que jamás llevaría. Pero con él me apetece arriesgarme en todo. Este conjunto lleva muchas más transparencias y mucha menos tela

que el anterior, y, aunque no me veo mal en el espejo, la maldita voz de Stephen se está colando en mi cabeza.

«¿Tú has visto con las tías que sale ese tipo?».

«No puedes competir contra una chica *Maxim*».

«Tampoco es tu rollo. Me entiendes, ¿no?».

—¿Vas a salir para que te vea? —La voz de Ivy ahoga la de Stephen.

—No estoy segura de que me quede bien. —Adiós a la confianza con la que creía que había entrado.

—¿Cómo que no? —De repente veo su cara flotar entre las cortinas a través del espejo del probador.

—¡Ivy! —la reprendo, cubriéndome un poco.

—¡Deja de decir tonterías! Estás estupenda.

—¿Seguro? ¿No es —señalo mi cuerpo con aspavientos— demasiado?

—¿Cuándo a un tío la lencería le ha parecido «demasiado»? En serio, es el mejor regalo que se te podría ocurrir. ¿Qué te pasa, Cassie?

—No lo sé, creo que me estoy ilusionando. Ayer lo tenía super claro. Sí, nos habíamos acostado, pero no llegué a sentir nada más emocional —como con Stephen, supongo, y por eso me creía que era lo correcto—, pero ahora, pensando en la cita de ayer... Estuvimos hablando hasta que nos echaron de la cafetería y después me acompañó a casa. ¿Sabes lo que hacía Stephen cuando quedábamos? Como mucho me acercaba a la puerta del metro más cercano.

—Cariño, es que no puedes comparar a ningún humano con responsabilidad afectiva de Stephen. Estaba bueno y tenía dinero, pero ahí terminaban sus cualidades... Y eso que no lo llegué a conocer realmente.

—¿Y me lo dices ahora?

—No soy yo quien estropea los sueños de sus amigas, y si a ti te gustaba... Pero sí te voy a decir que con esto —señala mi cuerpo— vas a ser el sueño de Jeremy. Así que cámbiate, págalo y vamos a por una bebida caliente, que aquí me estoy helando. Tengo la teoría

de que no les dejan poner la calefacción para que se les marquen los...

—¡Ivy! —la riño pegándole un empujón para que saque la cabeza de mi probador.

Vuelvo a enfundarme en mi tristísima ropa de oficina y le pago a la doble de Bella Hadid, que esta vez me dedica una sonrisa un poco menos hostil. Puede que tenga algo que ver con que, en menos de un mes, ya me he dejado casi un cuarto del sueldo aquí.

De camino a nuestra cafetería de confianza, paso por delante de la peluquería de mi prima. Está hasta arriba de clientas, así que me limito a lanzarle un beso a través del escaparate antes de seguir andando por el centro comercial. En la cafetería, me pido el chocolate de avellana especial de Navidad con *marshmallows* e Ivy un triste té de frutos rojos, naranja y canela, la opción más triste de toda la carta navideña.

Con nuestras bebidas en la mano, nos apresuramos a encontrar una mesa libre antes de que toda la horda posnavideña (los de las rebajas o los que vienen a devolver los regalos horribles de su tío) invada la cafetería y nos deje sin un buen sitio.

Tras un trago a mi chocolate, me dejo caer en la silla y apoyo la mano en la frente, sintiendo cómo la sobredosis de azúcar me corre por las venas; y lo noto porque mi cerebro va a mil por hora: Jeremy, la voz malévola de Stephen recordándome que no tengo nada que hacer, las mentiras que debería enmendar, mi posible ascenso, mi futuro... todo dando vueltas, compitiendo por ver quién me vuelve loca primero.

—Tienes cara de que tu cabeza es una junta de vecinos.

—Con derramas y viejas gritando —apunto, hundiendo la cuchara en la espuma del chocolate.

Ivy arquea una ceja.

—Ojalá mi mayor problema en la vida fuese tener que hablar con Jeremy Jensen con el miedo de terminar en la cama dejando la conversación a medias. —Suelto un suspiro ahogado y cojo otro *marshmallow* antes de que se ahogue en la taza—. Cuéntale que te van a ascender si actúa, igual cede por ti.

—¿Tú crees?

—Iba a decirte que tienes alternativas, pero no. Es lo único que te queda, ir con la verdad por delante.

La idea me da una especie de esperanza.

—Igual puedo hacer eso. ¡Sí! —Los ojos se me iluminan y me inclino sobre la mesa—. Y si accede, diré que se han vuelto a cambiar las azoteas y no tendría por qué enterarse nunca de mi mentira. Tiene sentido, ¿no?

Ivy me mira en silencio. No sé si está a punto de tirarme su taza de té a la cara.

—Vale, vamos a repasar —empieza con esa calma suya que a veces me pone de los nervios—. Tu plan es decirle la verdad... pero solo a medias.

—Bueno... —dudo, encogiéndome de hombros—, sí.

—Cass, cariño, ¿sabes cómo se llama eso? —Levanta una ceja—. Seguir mintiendo.

—Ya, pero... ¿y si la verdad entera hace que me odie? —Me hundo un poco en la silla.

—¿Y si la verdad entera es lo único que hace que confíe en ti? —responde sin dudar.

Le lanzo una nube de azúcar empapadísima en chocolate, que aterriza a medio centímetro de su abrigo.

—¿Puedes dejar de psicoanalizarme y ayudarme?

—Estoy ayudándote —replica, cogiendo el *marshmallow* y lanzándomelo de vuelta, aunque apenas coge vuelo y se deshace entre sus dedos—. Creo que no te habías dado cuenta hasta ahora de lo mucho que te importaría perderlo.

—¡Pero también quiero mi trabajo! —exclamo, consciente de que varias cabezas se giran hacia nosotras. Bajo la voz al instante.

—¡Pues háblalo con él! —susurra a gritos—. No puedes empezar lo que quiera que tengáis a base de... mentiras.

—Creo que tienes razón. Te odio.

Ivy sonrío porque sabe que acaba de ganar la discusión y no hay cosa que le guste más.

—Lo sé. Soy brillante.

—Más bien insoportable. —Me bebo el resto del chocolate de un trago y casi me atraganto con el último *marshmallow*, lo que le

provoca una carcajada contenida.

La cafetería sigue llena y el ruido empieza a resultarme molesto.

Necesito aire.

—¿Nos vamos? —propongo cuando veo que ya se ha terminado su té.

Antes de levantarme, saco la bufanda del bolso y, en el mismo movimiento, meto la bolsa de Victoria's Secret en su lugar. En cuanto cruzamos las puertas automáticas del centro comercial, notamos que la temperatura ha bajado unos cinco grados desde que entramos. El contraste con el calor cargado de dentro es tan brusco que se me escapa un suspiro. Afuera, el bullicio de la calle no es mucho mejor que el de la cafetería, pero al menos el frío me despeja la maraña de pensamientos que llevaba atascada en la cabeza.

Salimos y, casi sin pensarlo, arrancamos el camino de siempre. Vivimos a un par de calles la una de la otra, así que este trayecto lo tenemos más que memorizado. Andamos en automático, esquivando a la gente que todavía va cargada con bolsas en los brazos y a un par de niños que se cruzan corriendo delante de nosotras.

El ruido va quedando atrás poco a poco, a medida que nos alejamos de las avenidas principales. Giramos la esquina hacia nuestro barrio y el silencio de la zona residencial nos envuelve. Los pasos de Ivy resuenan seguros sobre la acera, mientras que yo arrastro los míos con la sensación de llevar bloques de cemento atados a los tobillos. Saco las llaves del bolso, deseando refugiarme dentro, darme un largo baño con las sales que me regaló mamá y poner en pausa mis pensamientos por un rato. Pero entonces Ivy se detiene en seco, cogiéndome del brazo.

—Cassie —Ivy susurra mi nombre con cautela—. ¿Ese no es Jeremy?

Levanto la mirada y ahí está. Sentado en los escalones, con las manos entrelazadas y la cabeza ligeramente agachada, como si llevara un rato esperando. El gorro le tapa parte del pelo, pero incluso así, puedo distinguirlo. El estómago se me retuerce y siento que los *marshmallows* empiezan a hacer tope en mi garganta.

—Ahí lo tienes —murmura Ivy, dándome un empujoncito suave con el hombro. Sus labios se curvan en una media sonrisa, pero sus ojos

me lanzan una advertencia—. Y recuerda, explícaselo todo antes de acostarte con él.



CAPÍTULO 32

Jeremy

—¿Qué... qué haces aquí, Jeremy?

Su voz me saca de golpe de mi abstracción. Suena algo vacilante. No estoy seguro de si era esa la reacción que esperaba, pero al menos sonrío.

Me pongo de pie con un salto rápido y alzo la bolsa de comida china.

—Mañana es mi cumpleaños y solo me apetece pasar la noche contigo.

Sus ojos sonrían y, sin darme tiempo a procesar el resto de sus emociones, se abalanza sobre mí. Me está besando como si llevara semanas conteniéndose, como si fuera ahora o nunca. Sabe a chocolate e impaciencia. Una mezcla a la que me puedo volver adicto.

—Cass... —intento murmurar entre beso y beso, pero ella no parece dispuesta a darme tregua. Y quizá yo tampoco lo estoy, porque mis manos ya se han deslizado hasta su cintura, apretándola contra mí, asegurándose de que no quede ni un centímetro de aire entre nosotros.

Intentamos subir los escalones del portal sin separarnos del todo, riéndonos entre jadeos, cuando chocamos con la barandilla.

—Jopé —maldice de un modo dulce contra mis labios—. Espera, que busco las llaves, que las he vuelto a guardar en este trasto.

Sigo sus pasos y rebusco dentro de los enormes bolsillos que tiene su abrigo.

—¡Las tengo! —anuncia alzando un llavero ridículamente llamativo con un pompón rosa.

Me echo a reír, pero antes de que pueda decir nada, nuestras bocas vuelven a encontrarse. Me arrastra hacia el portal, chocando con

todas las paredes, demasiado ocupados en besarnos como para mirar dónde pisamos.

Sus dedos se enredan en mi pelo, y los míos se pierden bajo su bufanda, tan grande como su abrigo. El olor de los fideos chinos empieza a mezclarse con su perfume, y estoy casi seguro de que vamos a terminar dejando un reguero de salsa por toda escalera, pero ahora mismo me importa una mierda. Cada paso se vuelve más lento y más torpe porque ninguno quiere dejar de probar los labios del otro.

Entonces el sensor del portal hace clic y de repente las escaleras se iluminan de golpe. Cass suelta una risita contra mi boca, yo la arrastro más hacia mí y aprovecho la claridad para subir el primer tramo de escaleras sin despeñarnos.

Subimos tambaleándonos. Mi espalda se golpea contra la pared de ladrillo, el eco resuena en todo el edificio y la risa de Cass se ahoga entre mis labios. Apenas puedo mantener el equilibrio entre la bolsa de la cena en una mano y su cuerpo, apretado contra mí, con la otra.

En un intento torpe por no soltar nada, mi pie se engancha en el último escalón justo antes del primer rellano y me desequilibro. Me apoyo a ciegas contra la pared para no besar el suelo... solo que no es pared lo que toco, sino un timbre que estalla en mitad del silencio.

—Mierda —jadeo.

Cass se separa de un salto, con la respiración entrecortada y los labios enrojecidos.

—¿Qué hacemos?, ¿esperamos? —pregunta, desubicada.

—¿Y qué le digo?, ¿que soy el repartidor de comida? —Alzo la bolsa, que está hecha un desastre. La salsa agridulce se ha abierto y gotea por la esquina, tiñendo todo de un naranja sospechoso—. Vamos, venga, que es supertarde, seguro que ni se han enterado. —Tiro de ella y subimos los escalones casi a ciegas, reprimiendo carcajadas.

Oímos el sonido de una cerradura girando y, tras eso, una puerta se abre y una voz anciana, arrastrada y preocupada, se eleva por el hueco de la escalera.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Cass se agacha un poco y la saluda desde el hueco del rellano.

—¡Disculpe, señora Camille! —grita con un tono extremadamente dulce— ¡Ha sido sin querer! Me he... tropezado.

Yo muerdo mi labio inferior, luchando por no estallar de la risa. Aun así, no puedo resistirme a deslizar mi boca por su cuello mientras habla, ignorando por completo a la vecina. Ella me da un manotazo en el pecho para apartarme.

—¿Estás bien, Cassie? —pregunta la mujer desde abajo, sin cerrar todavía la puerta—. ¿Quieres que te ayude con algo?

—¡Eh, no, no todo bien! —responde ella, con voz cantarina, demasiado alta—. ¡Buenas noches y disculpe de nuevo!

Aprovecho el desconcierto de la vecina para arrebatarse las llaves y abrir la puerta de su casa. Entramos rápido y la oscuridad nos traga; solo un arbolito en la mesa parpadea, pintando a Cass con destellos que me obligan a observar su rostro.

—Eres pésima mintiendo —le susurro, antes de volver a besarla, esta vez sin contenerme nada.

De espaldas al resto de la casa, dejo caer la cena en la primera superficie que encuentro.

Algo se derrama, no sé si es una taza de café u otra salsa china, pero me importa lo más mínimo. Sus manos tiran de mi abrigo y del suyo al mismo tiempo, y ambos acaban en el suelo, entre el espacio que comparten la cocina y el salón.

Seguimos andando a tientas con todas las luces apagadas hasta el sofá. Su boca, a ciegas, busca la mía, y el calor de sus dedos se cuela por debajo de mi camiseta. La parte posterior de mis rodillas choca con el reposabrazos del sofá y ambos caemos contra los duros cojines.

—Cass... —jadeo contra su cuello, perdiendo el hilo de cualquier frase medianamente inteligente que pueda soltar ahora mismo.

Las luces rojas y verdes del árbol titilan sobre su piel cuando se desliza sobre mí, encajando sus piernas a ambos lados de mi cuerpo. Mis manos se cuelan bajo su jersey y chocan con el calor de su piel; el contraste con mis palmas frías me arranca un gruñido.

Me inclino hacia su cuello, rozando la piel con mis labios mientras mis manos viajan bajo su ropa, deseosas de más. Ella arquea la espalda, buscando fricción, y yo me pierdo por completo.

Sé que no es el momento de hacer recuento, pero ninguna había conseguido tanto en tan poco. Y lo mejor de todo es que ella lo logra sin siquiera intentarlo, sin hacer demasiado esfuerzo por llevarme a este estado.

Cass se mueve sobre mí con una urgencia que destroza la poca cordura que me queda. El sofá cruje bajo nuestro peso, pero me da igual; podría venirse abajo entero y yo seguiría besándola como si me fuera la vida en ello.

Igual es ahora o nunca. O nos movemos ya a otro lado o no voy a poder resistirme más. Pero recorrer el espacio hasta su habitación me parece ya una auténtica locura. Me obligo a mirar a mí alrededor, rápido, porque no sería mi primera vez, pero no quiero que mañana Cass salga montada encima de mí en la portada de cualquier tabloide. El salón supera la inspección: las cortinas están corridas, no hay luces en los edificios de enfrente y, con todo apagado salvo las luces intermitentes del árbol, no hay sombras que puedan delatarnos. Y con eso me basta para dar el siguiente paso y soltar el último freno.

Ella sigue sobre mí, ajena a todas mis complicaciones. Aprovecho su posición para tirar de su jersey grueso, que no hace más que estorbar entre tanto calor acumulado. Ella levanta los brazos sin poner resistencia, y yo maldigo en silencio al descubrir que debajo todavía queda una camiseta blanca de tirantes, ajustada a su cuerpo como una segunda piel. La tela se ciñe tanto que me deja disfrutar sin prisas de cada curva, cada línea que la define, pero la paciencia tiene un límite y la mía está al otro lado de esta camiseta. Con un movimiento decidido, deslizo también esa prenda hacia arriba hasta deshacerme de ella. La visión de su piel apenas cubierta por el sujetador vuelve a cortarme el aliento.

Ella sigue jugueteando con mi cinturón, un juego entretenido si yo no tuviera esta urgencia. Ahora mismo me está volviendo loco. Así que, con ella todavía sobre mí, alzo la cadera y me libero del cinturón de un tirón. También de la camiseta negra. El roce con su cuerpo

mientras la prenda desaparece me arranca otro gemido que se pierde contra su boca.

Nuestros cuerpos encajan con una facilidad insultante. Nos encontramos de nuevo, sin barreras. Su piel se funde con la mía, y el contraste me arranca un escalofrío que me estremece de pies a cabeza.

Mis manos bajan casi por instinto, buscando el borde de su pantalón, pero ella se adelanta y se lo desabrocha sin apartar su boca de la mía. Aprovecho el movimiento para deshacerme también de los míos, no sin antes coger un preservativo del bolsillo trasero. En cuestión de segundos, los vaqueros caen al suelo, junto con todo lo demás que hemos ido dejando atrás. Nos quedamos en ropa interior, respirando fuerte y mirándonos con una mezcla peligrosa de deseo y vértigo. Ambos sabemos cuál es el siguiente paso. Y no sé cuál de los dos lo desea más.

De nuevo, tomo la iniciativa y alzo su cuerpo hasta que encaja a la perfección dentro del mío. Cass se arquea sobre mí y suelta un gemido ahogado contra mi boca robándome cualquier resto de autocontrol. Sus manos se aferran a mis hombros mientras yo la sujeto por la cintura, marcando el ritmo.

El roce de su piel contra la mía se vuelve adictivo.

Todo en este salón se vuelve difuso.

Y entonces lo único que importa es esto: su cuerpo moviéndose contra el mío, mi cuerpo respondiendo sin control, y esa absurda urgencia de un instante que podría no repetirse.

Cosa que no voy a dejar que suceda.



CAPÍTULO 33

Jeremy

La comida china sabe mejor sobre el cuerpo de Cassandra. No es que lo hayamos probado, es lo que estoy pensando mientras me como los tallarines sobre la encimera de su cocina. Ella ahora mismo está callada, haciendo un ruido adorable cada vez que absorbe un tallarín y acto seguido se mancha la punta de la nariz, pero la verdad es que ha estado más rara de lo habitual. Vaga entre momentos de silencio y repentinos ataques de habladería. Ahora ha vuelto a la primera fase. Solo se oye su sorbido y algún que otro coche en la calle.

He venido aquí con la clara intención de dos cosas: la primera, contarle toda la verdad y, la segunda, pasar con ella las primeras horas de mi cumpleaños, y como para lo segundo aún queda algo más de cuarenta minutos, creo que es el momento de abordar el primer tema.

—Quería hablarte de una cosa —rompo el silencio.

—La verdad es que yo también. —Alza la cabeza, con la nariz manchada de salsa.

—Está bien, empieza tú. —La señalo con mis palillos mientras le paso una servilleta.

—Oh, no, no. Tú lo has dicho primero. —Coge la servilleta y se limpia, dejándose la nariz un poco colorada—. Lo mío... puede esperar.

—Solo quería darte las gracias por todo... Estas semanas han sido raras para mí por muchos motivos y encontrarte ha sido algo... distinto. —Sonríe, aunque con cierta tensión, y yo me apresuro a especificar—: Distinto en el buen sentido, claro.

Eso no cambia su gesto tenso. Más bien lo acentúa.

Si sigo alargando el preámbulo, nunca voy a decir lo que quiero.

—Mira, esto no se lo he contado a nadie y creo que, por algún motivo extraño, te has ganado mi confianza y mereces que yo te cuente la verdad.

Ella deja el vaso a medio camino hacia sus labios. Me mira en silencio, expectante. Está incluso más tensa que antes.

—No es un tema de dinero ni de reconocer mi lugar como te dije. Bueno, sí, en parte lo es —me explico—, pero hay algo más detrás de todo eso. La noche que dije que no iba a actuar es porque encendí uno de mis antiguos teléfonos. —Dicho así, no tiene ningún sentido, así que continúo—: Quería recuperar el contacto de un batería que había colaborado con nosotros para la nueva gira. El caso es que ese móvil era de cuando aún tocaba con mis hermanos, por lo que todas las aplicaciones seguían vinculadas al grupo.

Mientras buscaba el número de Mike, empezaron a entrar correos atrasados. No les di demasiada importancia... hasta que vi una notificación en la que aparecía el nombre de CouldPlay. —Ella me escucha asintiendo levemente, pero no interviene—. Abrí el *mail* por curiosidad y me encontré con todo un hilo de mensajes de hace aproximadamente un año entre mis hermanos, cuando aún seguían usando nuestro nombre, la discográfica y CouldPlay. —Respiro hondo y busco las palabras adecuadas para continuar—. Se lo ofrecieron a ellos primero por el doble de dinero que a mí. Y tanto ellos como la discográfica rechazaron la oferta porque estaba muy por debajo de su caché. —Hago una pausa, intentando no apretar los palillos entre mis dedos hasta romperlos—. Unas semanas más tarde me llegó la misma propuesta... solo que por mucho menos dinero. —Levanto la mirada hacia ella—. ¿Y sabes quién les dio la idea? Mi propia discográfica.

Ella abre la boca, la cierra y vuelve a intentarlo, pero sigue sin decir nada.

—No sé si me arrepiento o no de haber encendido el teléfono. Si no lo hubiese hecho, seguiría viviendo en una mentira, pero no es fácil admitir que eres el segundo plato y además uno mucho más barato. —Sonrío sin humor y bajo la mirada hacia la mesa—. Últimamente siento que todo el mundo se antepone a mí. La misma gente que se supone que debería apoyarme, empujarme... Mis hermanos, la

discográfica, incluso a veces mi mánager... Todos menos tú, porque sin conocer la historia al completo has confiado en mí.

Se queda paralizada un instante, desconcertada, sin saber muy bien qué hacer a continuación. Después, vuelve a moverse con cautela, humedeciéndose los labios y apretando los palillos con fuerza, aunque creo que ni siquiera se da cuenta.

—Jeremy... —murmura torpemente—. Yo nunca haría eso.

Y lo dice con tal convicción en la mirada que quiero creerla.

Que necesito creerla.

—Lo sé —respondo en un susurro—. Por eso te lo cuento a ti.

Ella baja la vista hacia la mesa, juguetea con un guisante y, tras unos segundos, levanta la voz con cautela:

—¿No has hablado de esto con nadie más? Igual hay otro modo de arreglarlo que no sea este... ¿Tu mánager? —propone.

Me revuelvo en la silla.

—Me niego a decirlo en voz alta. Me avergüenza admitir que valgo menos de la mitad que mis hermanos. Quise hablarlo con mi mánager, pero de verdad que no puedo. No sé si ella sabe algo por parte de la discográfica, pero no voy a ser yo el que le diga que soy un cero a la izquierda para ellos.

—Entiendo por qué no quieres subirte a ese escenario —continúa—. Pero lo que hicieron no define lo que eres ni lo que haces cuando estás encima de él. Eso solo lo defines tú. Tienes derecho a enfadarte, a decir que no. Pero no dejes que conviertan algo que te apasiona en un error.

—Supongo que tienes razón, pero ya es tarde para hacerlo de otro manera. Además, ya lo he asumido. Solo sentía que tenía que compartirlo contigo, quería que supieras la verdad. No quiero ir con mentiras o medias verdades contigo. —Me paso una mano por la nuca, buscando palabras, y acabo clavando la mirada en la caja de cerdo agri dulce en busca de la solución—. Quiero montar un sello independiente y ser yo quien decida por mí. Pero aún les debo un álbum de estudio. Voy a darle mis peores canciones e irme de ahí cuanto antes. El problema es que, si se enteran de que sé todo esto, si sospechan que quiero marcharme, pueden congelar el lanzamiento hasta que les dé la gana. Pueden retenerme solo por

joderme. Por eso... —hago un gesto vago con la mano— la pataleta de estrella funciona mejor de cara al público. Es más fácil que crean que soy un caprichoso a decir la verdad y que me jodan el resto de la carrera.

—La verdad es que no deberías quedarte con nadie que no te valore. ¿No recuerdas del trato que hicimos?

—A partir de ahora elegiremos mejor a la gente que decidimos mantener en nuestra vida —repito mis propias palabras.

—Exacto.

Ella da un pequeño salto para bajarse del taburete, recolocándose el jersey con un gesto ligero. Levanta la vista hacia mí y me regala una sonrisa tranquila. Después, recorre el minúsculo espacio que queda hasta el lavavajillas y empieza a meter los platos de la cena con movimientos casi automáticos. Entonces, su mirada se cruza con el reloj de la cocina y sus ojos se iluminan apenas un instante. Media noche. Y la casa sigue en un silencio perfecto, roto únicamente por el zumbido constante del lavavajillas.

Antes de que tenga tiempo de reaccionar, ella se adelanta a mis pensamientos. Sus brazos me rodean por detrás, cálidos y firmes. Su pelo roza mi cuello y un escalofrío lento, provocativo, recorre toda mi espalda. Mi cuerpo responde antes que mi cerebro, y no puedo evitar sonreír, dejándome llevar por esa sensación que me consume.

—Y ahora... —me susurra, y la suavidad de su voz me hace querer girarme y atraparla entre mis brazos—, vamos a celebrar tu cumpleaños como te mereces.



CAPÍTULO 34

Cassie

Llevo con el estómago revuelto desde anoche y estoy segura de que no ha sido por la comida china ni los *marshmallows* de ayer, sino por las mentiras. Igual me he tragado más de las que soy capaz de digerir.

Estoy harta de dormir mal por mi propias decisiones y tener que ahogarme a la mañana siguiente en litros y litros de cafeína, pero así estoy ahora mismo. A tan solo las diez de la mañana me estoy calentando las manos con el tercer café del día mientras espero a que los de montaje de la azotea Westlight acaben de hacerlo todo bien para decirles que lo hagan todo mal. No con esas palabras, claro. Pero tengo un plan, e incluso con dolor de barriga estoy decidida a dar lo mejor de mí. Tengo que cargarme el *rider* de arriba abajo.

Anoche, entre polvo y polvo (un momento, ¿he dicho yo esa palabra?, ¿qué me está pasando?), estuve pensando y creo que he dado con la solución perfecta. Ayer también dije lo mismo, lo sé, y antes de ayer, pero hoy es de verdad, lo prometo.

Sé que soy un desastre a la hora de afrontar conversaciones incómodas, sobre todo cuando la causante del problema he sido yo. Y pese a eso, ayer iba decidida a superar la prueba de fuego, pero la suspendí justo en el momento en el que Jeremy abrió el melón. Me tragué la lengua como un tallarín más y mis grandes planes de sinceridad desaparecieron.

El propósito de hoy es claro: conseguir que Jeremy no actúe y se libre de pagar la indemnización, además de contarle la verdad sin perderle. Tras saber su porqué creo que soy yo la que tiene que hacer esto por él. Espero que sea más sencillo de lo que suena en mi cabeza, porque por fin he decidido apostararlo todo por nosotros.

—Señorita Hart.

Uno de los montadores me llama desde el otro lado de la azotea. Está sacudiéndose las manos en su mono azul y viene directo a mí. Le sonrío, todavía con el café entre ambas manos. Si quiero que me siga circulando la sangre, no puedo soltarlo.

—¿Ya lo tienen todo listo?

—Así es. Hemos seguido a la perfección el documento.

—Si no es mucha molestia, ¿me dejaría ver ese documento?

—Claro que sí, un momento. ¡Jaden! ¿Me pasas uno de esos? —Jaden pasa de él, así que le toca acercarse hasta el montón de copias y coger una—. Aquí tiene, señorita.

Tomo el *rider* que yo misma les envié.

Primera revisión: cara de incertidumbre.

Segunda revisión: cara de desconfianza.

Tercera revisión antes del plato fuerte, y...

Comienza la actuación:

—¿Se puede saber qué es esto? —Agito el papel, intentando que mi voz no suba una octava—. ¿De dónde habéis sacado esto?

—De usted, señorita Hart.

—¿Yo? —Vale, aquí reconozco que se me ha ido el tono—. Imposible. ¿Cómo voy a decir que pongáis el escenario a solo diez centímetros de altura desde el suelo? El artista se mezclaría entre el público y el ángulo de la cámara se perdería. Hay que subirlo —sentencio, devolviéndoles la hoja.

Jaden y el que no sé cómo se llama se miran aterrorizados. Tienen la misma mirada que yo cuando entro en el despacho del señor Langford: de pavor e incredulidad.

—¿Os lo tengo que repetir? —insisto en vista de que siguen petrificados—. Estamos a jueves y, a no ser que os apetezca trabajar todo el fin de semana, os recomiendo que aceleréis el ritmo.

Al decir eso, Jaden y el otro (¿debería aprenderme su nombre?) se ponen en marcha.

—¡Ah! Y también moved un poco la batería hacia la izquierda, que si no, le hace sombra la luz de los focos.

—¿Está segura, señorita Hart?

—Y poned ese monitor más cerca, que así se oye mejor su voz. — Ignoro su último comentario y miro a mi alrededor viendo qué más puedo destrozar.

Por las caras, deduzco que no están demasiado de acuerdo conmigo, pero no les queda más remedio que hacer lo que les digo.

Me alejo de ellos y me apoyo en la barandilla de la azotea. Es una planta decimonovena y aquí el viento es mucho más fuerte que allí abajo. Marco el número del proveedor de sonido y doy un paso atrás para que el sonido del viento no interfiera.

—¿Hola? Sí, mire, llamo de Onyx Events, soy Cassandra Hart y tenemos un envío de material previsto para mañana por la tarde en la azotea Westlight y quería saber si hay posibilidad de hacer un cambio de última hora.

—Un momento, por favor, enseguida le paso con el departamento correspondiente. —La voz angelical de la secretaria me deja escuchando un villancico como tono de espera.

Después de casi dos minutos en bucle de *Jingle Bells*, alguien carraspea al otro lado.

—¿Hola? —pregunto, escéptica al ver que alguien tose, pero no responde.

—Sí, dígame. ¿Con quién hablo?

—¡Oh!, hola, soy Cassandra Hart de Onyx Events, y mañana tenemos un envío y quería realizar unos cambios para...

—Su número de factura, por favor —me corta.

—Sí, claro, es: K.3514.

Se oyen clics de teclado.

Ahora papeles moviéndose.

—Perfecto, ya lo tengo. A ver... mañana, Westlight Rooftop, entrega de *backline* y monitoraje completo. ¿Qué cambio quiere hacer exactamente?

—Necesito que canceléis el envío de los monitores *in-ear*.

Esos cacharros son imprescindibles. Si no hay eso, no hay concierto. Así de simple. Porque resulta que esos cacharritos negros que se meten en las orejas como si fueran tapones para dormir son en realidad lo que permite a un cantante oírse a sí mismo.

—¿Está segura? —pregunta al fin—. Es un concierto en azotea, ¿no? Sin los *in-ear* no van a escuchar nada. ¿Quiere que lo sustituya por unos *wedges*?

—No, no. Nada de eso tampoco. —Agito la mano en el aire, intentando reforzar mis palabras—. Queremos un concierto más... experiencial.

—¿Experiencial? —Lo noto. Su tono está a medio camino entre la confusión y las ganas de estrangularme—. Con el viento de la azotea, el tráfico de fondo y sin monitores, lo único que va a oír su cantante es un taxi pitando.

—Total, si es para *streaming*, tampoco necesitan escucharse tanto, ¿no? —lanzo—. Además, los *wedges* harían eco con los micros. Mejor nada.

El silencio del otro lado me da escalofríos.

—Señorita, hasta las bandas de garaje usan un mínimo de monitoraje. Lo que me pide es... absurdo. Y más en plena Nochevieja.

—¡Está bien! —cedo con un gesto dramático—. Podemos reemplazarlos por, no sé... ¿unas barras de sonido de televisión? O... ¡unas torres de karaoke! Con lucecitas. Eso le dará ambiente a la azotea.

El técnico suelta una carcajada.

—¡Ah, hoy es veintiocho!, ya entiendo de qué va esto —dice entre risas—. Te ha enviado Jerry, ¿verdad? Quiere devolvérmela por la que le hice el Día de los Santos Inocentes el año pasado. ¡Qué cabrón! Ya verás cuando lo pille.

«¿Qué?».

—¡No, señor! Voy totalmente en serio —respondo, desesperada, apretando el móvil.

—Mire, señorita Hart, si de verdad quiere cancelar los *in-ear* y los *wedges*, mándemelo por escrito. Y mejor con firma, porque yo no me como ese marrón.

—Sí, sí, claro, sin problema. —Me seco la frente, ya empapada en sudor por los nervios. Entonces, incapaz de callarme, añado—: Ah, y todo lo que anulemos, si puede mandarlo a otra dirección... sería genial.

—¿Cómo dice?

—Lo necesitaré en otro lugar. ¿Cuánto tiempo tengo para decirle el cambio de dirección?

—Mire, señorita, voy a ser claro: no me maree. Envíemelo todo por *mail* y, si quiere un cambio de dirección, tiene que ser antes de mañana al mediodía. Si no, no creo que podamos hacer nada.

—Sí, sí, claro. No se preocupe, lo tendrá todo perfectamente detallado en un correo. —Cuelgo antes de que pueda añadir algo más y dejo caer la cabeza hacia atrás.

Si esto sale adelante es claramente el sabotaje más absurdo de la historia.

Siento una gota en el ojo.

Perfecto, ahora también va a empezar a llover.



No ha parado de llover en todo el día. Y yo no he parado de correr de un lado para otro. Creo que me gustaba más mi otra vida, cuando Jeremy Jensen no me la complicaba tanto. Cuando mi máxima preocupación era si coger *pizza* o pollo rebozado de camino a casa.

Después de la azotea, he vuelto a la oficina y me he callado como una señorita de dudosa moralidad, porque no he sabido muy bien cómo explicar que ahora mismo la azotea parece más una fiesta de pueblo que un espacio digno para celebrar un concierto en menos de cuatro días. He abierto el ordenador, he buscado el *mail* de los representantes de Jeremy en uno de los cientos de hilos y he adjuntado el *rider* modificado. Mañana va a ser una reunión interesante. Después, en una ventana de incógnito y con el brillo de la pantalla reducido al máximo, he empezado a buscar soluciones a mi mentira.

Ahora mismo estoy con la segunda misión del día: contarle la verdad a Jeremy sin perderlo. Y para eso he de encontrar el vestido perfecto en este dichoso armario de solo medio metro de fondo.

Ya llevo el conjunto de lencería puesto y no me quiero mirar mucho en el espejo para no cambiar de idea en el último momento. Un

movimiento en falso y seguro que me entra el pánico, me pongo el pijama y pido *pizza*. O pollo rebozado tal vez.

—Vamos, Cassie, concéntrate —murmuro, apartando la imagen de una *pizza* peperoni de mi cabeza.

Después de darle dos vueltas enteras al armario, he encontrado algo que creo que puede funcionar. Es un vestido corto, color *beige*, que simula ser una gabardina. Tiene un cinturón fino a la cintura y botones delanteros que parecen puestos estratégicamente. Pero prometo que no es nada vulgar, no parezco recién sacada de un *sex shop*. Me lo compré en las segundas rebajas del Max Mara que está en el SoHo y eso no puede ser más refinado.

Me lo pongo y me miro al espejo. El cinturón se ajusta con una lazada rápida que podría desatarse en un segundo. Una sola mano bastaría. Lo pruebo otra vez y me echo a reír sola como una loca frente al espejo.

—Demasiado fácil —susurro, tirando suavemente del cinturón y comprobando cómo el vestido se abre con un gesto mínimo. Lo vuelvo a cerrar, deprisa—. Vale, no tan fácil. No quiero presentarme en su cumpleaños como un paquete abrefácil.

Le doy una vuelta extra al cinturón por si acaso, no vaya a quedarme desnuda antes de llegar a su casa, y después pido un Uber. Jeremy lleva todo el día insistiendo en que Gregory pase a buscarme, pero me he negado rotundamente. Primero, porque me niego a convertirme en «la desconocida que llegó en el coche de Jeremy Jensen a su cumpleaños», que ya me lo imagino como titular en cualquier web. Y segundo, porque estoy segura de que podría hablar más con el del Uber que con Gregory. Y yo odio los silencios incómodos.

La notificación del coche me hace dar un respingo. Última comprobación en el espejo: vestido en su sitio, cinturón bien anudado y lencería secreta esperando su momento. Suspiro, me recojo un mechón detrás de la oreja y cojo el bolso antes de salir de casa.

—Vale, lo tengo todo controlado. Puedes con esto —me animo. Aunque mi vocecita interior sigue carcajeándose como una loca.



CAPÍTULO 35

Jeremy

No me gusta cumplir años, pero sí celebrarlo. Lo primero me recuerda que el tiempo pasa; lo segundo que, por una noche, soy el centro del universo.

Siempre estoy dispuesto a una buena fiesta, y en los últimos años me he acostumbrado a hacerlo a lo grande. Mis cumpleaños son conocidos por celebrarse en los mejores locales de moda, con la gente más *in* y una horda de tías orbitando a mi alrededor. Unos días antes, abría Instagram y enviaba el mismo mensaje privado a todas las tías que hubiesen interactuado conmigo en el último mes y pasasen el filtro. Llenaba el local de pseudo-modelos-actrices con ganas de darme un poco de atención.

No voy a mentir, lo pienso y todavía me llama la idea. Nadie puede cambiar en tan poco tiempo. De hecho, hasta hace un par de días mi fiesta iba a ser en TriBeCa Miracle, pero lo cambié después de Navidad. Ahora me apetece que este año sea distinto. No abro los directos de Instagram desde la pesada de Megan y no hay ninguna pseudo-modelo-actriz invitada a mi fiesta, excepto Ashley Taylor, pero ella no cuenta, la quiero como a una hermana. Bueno, como a una prima lejana, que es lo que es, al fin y al cabo.

Esta noche la fiesta es en mi casa. He contratado a la mejor empresa de eventos de todo Nueva York, un *catering* de *sushi* preparado en el momento y, lo que más me flipa, minihamburguesas en cajas negras con mis iniciales en dorado. También hay un DJ, al cual he dejado montando el equipo en el salón mientras yo me he ido a prepararme. No está solo, está vigilado por uno de mis asistentes. Jamás dejaría sin supervisión a nadie que no conozco.

Salgo de la ducha con la toalla ajustada a la cintura. El vapor todavía flota en el aire y me paso la mano por el pelo empapado. En

cuanto me crece un poco, los rizos negros empiezan a formarse solos, desordenados. Tendría que haber ido a cortarlo hace semanas, pero soy un desastre para esas mierdas. Además, mi estilista me mataría si aparezco con un nuevo *look* sin su aprobación. Así que he decidido dejarlo tal cual hasta que empiece la gira. Que se encargue otro de decidir qué hacer con mi imagen. Total, voy a estar genial de todas formas. Por ahora, me limito a frotarlo con la toalla y a secar las gotas que bajan por mi pecho hasta perderse en el nudo flojo de la tela.

A estas horas, ya de noche, las luces de Manhattan iluminan mi habitación a oscuras a través de los enormes ventanales. Por mucho que lleve meses viviendo aquí, todavía me quedo embobado con las vistas. Sobre la cama me espera el traje que usaré esta noche. No es mío, en realidad. La mayoría de las veces ni me preocupo por comprar ropa para ocasiones así; las marcas se pelean por colgar su etiqueta en mi espalda y asegurar que fui vestido por ellos en todas sus redes sociales. Esta vez estreno mis veintisiete dentro de un Louis Vuitton. El *blazer*, negro y de terciopelo, brilla con destellos oscuros cada vez que me muevo. El corte es ajustado en los hombros, lo justo para marcar, pero cómodo para poder moverme toda la noche. Solo lleva un botón adornado con un broche de diamantes, lo único que realmente llama la atención. Debajo no llevo nada, y el corte abierto deja ver parte del pecho. Los pantalones, también negros y ligeramente acampanados, caen perfectos sobre los zapatos y me hacen parecer un poco más alto.

Me peino casi al vuelo, sin espejo, solo con los dedos. El maldito flequillo cae en ondas imperfectas sobre la frente; si creciera un poco más, tendría la curva perfecta. Me miro de reojo en el reflejo del ventanal y, pese a eso, no me veo nada mal.

Al dejar la habitación atrás, ya empiezo a oír el sonido de la música subiendo desde el salón. Ahora hay otro tío más en mi casa. El de las luces juega con todas las combinaciones posibles para que ambienten con el espacio: tonos cálidos en las paredes, destellos dorados en los rincones y un par de focos suaves que alumbran la barra de cristal donde está todo el alcohol. Junto a la barra de *sushi*,

pero sin tapar las vistas de la ciudad, han montado una estación de tacos *gourmet* que huele a lima fresca y cilantro. Joder, qué hambre.

—Oh, señor Jensen. —Lewis se acerca a mí con su carpetita—. Ya está todo listo. Solo necesito que me reconfirme la lista de invitados. —Me tiende una pequeña *tablet* que había dejado encima de la zona de los sofás.

Paso el dedo por la pantalla y reviso los nombres uno por uno. Me encanta. Nada de relleno. Aunque si por mí fuera, eliminaría todos los nombres y me quedaría solo con el último: Cassandra Hart. Podría haberme ahorrado las formalidades y poner solo Cass, pero no estoy seguro de por qué manos va a circular esta lista y no quiero que se saquen conclusiones erróneas (por muy acertadas que sean).

—Está todo perfecto, Lewis. —Le devuelvo su aparatito y él asiente, aliviado.

Poco después de las diez, la casa ya está llena y sigue sin haber rastro de ella. Me sorprendo a mí mismo dando vueltas como Laila, que se pasea de esquina a esquina buscando alguien que le dé algo de comer. La diferencia es que yo no voy detrás de un trozo de salmón crudo, sino de Cass. Le dije que podía venir cuando quisiera, pero en mi cabeza eso significaba que, si quería, podía aparecer antes que el resto, no que se plantara aquí a medianoche... o que directamente no viniese.

Intento relajarme, hablar con la gente, dejar que la música me distraiga, pero cada vez que oigo a Lewis dar la bienvenida a alguien, levanto la cabeza como un idiota.

—Sabes que yo le sigo cayendo mejor que tú, ¿verdad? —Retumba una voz grave detrás de mí.

Al girarme, veo a Drake con su sonrisa de siempre y a Laila enredándose entre sus piernas, ajena al paso del tiempo.

—¡No esperaba menos! —respondo, abriendo los brazos para saludarlo. Rodearlo es misión imposible, este tío es un maldito muro—. Me alegra que al final hayas podido venir, hermano.

Está igual de enorme que la última vez que lo vi... o incluso más. Viste un traje negro, igual que el mío. Solo que el suyo es muchísimo más excéntrico; lleva una *blazer* llena de lentejuelas con una camisa

de una tela negra tan brillante que casi se camufla con el tono de su piel.

—¿Y perderme una de tus legendarias fiestas? ¡Ni de coña! — Drake, se acerca a la barra cerca de los enormes ventanales, coge una copa de champán y me pasa otra—. Por cierto, ¿dónde está esa chica de la que me llevas hablando toda la semana y que, gracias a ella, me he quedado sin tías esta noche? Más le vale que sea buena.

Para nosotros, mi cumpleaños era como unas segundas navidades con un montón de tías donde elegir. Pero la semana pasada le dije que se olvidara de eso. Le hablé de Cass, y para nosotros eso es una auténtica locura. Lo es incluso para mí, porque, aunque no seamos nada y ni siquiera hayamos tenido una conversación seria al respecto, admitirlo así es toda una declaración de intenciones. Una declaración de la que ella todavía no tiene ni idea.

La última vez que Drake me habló de alguien fue de Alana. La única que consiguió dejarlo hecho polvo. Yo, en cambio, ni recuerdo cuál fue la última chica de la que le hablé. Espera, ¿le he hablado alguna vez de alguien, en realidad?

—Pues... —miro alrededor, escaneando cada esquina de la casa con la esperanza de verla aparecer—, todavía no ha llegado.

Intento que suene relajado, pero Drake me conoce demasiado bien. Sabe que estoy jodidamente nervioso. Lo confirma Laila, que de repente se pone a dos patas y me lame toda la cara.

—No sabes lo que me jode no habérmela podido llevar, tío — murmura Drake, mirando cómo la perra se aferra a mí.

Realmente se le ve emocionado, pero con su ritmo de vida era imposible. No es que yo lleve un calendario mucho más estable, pero al menos tengo una casa fija, alguien que la cuida cuando no estoy y espacio suficiente para que corra lo que quiera. Él, en el último año, ha estado pululando por los mejores hoteles de Europa y, por muy buenos que fueran, no terminan de ser un espacio apto para Laila. A ella le encanta dormir cinco siestas al día y comerse mis cojines de Boll & Branch.

—Después de los *play-offs* vuelves a casa, ¿no? —pregunto, mientras le rasco detrás de la oreja a la perra.

Drake hace una mueca.

—Mi agente está peleando duro por ello —responde, encogiéndose de hombros, antes de dar un trago largo a su copa.

—¿Y cómo ha ido por allí? —pregunto, aprovechando que Drake parece querer esquivar lo de los *play-offs*.

Él se ríe por lo bajo y niega con la cabeza.

—Hermano, digan lo que digan, no hay nada como la NBA. Allí la gente juega duro, sí, pero... no es lo mismo. Pero tenía que probarme, demostrar que podía liderar. Y ahora quiero volver. Es mi sitio. —Levanta la copa, y mira hacia las cristaleras que tenemos al lado—. Te juro que cada día que pasaba pensaba en Nueva York.

Giro con la cabeza, y estoy a punto de responderle cuando algo en la calle llama mi atención. En la acera de enfrente, un coche negro se detiene. Las luces interiores se encienden un segundo antes de apagarse y, de la puerta trasera, baja ella.

El puto corazón palpita tan fuerte que apenas escucho lo que Drake sigue diciendo.

—Tío, discúlpame un segundo —le digo, interrumpiendo lo que quiera que me estuviese contando.

Esquivo a un par de invitados que charlan en mitad del pasillo y aprovechan para palmearme la espalda a modo de saludo. No me detengo y, sin pensármelo dos veces, salgo disparado hacia el ascensor.

—¿Se encuentra bien, señor Jensen? —Oigo la voz preocupada de Lewis a mis espaldas.

Levanto la mano sin girarme siquiera, esperando que ese gesto lo tranquilice. No quiero perder ni un segundo.

El pasillo parece eterno, pero al fin llego frente a las puertas de acero. El brillo de un ventanal lateral me devuelve mi propio reflejo y aprovecho para mejorarlo; me estiro del traje y me arreglo un poco el pelo. El marcador luminoso del ascensor continúa ascendiendo. Joder, cada número me martillea en el pecho como si fueran los segundos antes de salir al escenario: expectante y lleno de adrenalina.

Ding.

Las puertas se deslizan hacia los lados con un chirrido metálico. Ella da un pequeño salto al verme ahí plantado en mitad del pasillo,

pero enseguida se recompone y me devuelve la sonrisa. Va vestida más atrevida que nunca con una especie de gabardina entallada que se ciñe a su cintura y se abre en un escote tan descarado que me deja sin habla. No es a lo que me tiene acostumbrado, pero podría hacerlo sin el menor de los problemas.

En cuanto da un paso hacia fuera, me lanzo y la acorralo en la esquina del ascensor. No pienso entrar a casa sin antes divertirme un poco.

Mi fiesta ahora está aquí.

—Uf... pensé que ya no venías —susurro contra sus labios antes de juntarlos con los suyos. A la mierda su pintalabios.

—¿Y dejarte sin regalo? —me responde con esa maldita chispa que transmite su mirada.

Antes de que pueda reaccionar, tira el abrigo al suelo, se desabrocha lentamente el vestido y me enseña lo que lleva debajo: un conjunto rojo, transparente, con encaje y bordados. Se me acaba de secar la garganta. ¿Acaso sabré volver a vocalizar sin parecer gilipollas? Trago saliva e intento articular palabra.

—¿Eso es para mí? —consigo decir.

—Te he comprado uno mejor del que viste la otra noche —susurra contra mi piel.

—Ahora todos ellos me pertenecen.

Nos volvemos a besar, esta vez con una urgencia brutal. La estampo contra la pared del ascensor y siento cómo su pierna se enreda en mi cadera, apretándome más contra ella. Mis manos recorren la curva de su cuerpo, ansiosas, mientras nosotros seguimos flotando detenidos en medio de la nada.

—Jeremy, podrían pillarnos... —jadea contra mi boca, aunque sus uñas se clavan en mis cuello, negándose a ceder.

Yo tampoco quiero, pero sé que, si no paramos ahora, luego será imposible.

Dejo que mi mano se cuele solo un poco más por debajo la tela de encaje, y el calor de su piel me atraviesa. Su pierna se aprieta todavía más contra mí y, durante un segundo, pierdo por completo la noción del espacio.

Pero entonces me viene un fogonazo de lucidez.

—Joder, no... Tienes razón. —Con la respiración agitada, susurro y apoyo mi frente contra la suya. La separo apenas unos centímetros, los justos para no perderla del todo—. Si seguimos, nos van a cazar en serio.

Ella sonríe, todavía con la gabardina medio abierta y el conjunto rojo brillando bajo la tenue luz del ascensor. Casi me arranco la ropa yo solo de la frustración.

—Esta noche duermes aquí —le prometo, con voz grave y firme, como un juramento que no pienso romper.

Mientras intento recomponerme, alisándome la *blazer* y pasándome la mano por el pelo, ella se cierra la gabardina con dedos temblorosos. Por suerte, a nadie le ha dado por llamar al ascensor durante este rato, pero eso no quita que sigamos pareciendo dos culpables en celo.

Pulso el botón de las puertas y estas se abren con su inconfundible sonido. Le tiendo la mano y ella la coge sin dudar. Caminamos de vuelta hacia la puerta de mi casa y ahí, en el último momento, sí la veo vacilar.

—¿Crees que deberíamos entrar así? —Hace un gesto hacia nuestras manos.

—¿Te has visto el pintalabios? Creo que ya es demasiado tarde para disimular.

Intenta apartarse apenas un segundo para borrarse las marcas, pero no le doy espacio. La atrapo de nuevo, inclinándome para borrar con mi lengua el pequeño rastro que le ha quedado en la barbilla. No le doy tiempo a apartarse; la atraigo hacia mí de un tirón, pegándola contra mi costado.

No hacen falta palabras. Esta es mi declaración oficial de intenciones.



CAPÍTULO 36

Cassie

Jeremy no me ha dejado despegarme de él en toda la noche. Y ya es más de medianoche. Su casa es increíble. Todo son espacios abiertos, ventanales gigantescos y una distribución tan perfecta que se me hace raro pensar que alguien viva aquí de verdad. Desde cualquier ángulo se ve la ciudad, y hay tanto cristal que siento que, si me acerco demasiado, podría terminar cayendo directamente sobre el tráfico de Park Avenue.

La primera en darme la bienvenida, después del chico con pajarita que custodiaba la puerta, ha sido Laila. Una perrita gigante y adorable. Y aunque Jeremy intentó detenerla, ya era demasiado tarde; sus patas se clavaron en mi vestido y casi enseñé mi regalo de cumpleaños a toda la fiesta. Ahora, Laila descansa a los pies del sofá, y levanta la cabeza cada vez que ve que alguien se acerca al puesto de *sushi*. Yo estoy pegada a Jeremy mientras él me presenta a todo el mundo con el que nos cruzamos.

—Cass, te presento a Drake. Jugaba en los Nets, ahora está por Europa, pero aquí ya se lo están empezando a rifar. —Palmea el hombro de su amigo—. Él es el padre oficial de Laila —me explica—, aquí solo está de campamento de verano... bueno, ahora ya de invierno.

—Así que tú eres la chica de la que tanto habla —suelta Drake con una sonrisa, y yo me quedo paralizada un segundo.

«¿De la que tanto habla?».

Miro a Jeremy, pero él solo sonríe, sin mostrar el menor atisbo de sorpresa ante el comentario.

—Espero que eso sea bueno...

—Desde hace un par de días, sí. —Me mira fijamente, y poco a poco la sonrisa se le va ensanchando más y más.

—¿Tenéis hambre? —Drake interrumpe el duelo de miradas—. Voy a por unos tacos antes de que esos acaben con las existencias.

Miro hacia allí y veo un grupo de chicos coger tacos de dos en dos. No los juzgo, yo haría lo mismo si esto no estuviera lleno de gente. Creo reconocer a uno de Los Chicos del Taco de un programa de talentos de Netflix. Ni idea, pero lo que tengo claro es que a ese tipo de la camisa de rayas lo he visto antes en televisión. Pero, claro, eso aquí no es nada raro. La rara soy yo.

—¿Te apetecen? —Jeremy apoya su mano en la parte baja de mi espalda y me guía tras su amigo que, al ser tan grande y alto, nos abre paso.

Al llegar, Jeremy alza la voz:

—Eh, dejad algo para el que cumple años, ¿no?

Los cinco chicos levantan la cabeza a la vez, completamente sincronizados. Todos tienen la boca llena. Uno de ellos traga como puede y habla:

—Esto está de locos. ¿Cómo se te ocurre poner un puesto de tacos en tu cumpleaños?

—Porque te conozco, Charlie. Sabía que esto iba a llevar tu nombre escrito. Además, el *sushi* nunca ha salvado el hambre de nadie a las tres de la mañana —responde Jeremy, riéndose, y luego me acerca un poco más a su cadera—. Cass, ellos son The Evasion: Charlie, Drew, Axel, Parker y William.

—Ah... ¡de eso me sonabais! —Al escuchar el nombre del grupo, asiento, encajando las piezas en mi cabeza. Netflix les ha hecho un documental porque consiguieron más de un millón de seguidores en apenas una semana y las discográficas comenzaron a pelearse por ellos.

—¿Cómo que de eso me sonabais? —protesta, repitiendo mis palabras el del pelo largo y dorado, que creo que se llama Axel—. Deberíamos ser inolvidables.

—Con ese lamparón de guacamole en la camiseta pierdes credibilidad, Axel —replica otro, señalando la mancha verde.

—Genial. Primera impresión y parezco un niño de cuatro años comiendo. —Axel intenta limpiarse con una servilleta que, claramente, solo empeora la situación.

—Nada que un taco más no pueda arreglar. —Jeremy coge dos tacos, uno se lo da a Axel y otro a mí.

—¿Cómo os va?, ¿seguís de grabación en el estudio?

Charlie hace un gesto con la cabeza, traga a medias y suelta un bufido.

—Seguimos, seguimos... aunque el productor ya nos odia. Dice que, si no entregamos las mezclas ya, nos quedaremos fuera del plazo para las nominaciones de los Indie Awards.

—Eso nos pasa por aceptar tocar en esa gira de octubre en lugar de cerrar el disco —habla por primera vez Drew.

—Eh, que eso fue tu idea, ¿te lo recuerdo? —replica Charlie, señalándole con el taco.

Axel interviene, intentando desviar algo el tema:

—Lo peor es que ahora estamos intentando grabar a contrarreloj, y cada día que vamos al estudio es una pelea: o nos falta voz o nos falta ritmo... O aparece nuestro mánager con la puta fecha límite en la boca.

Jeremy suelta una carcajada.

—Bienvenidos al club. Pero estáis empezando, chicos, no discutáis entre vosotros por esas tonterías. Que le den a la fecha límite, tomaos vuestro tiempo para crear, y más ahora que va a ser vuestro primer LP, tenéis que consolidar bien vuestro estilo.

—Exacto —dice Charlie, con los ojos brillando—. Es como: ¿queréis arte o queréis entregas a tiempo? Porque ambas cosas a la vez... complicado.

—Y al final —añade Axel—, siempre gana la fecha límite.

Jeremy se ríe, levanta la copa y brinda en el aire:

—Por los *deadlines*. La musa más jodida de todas.

Los chicos, pese a que no todos llevan copa, le siguen el rollo y levantan los tacos mordidos.

Jeremy, cuando parece que va a añadir algo más, desplaza su mirada por encima de mi hombro.

—Ahora os veo, chicos, no os acabéis todos los tacos —bromea, antes de darse la vuelta. William vuelve a levantar su taco a modo de despedida—. ¡Eh, Claire! —exclama de repente, alzando la voz para detener a una mujer que acaba de pasar junto a nosotros.

Tiene el pelo rizado, es muy guapa y debe andar por los cuarenta. Apostaría a que no lleva ni una gota de maquillaje y, aun así, está impecable. El traje de chaqueta azul *klein* que lleva es de esos que no pasan desapercibidos. No la he visto antes, pero, por el nombre, estoy segura de quién es y prefería haberme quedado con Los Chicos del Taco.

Mis pies, automáticamente, se enclavan en el suelo. Pero Jeremy, como lleva haciendo toda la noche, apoya de nuevo su mano en la parte baja de mi espalda y me guía hasta ella.

—Cass, te presento a Claire, mi mánager. —Luego me señala a mí con una sonrisa—. Y ella es Cassandra; organiza eventos para Onyx Events.

Al decir eso, veo que entorna los ojos y esboza una pequeña sonrisa de suficiencia.

—Ah —me sonrío como si ya me conociera—, qué ganas tenía de conocer a la encargada de meterle en la cabeza todas esas cosas...

—Claire... —Jeremy carraspea su nombre a modo de advertencia.

—¿Qué?, ¿no es ella la que te va a ayudar a hacer la tontería del año? O eso fue lo último que me dijiste...

—Claire, tómate una copa, que te veo muy estresada. —Él aprovecha que pasa una camarera con copas para coger una y tendérsela—. Es mi cumpleaños y hay que celebrarlo.

—Yo no me hubiese gastado tanto dinero en tu fiesta teniendo en cuenta lo que le vas a tener que pagar a CouldPlay. —Parece que estén discutiendo, pero algo me dice que esta es su forma de ser simpáticos entre ellos.

—Que no, Claire. Ya te lo expliqué el otro día, cláusula trece, ¿verdad, Cass? —Ahora me mira a mí y yo solo quiero desaparecer.

—Pues os ha salido algo mal porque, no me ha dado tiempo a abrirlo, pero creo haber visto en la bandeja de entrada el *mail* con el *rider* de la azotea Westlight. —Se me acaba de cortar la respiración—. ¿Me lo has enviado tú? —Claire me dedica una sonrisa arrogante. Ya la odio.

—Eso... eso no puede ser. —Jeremy me mira confundido y luego se vuelve a dirigir a ella—: me estás mintiendo o te estás confundiendo... Se ha cambiado la actuación a la azotea Hudson

Yards y eso es lo que nos va a permitir cancelar el concierto por el cambio técnico y logístico. Cláusula trece —insiste.

Mierda, a pesar de lo que le está diciendo su mánager, sigue confiando en mi palabra.

—Está bien, lo que tú digas. —Se encoje de hombros y bebe de su copa de champán—. ¿No me has enviado hoy un *mail*? —Con una sola mano, Claire saca el móvil del bolsillo trasero de su pantalón y *scrolllea* antes de leer el asunto de mi correo—: «*Rider* oficial Nochevieja Azotea Westlight. Jeremy Jensen y CouldPlay».

—¿De qué va todo esto, Cass? —Jeremy me lanza una mirada que jamás había visto en él.

—Bueno —Claire alza las manos para evitar que le salpique la bomba que ella misma ha lanzado—, yo me voy, que veo que tenéis mucho de lo que hablar.

—Puedo explicártelo —tartamudeo.

—¿El qué?, ¿que me has engañado como todos? Te he antepuesto a todo, te he creído antes que a mi mánager y, ¿cuál era tu plan? —sigue hablando sin darme tiempo a rebatir—. ¿Hacerte la buena para que confiase en ti para que dentro de dos días apareciese en la azotea que tú querías y hacerme una encerrona? Tu plan era una absoluta mierda, ¿qué pretendías?, ¿tapar todos los logos de ellos hasta que yo hubiese estado encima del escenario? Porque igual solo así hubieses conseguido engañarme.

Cada pregunta es un golpe y con cada golpe se me empañan más los ojos.

—Jeremy, por favor, escúchame un momento. —Estamos en medio de toda su fiesta y estoy haciendo un esfuerzo titánico por no ponerme a llorar—. Me iban a ascender si conseguía que actuaran y si no, me iban a echar... Pero tenía un plan, créeme.

—¿Y lo mejor que se te ocurrió fue manipularme y mentirme? —lo susurra por no llamar la atención delante de todo el mundo, pero lo dice con tanto asco que sé que me gritaría si pudiera.

—Yo no... —Ya no solo es el nudo de la garganta lo que me impide hablar, sino que es él mismo el que me interrumpe.

—Tú sí. Yo fui claro contigo. Te dije que, al principio, me acerqué a ti por interés. Pero después, cuando todo cambió, seguí siendo fiel a

mis ideas y no quería que te entrometieras si eso podía generarte un conflicto de intereses en el trabajo. Fuiste tú la que me mentiste, me manipulaste y yo fui tan idiota de no solo creerte, sino de contarte la verdad de por qué no quiero actuar. ¿Lo voy a ver mañana en un periódico, Cassandra?, ¿también te han prometido un ascenso por eso?, ¿por cuántos ceros los has vendido?

—¡Nada de eso es así! Si me escuchases solo un segundo...

—¿Sabes? Hice una promesa a alguien a quien ya no conozco, pero aun así pienso mantenerla —me vuelve a interrumpir—. Así que ya no te quiero en mi fiesta. Ni en mi vida. Si me haces el favor. —Con la mano derecha, la misma que llevaba toda la noche posada sobre la parte baja de mi espalda, me indica la salida. Y antes de que pueda añadir nada más, se da la vuelta y se escabulle entre el resto de la gente. Sabe que no voy a ir detrás de él, que no voy a montar ninguna escena.

Con las lágrimas resbalándome por mis mejillas y sin fuerzas ni para buscar el abrigo, me encamino hacia la puerta.

Solo quiero salir de aquí cuanto antes.



CAPÍTULO 37

Jeremy

No soy de los que bebe demasiado... Y no es que tenga una mala relación con el alcohol, pero prefiero guardar las distancias. En esta industria es fácil perderte entre las adicciones y he visto a mucha más gente de la que me gustaría hacerlo, así que siempre que puedo opto por mantenerme al margen de todo eso. De hecho, no me emborrachaba desde los premios MTV de 2019. O eso creo recordar, tampoco estoy ahora en mi momento más lúcido para hacer cálculos matemáticos.

Ya se ha ido todo el mundo de mi fiesta, y lo que empezó pudiendo ser uno de los mejores cumpleaños, ha terminado convirtiéndose en una farsa. Como el resto de mi vida. Una vez más han jugado conmigo y yo he caído. Creía que era un tipo fuerte que hacía lo que quería y tenía las riendas de su vida, pero resulta que no soy más que un pringado que se deja llevar por todo el mundo: mis hermanos, la prensa, mi discográfica... Cassandra.

Sé que me estoy ahogando en mi propio vómito, pero eso es lo que hacen los borrachos, y yo ahora mismo soy uno de ellos. Lewis y Drake han sido las últimas personas que he conseguido echar de casa; uno se aferraba porque creía que le iba a pagar más y el otro porque me ha visto jodido de verdad. Y cuando lo he conseguido, me he tirado en el sofá con una copa de *wishky*. Y después he cogido otra, y otra, y otra...

He terminado con todas las reservas de alcohol de la casa, ahora repartidas en botellas vacías por cada esquina del salón. Y a las seis de la mañana, me aferro a las últimas gotas de una media botella de vodka que he encontrado escondida detrás de un altavoz.

Doy el trago final y lanzo la botella contra el resto. Esta, antes de caer, choca con la pared y se rompe en añicos. Ni siquiera el ruido

de los cristales rompiéndose me afecta, tampoco cuando me acerco a coger los trozos y me corto con uno de ellos.

Tambaleándome, voy hasta el baño, le echo un poco de agua a la herida y me lavo la cara. Doy asco y pena a partes iguales. Laila me mira desde la puerta y gira la cabeza cada vez que maldigo en voz alta. Hoy todo es una auténtica mierda, y lo peor de todo es que también empiezo la promoción de la nueva gira y en menos de una hora tengo la primera entrevista.

Así que, arrastras voy hasta el baño del dormitorio y después de mojarme la cara, me desvisto. No es fácil quitarse un traje estando en mis condiciones. La primera pernera baja sin resistencia, pero la segunda se me enreda en los tobillos y, cuando quiero darme cuenta, estoy desplomado bocabajo sobre la cama, con el pantalón atrapándome como una serpiente y las manos enganchadas en la tela, por lo que apenas me queda margen para girarme. Si por mí fuera, me quedaría así; no es una posición tan incómoda como parece para echarme una siesta. Pero sé que no puedo escaquearme tan fácilmente. Gregory, además de ser mi chófer, también es el lacayo de Claire y, si no sigue su cronograma a rajatabla, es capaz de cogerme de los pelos y meterme en el coche a la fuerza. No sería la primera vez que lo hace.

Pierdo la dignidad y empiezo a rodar por la cama, esperando que la gravedad me eche un cable. Al tercer giro por fin me libero y aterrizo en el suelo con un golpe sordo. Ya, sobre la moqueta, consigo desenredarme y terminar de quitarme los pantalones. Los estiro como puedo y les echo un vistazo rápido; como devuelva en estas condiciones el Louis Vuitton, ya me puedo ir olvidando de vestir esta marca.

Cojo la primera camiseta que encuentro y me la paso por la cabeza. Algo falla, lo noto, pero da igual, apenas me queda tiempo. Cuando por fin consigo ponérmela, la etiqueta me raspa a la altura de la garganta y las costuras se marcan en el pecho. No me importa. Estoy impecable. Como siempre.

Sigo andando como si estuviese en alta mar. Me golpeo con el marco de la puerta y, sin pensarlo, le pido perdón.

Balanceándome, deambulo por el salón con la esperanza de encontrar algo que calme el revoltijo que tengo en el estómago. Como Claire note el más mínimo rastro de alcohol en mi ser, me va a faltar país para correr. Cojo una pieza de *sushi*, que no ha triunfado tanto como esperaba, y me la llevo a la boca. No me quita el hambre, pero al menos empapa la mezcla de *wishky* y vodka, o eso quiero pensar.

Me miro en el reflejo del ventanal y confirmo mis sospechas: efectivamente llevo la camiseta del revés. En el ascensor aprovecho para arreglarlo, pero, en cuanto levanto la tela y me la paso por el cuerpo, el impacto es inmediato. Una ristra de imágenes del momento que compartí ayer aquí dentro con Cassandra me atraviesa como un disparo.

Mierda.

Mierda.

Mierda.

La rabia me quema por dentro, trepa desde el estómago hasta la garganta y me deja sin aire. Aprieto los dientes, mordiendo el interior de la mejilla, para no descargarla contra la puerta metálica. Me odio por no poder sacarla de mi cabeza... pero la odio aún más a ella, porque nunca conseguí colarme en la suya.

Tengo suerte de estar aquí dentro ya, si no, volvería a casa en busca de otra botella.

Una vez fuera, respiro hondo, deseando que el aire frío de finales de diciembre pueda eliminar algo de lo que me arde dentro. No funciona.

Camino hasta el *parking* de residentes, donde Gregory me espera puntual, impecable, como siempre. No esperaba menos.

—Buenos días, señor Jensen —dice, abriendo la puerta trasera.

Seguro que ha notado en qué estado estoy, porque frunce un poco el ceño cuando paso a su lado, pero, para variar, se guarda cualquier comentario.

Me dejo caer en el asiento y el coche arranca. Cierro los ojos con la esperanza de que el traqueteo de Nueva York me sacuda la resaca... y, con ella, el recuerdo de Cassandra.



ON AIR

—Estamos en el aire en *Quick Side* con un invitado muy especial hoy. ¡Bienvenido, Jeremy Jensen! Y a todos los que nos escucháis desde casa, gracias por acompañarnos un día más.

—Siempre es un placer hablar contigo. —Ni siquiera sé cómo se llama ella, pero sé que no es la primera vez que estoy en este plató. También recuerdo el café que me han dado, nunca olvido un mal café.

Ella sonríe, encantada, sin percatarse de que mi voz suena todavía algo arrastrada. O igual piensa que me estoy haciendo el interesante con ella.

—Gracias por venir a pesar de tu apretada agenda —continúa, con esa entonación de presentadora que convierte cualquier frase en un anuncio de la teletienda—. Hoy vamos a hablar de ese nuevo proyecto en solitario en el que estás trabajando desde hace un año, porque la última vez que nos vimos... eráis tres.

Sonríó y dejo que continúe. No me apetece demasiado hablar.

—Así que menudos meses se te vienen encima —añade—. Tu agenda está a reventar, presentas nuevo *single* en unos meses y en nada arranca tu gira por todo el país.

—Así es. —Cruzo una pierna sobre la otra y me echo hacia atrás en el sillón, mostrándome más relajado de lo que realmente estoy.

—Cuéntanos, ¿qué nos puedes adelantar? Será tu primera gira tan grande en solitario, sin tus hermanos sobre el escenario. ¿Estás preparado?

Intento no poner los ojos en blanco, porque el pódcast también tiene canal de YouTube.

Me sé de memoria el discurso que tengo que soltar en estos momentos. Miro de reojo a Claire, que tensa la mandíbula, rezando en silencio para que no la cague. No quiere apagar más fuegos, aunque ese sea técnicamente su trabajo. Al menos no se ha dado cuenta de que estoy algo borracho. O eso creo.

Suspiro y me dispongo a mentir:

—Bueno, preparado... eso es relativo, ¿no? —bromeo—. Es la primera vez que salgo ahí fuera sin ellos, sí. Y aunque me encantaría tener a mis hermanos conmigo, también es emocionante saber que puedo llevar un *show* de esta magnitud yo solo. Al final, ese era el objetivo, ¿no? Retarnos a nosotros mismos.

Ella suelta una risa ligera, dando la sensación de que está tonteando conmigo. Seguro que lo está haciendo. Es rubia, alta y delgada. La presentadora promedio de un pódcast neoyorkino. No es especialmente mi tipo, pero igual me ayuda a olvidarme de Cassandra.

—¿Dirías que es un reto personal, entonces?

—Desde luego —respondo, esbozando una sonrisa ladeada—. Cada gira es un reto, pero esta... esta es distinta. Supongo que tiene algo de salto al vacío.

—Eso suena muy intenso —dice ella, inclinándose hacia el micrófono. Le encantaría que solo estuviésemos ella y yo y esto no estuviera lleno gente mirándonos—. ¿Y cómo te preparas para algo así? Porque no hablamos solo de cantar, sino de mantener el ritmo, la energía, de soportar la presión mediática... ¿Cómo lo haces?

Me encojo de hombros.

—Supongo que la clave está en restar importancia a todo lo que hago.

—Y también distrayéndote con las redes sociales, ¿verdad? Te hemos visto algo más activo estas semanas, e incluso has llegado a generar algunos titulares...

Deja la frase en el aire, esperando que tome el relevo.

—A veces creo que paso más tiempo desmintiendo cosas que cantando.

—Pero eso no es algo que tengas que desmentir, salió de tus propias redes sociales. —Vaya, si de verdad quiere ligar conmigo, ahora mismo lo está haciendo fatal—. Estoy hablando de tu comunicado sobre tu actuación de Nochevieja.

Ahogo una sonrisa y me paso la mano por el pelo totalmente despeinado.

También tengo un discurso creado por mi publicista para este tema, pero estoy a punto de darle la vuelta a esto.

Y va a ser divertido.

—Sé de lo que me hablas, cielo. Y eso no lo desmiento.

De reojo, veo cómo la cara de Claire pasa por todos los colores posibles.

—¿Entonces?, ¿no vas a actuar en Nochevieja?

Boom. Pedazo de titular le acabo de soltar a la rubia. Acaba de subir su *engagement*, estoy seguro.

—¡Oh, no! Sí que voy a actuar, me encuentro en un conflicto de intereses que no puedo pasar por alto. Pero no lo hago por gusto. — Sonríe, y hay una pausa tan larga que si estuviésemos en televisión nos mandarían a publicidad.

Ella se mueve algo incómoda en su asiento. No sabe de qué va todo esto, y aunque se lo he puesto en bandeja para que siga tirando del hilo, no es tan buena periodista. Apostaría a que ni siquiera lo es. Tartamudea algo, pone en orden sus papeles y sigue con el guion establecido.

—¿Entonces tu actuación de mañana va a dar paso a la nueva gira?

—Oh, no, eso sí que no. No quiero verlo como una apertura de gira, ni mucho menos. Creo que más bien... —mido las palabras, sé la impresión que quiero causar— la actuación de mañana va a marcar un antes y un después para mí.

A la presentadora, que todavía no me he enterado de cómo se llama, parece gustarle ese titular, porque sonríe y mira a la cámara. Claire no sonríe porque sabe que ese titular, pese a lo que pueda pensar la prensa, no trae nada bueno.

—Ya lo han oído, queridos oyentes. Mañana Jeremy Jensen actuará a las doce de la noche, y si queréis empezar el año con buen pie, no os lo podéis perder. En el *streaming* oficial de CouldPlay, ¿verdad?

Sonríe y me muerdo el labio con los dientes superiores, sin confirmar nada. Ella, que no es la más avisgada del mundo, lo interpreta como una confirmación.

Los focos principales se apagan y nos quedamos con la luz natural. Ya no estamos en el aire.

—¡Ha sido un placer, Jeremy! —La rubia se levanta de su asiento y extiende los brazos en busca de un abrazo—. Estoy..., bueno,

estamos —señala rápido al equipo— encantados de contar siempre contigo. Ya lo sabes.

Le sonrío, pero no me da tiempo a añadir nada más porque Claire me coge del brazo y me arrastra con ella.

—Lo siento, tenemos prisa —se limita a disculparse con la chica.

No vuelve a hablar más hasta que nos mete en una sala y se asegura de que no hay nadie alrededor.

—He cancelado *Call Her Daddy*, no vas a grabar un pódcast de tanta repercusión en estas condiciones. Y si llego a saber que ibas a decir esas tonterías, tampoco hubieses salido en este.

—No he dicho ninguna tontería. De hecho, me encuentro más cuerdo que nunca.

—¿Qué te pasa, Jeremy? Llevas todo el mes más raro de lo normal. Lo he dejado pasar porque últimamente has pasado por demasiado.... Pero si sigues por ese camino —sé que está intentando decirlo de un modo cortés, pero eso no va con ella — vas a cargarte tu carrera en solitario, al igual que hiciste con la del grupo.

—¿Yo? No fui yo el que se acostó con la novia de su hermano.

—¡Pero sí el que le pegó un puñetazo! —estalla—. Deberías empezar a tomar consecuencias de tus acciones si no quieres que tu trayectoria se vaya a la mierda.

—Igual es lo que quiero.

No sé por qué he dicho eso. Solo estaba probando cómo sonaba en voz alta. Y no me ha gustado.

Mantenemos la mirada unos segundos.

No pienso ser yo el que rompa el silencio.

—¿Sabes? —susurra agotada—. Haz lo que te dé la gana.

—¿A dónde vas? —grito al ver que ya se ha dado la vuelta y se dirige hacia la puerta.

—Tengo otros problemas de los que encargarme. Vete directo a casa antes de que la lées más, por favor. Hablamos cuando te hayas calmado.



CAPÍTULO 38

Cassie

Anoche, además de no dormir, me dediqué a molestar a todo el mundo. Empecé con Jeremy, pero cuando me di cuenta de que solo estaba perdiendo el tiempo, me dediqué a hacer las cosas bien. O al menos todo lo bien que podía a estas alturas.

Ayer envié el *rider* al equipo de Jeremy para que no lo aprobasen y poder salirme con la mía sin que nadie se enterase. Cuando digo «nadie» quiero decir «Jeremy», está claro que mi jefe se va a enterar a lo largo del día de hoy y no le va a gustar. Pero lo que no pensé, tonta de mí, es que la *mánager* iba a estar en su fiesta de cumpleaños. Cuando la vi, recé para que no fuese ella la encargada directa de revisar los *mails* y aún no le hubiese llegado la información. Eso me daría algo de tiempo... Pero nada más empezar hablar, supe que todo estaba perdido.

El camino a casa fue insoportable, lloré como una niña de dos años en el Uber y solo cuando conseguí calmarme abrí la aplicación de notas del móvil y, todavía con los ojos llenos de lágrimas, hice una lista de las cosas que tenía que hacer:

1. Hablar con Claire para explicarle todo lo que ha pasado y que me ayude con mi siguiente parte del plan.
2. Conseguir que no me despidan. Ya ni siquiera espero el ascenso, pero, al menos, no verme en la calle estaría bien.
3. Montar un concierto para Jeremy en menos de veinticuatro horas.
4. Recuperar a Jeremy.

El primer punto está en marcha. Estoy sentada en una cafetería ridículamente cara a dos calles de la oficina, esperando a Claire. Ayer la bombardeé a *mails* para que quedase conmigo. Ninguno obtuvo respuesta hasta las seis de la mañana, que contestó al último con un

simple «no». Pero yo no me iba a rendir, y le dejé bien claro que, si hacía falta, montaba un campamento base en la puerta de su oficina. Y no era un farol. Así que me ha hecho un hueco de diez minutos, justo antes de la reunión final con CouldPlay para confirmar que todo está listo para mañana.

Un cuarto de hora antes de tener que conectarme, veo a Claire entrar en la cafetería y le hago un gesto rápido para indicarle dónde estoy. Con una mueca que intenta ser un saludo, va primero a la barra y, cuando llega hasta mí, lleva un vaso del tamaño de mi cabeza y dos galletas de avena con plátano.

—¿Quieres una? —me ofrece.

Me quedo mirando la galleta de la paz.

—Bueno, ¿por qué no? —sonríó y cojo una. Ella abre la silla con el pie y se sienta delante de mí. Hoy va vestida mucho más informal que ayer. Lleva el pelo suelto, unas gafas de sol estilo aviador pese a que el día está nublado, una camiseta de Joy Division y unos vaqueros negros ajustados. No alcanzo a ver su calzado desde aquí.

—Tú dirás. —Se quita las gafas de sol y me mira directamente.

«Madre mía. Cómo intimidada».

Titubeo antes de hablar.

—No sé por dónde empezar —confieso—. En primer lugar, quiero que sepas que Jeremy me importa de verdad...

—Disculpa, ¿desde cuándo os conocéis? —me interrumpe, cruzándose de brazos.

—Desde... mitad de mes. —Claire asiente con una sonrisa, pero no añade nada—. Sé lo que piensas, pero lo digo de verdad. Yo soy la primera interesada en querer que se suba a ese estúpido escenario. No solo me estoy jugando un ascenso, también un despido.

—Pues de momento puedes estar tranquila, se va a subir.

—¿Qué? —Menos mal que no me ha dado tiempo a morder la galleta, porque la hubiese escupido entera.

—Hoy ha ido a *Quick Side*, ¿no lo has escuchado? —Niego—. Bien, pues ha dicho que va a actuar porque tiene un conflicto de intereses.

—¿Conflicto de intereses? —repito sus últimas palabras.

—Creo que se refería a ti. Así que, de algún modo..., gracias. Aunque él no se dé cuenta, no se puede permitir no actuar mañana, no solo a nivel monetario, sino de imagen.

—¡Pero no puede actuar! —Ahora sí que escupo un trozo de galleta.

—¿Qué estás diciendo? No puedo consentir todas sus rabietas.

—¡Pero es que no lo es! —intento hacerla entrar en razón. Carraspeo y bajo el tono, porque si suena como una niña pataleando sé que no me va a escuchar—. ¿Sabes la verdad de por qué no quiere actuar?

Claire arquea sus cejas perfectamente delineadas, confundida. Genial, justo ahí quería llegar.

—CouldPlay se lo ofreció antes a sus hermanos —digo despacio—. Y por más del doble de lo que va a cobrar él. Y ellos lo rechazaron por ser poco caché.

La incredulidad se refleja en cada línea de su rostro.

—¿Qué? ¿Le has dicho tú eso?

—¿Yo? ¿Por qué iba a hacer eso? De hecho, no lo conocía cuando se enteró. Lo averiguó él solito el día que soltó la bomba en redes sociales...

—No puede ser. —Sacude la cabeza, tratando de expulsar la idea a la fuerza—. Aunque ya no trabaje directamente con ellos, sigo teniendo muy buena relación con la discográfica y... nunca me comentaron nada.

—Claro que no. Porque si te lo hubieran contado, tú misma habrías dicho que no —respondo, con un deje de desafío que no consigo tragarme—. Siempre y cuando de verdad te importe la carrera de Jeremy, claro. Imagínate que eso se filtra... marcaría un precedente muy claro sobre quién está por encima.

Claire aprieta los labios, y, por primera vez, la veo molesta de verdad.

—Esto huele a jugada de Dixon... —murmura, mordiendo la tapa del café como si fuera su yugular.

Yo me inclino hacia adelante.

—¿Ves por qué está tan empeñado en no hacerlo? Para él no es solo dinero. Es sentirse... como el plan B. Como el descarte. Y ahora

mismo necesita a alguien que confíe en él. Yo lo hago. ¿Y tú?

Claire suspira y aparta la mirada un segundo. Luego la clava de nuevo en mí, mucho más fría.

—Vale. Déjalo en mis manos. Si Dixon cree que puede jugar con mis artistas como si fueran cromos, está muy equivocado.

Saca el móvil con un movimiento tan seco que casi tira mi café. Sus dedos vuelan por la pantalla y durante unos segundos solo me fijo en el golpeteo de sus largas uñas contra el cristal.

—¿Vas a... llamarle ahora mismo? —pregunto, tragando saliva.

—No —sonríe sin humor, mientras escribe—. Llamarle sería un regalo para él. Voy a dejarle un correo que desearía no haber abierto jamás.

Sé que acabo de encender la mecha y no me arrepiento de nada.



Nos conectamos a la reunión, cada una desde nuestro portátil, y para no levantar sospechas, yo me pongo un fondo virtual de la oficina. Sé que no cuela, pero a estas alturas ya me da igual. Empiezan a aparecer el resto de las caras del equipo y soy consciente de que se masca la tragedia.

—Buenos días a todos —saluda Luke, frotándose las manos—. ¿Todo listo para el gran día? —Aunque es una pregunta, no la formula como tal. Solo quiere generar expectación.

—Hoy no ha podido venir nuestra directora de *marketing*, está en otro *meeting*, así que yo lideraré la reunión por parte de CouldPlay. Soy Luke, para los que no me conozcáis. —Imagino que los únicos que no lo conocen son el resto de subcontratados de producción—. El objetivo de la reunión de hoy es cerrar todo el evento de mañana. Para ello, contaremos con Claire, la *mánager* y representante de Jeremy Jensen. Con ella acabaremos de revisar todo, daremos el OK final al *rider*, así como confirmar que las peticiones del artista están correctas. Una vez hecho eso, cerraremos el horario de entrada, *sound check* y demás. ¿Estáis listos? —Nos habla al resto, porque a ella todavía no la ha aceptado en la reunión—. Quiero que seáis bastante simpáticos con ella, pero sin llegar a ser pelotas, ¿de

acuerdo? No le van esas cosas. He oído que no tiene muy buen carácter...

Instintivamente, alzo la vista para ver su reacción, pero llevo los cascos y no se ha enterado de nada. Menos mal.

Todos asentimos con una sonrisa.

—Vamos allá —murmura Luke, dándole acceso. Todos nos callamos un par de segundos mientras la conexión se estabiliza. Una vez vemos su cara en la pantalla, Luke vuelve a hablar—: ¡Claire! Un placer verte por fin. Solo había hablado cara a cara con la discográfica de Jeremy y yo, personalmente, me moría de ganas de verte. Hablar solo a través de *mails* no es lo mismo, ¿verdad?

«¿No se supone que había dicho nada de hacerle la pelota?».

—Sí, estoy enterada de que estáis en contacto con Colts Records.

Solo yo conozco el verdadero significado que guarda esa frase.

—¡Unos tipos estupendos! Bueno, como todo el equipo que trabajáis con Jeremy, ¿verdad?

Todos asienten, así que me veo obligada a hacer lo mismo.

Miro por encima de mi pantalla a Claire. Está tamborileando la mesa de la cafetería con sus uñas. Normal, hasta yo me estoy cansando de tanto peloteo.

—¡Bueno! La reunión de hoy va a ser muy sencilla, que no queremos robarte mucho tiempo y, además, ¡es viernes! Primero de todo, confirmaremos que el *rider* está correcto, así como toda la instalación del lugar, y después cerraremos el *timeline* de mañana.

—Rebecca, ¿tiene Claire el *rider* actualizado con la instalación de ayer? —Sé que se refiere a mí, pero no pienso darme por aludida—. ¿Rebecca? —insiste.

—Luke, disculpa, creo que te refieres a Cassandra —musita Lucy, la chica que la reunión pasada la hizo desde el aeropuerto de Los Ángeles.

—Oh, eso, perdona. La costumbre.

—No te preocupes. Sí, le envié ayer a Claire el *rider* final. —No he hablado con ella nada de esto, así que no estoy del todo segura de cómo se van a desarrollar los próximos minutos.

—Oh, el *rider* —continúa ella—. La verdad es que ayer me pareció ver un *mail* de Cassandra, ¿verdad? Imagino que estará todo bien,

pero...

—Oh, seguro que sí, siempre trabajamos con los mejores organizadores, y sin duda alguna Onyx Events es uno de los mejores de la ciudad, pero por mero protocolo debes leerlo y aceptarlo.

—¡Por supuesto! Dame un minuto y abro el correo. —De los nervios, comienzo a mover la pierna por debajo de la mesa. Claire me pega un pequeño puntapié para que me calme—. ¡Aquí está!

Empieza a revisarlo en voz alta:

—«*Rider* oficial Nochevieja Azotea Westlight. Jeremy Jensen y CouldPlay» y... descargar archivo. Disculpad, es que estoy en una cafetería y el internet me va un poco lento.

«Tranquila, a la única que le va a dar un infarto es a mí como esto no termine pronto», pienso.

En lo que hace el paripé de descarga, escribe algo en una servilleta y me la pasa. Lo leo con disimulo:

«Deja de mover la pierna que me vas a tirar el café. Sé lo que tengo que hacer. Se me da bien improvisar».

—Genial, porque a mí no —murmuro, con el micrófono silenciado para que tampoco se cuele su voz.

—¡Listo! Veamos... —Fija la vista en la pantalla, leyendo el documento—. Un momento, ¿estáis seguros de que me habéis pasado el *rider* correcto? Parece el de otro evento...

—¿Cómo? —pregunta Luke, preocupado—. ¿Es eso posible, Reb..., disculpa, Cassandra?

—¡Oh! —Activo el micrófono—. He hecho unos cambios de última hora, pensé que iban a funcionar mejor. Me he basado en la música de Jeremy Jensen y creo que un sonido más sucio, más *garage*, necesita estas especificaciones. ¿No creéis?

—No. —Claire es la primera en intervenir, creo que los demás todavía están flipando—. ¿Cómo va a cantar sin ningún *in-ear*?, ¿y esa disposición del escenario? Por no hablar de la altura... ¿No sabéis que tuvo un accidente en el Coachella de 2022 y desde entonces no actúa en escenarios tan altos a no ser que vengan con una certificación de seguridad especial? —Me pregunto si eso último es verdad o es cierto que se le da genial improvisar—. Comprendo que el *rider* de Jeremy es uno de los más complicados de todo el

mercado actual, pero trabajábamos con mucho tiempo y unas especificaciones muy claras... Esto es, simplemente, inaceptable.

—Tiene toda la razón —Luke ahora le habla de usted—, pero podemos solucionarlo, ¿verdad? —Y ahora me mira solamente a mí—. Cassandra puede adaptarse a las especificaciones correctas, aunque eso signifique trabajar toda la noche.

Abro la boca y levanto el dedo, pero Claire se me adelanta:

—Con la producción actual no da tiempo a cambiarlo para el domingo. Ni aunque se trabaje sin descanso. No voy a aprobar esto, lo siento. —Hace una pausa dramática—. Me veo en la obligación de comunicaros que Jeremy Jensen no va a actuar mañana.

Luke cambia de expresión y de color varias veces antes de quedarse blanco, totalmente paralizado. ¿Le estará dando un infarto? El resto de las personas de la reunión no saben dónde meterse porque saben que este señor va a explotar en cualquier momento.

—¿Me estás diciendo que vas a cancelar el concierto de Nochevieja a dos días del evento?, ¿eres realmente consciente de lo que eso significa?

Claire sonríe y asiente. Menuda bruja. Está bordando su papel.

—No puedes hacer eso —interrumpe Lucy con voz queda—. Tendríais que pagar la indemnización.

Luke parece despertar.

—¡Eso, eso! ¡La indemnización! —Salta de la silla y señala la pantalla, emocionado.

—Oh, claro, firmamos un contrato. —Claire habla demasiado calmada. Lo está haciendo aposta y está poniendo a Luke de los nervios. Esto es divertidísimo y aterrador al mismo tiempo—. Pero, como sabréis, existe la cláusula número trece, la cual nos exime de ese pago siempre y cuando no se cumplan las directrices acordadas por el artista. Es decir, lo que ha ocurrido.

—Debe haber una solución... —Luke está desesperado. Pobrecito, la verdad es que no me gustaría ser él. Pero tampoco me gustaría ser yo. Ahora sí que voy a estar despedida.

—Mmm. Bueno, podría haber una, pero no sé si estaríais dispuestos.

—A lo que sea, Claire. ¿Verdad que sí, equipo?

Todos asentimos. Incluida yo. Aunque dudo que quieran que yo me encargue de nada más.

—Lo cierto es que durante todo este tiempo siento que hemos trabajado muy bien juntos y me sabría mal acabar así... con este mal sabor de boca. —Otra vez, todos asienten como borregos—. Eso sí, solo saldría adelante si ni Cassandra ni Onyx Events se ven perjudicados en todo esto. Todo el mundo puede tener un fallito, y total... es Navidad, ¿no? —Ahora la que vuelve a asentir soy yo—. Igual podría conseguir que BJT actuaran por el mismo caché de Jeremy Jensen. Su *rider* es mucho más sencillo y en una tarde puede estar listo. ¿Qué os parece?

Un momento, ¿acaba de decir que BJT actuará en sustitución de Jeremy Jensen por el mismo precio? Ahora sí que se masca la tragedia.



CAPÍTULO 39

Cassie

¿Es posible organizar un concierto en veinticuatro horas? Creo que no. Así que esto va a ser todo un reto para mi carrera.

El primer punto de los objetivos de ayer salió mejor de lo que esperaba; del segundo no tengo noticias —y, siendo sincera, tampoco muchas esperanzas—, y el tercero..., bueno, está en marcha.

Durante las prácticas de la universidad hice todo tipo de locuras —desde colarme en ruedas de prensa hasta dormir en una furgoneta para cubrir un festival—, pero jamás imaginé que acabaría negociando el alquiler de una azotea para los primeros veinte minutos del año, montando un nuevo *rider* y organizando el *marketing* y todo el dispositivo técnico para un *streaming* de un artista con más de dos millones de suscriptores en YouTube. Todo eso a solo un día del evento y sin tener claro si el artistita aparecerá. Claire lo tiene claro, yo, según acabamos, no tanto.

La reunión con CouldPlay terminó con un trato bastante justo; ellos se quedaron con la promesa de que BJT actuará en Nochevieja, y yo, con la promesa de que nadie volverá a mencionar mi «desafortunado incidente» con el *rider*. Todos ganamos... siempre y cuando esa promesa acabe convirtiéndose en una confirmación antes de las tres de la tarde.

Son las doce del mediodía y ya estamos en la azotea Hudson Yards, rodeadas de cajas, cables y unas nubes que amenazan más que el señor Langford. Todo el material, que en principio debía ir a la azotea del Westlight, está llegando aquí después de mi correo de ayer: «URGENTE: Cambio de *rider* para Westlight y nueva solicitud para Hudson Yards». Lo escribí con las manos temblando, antes de

salir de la cafetería, convencida de que nada de esto podría salir bien.

El primer camión ya ha subido la primera tanda de cables y equipo de sonido; el segundo viene en camino con los focos, los paneles y, si todo sale según lo previsto por una vez, dejarán todo listo antes de irse. Claire me ha dicho que no me preocupe por los gastos extra, que todos los costes del nuevo *rider* y cualquier imprevisto los cubrirá ella. Y menos mal, porque sin su intervención esto sería técnica y financieramente imposible. No tenemos algunas de las cosas que estaban previstas en el Westlight (*catering*, zona de descanso...), pero a estas alturas eso es lo de menos. Lo importante es que el escenario esté listo y que el *streaming* funcione.

La azotea es enorme. Por el lado oeste, el río Hudson se extiende bajo un cielo gris que amenaza lluvia; por el este, Manhattan se alza con sus rascacielos de acero y cristal brillando entre las nubes. Pero ahora mismo lo único que veo son técnicos cabreados por estar trabajando a destajo un sábado.

También he llamado a Ivy, que está de camino, dispuesta a ayudarnos con las redes sociales y el montaje del *streaming*. Claire, ahora mismo, sigue enganchada al teléfono. Me preguntó con quién se estará peleando ahora. Se ha pasado toda la mañana igual, discutiendo con gente distinta en un bucle infinito.

Apoya el móvil contra el hombro mientras se apunta algo en la mano, asiente, niega, vuelve a asentir y da vueltas por la azotea con el tacón repiqueteando sobre el suelo.

De repente, se detiene. Cuelga el teléfono con un gesto seco y me mira:

—Listo. BJT actuará mañana para CouldPlay.

Alucino tanto que casi me tropiezo con uno de los cables y caigo de bruces.

— ¿Puedes repetir eso? Es que creo que el viento ha distorsionado la parte donde decías que lo habías conseguido.

—¿Aviso a CouldPlay? —pregunta a modo de confirmación—. Aunque creo que podría estar bien que lo hicieras tú.

Parpadeo un par de veces, procesando lo que acaba de pasar.

—Guau... Eres increíble —balbuceo—. Si su equipo ya lo había rechazado. ¿Qué has hecho? Aunque si esto implica un sacrificio humano, prefiero no saberlo.

Claire deja escapar una risa seca, más de agotamiento que de diversión.

—¿Sabes por qué se separó el grupo? Porque lo amenacé con contar todo lo que sé, y no solo a ellos.

—Algo sé... —titubeo, intentando adivinar hacia dónde va con todo esto.

—Vamos, que te sabes toda la historia —replica, girándose hacia mí—. Guau, de verdad debes de ser importante para él.

—¿Tan mal se me da mentir? —murmuro, más para mí que para ella.

—Fatal —sentencia sin dudar—. El caso es que esa tal Mandy que se «acostó» —marca las comillas en el aire y el viento revuelve su pelo— con Noa se acercó a ellos por interés.

Mi cara no cambia. «¿Quién no se acercaría a los hermanos por interés?».

—No ese tipo de interés que estás pensando —aclara enseguida—. Fue una jugada de la discográfica. Querían dividirlos, y lo consiguieron.

Ahora sí que cambia.

—¿Qué? —Por poco me desencajo la mandíbula.

—Jeremy era la cara visible del grupo, el que más llamaba la atención, pero también el que tenía más carácter... Empezó a chocar con la discográfica porque quería cambiar cosas: escribir canciones, evolucionar el estilo, dejar de ser una simple *boyband* para convertirse en un grupo de verdad... ¿Me entiendes? —Asiento rápido para que continúe—. Eso a Colt Records no le interesaba. Con él no podían controlar nada. En cambio, sus hermanos eran mucho más manejables: no componían, no discutían, se dejaban guiar por lo que la discográfica decidiera... Y eso les encantaba. Así que encontraron la forma de separarlos sin pagar penalización: mantuvieron a los dos dentro del sello y a Jeremy lo empujaron a seguir en solitario. De esa forma reposicionaban el mercado y se quedaban con lo mejor de los dos mundos: un dúo mucho más

comercial, fácil de vender, y un solista con un aire algo más alternativo. Así controlaban ambos nichos sin arriesgar nada.

—¿Cómo sabes tú todo eso?

—En ese momento yo seguía en la nómina de Colt Records, era la mánager de Related 4. Cuando me enteré de todo aquello quise pelear, pero no tenía nada que hacer. El contrato estaba blindado... y como en los papeles no me mencionaban, aproveché para salirme y quedarme solo con Jeremy. —Hace una pausa antes de continuar—. Durante los primeros meses pensé en decírselo, créeme que lo pensé mil veces, pero... ¿para qué? No teníamos dinero para romper el contrato y él, al principio, parecía ilusionado con lanzarse en solitario. No quería quitarle esa motivación, ni arrastrarlo a una guerra que íbamos a perder. —Suspira, con rabia contenida—. Así que lo dejé pasar. Me convencí de que podía ser una buena oportunidad para él..., pero no a este precio. No se merece que lo humillen ni que lo traten como si se mereciera menos apoyo o caché que sus hermanos.

Me quedo callada unos segundos, intentando procesar todo lo que acaba de decir.

El viento sopla más fuerte y se lleva consigo un trozo de servilleta que alguien dejó en el suelo.

—Tiene derecho a saberlo —digo al fin, casi sin pensar.

Claire levanta la vista hacia mí con esa mirada suya, a medio camino entre paciencia y cansancio, que intimida de verdad. Después de casi dos días juntas, creo que por fin empiezo a entenderla.

—¿Y qué ganaríamos con eso? —pregunta despacio.

—No lo sé... —admito—. Pero no puedes ocultar algo así para siempre. Si yo estuviera en su lugar, me gustaría saber quién movió los hilos de mi vida sin contar conmigo.

Claire me mira, queriendo decirme que soy demasiado ingenua... o demasiado joven para entender cómo funciona este negocio.

Antes de que pueda responder, una voz masculina nos interrumpe:

—Señoritas, perdonen la intromisión, pero nosotros hemos terminado aquí.

—¿Cómo que «terminado»? —pregunto, alterada.

El técnico se encoge de hombros.

—La parte eléctrica está hecha: el cableado, los cuadros de control, los puntos de conexión, todo. Lo que queda por montar ya no requiere instalación técnica.

Claire frunce el ceño.

—Falta todavía el segundo camión —dice con una calma que, como ya he aprendido, no tiene nada de eso.

—Así es, mi compañero está subiendo las últimas cajas —responde el técnico, señalando hacia el ascensor de carga—. Pero con la hora que es, nosotros ya no podemos quedarnos. Si quieren colocar estructuras, decoración o lo que sea, eso ya no entra en nuestro contrato.

—Perfecto —responde Claire con una sonrisa tensa—. Gracias por el aviso.

—Genial —murmuro—. Entonces solo falta colocar el escenario, el fondo, el sistema del *streaming*, revisar el sonido, probar luces y asegurarnos de que todo no explote a medianoche. Fácil, ¿no?

En ese momento, vibra mi móvil: Ivy.

—Por favor, dime que traes buenas noticias —respondo al cogerlo.

—Buenas... y con cafeína —dice desde el otro lado—. Estoy a diez minutos.

—Eres mi salvadora.

Cuelgo y me giro hacia Claire.

—Vale, refuerzos en camino. ¿Tienes algún plan para esta tarde? —pregunto, con la esperanza de que me eche un cable esta noche. Literal.

—Debería ir a la azotea Westlight. —Mira la hora en el teléfono—. Ya estará instalado el *rider* de BJT y he quedado allí con Alen Dixon. Luego también me quiero pasar a ver a Jeremy para explicarle todo esto y que entre en razón. —Se separa de la barandilla en la que se había apoyado, se pone las gafas de sol que llevaba en la cabeza, aunque hoy tampoco ha salido el sol, y con eso sé que no me va a ayudar con los cables.

Suspiro y me pongo en marcha, al igual que ella.

Va a ser una noche muy larga.

—Si necesitas cualquier cosa, me llamas, ¿vale?

Asiento.

—Gracias, aunque entre Ivy y yo podremos sacar esto adelante, no hay problema.

—Está bien, pero mañana a primera hora te llamo para acabar de coordinar todo esto. ¡Ah! Y que no se te olvide escribir a CouldPlay para confirmar el concierto de mañana —me grita ya desde la puerta.

—Ni a ti hablar de verdad con Jeremy... Cuéntaselo, probablemente lo agradezca. Y tú también.

—Lo pensaré... Ahora mismo no me puedo permitir que explote. Y él tampoco puede.



CAPÍTULO 40

Jeremy

No suelo hacer caso a Claire, excepto cuando está muy cabreada. Ahí sí. Y diría que solo la he visto realmente enfadada tres veces (cuatro si contamos esta última). Una fue cuando Kade llegó cuatro horas tarde a una entrevista con *Rolling Stone* porque confundió Kansas City, en Misuri, con el estado, que está a más de tres horas de distancia en coche. Otra, cuando la banda se separó, aunque ahí no la noté enfadada con nosotros directamente. Y la última, a principios de año, cuando me lié con aquella presentadora de *Billboard* de una forma bastante poco elegante en la fiesta de *Vanity Fair*, la *after-party* de los Óscar. Era la primera vez que me invitaban y probablemente también la última. Pero la bronca de esta vez, en comparación con aquella, ha sido distinta; no me ha gritado, ni me ha lanzado ese discurso sobre responsabilidad y reputación. Me ha dejado solo en la habitación y ha empleado la palabra «por favor», una que no sabía que existía en su vocabulario.

Después de que ella se marchase, me despedí de la gente del pódcast de un modo rápido, llamé a Gregory, que estaba a dos calles de distancia, y antes de irme directo a casa con la promesa de portarme bien, me pasé por la sala de grabación. Necesitaba canalizar todo lo que estaba sintiendo y no quería tomar más decisiones erróneas.

Cuando llegué al apartamento, de madrugada, no quedaba ni rastro de la noche anterior. Ni vasos, ni botellas, ni el caos que recordaba. Todo estaba limpio y ordenado. Insultantemente vacío. A excepción de Laila, claro.

—¿Mexicano o italiano para cenar? —saludé a Laila y me tiré en el sofá junto a ella. Giró la cabeza y la apoyó sobre mi pierna, pero no contestó.

—Está bien, italiano —decidí por los dos.

Mientras esperaba la comida, me di una ducha. El agua caliente me despejó un poco el mareo que llevaba arrastrando todo el día, pero no la sensación de tener algo atascado en el pecho. Al menos, sentaba bien quitarse el olor a alcohol y perfume mezclados a partes iguales. El portero, siguiendo las normas del edificio, el cual no permite entregas directas a los apartamentos, me subió la cena y comí frente a la televisión apagada. Una vez hube terminado, dejé la caja en el suelo para que Laila se comiese los bordes y me dormí en el sofá con la cabeza todavía medio nublada.

Cuando me despierto, todavía me duele la cabeza y tengo esa sensación rara de haber dormido más de dos días seguidos, aunque no puede ser, sigue siendo de noche. El aire huele a *pizza* fría, detergente para suelos de mármol y ambientador. Laila sigue en el suelo, enroscada, con una pata sobre la caja vacía. Me incorporo despacio, sintiendo cómo todo lo que ha pasado en las últimas veinticuatro horas me pesa sobre los hombros. Por un momento, estoy a un solo gesto de marcar el número de Olga. Quizá todavía esté despierta, incluso podría venir a casa y borrar esta sensación con sus manos. Pero algo dentro de mí, esa voz que nunca me gusta escuchar, me advierte de que, si lo hago, mañana me detestará un poco más.

En lugar de eso, me obligo a moverme. Abro la nevera y preparo un batido de proteínas con espinacas y frutos rojos. Estoy muerto de hambre. Igual, algo decente en el estómago me ayuda a pensar con claridad y a dejar de hacer tonterías. El ruido del vaso mezclador rompe el silencio y Laila levanta la cabeza, todavía somnolienta, mientras, yo me quedo de pie junto a la encimera, observando el espacio oscuro que deja Central Park en medio de la ciudad.

No tengo ganas de pensar. Tampoco de estar solo.

Así que desbloqueo el teléfono, abro Instagram y pulso el botón de «Iniciar directo».

Al menos, con una pantalla delante, puedo fingir que no me siento tan vacío.

Nada más darle al botón, los nombres empiezan a aparecer en la esquina inferior de la pantalla. En menos de un minuto ya hay más

de dos mil personas conectadas, mandando corazones y emojis a una velocidad imposible.

Ni siquiera me da tiempo a decir las primeras palabras cuando los comentarios se disparan en el chat:

«¡Ven a Argentina!».

«Queremos gira por Europa».

«¿Cuándo nuevas fechas?».

Los mismos comentarios de siempre. Me alagan, pero también podría recitarlos de memoria.

Otros mencionan el concierto de mañana y, por un segundo, pierdo la noción del tiempo. «¿Como que “mañana”? ». Deslizo el dedo por la parte superior de la pantalla, con cuidado de no detener el directo, y me fijo en el día y la hora que marca el salvapantallas. No es que haya dormido media hora: he dormido casi veinticuatro horas.

«Ya me he apuntado al sorteo, ¡ojalá me toque!», continúan los mensajes, ajenos a mi bloqueo mental momentáneo.

«Yo también (estoy cruzando los dedooooos)».

«Nunca tengo suerte, pero he participado con tres cuentas distintas».

«¿Si le toca a mi abuela puedo ir yo?».

Frunzo el ceño, intentando seguir el hilo.

Entre que no sé ni en qué día vivo y no tengo la más remota idea de lo que está diciendo esta gente, siento que me va a estallar la cabeza.

«¿Qué diablos están diciendo?», pienso, mientras intento mantener la cara de póker para que no noten que no entiendo absolutamente nada. «¿CouldPlay habrá lanzado un *meet and great* sin consultármelo antes?». Lo que me faltaba. Eso tampoco está dentro del presupuesto.

El chat estalla con más emojis y comentarios confusos justo cuando suena el timbre.

Laila levanta la cabeza desde el suelo, pero ni se molesta en moverse.

Deslizo el dedo sobre la pantalla y detengo el directo. El contador de visualizaciones se congela en más de siete mil personas.

—Estaba viendo tu directo —me saluda Claire con el teléfono en la mano.

—Entonces estarás al tanto de que CouldPlay ha preparado un sorteo de un M&G por su cuenta... —le digo, todavía desde el umbral de la puerta.

—No es ningún *meet and great*, Jeremy. Es un sorteo para verte en directo mañana en la azotea Hudson Yards. Cassandra y su compañera pensaron que sería una buena idea sortear cincuenta entradas para compensar todo el caos de enlaces y cancelaciones. Felicidades, ya no tienes que actuar para CouldPlay, ni pagar la indemnización.

—¿Qué estás diciendo Claire? —pregunto, revisando el montón de papeles que acaba de ponerme delante. Es la rescisión del contrato con CouldPlay.

—Tienes lo que querías, un concierto secundario. La azotea Hudson Yards ya casi está lista y el *streaming* se va a emitir desde tu canal de YouTube. —Me tiende otro papel, esta vez de colores—. Este es un *flyer*. Lo he cogido de camino aquí. Todo Nueva York está empapelado con el nuevo código QR de acceso. Ah, y también he entrado en tus redes para anunciar el sorteo.

—¿Cómo has hecho esto? —pregunto todavía en *shock*, pasando de un papel a otro sin procesar nada.

—Ayudó bastante que Cassandra cambiase todo el *rider* en el último momento y yo me negase a aceptar las condiciones. Cláusula trece.

Escuchar su nombre me revuelve algo por dentro, pero me mantengo firme. Ahora no tengo tiempo para eso.

—Es una buena chica y se preocupa por ti. —Vaya, parece que Claire sí, porque redirige la conversación hacia ella.

—Y me mintió, Claire. —Las palabras me salen más secas de lo que pretendía.

—¡No seas melodramático, Jeremy! ¿Te digo todas las veces que me has mentado tú a mí?, ¿y eso te hace peor persona? No más de lo que ya eres. Ella ha sido lo bastante inteligente como para enmendar su error, y eso casi le cuesta su puesto de trabajo. Aunque, visto así... —se detiene y alza las cejas—, no sé si es muy

inteligente arriesgarlo todo por ti, a no ser que esté enamorada de verdad.

—Eres mi mánager, no mi psicóloga. Basta de psicoanalizar la situación, no tienes ni idea del tipo de relación que teníamos.

—Siento decirte que ese puesto va implícito —replica Claire, cruzándose de brazos—. Ah, y tengo más novedades: tus hermanos van a tocar en tu lugar con CouldPlay.

—¿Qué? —escupo en un bufido incrédulo.

«En serio, ¿cuánto tiempo he estado dormido?».

—¿Me dejas que entre y te lo cuento todo?



CAPÍTULO 41

Jeremy

Sin tiempo para esperar a Gregory, he cogido el Aston Martin DB11. El motor ruge en cuanto piso el acelerador y el coche avanza solo por las avenidas. Las luces de la ciudad se funden en destellos fugaces sobre el retrovisor izquierdo, y los semáforos se difuminan en manchas de color. No pienso. Solo conduzco. He estado hablando durante más de cuatro horas con Claire y ahora mismo mi cerebro va a más velocidad que este coche, así que prefiero dejar la mente en blanco y que sea él el que me dirija. Tengo las manos tan apretadas al volante que los nudillos se me han vuelto blancos.

Acelero un poco más. El tráfico es mínimo y el aire de la noche se cuela por la ventanilla entreabierta. La azotea Hudson Yards está a menos de quince minutos y rezo para que ella siga allí. Necesito ver a Cass antes de encerrarme de nuevo en casa.

Después de todo lo que he descubierto esta noche otra cosa que me encantaría hacer es ir a ver a Alen Dixon y partirle la cara. Y, aunque no voy a negar que es una idea la hostia de tentadora, es igual de desastrosa. El cabrón lo tiene todo controlado. Cada cláusula, cada letra pequeña, cada uno de los movimientos que puedo o no puedo hacer. Hasta mi rabia está firmada con su maldito sello.

Él fue el maldito culpable de que me separase de mis hermanos. Él fue quien empezó a empujar las piezas para que todo se derrumbase. Es cierto que antes de eso no estábamos en nuestro mejor momento, pero solventarlo o no era nuestra puta decisión. Su afán de controlarnos y proteger el balance de su libro de cuentas me ha convertido en lo que soy, en alguien que ya no se fía de nadie. Ahora veo que «lo mejor para mi carrera» muchas veces significa «lo mejor para sus bolsillos».

No estoy enfadado con Claire, entiendo que quiso protegerme, pero entre la protección y decidir mi futuro sin contar conmigo hay una línea muy fina que no supo ver. Esa línea la han cruzado demasiadas veces y por eso, ahora, cuando pienso en Cass, veo lo mismo. Alguien que jugó sus cartas sin contar con las mías. Pero, aun así, estoy corriendo en su búsqueda. Voy a verla porque necesito confirmar que, entre todo este montón de maniobras y mentiras, queda alguien que no me quiere usar como moneda de cambio. Necesito saber si al menos una parte de todo aquello fue real.

Aparco el coche en la calle y entro en el edificio. Por suerte, el conserje ronca con la boca abierta en su silla y paso por su puesto sin que me vea. Subo los escalones de dos en dos y empujo con fuerza la puerta de la azotea.

Lo primero en lo que me fijo al entrar es en Cass, que está de cuclillas junto a una torre de altavoces, con las manos llenas de cinta y cara de no tener ni idea de lo que está haciendo.

—¿Qué es todo esto? —pregunto mientras avanzo por la azotea. Hay una tarima a modo de escenario en el centro, los altavoces ya están colocados, al igual que los paneles LED. Las vallas metálicas ya están colocadas formando el perímetro y alguien ha colgado guirnaldas de luz de poste a poste de la azotea.

—Jeremy, ¿qué haces aquí? —Se levanta al oírme, sorprendida, y por un instante la veo entera: ojos enrojecidos, el pelo recogido con torpeza y una camiseta blanca llena de manchas oscuras. «¿Cuánto tiempo lleva aquí?».

Ivy está cerca de ella, tirada en el suelo, enrollada en un carrete de cable, con el móvil a la altura de la cara y los auriculares puestos. No sé si está haciendo algo importante o si se ha quedado dormida ahí mismo, porque no se levanta al escucharnos hablar.

—Claire me lo ha contado todo.

—Entonces supongo que puedo ir al grano —dice Cass, sin rodeos—. Por favor, actúa. No lo hagas por mí, hazlo por los fans y toda la gente que vendrá mañana a verte. Después puedes seguir odiándome, desapareceré de tu vida.

Me quedo callado un segundo, observando cómo su boca se aprieta al final de la frase. No es una súplica, es una oferta honesta. Y solo

imaginar que puede hacerse realidad, me rompe.

—Quiero pedirte perdón —continúa ante mi silencio—. Fui una egoísta, no conocía ni la mitad de la historia y solo me preocupé por mí. No pensé que dejar de ganar unos cuantos cientos de miles de euros para alguien que ya está acostumbrado a eso fuese más importante que mi ascenso. Pero ahora que sé la historia, estoy de tu lado. Siempre lo he estado, pero tenía demasiado miedo como para admitirlo. La cague, déjame recompensarte y luego olvídame si es lo que quieres.

—Voy a actuar —me limito a decir.

—¿De verdad? —Por primera vez en toda la noche la veo sonreír. Una sonrisa pequeña, rota, pero sincera. Da un paso hacia mí, y antes de que pueda reaccionar, me rodea con los brazos. Está helada y huele a polvo y a café. Cierro los ojos sin poder evitarlo. Por un instante, mi cuerpo entero pide rendirse, hundirse en ese abrazo y fingir que nada de esto ha pasado. Que no existen mentiras entre nosotros ni una distancia imposible de solventar. Pero la realidad me rodea con la misma energía con la que me abrazó.

Pongo las manos sobre sus brazos, suave, y la separo apenas unos centímetros.

—Cass... —susurro, y su nombre se me clava en la garganta. Sus ojos buscan los míos, confusos, sin entender dónde está ahora el problema—. Te perdono. De verdad que sí. Entiendo por qué lo hiciste, y lo que has arriesgado por mí. Pero no puedo fingir que algo ha cambiado.

Ella asiente despacio, pero su respiración se rompe un poco. Baja la mirada.

—Lo sé —murmura, y da un paso atrás. Se frota las manos, nerviosa—. No esperaba que lo hicieras. Supongo que solo... necesitaba oírte decir que no me odias.

—No te odio —respondo—. Solo necesito tiempo para entender cómo volver a confiar. Últimamente siento que todo el mundo quiere sacar algún tipo de beneficio de mí, y aunque entiendo tu postura y te perdono, no podemos volver al mismo punto. Y prometo que estoy deseando besarte por haber hecho todo esto por mí, pero no sería sincero. Y creo que debo dar ejemplo con aquello que pido.

Cass asiente otra vez, mordiéndose el labio. No dice nada más, y por un segundo parece que va a intentar sonreír, pero no le sale. Se limita a recoger una cinta del suelo y a fingir que tiene algo que hacer con ella.

—De verdad que odio estar así —murmuro, acercándome y cogiéndole el rostro con suavidad, obligándola a mirarme.

Sus ojos están rojos, cansados. Por un segundo, me dan ganas de hacer justo lo que no debería: inclinarme y besarla, borrar todo lo que nos ha pasado. Pero me obligo a frenar. No puedo. No todavía.

—Vamos a hacer una tregua esta noche, ¿vale? —digo al fin, bajando las manos—. Dime en qué te ayudo y así terminamos antes de que amanezca.

Miro a mi alrededor y suelto un suspiro. Todavía hay cables, focos y cajas por todas partes.

Cass asiente despacio, y esta vez sí le sale una sonrisa pequeña, frágil, pero real.

—Vale. Trato hecho. Puedes empezar con ese panel LED de ahí. Ni siquiera sé cómo acercarme a él.

—Perfecto —digo, inclinándome hacia el suelo y cogiendo unos cables. Señalo a Ivy, que está tirada al lado de un altavoz, con los brazos cruzados bajo la cabeza—. ¿Y ella está dormida o muerta?

—Dormida. O eso espero.

Nos ponemos a trabajar en silencio. Yo con las luces y ella recogiendo cajas. De vez en cuando, nuestras miradas se cruzan y, aunque todavía hay algo entre nosotros que no termina de encajar, el aire ya no pesa tanto. Es distinto. Más tranquilo. Como si por fin estuviésemos en el mismo bando.

No estamos bien. No todavía. Pero mientras veo cómo amanece a medida que el escenario toma forma, siento que estoy haciendo lo correcto.

Claire tenía razón. Todos metemos la pata alguna vez. Y aunque mi orgullo siga arañándose por dentro, entiendo que, si quiero recuperar de verdad lo que pensé que podría construir con Cass, primero tengo que aprender a tragármelo.

Y por un instante, mientras ella sigue concentrada en dejarlo todo a punto para mañana y la ciudad despierta a nuestras espaldas,

tengo la sensación de que las cosas podrían volver a ser como antes.

No hoy. Pero quizá, algún día.



CAPÍTULO 42

Cassie

10.30 A.M. — 13 HORAS Y 30 MINUTOS PARA AÑO NUEVO

Apenas he dormido una hora. Jeremy me dejó en casa a las seis de la mañana y, aunque lo dejamos todo listo —y Claire confirmó que la azotea del Westlight estaba preparada para los hermanos de Jeremy —, me metí en la cama con la intención de descansar. Pero no hubo forma.

Mi cabeza ahora mismo es un hervidero y aunque agradezco que Jeremy me haya perdonado, no me basta. Creía que con eso me sentiría mejor, que el perdón sería suficiente para aliviar la culpa. Pero no ha sido así. Necesito más. Necesito que sepa cómo lo veo. Que entienda que su fama no me puede importar menos. Que no quiero nada de él que no sea... él.

Arrastro los pies desde la cama hasta la cocina. El suelo está frío, el café tarda demasiado en salir, y yo aprovecho para sacar la misma libreta que tengo desde hace cinco años. Siempre, en Nochevieja, hago lo mismo: listas. De propósitos, de cosas que quiero cambiar, de cosas que nunca cumplí... Y este año, por poco que haya conseguido pegar ojo, no va a ser distinto.

Me siento en el taburete, con el vapor del café subiéndome a la cara, y abro la libreta por una página nueva. Empiezo como siempre: una lista de todo lo que he conseguido este año y cómo me siento al respecto. Este año ha sido raro. Tanto que siento que no soy la misma persona que trescientos sesenta y cinco días atrás.

Miro el papel en blanco durante un rato, y antes de escribir nada, reviso mis objetivos del año pasado. La página está llena de letras torcidas y tachones, pero aún se puede leer:

1. Conseguir un proyecto donde pueda mostrar mi valía.

Sonrí con cierta amargura. He trabajado en muchos proyectos, pero ninguno con las responsabilidades —ni el presupuesto— suficientes como para demostrar de verdad lo que puedo hacer.

El concierto con Jeremy lo conseguí porque Rebecca se fue de baja, y seguro que fui la única pringada de la oficina dispuesta a coger un proyecto en esas condiciones: un artista que se negaba a cantar y apenas dos semanas de margen.

Aun así, ¿lo he conseguido? He destrozado el *rider* y he antepuesto a Jeremy a mi trabajo. De momento no estoy despedida..., pero me sigo sin ver valorada dentro de Onyx Events.

2. Encontrar alguien con el que compartir mi futuro.

¿Stephen? Suelto una risa corta al ver su nombre garabateado por todas partes.

Nunca he sido una chica de muchas parejas oficiales (las cosas no solían cuajar, yo era demasiado quisquillosa y no pasaba de la tercera cita...) y este año me prometí que sería distinto, que por fin me daría la oportunidad de construir algo serio.

Y entonces apareció Stephen. Me dejé llevar porque creí que era el indicado.

Durante todo el año he releído miles de veces estos objetivos, y este punto está lleno de tachones, corazoncitos y subrayados rosas; parece la libreta de una adolescente. Recuerdo haberlo decorado así en septiembre, durante la fase de la luna de miel.

Estaba convencida de que él era el definitivo. Era perfecto. Lo tenía todo.

Todo lo que yo no quería.

Tardé en darme cuenta y, para colmo, fue él quien me dejó. Si no hubiera sido así, no sé si seguiríamos juntos a día de hoy... Pero, de algún modo, me alegro de que este punto no se haya cumplido. Todavía.

3. Dejar de tener miedo a tomar decisiones grandes.

Me quedo un momento mirando la frase. Supongo que este año he tomado muchas decisiones, algunas tan grandes que todavía me tiemblan las manos al recordarlas. Aceptar el proyecto de Jeremy fue una de ellas. Y arriesgar mi puesto por él, otra.

Puede que no me haya ido del todo bien, pero al menos ya no me paraliza la idea de fallar. Y eso, en mi caso, es un avance.

Le doy otro sorbo al café y el vapor me empaña los ojos, o quizá no sea solo culpa del vapor.

Respiro hondo y paso la página, una nueva, en blanco, antes de que se me escape una lágrima.

Mi lista de objetivos de año nuevo es bastante sencilla:

1. Jeremy Jensen.

El resto ya se verá.

Cierro la libreta, le doy un trago rápido a lo que queda de café y me preparo para cumplir mi propósito de año nuevo antes de que empiece.



Media hora después ya estoy en la calle con el café que Ivy me ha traído. Hoy lleva almendras tostadas y canela, y está mucho mejor que el que me he bebido hace un rato.

—¿Has conseguido dormir algo? —me pregunta—. Yo no. Llegué a casa, desayuné, hice unos estiramientos y después me fui directa a la ducha.

Ella, para haber dormido menos que yo, está igual de perfecta que siempre. Lleva el pelo ondulado con un acabado insuperable, al igual que el maquillaje. Además, su sonrisa es digna de haber dormido más de ocho horas. Yo doy gracias de no parecer el trol rosa con el que jugaba cuando era pequeña.

—Te diría que algo, pero he estado en duermevela la mayor parte del tiempo.

—Vaya, tenía la esperanza de que Jeremy pasase aquí la noche.

—¿Jeremy? ¿Qué pasa?, ¿que no oíste lo que me dijo anoche?

—Si te soy sincera..., me quedé dormida. —Lo dice sin una pizca de vergüenza, sin ser consciente de las más de tres horas que estuvo fuera de combate—. Pero cuando me fui seguía con el montaje y parecía que otra vez todo había vuelto a fluir.

—No sé si la palabra exacta es «fluir», pero al menos volvimos a hablar —respondo, encogiéndome de hombros—. Pero también me dejó claro que no quiere nada conmigo.

Ivy me mira de reojo mientras cruzamos la avenida, esquivando a un grupo de turistas con gorros de un reloj enorme.

—¿Y tú qué piensas hacer con eso?

—Nada. —Le doy un sorbo al café—. O, al menos, nada que implique rendirme.

A nuestro alrededor, la ciudad me recuerda que estoy en una cuenta atrás constante. Muchas calles ya están cortadas y hay vallas por todas partes. La gente se agolpa para encontrar el mejor hueco que les permita ver caer la bola de Times Square. Hay ruido, música, olor a pretzels, a castañas y a frío. A algunas personas les encanta el frío; dicen que les recuerda que están vivos. A mí solo me recuerda que estaría mejor en casa, metida bajo el nórdico y no yendo hacia la azotea del Westlight.

Caminamos en silencio los últimos metros hasta el edificio. Por suerte, hoy el cielo está limpio. No necesito más problemas en mi lista.

El ascensor se abre y el aire, mucho más helado que allí abajo, nos da la bienvenida. La azotea está llena de movimiento. Luke, de CouldPlay, está apoyado en una de las barandillas con una taza de café entre las manos. Lleva unas gafas de sol tornasoladas y parece inmune al frío y al caos que tiene alrededor. A unos metros, Taylor —la directora de *marketing*— revisa una *tablet* y da órdenes a Lucy.

A lo lejos, junto al escenario, veo a dos chicos que reconocería en cualquier parte. No solo porque se parezcan a Jeremy, sino porque pasé demasiadas horas de mi adolescencia viendo sus caras en actuaciones, videoclips y entrevistas.

El primero al que distingo es a Kade. Justo como me lo imaginaba, con esa sonrisa fácil y aire relajado que parece formar parte de él. Lleva un abrigo de paño verde oscuro y el pelo algo despeinado. Noah, en cambio, parece su polo opuesto. Más callado, con una gorra negra, el abrigo abierto y las manos en los bolsillos. Parece un Sim a la espera de una orden para ponerse en marcha.

—No me digas que ese de ahí es Kade —susurra Ivy, que de repente parece haberse tomado tres cafés.

—Te lo dije —respondo, levantando una ceja ante su evidencia.

—Vamos a saludar. —Ivy, de pronto, tira de mi brazo.

—¿Qué? ¡No! —susurro entre dientes, intentando frenar su impulso.

Antes de que pueda articular una réplica decente, Ivy ya me ha arrastrado a medio camino hacia ellos. Y justo cuando empiezo a asumir que planea otra de sus encerronas, una voz familiar nos corta el paso.

—Cassandra, ¿verdad? —Luke aparece justo enfrente—. ¡A ti te estaba buscando!

—Ah, ¿sí?

—Sí. Quería darte las gracias por esto —dice, abriendo los brazos hacia el escenario—. Cancelar a Jeremy y conseguir a sus hermanos ha sido una jugada maestra. No sé cómo lo has hecho, pero ellos fueron nuestra primera apuesta, incluso antes de que cambiasen de nombre.

Sonríó sin saber qué decir.

—Un milagro de Navidad —contesta Ivy, rescatándome del silencio incómodo.

—¿Y tú eres...? —pregunta Luke, dándole un repaso general, al igual que hacen todos los tíos cuando la ven por primera vez.

—Ivy. Un placer. Yo me encargaré de la coordinación del evento *in situ*.

—¡Genial! Un momento, voy a llamar a Taylor para que te diga si necesita algo. Creo que Noa había pedido algo de comer...

Me encanta cuando confunden coordinadora de eventos con asistente.

Levanto el dedo para replicar, pero Ivy se adelanta. Otra vez.

—Disculpa, pero estoy para cuestiones técnicas y organizativas. No para dar de desayunar a Noa Jensen. Si quiere algo de comer, que se lo coja él.

—No te preocupes, no tenía intención de pedirte nada —dice una voz a nuestra espalda.

Ahí está. Noa Jensen apoyado contra una de las estructuras metálicas del escenario, con las manos aún en los bolsillos.

Ivy arquea una ceja, tan imperturbable como siempre.

—Solo intento dejar las cosas claras desde el principio.

—Me encanta la gente organizada —responde él, sin apartarle la mirada.

Luke carraspea, ajeno al duelo verbal que acaba de empezar.

—Perfecto, entonces... ¿podemos repasar el *setlist* y el *timing* final? ¡Taylor! ¿Deberíamos hacer una prueba de cámara?

Miro el reloj y pego un brinco. Tengo que irme ya si no quiero quedarme aquí todo el día. Van a empezar a cortar más calles y después será casi imposible llegar al otro lado de Manhattan.

—Me tengo que ir —le digo a mi amiga—. Nos vemos después de los conciertos. Y escíbeme con lo que sea, ¿vale?

—No te preocupes, lo tengo todo bajo control —me dice, aunque no le quita la mirada de encima a Noa, que está probando las cuerdas de su guitarra.

—Te quiero. Gracias otra vez por salvarme el trasero. —Le doy un abrazo rápido y emprendo mi camino hacia el río Hudson.



CAPÍTULO 43

Jeremy

9.00 P.M. — 3 HORAS PARA AÑO NUEVO

Cuando llego al Hudson Yards, ya hay varios ganadores del sorteo esperando junto a la entrada.

—¡Jeremy! ¡Jeremy! —gritan, agitando carteles y móviles en alto.

Salgo del coche con las gafas de sol puestas, más por costumbre que por necesidad, y saludo con un gesto rápido. Un segurata me alza la mano para que entre rápido, pero paso de él.

—Dame un segundo —le digo, y camino hacia ellos.

Las cámaras parpadean y, antes de darme cuenta, ya estoy posando con un grupo de chicas envueltas en bufandas. Una de ellas tiembla más que yo, aunque juraría que no es por el frío.

—¿Nos podemos hacer una foto más? —pregunta una, y otra añade—: ¡Prometiste que volverías a tocar *Little Fires*!

Sigo hablando algo más con todos hasta que, al final, el segurata se acerca de nuevo.

—Jeremy, de verdad, tienes que subir ya.

—Ya voy, ya voy. —Les hago un gesto a los fans—. Gracias por venir. Nos vemos arriba.

Subo los últimos escalones con las manos en los bolsillos del abrigo, intentando ignorar el viento helado que se cuela por el cuello. Esta mañana hacía buen tiempo, pero ahora ha empeorado y parece que va a nevar en cualquier momento. En cuanto cruzo la puerta de acceso, el ruido me golpea de lleno y alguna gente del equipo levanta la cabeza al verme entrar. Reconozco a casi todos. He pasado más horas con ellos que con mi propia familia este año.

—¡Jeremy! —me saluda Tom, el técnico de sonido, sin dejar de mover los cables a sus pies—. Tenemos lista la batería, pero si

quieres cambiar la posición del micro...

—Déjalo así, Tom. Ya sabes que siempre terminas teniendo razón —le digo, dándole una palmada en el hombro—. ¿Ha llegado ya Mike? Sabes que es muy especialito con su batería.

—Sí, estaba por aquí hace momento —responde, señalando hacia un rincón del escenario donde ahora no hay nadie.

Un poco más allá, Alan está revisando las guitarras. Lo reconozco por la forma en que inclina la cabeza cada vez que pulsa una cuerda, atento a un sonido que solo él parece captar.

—¿Qué tal, tío? —le pregunto, acercándome.

—La SG está perfecta. He cambiado las cuerdas esta mañana.

—Genial. Si necesitas algo, ya sabes dónde estoy —le digo, y él sonríe sin levantar la vista.

Me paseo por la azotea, que está tal cual la dejamos ayer, a excepción de los instrumentos y la gente moviéndose de un lado para otro. A lo lejos la veo. Está hablando con Claire, junto a una mesa llena de carpetas y vasos de cartón. Me sorprende bastante que mi mánager se esté riendo, la última vez que las vi juntas se podía cortar la tensión con cuchillo.

Cass, al igual que ayer, lleva el pelo recogido en un moño desordenado. Solo que hoy no va manchada, lleva un vestido de lana parecido al que llevó el día de Navidad, solo que mucho más largo. Se ajusta a sus curvas, pero no deja nada al descubierto.

Me quedo quieto, observándola desde la distancia.

—Jeremy —me llama una voz desde detrás, pero apenas la oigo.

—¿Sí? —respondo sin apartar la vista.

—Está todo listo. La prueba de sonido empieza en quince.

—Perfecto —asiento, aunque no estoy seguro de a qué acabo de decir que sí.

Me obligo a apartar la mirada y sigo al técnico hacia el escenario. El cielo se ha teñido de un gris dorado y, por un segundo, me quedo mirando las guirnaldas de luces que recorren la azotea. Subo los escalones hasta el escenario y dejo que el peso de la guitarra se acomode en mi hombro. Tom levanta el pulgar desde la mesa de sonido y yo asiento, probando el primer acorde. Las cámaras están ya en sus posiciones. Las pantallas de control frente al equipo de

realización muestran mi imagen desde varios ángulos: uno en contrapicado desde el borde del escenario, otro cerrando el plano en mis manos. Todo se graba, pero no se retransmite. El *streaming* no empezará en directo hasta pasados unos minutos de la medianoche. Este solo es un circuito de prueba para ajustar luz y color.

Empiezo con los temas del *setlist*, siguiendo el orden que ya me sé de memoria, pero pronto dejo que los dedos se muevan solos. Cambio de acordes, pruebo una progresión nueva: la melodía en la que estuve trabajando el otro día en el estudio. Aún no tiene letra, pero cada nota suena a algo que quiero decir y no sé cómo. Algo que, si lo hiciera bien, quizá le permitiría entender todo lo que no me atrevo a decir.

Las luces de prueba parpadean mientras las cámaras corrigen ángulos y ajustan el color. El técnico de iluminación da instrucciones por el intercomunicador, los focos se mueven y el humo artificial empieza a deslizarse por el suelo. La batería entra despacio, marcando el pulso, segundos después, el bajo se acopla a mí.

Detrás de mí, la pantalla LED se enciende de golpe, y el brillo azul y dorado me obliga a entrecerrar los ojos. En esa misma pantalla se retransmitirá en directo la caída de la bola de Times Square. Todo está calculado: la cuenta atrás terminará apenas unos segundos antes de que la bola caiga y justo después, empezaré a tocar.

Cuando acabamos la prueba de sonido, es casi la hora de que entren los ganadores del sorteo. Apenas queda una hora para que termine el año y aún no he tenido un momento libre para hablar con Cass. No estoy seguro de qué quiero decirle, pero me gustaría hacerlo antes de que sean las doce.

Dejo la guitarra sobre el soporte y la busco a mi alrededor.

—Jeremy. —Oigo a mis espaldas.

Reconozco la voz al instante. Y no es la que buscaba ahora mismo.

—¿Qué pasa? —le pregunto a Claire—. Si es algo técnico, Tom puede...

—No, quería... Bueno, solo... —empieza a dar rodeos sinsentido.

—¿Se puede saber qué te pasa? —la apremio—. Tengo algo de prisa...

—Solo quería decirte que siento todo lo que ha pasado y que tenías razón.

—¿Qué? —Hago un gesto con la mano en la oreja—. Lo del perdón ya lo dijiste ochenta veces ayer, pero lo segundo no.

—No seas idiota. Me refiero a que quizá no confié lo suficiente en ti —suspira—. Pensé que esto iba a salir mal, y me alegra haberme equivocado.

La miro en silencio. No estamos acostumbrados a ese tipo de conversación. Claire y yo funcionamos bien en situaciones extremas: o discutiendo por el orden de un *setlist* o compartiendo una cerveza después de un *sold out*. Pero lo demás se nos da fatal.

—Solo quería que lo supieras. Que estoy orgullosa. Y que, si esto es el principio de tu nueva etapa, quiero estar ahí. No para dirigirla, sino para acompañarte. Te tendré más en cuenta cuando me digas las cosas. Te lo prometo.

No sé qué decirle. Sé que también debería darle las gracias por todo lo que ha tenido que mover para que esto saliera adelante.

—Te estás ablandando —le digo, sonriendo.

—No lo digas muy alto o tendré que gritarle a alguien para equilibrar.

—Gracias, Claire —murmuro, encogiéndome de hombros—. De verdad. Pero ahora... —hago un gesto hacia la salida—, tengo algo pendiente.

Ella me dedica una sonrisa cómplice porque entiende exactamente a qué me refiero, y en cuanto me alejo un par de pasos, alguien más me coge del brazo.

—Jensen, disculpe. —El tipo lleva un auricular en la oreja y una placa con el logo de Hudson Yards—. Tiene que moverse ya a la parte de atrás del escenario. Vamos a abrir las puertas al público.

—Sí, sí, ya voy. —Me lo sacudo de encima con una sonrisa educada, aunque por dentro estoy maldiciendo todos los protocolos de seguridad del mundo.

Rodeo el escenario entre cables, cajas de sonido y personal corriendo de un lado a otro, y me escondo detrás de la pantalla LED.

Como un milagro, la encuentro sin apenas buscarla.

Cass está sentada en un taburete —que no es más que un estuche de transporte para guardar los platillos y demás partes de la batería — con el portátil apoyado sobre las piernas y el ceño ligeramente fruncido. Tiene un auricular puesto, la bufanda le cae por los costados y sus manos vuelan sobre el teclado. Frente a ella, una pantalla auxiliar muestra el directo del *streaming* con todo preparado: la cuenta atrás, los indicadores de señal, todo lo que está haciendo posible que miles de personas vean esto.

Durante un segundo, me quedo quieto, observándola. El brillo de la pantalla le ilumina el rostro y pienso que, aunque tenga el mundo entero esperando al otro lado, yo solo quiero hablar con ella.

—Cass —digo, lo bastante bajo como para no asustarla.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, apartándose un mechón del rostro—. Deberías estar preparándote.

—Me han encerrado aquí. —Señalo al tipo trajeado que ahora mismo está plantado frente a la puerta mientras indica a la gente dónde colocarse—. Aun así, te estaba buscando.

Ella me mira un segundo más, dudando de si es buena idea. Después cierra la tapa del portátil con suavidad.

—Podemos hablar luego, Jeremy. No te preocupes, queda poco para que esto empiece.

—No. —Niego con la cabeza, y me siento en la caja de sonido frente a ella—. Hay tiempo.

No lo hay, en realidad. En diez minutos será medianoche y miles de personas contarán los segundos para empezar el año. Pero no me importa.

El viento sopla con fuerza y parece que en cualquier momento se va a poner a llover.

—Solo quería, antes de salir ahí fuera, no sé... —admito. Mierda, igual debería haber pensado esto antes de abrir la boca—. Supongo que... solo quería asegurarme de que tú y yo estamos bien.

Ella se muerde el labio, ese gesto que hace siempre cuando intenta ordenar lo que siente antes de hablar. Mira a un lado, hacia el bullicio del escenario, y luego vuelve a mí.

—¿Si estamos bien? —repite—. No lo sé, Jeremy. Supongo que eso depende de ti. Ayer me dejaste muy claro cómo querías que fuese

esto... Solo me limito a cumplir las reglas.

—No eran reglas. —Me paso una mano por el pelo, frustrado—. Solo estaba intentando poner en orden mis sentimientos. Cass, yo... —titubeo, pero no sé qué más decirle.

Ella suelta un suspiro, se levanta del estuche y se deja caer aún más cerca, en la caja de cables frente a mí. Desprovista del ordenador, se pasa las manos por la cara y exhala, intentando vaciar todo lo que lleva dentro.

—Mira —dice al fin—, llevo todo el día intentando no pensar en esto, intentando centrarme en lo que sé que es importante para ti, pero da igual. Lo estoy haciendo fatal y es imposible. —Se ríe sin ganas, suelta otra exhalación nerviosa y mira hacia el suelo—. Así que voy a decirlo, aunque probablemente esté a punto de fastidiarla a unos cinco minutos de que salgas ahí fuera.

Se queda callada un segundo, mirándome, debatiéndose entre morderse la lengua o soltarlo todo. Al final, opta por la segunda opción.

—¡Seis minutos! —grita alguien ahí fuera.

—Esta mañana, como parte de mi ritual de Nochevieja, hice una lista —confiesa, bajando la voz—. Y en esa lista estás tú. La he titulado así: «Tres motivos por los que debería mantenerme lejos de ti... y tres por los que creo que no puedo hacerlo». ¿Quieres oírla?

Joder que si quiero.

Asiento, despacio, sin atreverme a hablar por miedo a que cambie de opinión.

—Voy a empezar por los motivos por los que no deberíamos estar juntos, ¿vale?

Noto cómo se me acelera el pulso.

A mí no se me ocurre ni un solo motivo.

—Uno: porque a mi madre le encantas. En serio, desde que te conoció, cada vez que hablamos me pregunta por ti. Y contigo dejaría de ser su hija favorita.

Sonrío y dejo que continúe.

—Dos: porque, por mucho que me lo pidieses, jamás me cambiaría el color del pelo o me pintaría las uñas de un tono *nude*. Y eso es porque tú me haces creer en mí misma y no sentirme pequeña.

Ahora suelto una carcajada. Ya sabe cuál es el único *nude* que quiero ver en ella.

—Y tres —continúa sin levantar la vista del suelo—: porque, si volvemos a intentarlo, sé que una parte de mí va a tener ese miedo constante de volver a fastidiarlo todo.

—¡Jeremy! ¡Tres minutos! —vuelve a gritar el mismo pesado de antes. Cass lo ignora.

—Y ahora, las razones por las que sí deberías quedarte conmigo...

—Cass... —la interrumpo.

—Shhh, por favor, déjame acabar.

Hago un gesto para que continúe.

—No puedo alejarme de ti y sé que deberíamos estar juntos porque me da absolutamente igual que seas famoso. De hecho, agradecería enormemente que no lo fueses. Dos: porque, aunque me lo has dejado claro, sé que contigo no quiero rendirme todavía. Y tres: porque, aunque intentes disimularlo, sé que tú también haces listas y estoy segura de que yo también estoy en la tuya.

Tras un segundo de silencio, toda la azotea estalla en gritos de alegría y aplausos.

—¡Feliz año nuevo!!

Y yo aprovecho que todo el mundo se está felicitando y nadie de alrededor nos está prestando atención para acortar la pequeña distancia que nos separa.

Nuestro primer gran beso de la noche llega en el momento perfecto, justo cuando se desata la tormenta de nieve y las voces de celebración se alzan por encima de sus posibilidades. Con el viento, pequeños copos empiezan a recorrer su rostro agolpándose en algunas partes estratégicas. No me separo de ella pese a que ahora sí que debería prepararme para salir.

—Creo que deberías subir al escenario —me dice cuando el mismo plasta de toda la noche vuelve a gritar mi nombre. Pero nada de eso no me detiene, porque continúo besándola—. ¿Vas a seguir besándome? —pregunta cuando nuestros labios se separan y consigue coger algo de aire.

—Hasta el último copo —susurro, depositando un último beso sobre su nariz, donde descansa la última motita de nieve que ha caído

sobre su rostro.



Nueva York, 1 de enero

POR LAURA BYRNE | CULTURA & ESPECTÁCULOS

Batalle de Jensen: Jeremy supera a sus hermanos en los primeros minutos del año

En una Nochevieja marcada por la nostalgia y la expectación, los hermanos Jensen se han hecho con la noche de Nueva York. Mientras Kade y Noa Jensen ofrecían su actuación en directo desde una azotea de Times Square, el streaming sorpresa de Jeremy batía récords de audiencia y se convertía en el evento musical más visto de la noche.

El reloj marcaba las 00:03 cuando la cámara aérea de Hudson Yards captó a Jeremy Jensen de pie sobre el escenario de la azotea del edificio, guitarra en mano, con las luces de Manhattan extendiéndose a sus pies como un mar de estrellas. Mientras, millones de personas veían también a BJT desde sus casas. Y en cuestión de minutos, la «batalla de los Jensen» estaba servida.

La retransmisión de Jeremy, titulada «Midnight Sessions», acumuló más de 14,8 millones de visualizaciones en las primeras dos horas, superando el concierto de sus hermanos, Kade y Noa, que lideraban el evento central de *streaming* bajo la marca CouldPlay. Según datos facilitados por diferentes plataformas, la audiencia del mediano de los Jensen superó en un 36 % a la de sus hermanos durante la franja entre las 00:00 y las 00:40. Un dato que nadie esperaba.

Un mes de rumores y contradicciones

La hazaña de Jeremy no surge de la nada. Durante todo diciembre, su nombre acaparó titulares tras una serie de declaraciones contradictorias. A mediados de mes, el cantante de 27 años aseguró que no participaría en la actuación de Nochevieja con CouldPlay. Sus palabras desataron el caos mediático. Portales de todo el mundo se hicieron eco de la noticia y el nombre del mediano de los Jensen se mantuvo en tendencia durante días.

Sin embargo, apenas una semana después, Jeremy apareció en el pódcast *Quick Side* para desmentirlo todo. El público respiró aliviado durante un minuto. Hasta que, el 30 de diciembre, Jeremy anunció por sorpresa un concierto en solitario que tendría lugar exactamente a la misma hora que la actuación oficial de CouldPlay. Horas después, Kade y Noa anunciaron que ellos serían los nuevos encargados del *show* de la marca.

Un regreso con mensaje

Vestido con chaqueta de cuero, camiseta blanca y el cabello ligeramente despeinado por la nieve y el viento, Jeremy abrió con *The Hardest Part of Leaving*, una balada inédita que —según los fans— parece narrar una ruptura reciente y tener el coraje de volver a ella.

A mitad del tema, pronunció unas palabras que ya circulan por redes sociales: «A veces hay que perderlo todo para recordar por qué empezaste a cantar». «Estos meses he comprendido en quién puedo confiar y este año quiero mantener a esas mismas personas en mi vida».

Instagram y TikTok se inundaron de clips con esas declaraciones. En menos de una hora, el *hashtag* #BattleOfTheJensens superó los 25 millones de menciones.

A apenas quince calles de distancia, Kade y Noa Jensen actuaban en el escenario de CouldPlay. Su setlist fue una combinación de clásicos de Related 4 y dos nuevos sencillos con un sonido mucho más comercial. Su actuación fue impecable, pero el contraste con el tono emocional y crudo del directo de Jeremy no pasó desapercibido.

«Fue como ver dos caras del mismo apellido», escribía anoche la periodista musical Anna Lefevre en *Variety*. «Kade y Noa ofrecieron el espectáculo que todos esperaban; Jeremy ofreció el que nadie se atrevía a pedir».

Una producción inesperadamente íntima

El concierto de Jeremy se desarrolló sin grandes artificios técnicos: un escenario circular, luces cálidas, una pantalla proyectando imágenes del *skyline* y un grupo reducido de músicos. «Lo hicimos casi sin dormir, en tres días de montaje contrarreloj», confesó Claire Redding, mánager del artista, en declaraciones posteriores. «No esperábamos esta repercusión. Era un gesto simbólico para cerrar el año, pero Jeremy insistió en hacerlo a su manera. Y lo hizo».

Detrás del escenario, según confirmaron fuentes del edificio, también se encontraba Cassandra Hart, productora y coordinadora del espectáculo. Hart forma parte de Onyx Events, la empresa responsable del concierto de CouldPlay y del montaje en la azotea del Westlight. Con ambas producciones, Onyx se ha consolidado como la gran dominadora de los eventos de la ciudad de Nueva York, y, según apuntan desde la propia compañía, ya tienen cerrado el calendario completo para todo el próximo año.

Reconciliación o ruptura definitiva

Tras conocerse el descanso profesional del trío, la relación entre Jeremy y sus hermanos ha sido motivo de especulación. Aunque los tres han evitado declaraciones directas, los gestos hablan por sí solos.

Mientras Kade y Noa compartieron un mensaje conjunto en Instagram —«Por un año nuevo lleno de música y familia»—, Jeremy publicó una única foto: su guitarra apoyada en el suelo del escenario y la frase «Sometimes silence is louder».

Récords y futuro

El público, como siempre, se ha encargado de leer entre líneas.

La actuación de Jeremy Jensen sigue disponible en *streaming* y ya ha alcanzado los cuarenta millones de reproducciones. La discográfica ha confirmado que el directo se lanzará próximamente como álbum digital con tres temas inéditos. De esta forma, el nuevo año arranca con un claro vencedor en la llamada «batalla de los Jensen». No se sabe si los hermanos volverán a compartir escenario, pero anoche, mientras las luces de Times Square caían sobre la multitud, una cosa quedó clara: el apellido Jensen sigue reinando, pero la corona, por ahora, está en manos del mediano.



EPÍLOGO

Cassie

Hace poco más de tres meses que ya no trabajo para Onyx Events. A principios de enero, el señor Langford me ofreció convertirme en socia formalmente. Los eventos de las dos azoteas fueron los *streamings* más vistos de aquella noche, y ese éxito nos colocó en el mapa de una forma que ni siquiera habíamos imaginado.

Lo lógico habría sido sonreír, darle las gracias y quedarme para organizar la Met Gala como *event PM*, pero empezar el año habiendo cumplido el primer propósito de mi lista me obligó a replanteármela por completo. Así que añadí uno nuevo: salir de mi zona de confort.

Y eso me trajo aquí.

Ahora trabajo como *road manager* de Jeremy Jensen. No voy a mentir: es complicado. Hay cosas que nunca he hecho y situaciones para las que no existe un manual. Pero también siento que estoy creciendo, que cada día aprendo algo que me acerca un poco más a la profesional que quiero ser.

No pienso quedarme aquí para siempre. Algún día crearé mi propia empresa de organización de eventos, lo sé. Pero, por ahora, esto está bien. Muy bien, de hecho. Estoy aprendiendo, viajando, viviendo nuevas experiencias... y, sobre todo, pasando más tiempo con él.

Esta noche vamos a cenar con Ivy y los hermanos de Jeremy.

Oficialmente, la excusa es celebrar que Ivy ahora es jefa de Rebecca. Sí, esa Rebecca. La que hace solo unos meses me miraba por encima del hombro cada vez que llegaba tarde a una reunión o proponía algo «poco realista».

Ironías de la vida.

El señor Langford decidió reorganizar la estructura de Onyx Events después del éxito de Nochevieja, y ahora Ivy no solo es directora de

área, sino que además Rebecca tiene que reportarle directamente.

No me digas que el karma no tiene sentido del humor.

De hecho, cuando me lo contó, me pareció oír una botella de champán descorchándose al otro lado de la línea.

—¿Sabes lo que es tener a Rebecca mandándome correos a las ocho de la mañana para preguntarme si apruebo sus presupuestos? —me dijo—. No tiene precio.

Y no, desde luego que no lo tiene.

La cena de esta noche no es solo por eso. Jeremy tiene unos días libres antes de retomar la gira y todos coincidimos en Nueva York, así que hemos aprovechado para vernos. En teoría, es una cena tranquila. Aunque no estoy muy segura de eso, porque Ivy sigue sin soportar al pequeño de los Jensen. Desde el concierto de Westlight, los dos mantienen esa tensión que nadie termina de entender. No se soportan..., pero tampoco pueden evitar provocarse.

Jeremy, por su parte, ha vuelto a acercarse a sus hermanos. No creo que vuelvan a tocar juntos —las diferencias artísticas son demasiado grandes y cada uno ha encontrado su propio camino—, pero se nota que han recuperado algo que parecía imposible.

Hace unos meses, Jeremy y Claire se sentaron con ellos y hablaron por primera vez de todo lo que pasó con Colts Records. De cómo manipularon todo. No fue una conversación sencilla, pero sí necesaria. Y, por ahora, no pueden romper los contratos. Están atados legalmente hasta que terminen los álbumes de estudio en los que están trabajando. Aun así, todos lo tienen claro: en cuanto puedan, se irán de ahí. Y eso sí que lo harán juntos.

No sé quién lo dijo primero, pero la frase quedó flotando en el aire a modo de promesa: «No vamos a dejar que Dixon siga hundiendo a nadie más».

No sé cómo piensan hacerlo, pero si hay algo que he aprendido en estos meses, es que los Jensen siempre encuentran la forma de conseguir lo que quieren.

Y, por primera vez en mucho tiempo, yo también.

Metó el último informe de recinto en la carpeta y cierro el portátil. Tengo que revisar los *riders* de las próximas arenas. Como he dicho antes, el karma puede ser muy divertido.

En el sofá, junto a Laila, Jeremy revisa un *setlist* garabateado a mano y tararea algo por lo bajo.

—¿Lista? —pregunta, levantando la vista.

—Lista —respondo, poniéndome la chaqueta.

Me acerco al sofá, le acomodo un mechón rebelde y le lanzo una mirada para que se levante de ahí.

—Podríamos saltarnos la cena —murmura, casi en un suspiro.

—Ni lo sueñes, solo estamos aquí tres días y quiero ver a mi amiga.

—Buena excusa.

Tiro de él para que se levante del sofá, le lanzo el abrigo y, mientras se lo pone, me agacho para acariciar a Laila. Me despido de ella hasta dentro de unas horas. Ahora que las giras son por el país, nos la estamos llevando en el autobús, pero ya tengo que pensar qué hacer cuando Drake vuelva de Europa, porque estoy casi segura de que ya nos prefiere.

Y mientras las puertas del ascensor se cierran frente a nosotros, pienso que me encantaría acabar lo que empezamos aquí el día de su cumpleaños..., pero Ivy me mataría si la dejo cenando sola con Kade y Noa solo por cumplir mi nueva lista favorita: «mejores sitios públicos en los que enrollarme con mi prometido». Porque sí, ahora sí que llevo un anillo en mi dedo anular.



Agradecimientos

Estoy escribiendo mis segundos agradecimientos en menos de cinco meses. Qué fuerte, ¿no?

Primero de todo, quiero darte las gracias por elegir esta historia entre toda la horda de romcoms navideñas (porque admitámoslo, hay muchísimas, pero es que nada nos gusta más que un buen romance en Navidad).

Escribir *Hasta el último copo* ha sido una experiencia muy divertida. Lo cierto es que, cuando la idea me rondó la cabeza, no me imaginaba todo lo que iba a descubrir (ni lo que iba a aprender) con estos dos. Jeremy y Cass —perdón, Cassie, que si no se enfada— se han quedado grabados en mí, y voy a echarlos de menos más de lo que pensaba. Pero no puedo guardármelos solo para mí; ahora toca dejarlos libres y que lleguen a más gente.

Gracias a ti, que estás leyendo esto ahora mismo. Tanto si es la primera vez que te cruzas con mis historias como si ya llevas un tiempo por aquí, gracias por la oportunidad, por confiar en mí y por dejarte llevar con mis libros. Espero que no sea la última vez que nos veamos.

Ojalá este libro te haya hecho sonreír, suspirar o, al menos, creer un poquito en la magia de diciembre (aunque sea solo durante unas páginas).

A mi familia y amigos, gracias por acompañarme siempre en este camino tan loco.

A mi madre, por querer leerse mis historias antes que nadie.

A mi marido, por quedarse hasta las tantas leyendo —aunque yo no le deje hacerlo a mi lado porque me da vergüenza—, gracias por seguir ahí, incluso cuando vivo más en mis libros que en la realidad.

Y sí, también a Kami, nuestro perro, porque no hay proceso de escritura sin sus siestas encima de mis brazos.

Escribir con una sola mano ya es parte del ritual.

Gracias, de verdad, por llegar hasta el final.

Por compartir un ratito de tu tiempo conmigo, con Cass y con Jeremy.

Por creer que siempre hay lugar para los finales felices, las casualidades imposibles y los besos bajo la nieve.

Nos vemos en la próxima,

Lexie Brighton
